

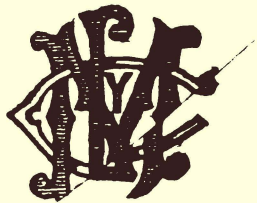
DRAMAS POLICIALES

UNA AMISTAD HASTA LA MUERTE

POR

EDUARDO GUTIERREZ

(CONTINUACION DE SANTOS VEGA)



BUENOS AIRES

CASA EDITORA LUIS MAUCCI Y CIA

1891

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



PROLOGO.

La gran causa de la inmensa criminalidad en la campaña, está en nuestras autoridades excepcionales. El gaucho habitante de nuestra pampa tiene dos caminos forzosos para elegir — uno es el camino del crimen, otro es el camino de los cuerpos de línea que le ofresca su puesto de carne de cañon.

Tenemos nosotros el derecho para condenar á este criminal con todo al peso de la ley?

Es lo que veremos en este volumen, continuacion de la historia de Santos Vega.

Volvamos ahora al protagonista del drama policial que nos ocupa, tomándolo en la pulperia de don Cosme, adonde se encuentra narrando los acontecimientos que lo han lanzado á la vida del crimen.



UNA AMISTAD HASTA LA MUERTE

Al llegar aquí, Santos Vega hizo una larga pausa, que amenizó con un trago de ginebra del medio frasco que le pasó ño Cipriano.

—Muy desgraciado ha sido usted, amigo, dijo; en lo que ha puesto la mano.

—Esto no es nada, repuso Vega. Aún me falta el rabo por desollar, porque á mí la suerte me ha de perseguir mientras viva. Hoy no me queda nada en el mundo, más que el recuerdo de mis desventuras y el ódio que guardo á la justicia, causa de todas ellas.

Carmona miraba fijamente á Santos Vega con una espresion de profundo cariño.

Parecia que las desgracias del payador habian herido las fibras más delicadas de su sensibilidad.

Don Cosme tenia los ojos lucientes como cristales, á causa de la gran cantidad de ginebra que se habia metido entre pecho y espalda.

—Es mucho sufrir para un hombre solo, dijo, y pegó tal beso al medio frasco, que lo hizo sonar como un mate en el último chupo.

Desde aquel dia, continuó el payador, he sido un pobre diablo, sin hogar y sin trabajo, condenado á andar vagando eternamente con el puñal en la mano, para disputarle mi cabeza á la justicia.

Llamé á todas las estancias pidiendo el trabajo que ennoblece al hombre, pero todas las puertas se me cerraron en cuanto hice mi demanda.

Yo era un regular domador, y mi trabajo hubiera convenido á cualquier patron.

Pero ¿quién admitiria cerca de sí al gaucho Santos Vega?

Amparándolo y tendiéndole una mano amiga, se echaban encima el odio de la justicia, y se esponia á que el dia menos pensado fuera ésta en mi busca y se armara allí una de todos los demonios.

Las puertas del trabajo se me cerraron así, y solo encontré abiertas las del odio más impio.

La única mano amiga que se me tendió, fué la del buen Serafin, por quien no morí de hambre en más de una ocasion.

La partida entónces, y obedeciendo las órdenes del Juez de Paz, que se habia convencido que jamás me echaria el guante, empezó á hacer la guerra á Serafin por el delito de ampararme. Aquella guerra se hacia de una manera disimulada, pero terrible.

La justicia no perseguia directamente á Serafin, porque ningun motivo tenia para ello; pero venia cuando más inmensa era la reunion, y la deshacia con el pretexto de que entre ella habia mala gente.

Esto sucedia cuando yo me encontraba ausente, lo que tenia lugar con bastante frecuencia; pues encontrándome allí, ni dos partidas se habian atrevido á llegar.

Mis ausencias duraban de diez á quince dias, en cuyo tiempo los justicias visitaban tres ó cuatro veces la pulpería, apaleando á unos y llevando presos á otros.

El objeto de esto proceder era que, cansados los paisanos, no concurrieran más á aquella casa de negocio, cuya puerta, más tarde ó más temprano, tendria que cerrar su dueño, cansado de no vender nada.

Mis correrias, hechas por buscar trabajo en los partidos vecinos, no duraban nunca más de una quincena, al fin de la cual caia á lo de Serafin, á quien entregaba, á cuenta del gasto, el fruto de mis chanquitas.

Entónces el pobre me contaba las iniquidades que le habian hecho, y se lamentaba de que pronto tendria que cerrar la casa, porque muy contado era el paisano que se atrevia á llegar.

Como aquella persecucion era á causa de mi estadía en la pulpería, yo hize el propósito de no volver más, á ver si ellos cesaban.

Pero todo fué inútil.

Aquella persecucion no se hacia á Serafin para que no me admitiese más en su casa, sinó como una venganza por la proteccion que me habia prestado.

En una de mis ausencias, que duró cerca de dos meses, la persecucion se hizo más tenaz.

Los justicias caian allí una ó dos veces por semana, haciendo un desparramo espantoso entre los concurrentes.

—Ya no puedo sufrir más pacientemente, me dijo, las iniquidades que hacen conmigo. Perdido por perdido, voy á agarrar un asador y á planchar todos los lomos de justicia que me caigan á tiro.

—No lo hagas no estando yo, le dije; y ya que á ello estás decidido, voy á quedarme unos dias á ver si puede echarte una manito que haga buen provecho.

Pero mi espera fué inútil. En vano permanecí en la pulpería dos semanas largas; no asomó la nariz ningun justicia. O habian olido mi presencia, ó me bombeaban de una manera tan fina, que sabian tan bien como yo mismo mis dias de partido como mis dias de llegada.

Comadreja, era el último mandante fiel, que, á pesar de todo, quedaba á Serafin.

Varias veces lo habian arriado al Juzgado, teniéndolo preso en el cepo, sin lograr por ésto correrlo de la pulpería.

Viendo que los justicias no aparecian por allí, armé viaje para el Bragado. Allí tenia que domar unos diez potros, changa bastante importante, pues me produciria treinta ó cuarenta pesos.

—Parece que se han cansado de perseguirte, le dije una mañana; yo me voy al Bragado domar potros, y pego la vuelta en seguida. Los paisanos han vuelto á caer á tu casa desde que nadie les persigue, y espero verte prosperar de nuevo.

—Parece realmente que me han olvidado, contestó Serafin, pero me dice el corazon que en cuanto te vas, van á volver á perseguirme con más oncono que nunca. Lo que es ahora, añadió, estoy resuelto á no aguantarles más, y á la primera que me hagan, sentarles la mano para toda la siega.

—Esa es la derecha, dije, pero sentiria que lo hicieras sin esperarme. Solo pueden quebrarte si te agarran entre muchos. Ayuntado conmigo podemos hacer la pata ancha, y yo te juro que no hemos de ser nosotros los que llevaremos la peor parte.

—Solo ó acompañado, me dijo, estoy resuelto á no aguantar más y á concluir con esto de cualquiera manera que sea.

Yo me despedí de Serafin, que habia llegado á ser para mi un hermano, y me fuí á domar los diez potros.

Pero cuando llegue al Bragado, me encontré con que otro domador habia hecho el negocio. Los patrones no habian podido esperar los dos meses que yo tardé y habian buscado quien les hiciera el trabajo.

Bastante desconsolado, porque se me escapaba una changa buena, regresé á Dolores, y me fuí derecho á la pulpería de Serafin

Habia tardado diez dias entre ida y vuelta, sin contar uno que descansé en la estancia donde iba á hacer el trabajo.

Mientras más me iba acercando á lo de Serafin, más me iba llamando la atencion la soledad que rodeaba en aquellos parajes. No se veia un solo caballo en los palenques, y hasta me parecia que las puertas estuvieran cerradas.

—Sin duda las persecuciones han vuelto á comenzar, me dije, y los justicias han concluido por desterrar de aquí al paisanaje.

Cuando hube llegado á la pulpería, un profundo sentimiento de tristeza me oprimió el corazon, como si un techo se me hubiera caido encima.

La casa estaba cerrada, y no se veía cerca de ella ninguno de esos animales que acusan la presencia de moradores. Todo tenia un tinte sombrío, y á tal extremo, que me apercibí que las lágrimas se agolpaban á mis ojos.

—Habrá inmigrado Serafin, perseguido por estos bandidos? pensé; ó lo habrán llevado preso, á consecuencia de haber protestado ó hecho armas contra el proceder de la justicia?

Y creyendo que lo segundo era la más probable, ya me preparaba para ir á ponerlo en libertad.

Comprendiendo que con estar allí parado mirando la solitaria casa, nada se podía adelantarse, tomé la determinacion de llegar á la poblacion más próxima, para inquirir noticias.

Castigué, pues, al fatigado alazan, y al poco rato llegaba á un punto conocido por de Perales.

Allí me dieron noticias de lo que habia sucedido en lo de Serafin dos dias despues de mi partida. Pobre Serafin! Qué cara te costó la hospitalidad que de tan buen corazon me daba!

Segun me dijo Perales, dos dias despues de haberme yo alejado de allí, cayó una partida de tres soldados, capitaneada por otro, que venian á deshacer una reunion bastante grande.

A la vista de la justicia, cada uno de los paisanos, enemigos de tener alegacion con esa gente, montó á caballo y se mandó mudar. De este modo evitaban una paliza segura y una cepeada infalible.

Cuando Serafin vió que no lo quedaba más marchante que Comadreja, se calentó el hombre, y perdió los estribos.

—Yo quiero saber, les dijo, porque á mi casa se le ha declarado la guerra de esta manera.

—Nosotros no tenemos nada que ver con usted ni con su casa,

le dijeron; el Juez nos ha mandado que persigamos los vagos y borrachos que en ella encontremos, y esto es todo.

—Lo que hacen ustedes, es correr de mi casa la concurrencia que á ella viene, para obligarme á cerrar la puerta, y yo quiero saber el motivo de esta persecucion.

—Ya hemos dicho que nada tenemos que ver ni con usted ni con su casa; y si algo más quiere saber, vaya á preguntárselo al Juez.

Serafin habia perdido por completo la cabeza y no atendia á razones, mucho ménos razones de aquella naturaleza.

—Yo nada tengo que ver con el Juez, les dijo, sinó con ustedes, que me vienen á incomodar. No se me dá lá gana, añadió, que vengan ustedes á perseguir á las personas que están en mi casa tranquilamente; así es que les prevengo que si vuelven con la misma intencion otra vez, las saco de aquí á garrotazos. Mi casa no es reunión de vagos ni de borrachos para que la justicia esté cayendo á cada rato, y ya me he cansado de aguantarlo.

—Pues amiguito, repuso el que hacia cabeza, va á tener que aguantar esto y mucho más, porque el Juez nos ha mandado deshacer todas las reuniones que aquí se armen, y nosotros tenemos que obedecer.

Las palabras fueron haciéndose cada vez más ágrias, hasta que Serafin les intimó que inmediatamente montaran á caballo y se mandaran mudar de la pulpería.

—No hay en el mundo más que Santos Vega que sea capaz de meterse con nosotros, dijo el que capitaneaba los soldados; y como usted, aunque lo protege y lo tapa, no vale lo que él, si no nos guarda más respeto, lo vamos á llevar al Juzgado, á ver si allí gallea tanto.

—Lo que van á llevar ustedes, concluyó Serafin, es una paliza de mi flor. Y saltó el mostrador con la daga en la mano.

Los soldados eran cuatro y dispuestos á no dejarse caer á dos tirones. Se tendieron en una especie de semicírculo y esperaron el ataque que indudablemente les iba á traer Serafin.

Comadreja, que no ha inventado la pólvora para esto de peleas, se habia llamado á silencio entre unos tercio de yerba.

Desde allí, todo tembloroso se habia declarado espectador de lo que iba á pasar.

Serafin y los soldados estuvieron contemplándose un momento como para medir sus fuerzas, hasta que el primero, decidido á todo, atropelló como un toro.

Y dicen que era cosa de ver el empuje con que acometió, reboleando el poncho.

Pero el pobre tenía que luchar con gente dura y aunque muy guapo, no era buen peleador.

Una lucha tan desproporcionada no podía ser larga ni de final dudoso.

Serafin cerró contra los cuatro, y los cuatro se estrecharon sobre él firmes y decididos.

En la primera acometida, Serafin vaciló un momento y tuvo que apoyarse contra la puerta para no caer.

Habia recibido un hachazo terrible en la cabeza, y un puntazo en el costado izquierdo.

Los milicos se estrecharon más sobre él, como para concluir pronto, mientras el más encarnizados de ellos le decía:

—Ahora que te salve Santos Vega, tu compadre!

—Si él no me salva al ménos me vengará, contestó Serafin, y tiró una puñalada con tan buen tino que el soldado cayó para no levantarse más.

Aquí llegó el momento crítico para Serafin. Acosado con un encono creciente, empezó á batirse en retirada, pudiendo llegar hasta el fogon de la cocina, donde se apoderó del azador.

Pero mal herido en varias partes del cuerpo, poca cosa pudo hácer de él.

Desde el principio los soldados no habian tirado á rendirlo para reducirlo á la prision, sino á matarlo; así es que las heridas que le infirieron era á cual más terrible.

La agonía de Serafin que no se rendia, apesar de verse despedazado, produjo un raro fenómeno en el espíritu de Comadreja.

Salió éste de entre los tercios, donde se habia metido al principio, cuchillo en mano, y cayó sobre los soldados con un empuje tremendo.

—Animo, Serafin! ánimo! le gritó: que aunque no es gran cosa, pero aquí vengo á echar mi manito.

Y como caia por la espalda sin que nadie lo esperara, pudo lograr una puñalada buena, que puso fuera de combate á otro de los soldados.

Si Comadreja hubiera echo aquello al comenzar la lucha, se podria haber esperado mucho del éxito de ella. Pero ya era tarde. Serafin estaba tan postrado, que cayó al suelo cubierto de heridas, al mismo tiempo que el justicia que habia tendido Comadreja.

Quedó este en lucha desigual con los otros dos soldados. El pobre Comadreja, que habia sido toda la vida más fiojo que tabaco mariado, estaba convertido en un leon.

Peleaba con una bravura que metia miedo, tratando de consolar al moribundo Serafin, á quien abandonaron los soldados por atenderlo á él.

Es que sin duda Comadreja habia sido guapo toda la vida, pero no le habia llegado la ocasion de hacerse ver.

Serafin que veia todo esto á través de la muerte que se cernia á su rededor se revolvía en las últimas convulsiones, desesperado por no poder ayudar á su amigo, y lo alentaba con el último rayo de su mirada moribunda.

Comadreja hacia esfuerzos desesperados por salir triunfante, pero herido tambien de una puñalada en el pecho, poco podia hacer por la niña.

—Ya que me matan, que sea con provecho, dijo.

Y á pecho descubierto se tendió en una puñalada que abrió el vientre del tercer soldado.

Fué la última que tiró el pobre, pues antes que pudiera retirar el puñal de la herida, rodó junto al cuerpo de Serafin, ya cadáver, con la cabeza dividida por un sablazo.

Lo que sucedió á la caída de Comadreja fué terrible. Jadeante de fatiga, pues la última parte de la lucha habia sido ruda, el soldado que habia quedado ileso, se lanzó sobre los caidos y los cosió á puñaladas, sin ver que apuñalaba dos cadáveres. En seguida montó á caballo y se fué al Juzgado de Paz á buscar socorro para sus compañeros vivos aún, que no eran más que dos.

Entónces los vecinos que no habiamos querido asomar antes por no echarse encima á la justicia, fuimos á ver los cadáveres de Serafin y Comadreja. Sus cuerpos estaban horriblemente mutilados, pudiéndosele contar á cada uno por lo menos cincuenta puñaladas.

Los dos soldados heridos pocas esperanza daban. El más entero de los dos, era el que habia recibido la última puñalada de Comadreja. El otro tenia el pulmon partido y se moria por momentos.

Nosotros nos quisimos mezclarnos en aquello, y nos fuimos sin prestar á los heridos el menor socorro. Teníamos miedo que llegaran más soldados de un momento á otro é hicieran con nosotros alguna nueva atrocidad.

Recien al dia siguiente vinieron á lo de Serafin otros cuatro soldados; guiados por el mismo que habia estado el dia anterior.

De los heridos que habia dejado, solo uno conservaba la vida. El herido en el pulmon habia muerto sin duda durante la noche pues ya su cuerpo estaba engarrotado.

Lo que primero hicieron fué pasar á cuchillo los cadáveres de Serafin y Comadreja, que sacaron al medio del campo. En seguida

hicieron un hoyo, donde enterraron los dos soldados muertos, y acomodaron al herido en un cuero para llevarlo á la cincha.

Preparados para marchar empezaron el más escandaloso saqueo de la pulperia. Hicieron dos grandes cargueros donde echaron todo aquello que representaba algún valor. Y despues de haber registrado los cadáveres de Serafin y Comadreja, á los que sacaron hasta el tirador, se pusieron en marcha, llevandose á la cincha al herido, que gritaba como un chancho..

La pulperia quedaba más limpia que si los indios hubieran dado malon, pues si algo dejaron fué por falta de comodidad para llevarlo.

Así que la justicia se hubo perdido de vista nos juntamos unos cuantos amigos para dara sepultura á Serafin y Comadreja, con cuyas cabezas habian jugado á patadas aquellos desalmados.

Dos ó tres dias despues de esto volvió una partida de soldados á llevar lo poco que los otros habian dejado. No perdonaron ni los vasos, ni el jarro del mostrador, dejando la pulperia completamente limpia. Destaparon una frasquera de ginebra y estuvieron bebiendo á campo hasta la noche, en que; con la fresca, se pusieron en camino, bastante divertidos.

Y era de ver cómo festejaban la muerte de Serafin, á cada trago de ginebra se echaban al gañote! Uno de ellos el que más en pepe estaba, llegó á lamentarse de que todos los dias no sucediera una cosa igual. En fin, despues de cerrar la puerta de la casa, por pura compadrada, se mandaron mudar, despues de arrojar al campo el cadáver del último medio frasco.

Cuando hube escuchado esta triste historia, sentí en mi alma una profunda desolacion. El último amigo que me quedaba sobre la tierra, con el que podia contar como un hermano, habia muerto por mí! ¿A donde volveria la mirada sin encontrarme con un enemigo ó con un indiferente? Y todo aquello era obra de la justicia de los hombres!

Con el corazon estremecido por el dolor pregunté por el paraje donde fué enterrado Serafin, y allí me fuí á rogar por el eterno descanso de su alma noble.

Y allí sobre su tumba y secando las lágrimas que corrian á lo largo de mi semblante, hice un juramento terrible. Juré no descansar hasta no haber concluido con el último de los justicias que habia tomado parte en la muerte de mí único amigo y saqueo de su casa. Y cuando haya concluido con el último de ellos, iré á recorrer la campaña como un ser maldito, sin más mision ni más objeto que alzar mi brazo armado allí donde apareciere la justicia de los hombres.

—La lucha es dura, me dijeron los que mi juramento escucharon. La lucha es dura, y no va á poder con tantos, teniendo que sucumbir al número tarde ó temprano.

—No sucumbiré, me dije, porque me daré maña para cumplir mi juramento. Yo me dedicaré á buscar justicias y matarlos donde los halle. Cuando son muchos me alejaré pacientemente á esperar mejor oportunidad. Cuando su número no pase de tres, caeré sobre ellos, y duro tendrá que ser el que me llegue el bulto.

Y desde aquel mismo día me puse en campaña yéndome vagar por las pulperías.

Toda mi fortuna y familia en este mundo eran mi alazan, mi guitarra y las cuatro pilchas locas que componían mi aseo. Y yo había sido rico! podía haber pasado una existencia feliz, y la justicia se había encargado, porque así le dió la gana, en volverme un carguero de desventuras!

—Donde hechar un bocado no ha de faltarme, pensé, puesto que en todo el partido me conocen y saben mi historia. Cumplamos, pues, mi propósito contra la justicia, ya que la justicia cumplió el suyo contra nosotros.

Aquella noche fui á dormir en la pulpería de un tal Gonzales, conocido por el Carancho.

Allí, como en todas partes, no se hablaba más que de la muerte del pobre Serafín. Así es que con mi presencia; el Carancho no vió más que una desgracia que caía sobre su casa.

Todos temían le fuese á suceder lo mismo que á Serafín.

—No se aflija, amigo, le dije, conociendo el pensamiento. Yo solo vengo de paso á ver si hay justicia que matar. Ando vengando á Serafín, y donde no hay justicia, no he de calentar mucho el asiento.

Aquella salida hizo buen efecto, no solo en el Carancho sino en los paisanos que llenaban la pulpería.

—Lo que es por este lado, me dijo uno, los ha de encontrar con frecuencia porque no salen de aquí, y estraño es que no haya encontrado alguno.

—Si el dueño de casa lo permite, contesté, voy á descansar un rato, sino me iré á descansar al campo. Gasto no he de hacer ninguno, concluí, porque no tengo qué gastar; pero como no pido nada, ménos molesto será el rato que aquí descanse.

Parece que mis palabras conmovieron algo el Carancho, pues venciendo el miedo de correr la misma suerte que Serafín, respondió:

—Mi casa estará siempre abierta para Santos Vega, traiga ó

no traiga plata: pocas palabras, y disponga de lo que hay sin interés ninguno.

Todos los presentes se me ofrecieron de tan buena voluntad y con tantas instancias, que tuve que aceptar un vaso de vino y un par de galletas con queso, que era todo lo que por el momento habia que comer.

Estabamos charlando sobre lo sucedido en casa de Serafin y la desgracia que me perseguia mi reposo, cuando sentimos el galope de un caballo que se detenia á la puerta, seguido del ruido de la espuela del ginete que desmontaba y entraba poco despues.

Tanto el Carancho como los demás paisanos palidecieron, y el más intenso asombro se pintó en todos los semblantes. El corazon me dió un vuelco de alegria y casi solté un alarido de indio.

El hombre que acababa de entrar á la pulperia era nada ménos que un miliciano de la partida. Como lo más remoto que tenia en el espíritu era encontrarme allí, no notó el asombro que causaba su presencia y se dirijió rectamente al Carancho.

—Un frasco de ginebra, dijo, y media libra de yerba.

Me parece que todavia estoy oyendo su voz. El Carancho quedó estático sin saber lo que le pasaba.

—Caramba! dijo el milico, parece que no he caido á tiempo en esta casa! He pedido un medio frasco y media libra de yerba; pronto que estoy de prisa.

No pude aguantarme más, y poniendo el corazon en el recuerdo de Comadreja y Serfin, me acerqué al mostrador y dije al justicia:

—La media libra de yerba aquí está y el medio frasco te lo daré aruera

Y mientras esto le decia, le apliqué tan feroz rebencazo que lo hice trastrabillar.

—Santos Vega! rujió el soldado al conocerme, echando mano al sable. Ahora lo verás asesino.

Junto con el rebencazo disparé al campo, pelando mi puñal. No queria comprometer la casa al Carancho, que de tan buena manera me yabia recibido, y preferia además pelear á campo.

El milico sabia ya que no habia medio de esquivar la lucha, y me siguió enarbolando el sable como para ver si lograba un buen golpe. Aquello fué como un relámpago: apenas chocamos, cuando el sodado rodó por el suelo sin siquiera quejarse. Le habia acomodado una puñalada en la olla con tan buena suerte, que no tuvo necesidad que lo despenára.

—Ese es el medio frasco, dije limpiándome mi puñal sobre la camisa, y te lo doy de balde para que bebas á la salud de Serafin y Comadreja.

Tan rápida fué la muerte de aquel hombre, que cuando los paisanos salian de la pulperia repuestos de su sorpresa, entraba yo de nuevo.

—Qué, ha disparado? me preguntaron.

—Y para no volver más, contesté, Ese no sujeta al pingo hasta la luna del diablo.

Al principio no quisieron creer que en tan poco tiempo hubiera yo muerto al soldado, pero en presencia del cadáver no les fué posible dudar por más tiempo.

Otra noche llegaba yo á la pulperia de un rico, que tenía habilitado allí á un mozo italiano, en momento que tenía lugar un baile. La gente, distraida y alegre no notó mi llegada; de modo que me puse á espiar por la hendija de una puerta, sin que ninguno me apercibiera. El baile era muy concurrido, y de lo más alegre que puede darse. El hembraje no podía ser más aseado, ni el coperío más abundante. Debía hacer mucho tiempo que no se bailaba, porque se veían rejusilar los ojos de los bailarines á consecuencia de la ginebra y la caña que se habrían metido en el buche.

En ese momento llevaba la palabra en el baile, uno de dos milicianos de la partida que formaban entre los concurrentes. Era este un mulato más grande que un bagual, con unas espaldas anchisimas y un cogote como un toro. Parece que el hombre no era lerdo, porque aunque bastante fiero y taimado, le llevaba el apunte unas de las mejores mozas del baile, que echaba con él un gato con relacion.

—Lindo pecho el del mulato, pensé, para un cocimiento de puñaladas; y me vine á ver los caballos que á ellos pertenecian, lo que era facil conocer por la pinta.

Eran estos un lobuno, más flajo que una gaviota, y un picaso pampa, morrudo y bien aperado que debía ser el del mulato.

Era el mejor mancarron de los que alli habia atados. Este flete no podia ser de otro paisano que del mulato, porque entre los dos habia una cierta semejanza que no pude explicar. Era el único caballo que en un caso de conflicto podia dar trabajo al alazan; asi es que por lo que pudiera suceder, le saqué el fiador y lo largué para la querencia ensillado y todo.

En seguida volví á la puerta de la pulperia y me puse á observar de nuevo.

El mulato seguia pegándole al gato duro y parejo, yéndosele los ojos por su compañera.

El otro soldado era un flacucho raquítico, algun guacho, probablemente, que parecia un mamboretá. Se habia pegado como

un ternero á teta llena, á la mesa donde estaban los refrescos, y francamente metian miedo los tragazos de ginebra que se acomodaba el gafiote. Yo no sé á donde le cabia tanta bebida á aquel hombre.

No habia, pues, más enemigo que el mulato, porque con el otro, no solo no habia ni para empezar, sinó que dentro de poco la bebida se iba á encargar de romperle el alma. El resto de la concurrencia era de gente conocida, salvo dos ó tres que me parecieron forasteros, porque estaban medio arriconados detrás del flacucho.

Ya iba á retirarme para estudiar un poco como habia de entrar, cuando me apercibí de algo que llenó mi corazon de alegria.

Cerca de los guitarreros y muy paqueton, estaba sentado un alcalde, antiguo soplón de don Rafael, que no sabia moverse de su casa sinó con la mujer á los tientos.

Era este un tal Barragan, pájaro de cuenta, bastante cuchillero y hombre de buenas mentas.

Antes de venir Maria, yo habia tenido mis dimes y diretes con la mujer de Barragan, á quien hice á un lado por recostarme á Maria. Este habia motivado cierta enemistad entre el alcalde y ye, enemistad que no habia tenido malas consecuencias, porque Barragan me respetaba algo, y yo, en aquellos tiempos, no sabia buscar camorra y trataba de evitarlas cuando me las querian armar.

La mujer de Barragan era una moza bastante superioraza, que merecia la pena de una arrastrada de ala, pues á más de ser bastante linda de cara, tenia más carnes que un buey ciñuelero.

Agustina, que así se llamaba, habia dado muchos malos ratos á Barragan á consecuencia mia: pero desde que la hija de don Rafael pisó en el pago no nos volvimos á ver.

—Estando aquí Barragan, pensé, debe tambien estar Agustina, pues el no la suelta ni para ir á recoger la hacienda.

La busqué por toda la pieza y no tardé en encontrarla, tan buena moza y tan buenas carnes como siempre.

La vista de esta mujer me hizo en el corazon tal impresion de angustia, que me pareció que la estaban chocando. Recordé mis tiempos felices, me pareció estar al lado de mis padres y creí que veía á Maria sonriéndose con su mansedumbre de luz de esuzella. Luego se presentaron patentes todas mis desventuras y humiliaciones. En seguida cruzaron ante mis ojos los cadáveres de todos mis amigos sacrificados por la justicia, pareciéndome que el de Petrona me pedia venganza. Me ví solo en el mundo, pobre, miserable y condenado á andar defendiendo mi cabeza.

Me ví al azote de la justicia, la carne de látigo, y senti levantarse en mi corazón, como un huracán, todo el ódio y el veneno que en mí habia engendrado tanta infamia.

—Ah! pensé, no puedo haber piedad para esta gente. Todos los que caigan al alcance de mi vista, deben caer también bajo mi puñal. Si no hiciera esto, llegaría á despreciarme yo mismo.

Me acerqué de nuevo á la puerta y miré hácia adentro.

Agustina me favoreció mejor que nunca, y resolví tomar una venganza contra Barragan, desesperando de celos primero, y mándolo en seguida.

El gato habia concluido y mientras las mujeres se sentaban, los hombres se acercaban á la mesa donde se apeaba el soldado mamboretá, y allí echaban cada trago como un charco.

—Con éste pensé por mamboretá, no hay que contar; de consiguiente no queda más que el mulato. Mientras yo pelée con éste, Barragan no se ha de meter, por lo mismo que no se metió antes, y así, una vez que le caiga al justicia, puedo maniobrar con Barragan. Ahora, si Barragan se metia á ayudar al mulato, la empresa se hacia más difícil, pero de todo modo no imposible. De todos modos era preciso andar vivo con el mulato, cuyos puños eran de primer orden.

En momentos en que el bastonero iba á nombrar parejas para una pieza, abrí la puerta y me colé como Pedro por su casa. Tenia la seguridad de que el italiano no me echaria, porque, aunque no amigos, por lo ménos, éramos conocidos.

—Dispense, amigo, dije, si me meto donde no me han aquí llamado, pero come he visto baile no me he podido aguantar, «y estoy porque he venido.»

Parece que el recuerdo de esta aventura causaron un placer íntimo en el espíritu de Vega, pues á medida que narraba, sus facciones, se animaban, brillaban sus ojos como áscuas y su boca se estiraba á impulsos de una sonrisa picaresca.

—Todos, prosiguió, me miraron á un tiempo, siendo Barragan el primero que dejó escapar esta exclamacion:

—Santos Vega!

—Santos Vega, fueron repitiendo los que me conocian, y el mayor asombro se apoderó de todos.

—No hay porque asombrarse, dije, pues es la cosa más natural que yo caiga á un baile; pero si estorbo, me iré y será lo mismo.

El mamboretá quedaba muy cerca de la puerta, quiso llegar hasta donde yo estaba, pero la mona podia más que él. Dió un traspió del diablo y quedó estirado largo al lado de la mesa.

Al asombro causado por mi presencia; se sucedió una risa como cosquillas. Entónces el mulato, no muy sereno, tampoco á causa de lo que habia bebido, se me acercó y me dijo:

—No se vaya Santos Vega, que tenemos algo que hablar los dos. Casualmente hace dias que lo andaba buscando. Como yo conozco á fondo lo que es gente de justicia, desde que se me acercó el mulato tomé mis precauciones para evitar una sorpresa.

No tardé mucho en felicitarme de las precauciones tomadas, pues no bien acabo de hablar cuando me largó un sopape, que si me agarra me hace en la boca un puchero de muelas. Ahí no más me tendí al suelo rápidamente, y me levanté con el puñal en la mano.

Ya el mulato me esperaba con el sable pronto y en actitud de partirme por el medio.

El bochinche fué entónces de lo más grande que se haya visto nunca. Las mujeres dispararon y los hombres hicieron cerco, porque aquella pelea era bastante tentadora.

Aprovechando un momento en que el mulato parecia un poco indeciso, miré de rabo de ojo á Barragan, para colegir lo que él podia esperar.

Barragan, pálido e sombrío, no se habia movido; parecia no estar dispuesto á tomar vela en aquel entierro.

—A pelear al campo, bocas de musas, gritó el italiano, tratando de evitar el encuentro; no me armen bochinche adentro, que no hay necesidad de asustar las mujeres.

—Tiene razon el amigo, dije yo, dando un par de brincos hácia la puerta. A mi me es lo mismo matar un justicia en la cocina que á campo limpio. Con que, á puertear amigo mulato, que para compadrada ya es bastante.

El mulato me siguió sin hacerse repetir la invitacion, creyendo que dentro de un momento seria cosa comida por él. Tanto el italiano como los demás paisanos que estaban en el baile, salieron al campo á presenciar el encuentro.

Ya he dicho el mulato era tan fuerte como un toro. Tenia unas muñecas como para deslomar un burro y manejaba el sable como una pluma.

Tal vez muchos creyeron que aquella noche seria la última de mi vida, porque con el empuje no más, el mulato parecia que me iba á hacer afiquitos.

Yo malicié desde el primer momento una ventaja en que ninguno reparó, alucinados con el cuerpazo de aquel hombre. Y esta ventaja era que mientras yo era tan liviano como una pluma, el mulato parecia más pesado que una careta.

—La cosa es no ponérsele á tiro, pensó y obligarlo á saltar si quiere herirme. De esta manera el mulato tendría que causarse antes que yo hubiera entrado en juego, y de este modo quedaba para mí una ventaja de la media arroba.

Barragan salió también, adivinándosele en la cara el deseo de que me llevara la trampa y quedara hecho asado en el asador del mulato.

—Maldición de burro nunca alcanza, pensé, diciendo:

—Vamos á ver, señor mulato, como lo pone la suerte en esta ocasion.

—Como te puse á vos, piojoso, replicó el mulato trémulo de rabia.

Y se me vino encima con el sable enarbolado. Lo que yo calculé venia á ser exacto en todo. Mientras el mulato se movia, yo le habia dado tres vueltas alrededor, obligándolo á estar como un remolino. Poco le fué el tiempo para darse vuelta, estando cuando acordó, más cansado que si hubiera hecho una jornada de cincuenta leguas.

Aquí fué donde empecé á aprovecharme con todo descanso y hasta avaricia de pegarle, pues ya dije que el pecho de aquel hombre era como mandado hacer para cubrirlo de puñaladas. Apenas habia empezado en esta nueva táctica, me le gané por la espalda, donde le pegué tal tajo, que se le crucé desde el hombro izquierdo hasta el derecho.

—Ah! hijo del diablo! gritó el mulato, tirando al aire un sablazo, que si tropieza con mi cogote, me lo corta como si hubiera sido de manteca.

Ahí no más le salí por delante y le dí una puñalada en el ombligo, cuanto para que no le fueran á salir todas las tripas y perderse la diversion.

Pero á pesar de lo divertido que estaba, era preciso poner punto final al malambo; porque se iría la noche sin que hubiera tenido un poco de tiempo para charlar con Agustina y hacer rabiar á Barragan.

El mulato juraba desesperadamente lo que no habia logrado alcanzarme con un solo golpe de sable, y se encontraba victima de unos cuantos tajos á cual más picador.

Sin quererlo yo mismo, y poco á poco, me fuí calentando de tal manera, que ya los tajos eran hachazos y los puntazos puñaladas profundas.

El mulato, entre las heridas, el cansancio y algo de la mona que le observé desde el principio, estaba completamente rendido, con gran asombro de los que creian que me habria deverado á las primeras de cambio.

Fastidiado de lo que duraba la lucha y deseando concluir de una vez, di un salto de costado tan prodigioso, que á mi mismo me asombró, y hundí al mulato el puñal en el vacío. La pucha el mulato fuerte!

Aunque la herida fué matadora y como para voltear á un novillo, el señor mulato se contentó con echar vómito de sangre por la herida y no se murió.

Yo seguí quebrándolo con cuerpeadas y uno que otro tajo hasta que la pérdida de sangre concluyó por debilitarlo, y cayó por fin al suelo, completamente á mi disposición. Antes que alguno fuera á mediar ó impedirme concluir mi obra, atropellé el mulato y le bosqué la olla con la punta del puñal.

—No siempre los grandes son los más fuertes, le dije, amigo mulato y aquí tiene la prueba.

Y sin el menor remordimiento de conciencia, ni siquiera un poco de asco, se lo metí hasta el mango.

El mulato hizo un gesto horrible. Entreabrió la boca como para lanzar un terno, y quedó tan redondo como un conejo al que han golpeado en la nuca. Y para que no estorbara, tomé el cuerpo por los pies y lo arrastré á alguna distancia, no sin un gran trabajo.

—Siempre que muere un justicia, dije á los curiosos concurrentes, es para mí un día que debe festejarse con todo género de demostraciones y bromas.

Con el permiso del dueño de casa, voy á entrar á bailar un gato con relación con la mujer más linda del baile, se entiende, si ella es gustosa.

Y me metí al baile con ánimo de cumplir lo que acababa de decir, pues realmente la muerte de un justicia era para mí un placer incalculable.

Todos me siguieron adentro, porque tenían sin duda curiosidad de saber cual sería á mi juicio la mujer mas linda del baile. Barragan entró de los primeros, temiendo sin duda que yo volviera á las andadas con Agustina, y que ésta se mostrara blanda conmigo, como en tiempos anteriores. Y el pobre no se equivocaba, pues mi intención no era otra.

Como lo cortés no está refido con lo valiente, me acerque al taliano y le pregunté si era de su gusto que yo estuviera en el baile sin haber sido invitado.

—Santos Vega hace favor donde llega, y no hay porque decirle que nó. No solo me agrada que esté aquí, añadió, sinó que aquí hay una copa para que refresque las fatigas de la lucha.

Y me alcanzó un vaso que por lo menos contenía media

azumbre de ginebra. Apenas mojé los labios en el vaso, porque no queria perder todo mi aplomo, y pasando por delante del alcaide Barragan, me dirigí á Agustina.

Ya que usted es la prenda más hermosa de esta fiesta, le dije, vengo á pedirle me haga el favor de acompañarme á un gato con relacion. Agustina miró á Barragan, que se pelaba haciéndole señas que no aceptara. En seguida se miró la punta del pié y despues de un segundo de reflexion, tomó la mano que le estiraba y se paró.

Barragan estaba como en espinas; miraba la cara de todos como quisiera pedirles opinion, y con marcadas ganas de armar una de Jesucristo padre.

Aunque desde el primer momento me hice el que no miraba á Barragan, no por esto dejaba de tenerlo bajo el rabo de mis ojos, en prevision de cualquier sorpresa.

—Un gato con relacion, guitarreros, pedí, y me fuí al centro de la sala, sonriéndome con bastante maldad cuando fuimos á pasar al lado del celoso Barragan.

Los concurrentes adivinaron que todo aquello era hecho con la marcada intencion de desesperar á Barragan. Nos rodearon por completo, y el baile empezó con la mayor complacencia de los que le presenciaban.

Agustina estaba realmente hermosa. El amor se le habia subido á la cabeza y estaba colorada como una caida del sol. Parecia que habia olvidado todos los resentimientos que podia tener y solo pensaba en lo mucho que me queria. Y estaba tan linda mi Agustina, que por un momento olvidé el objeto que habia tenido á sacarla á bailar, y me dediqué á hacerle el amor por lo fino.

El italiano que tenia alguna enemistad con Barragan, se complacia sumamente en ver lo mortificado que aquel estaba, y me guiñaba el ojo como pidiéndome que cargara la mano en los requiebros.

Lo que era el otro miliciano, dormia profundamente la tranca en el mismo sitio en que habia caido.

—Que se baile el gato! que se baile! empezaron á gritar de todas partes, y fué preciso complacer á la gente y cumplir lo prometido.

Los guitarreros empezaron á escobillar con entusiasmo y nos largamos en una vuelta que daba calor, de puro apurada.

Vino el zabateo en seguida y llegó el turno de la relacion. Por Dios que nunca he hechado una relacion tan querendona como aquella noche.

Dije á Agustina que hacia tiempo que andaba queriendo, pero que como tenia centinela y yo no conocia el santo y seña, no habia podido pasar hasta su corazon.

Llegó el turno á Agustina de contestarme, y lo hizo de tal suerte que Barragan debió bramar de ira ál escucharla. Me dijo que me daria el santo para que pudiera pasar de largo y que si el centinela no obedecia, con relevarlo estaba concluido.

Barragan no pudo aguantarse por más tiempo y saltando al medio de la sala con la cara descompuesta, agarró á su mujer por un brazo, y le dijo:

—Ya está bueno; yo no estoy dispuesto á permitir que se haga burla de mí delante de la gente. Ya se han divertido bastante, y para muestra basta un boton.

Lo que acaba de hacer Barragan era una groseria inaguantable. A ningun hombre se le viene á quitar la compañera de un brazo, sín esponerse á que lo partan como una sándia.

Agustina miró á su marido como protestando de aquel acto grosero y arrancando su brazo de la mano que lo oprimia, le dijo:

—Y para qué demontre me ha traído usted al baile, si no me va á dejar bailar con quien me dé la gana?

—Una cosa es bailar, repuse Barragan entre dos reniegos, y otra cosa es burlarse de uno delante de la gente.

Barragan podia tener razon aquella noche, pero como un justicia nunca debe tenerla, yo tomé á mi vez el brazo de Agustina, y atrayéndola á mi, le dije al alcalde:

—Amigo Barragan, cuando uno trae su mujer al baile, es para que se divierta con quien quiera. Si al marido no le gusta, aguanta y guarda para su casa ¡los reproches para no incomodar á los demás.

—Yo con mi mujer hago lo que quiero, me contestó, y no necesito consejos de nadie. Por lo pronto, yo le mando que no baile más, y San se acabó. Cuando usted tenga mujer, la gobernará como más rábia le dé.

—Es el caso que por ahora tengo mujer, contesté riendo como un loco, y mientras me caso, he resuelto gobernar las agenas. Siga no más el gato, que ya se me salen las piernas de ganas de bailar.

Y puse á Agustina en frente de mi para que se siguiera el baile.

Agustina muerta de gusto, y creyendo que la cosa iba á quedar así no más, se agarró el vestido con las dos manos y se preparó á seguir el gato.

—He dicho que no se baila más, gritó enfurecido Barragan, dando esta vez á su mujer un empellon que la sentó en el suelo.

—Yo quiero bailar con Santos Vega! gritó á sus vez Agustina, ochándose á llorar como si la estuvieran matando.

—Con quien vas á bailar esta noche, es con el diablo, dijo Barragan, ya con la cabeza perdida de furor y yédosele encima con la daga en la mano.

Ya el lance era inevitable. Barragan se habia enfurecido de manera que no retrocederia ante nada, pero no habia contado con Agustina que era una leona en toda la estencion de la palabra. Conforme vió que el marido la acometia con la cristiana intencion de carnearla, se puso de pié y estirando las manos, avanzó como si quisiera ahorcarlo.

Si se encontraban, indudablemente del choque iba á resultar Agustina muerta, ó por lo menos con las tripas de fuera. La causa se hacia doblemente simpática por mi parte, pues no solo iba á pelear contra un justicia, sinó que iba á pelearlo en defensa de una mujer.

Antes que fueran á chocar, pegué un brinco tremendo y me puse en medio de los dos, tan á tiempo, que vine á barajar la puñalada que seguramente iba á sepultarse en la barriga de Agustina.

—Me gusta más así la partida, desde que usted es quien la busca, me dijo Barragan.

Y se echó atrás, tomando todo género de precauciones. Era aquel un enemigo terrible, pues á un manejo inimitable de la daga y una vista de primer órden, reunia un valor sereno que le habia dado la fama del primer peleador del pago.

—Yo no quiero que vayan á matar à Santos Vega! gritó Agustina retorciéndose los brazos.

Pero á una guiñada que hice al italiano, éste, ayudado de otras mujeres, se lá llevaron, viniendo yo á quedar frente á frente de Barragan.

Con semejante enemigo toda precaucion era poca, y yo que lo comprendí así, tomé todas aquellas que me dictó la prudencia.

Enrollé el poncho á mi brazo y barajando el puñal, esperé el ataque de mi enemigo.

Los paisanos que comprendian el interés de aquella lucha entre cuchilleros de reputacion, se prepararon á no perder el primer incidente y nos encerraron en un círculo bastante cómodo, donde podiamos pelear hasta el dia del juicio.

En vano estaba esperando el ataque de Barragan, éste no se movió de donde estaba. Indudablemente esperaba lo mismo.

Estando los dos en esta espera, no podia haber lucha posible, así es que encorbando la pierna derecha incliné el cuerpo, y amagando una puñalada le tiré un achazo á la cabeza que si se la agarro la parto. Pero Barragan le metió el brazo con una habilidad que me encantó á mi mismo y me devolvió el golpe en una puñalada, que si me tardo un chiquito me baja las tripas.

Francamente, el tal Barragan era un enemigo con quien daba gusto pelear. Qué muñeca para tirar y que vista para barajar los golpes.

Estuvimos un largo rato sin llegarnos al pelo de los ponchos. A mi no me convenia mucho que la pelea se alargara porque sufría mi reputacion, y por lo mismo que Barragan era cosa buena staba más interesado en darle en el mate. Pero no habia cómo, porque aquel diablo se habia vuelto puros ojos para evitar todo golpe.

Por fin, recurrí á mis espedientes reservados. Amagué un hachazo á la cabeza, fingiendo irme de boca, y cuando Barragan acudió con las dos manos á evitarlo, me tendí de barriga y le metí el cuchillo, por debajo del tirador, causándole una herida como de un cigarrillo de profundidad. Ahí no más pegó el grito, y medio se quiso ir de espaldas, abriendo los brazos para buscar un punto de apoyo.

Perder aquella ventaja que habia logrado con tanto trabajo, habria sido una broma, así es que cerrando con él antes que pudiera reponerse, le endilgué dos puñaladas más, que no tenian que criticar, una bajo la tetilla derecha y otra sobre el mismo corazon.

Ahí no más cayó Barragan, soltando una maldicion más grande que un rancho. Conforme cayó me le acerqué á mirarle la cara, por si tenia necesidad que lo despacharan, pero las dos puñaladas habian sido tan maestras, que no necesitaban ayuda.

—Ay! que han muerto á mi marido! gritó Agustina, que habia estado mirando la lucha.

—No hay que aflijirse, prenda, contesté, que aquí estamos para reemplazarlo en lo que sea necesario. De todos modos usted va ganando, porque siempre pasará mejor vida de la que llevaba.

Sea que mis palabras la convencieron, sea que mi promesa de reemplazar á Barragan la alagara, el hecho es que Agustina se consoló bien pronto.

—Dispense, amigo, dije entónces al italiano, si he venido á tubar la quietud de su casa, pero cuando yo veo justicias, me pongo peor que un gato á la vista de los ratones: no me consuelo hasta haberles dado en el coco.

—Y mucha razon tiene, contestó aquel hombre, porque han hecho con usted lo que no es creible. Si no hubiera justicia sobre la tierra, las cosas andarian mucho mejor.

Con más piedad que la merecia, los paisanos sacaron el cuerpo de Barragan y lo entregaron á un amigo que lo atravesó en el caballo y lo llevó á su casa para darle sepultura.

—Lo que es yo no me voy, gritó Agustina, porque tengo miedo que mi marido resucite, y me venga á matar.

—Si el amigo lo permite, dije entónces, dirijiéndome al italiano, usted se quedará aquí hasta mañana, que yo la vendré á buscar para acompañarla.

Arreglada así las cosas me preparé para retirarme, puesto que yo habia concluido lo que tenia que hacer allí.

Al pasar por delante de la mesa donde estaba la bebida, me ví al soldado con trazas de mamboretá, que seguia durmiendo profundamente la mona.

—A éste me lo llevo yo, dije; esperaré á que se le pase la tranca y despues nos veremos las caras en el medio del campo. Estos flacuchos suelen salir muy superiores para el cuchillo.

—Ya basta de sangre, amigo, me dijo uno de los paisanos, amigo sin duda del miliciano. Este pobre diablo no puede hacer mal á nadie.

—Imposible, contesté: es justicia y tiene que morir á mis manos. Sobre la tumba de Petrona, primero, y sobre las de Serafin y Comadreja, despues he jurado no dejar con vida á cuanto justicia me caiga á tiro de cuchillo.

—Pero ese hombre está borracho, insistió el mozo, y matarlo así, no le va á dar ninguna gloria.

—Yo no he de matar así, porque no sé matar con ventaja, repuse empezando á calentarme.

Lo llevo conmigo para que no se me vaya, y mañana, cuando esté fresco, lo mataré luchando con él, como he matado al alcalde Barragan y al mulato, y como mataré á cuanto justicia se me cruce en el camino. Ahora, añadí, si me viera obligado á disparar y no tuviera tiempo de llevarlo conmigo, lo mataria así como está no más, para cumplir el triple juramento que me he hecho. La justicia, continué, me ha roto el corazon y ha pisado sobre sus pedazos sin mirar atras. Para lograr matarme se han valido de todos los medio que han podido disponer; de la traicion, del número y de todo género de madrugones. Y si yo estcy vivo es porque Dios lo ha querido así, sin duda para que limpie la tierra de esta polilla inmundada. Ya ven, pues, concluí, que yo no puedo tener piedad para ellos. pagándoles en la misma mo-

neda el mal que me han hecho. Así me lo piden desde el otro mundo Petrona, asesinada por el solo delito de amarme, y Serafin, y el inofensivo Comadreja, degollados solo porque eran mis amigos. Ah! si de un tajo pudiera yo partir el corazon de todos los justicias de la tierra, lo haria en la seguridad que no por esto habia de perder un átomo en la misericordia de Dios. El que á fierro mata, que á fierro muera.

Con semejante tirada, los paisanos quedaron plenamente convencidos de la justicia de mi causa.

El mismo que me habia pedido por la vida del mamboretá, guardó un silencio de muerto, y se retiró de allí.

Sin duda ya que no podia impedirlo, no queria vérmelo llevar. Me eché al hombro aquel apecado flacucho, y lo atravesé sobre su mismo lobuno, atándolo con su mismo maneador, que era como de seis brazadas de largo.

En seguida me despedí del italiano «hasta cuando hubiera más justicias en su casa» y monté mi alazan tomando de tiro al blanco.

—Es, que no se olvide de lo prometido! me gritó Agustina, saliendo á verme partir. Mire que de aquí no me muevo hasta que no me venga á buscar.

—En cuanto amanezca Dios y haya despenado este lagarto, dije, no vengo á buscarla, moza, aunque es chica el anca de mi pingo para llevar tanta gracia de Dios.

Me despedí finamente de todos y me alejé al tranco del alazan, sintiendo que decian:

—Pobre milico! á la fija que mañana lo dijuntean. Pero a_s fin y al cabo Santos Vega tiene sobrada razon. Son muchas la iniquidades que con él han hecho.

Venia clareando el dia, cuando sujeté la marcha del alazan á unas dos leguas de la casa del italiano. El mamboretá ni siquiera se habia apercebido de su marcha forzada, visto que no habia dejado de dormir un momento solo.

Lo bajé del lobuno y lo tendí sobre el pasto poniéndole mi poncho doblado de cabecera. No porque lo fuera á matar lo habia de dejar dormir como un perro.

Acollaré el lobuno con el alazan y me senté á pensar lo que habia pasado.

Mi corazon no me reprochaba en lo más mínimo lo que habia hecho la noche anterior. Habia cumplido con mi deber y no tenia por que arrepentirme.

Lo único que podia sentir era que el número de los soldados no hubicra sido mayor.

Así estuvimos hasta la siesta hora en que recién el mamboretá empezó á dar señales de vida desmerezándose plácidamente y dando un bostezo como un bramido. Parecía imposible que un hombre tan flacucho tuviera una voz tan gruesa.

—Qué, se acabó el baile? preguntó abriendo los ojos y mirándome sin la menor sorpresa.

—Para su compañero, repuse; ya se acabó, puesto que está descansado: para usted no ha empezado todavía.

—Y que estamos haciendo aquí? me preguntó, me parece que la ginebra nos ha traído muy lejos de las casas.

—No es la ginebra que lo ha traído, amigo, le repliqué; sinó yo, porque tenemos que ajustar una cuenta muy larga.

—No sé yo lo que deba á usted, dijo abriendo unos ojos enorme, porque ni si quiera lo conozco á usted. Sin embargo, puede decir no más, que tal vez oyéndolo me acuerde.

—Con saber quién soy basta, añadí poniéndome de pié. Yo soy Santos Vega, el que todos ustedes han dado en perseguir como si fuera una fiera dañina. Su compañero ya me pagó su parte en lo del italiano, y como usted estaba tan borracho lo he traído aquí para cobrársela en cuanto se le pasara.

El mamboretá abrió una boca como si fuera á tragarme; se puso tambien de pié y pegó un brinco como de unas dos varas de largo.

—Yo no tengo nada que ver con eso, me dijo, porque cumplimos con la orden que nos dan, y si yo fuí á buscarlo á lo de Baldomero, fué porque así me lo mandó el Juez de Paz.

Un relámpago de alegría cruzó entónces por mi espíritu. Tenía adelante de mí á uno de los asesinos de Petrona, y mi puñal aun no habia salido de mi cintura.

—Pronto, grité, haciéndolo brillar en mi mano: pronto, y á defenderse bien, porque yo no perdono. Sé que debia matarte como un perro, porque otra cosa no merece el que mata en pandilla á una mujer; pero no quiero para que nadie pueda pensar, ni aun despues de muerto, que Santos Vega mata sin peligro de su vida.

Sea que el mamboretá se convenciera que no tenia más recurso que pelear para defender la vida, sea que en realidad fuera bravo, el hecho es que sacó una larga y filosa daga y todo encorvado, esperó mi ataque.

Yo caí sobre él como una tormenta. No tenia por qué entretenerme, ni porqué prolongar la lucha con tan asqueroso bandido.

Pero la pucha! el tal mamboretá tenia un cuerpo como de goma elástica, y se me escurria de entre las manos cuando menos lo pensaba.

Cosa increíble! Aquel bicho inservible, á quien yo habia despreciado, fué el que más trabajo me dió de los tres.

Lo maté sí, porqué tenia que matarlo, pero fué despues de una lucha encarnizada, que bastante trabajó, y despues de recibir una puñalada en el brazo izquierdo, puñalada que por poco no me deja manco inservible.

Cuando ví que el mamboretá habia entregado el rosquete, lo levanté y volví á atarlo sobre el lobuno, de la misma manera que lo habia traído: Y concluida esta operacion final, castigué al flaco mancarron, que partió en un galope que daba lástima, sin duda en direccion á la querencia.

Este era el parte que de lo que habia sucedido iba á recibir el Juez de Paz.

Monté en seguida á caballo, y me fuí hácia unos pajonales que habia de allí á corta distancia, á descansar tantas fatigas con una buena siesta. Y dormí como pocas veces en mi vida lo habia hecho.

Estaba convencido de haber cumplido con mi deber y con los juramentos que habia hecho.

Mi sueño fué tan tranquilo, que cuando desperté venia clareando el dia, lo que significaba que habia dormido toda la tarde y toda la noche de un sol tiron. Ensilé mi alazan y me volví á lo del italiano á buscar á Agustina.

Le habia dado palabra, y era preciso cumplirla, aunque solo fuera para llevarla á su casa y dejarla allí. Ya que yo la habia dejado viuda, era preciso le proporcionara algun alivio.

Estaria á media legua de la pulpería, cuando me topé de manos á boca con el italiano que habia salido buscándome.

—Gracias á Dios, que lo encuentro, me dijo. Desde esta madrugada lo anda buscando, y ya me iba á volver, perdidas mis esperanzas.

—Que sucede? pregunté algo sorprendido. ¿La han muerto á Agustina? Francamente no me sorprenderia la cosa, porque parece cosa del diablo que mujer á quien yo quiera, ha de morir de mala manera.

—No se trata de Agustina, sinó de usted, amigo. Por darle solo una mala noticia no habria salido á buscarlo, pues tiempo tendria de sobra para saberlo.

—Pues vaya hablando no más, compañero, que me vuelvo pura orejas para escucharlo.

—Es el caso, me dijo entónces aquel buen italiano, que para no tener que hacer con la justicia, ni que ella se meta conmigo, como en casa se habian hecho tres muertes, conforme aman-

ció el dia me largué para el Juzgado de Paz á dar cuenta de lo sucedido.

—Bien hecho, repliqué; ¿pero que tengo que ver yo con todo eso?

—Es el caso, siguió diciendo el italiano, que cuando yo me volví, el Juez de Paz me dió los unicos cuatro milicianos que tiene, para que vinieran á buscar el cadáver del mulato y campearan el del otro soldado que usted se llevó.

—Muy bien hecho, repetí, pero hasta ahí no me importan tres pitos las cosas que usted me dice.

—No lo dudo, siguió el italiano; pero la cosa es que los cuatro soldados están todavia en casa y no se van á ir hasta despues de la siesta.

—Dios le pague la buena noticia! grité entusiasmado. Cuatro y tres siete: en un solo dia habré hecho como por todos los de la semana, á uno por dia. Y ya me tantié el cuchillo en la cintura, preparándome para despachar á los cuatro recién venidos.

—Alto ahí, que ese no es el trato! me retrucó el italiano. Si yo le he traído el aviso, es para que no fuera á caer entre ellos como zorro en una trampa, pero no para que vaya á sorprenderlos valiéndose de mi aviso. Esto no seria decente, y mi juego es limpio con todo el mundo.

—Bueno, contesté, pero yo no puedo perder la bolada de almorzarme un par de justicias.

—Ya sabe, amigo, que es juramento que tengo hecho, y que he de cumplir estando vivo.

—Sí, me replicé; pero yo no puedo hacer una traicion tan fiera, ni esponerme á que me crean su cómplice en estas cosas. Vea que yo soy comerciante, y acuérdesese lo que sucedió por mucho menos á su amigo Serafin, que Dios tenga en su gloria.

El italiano tenia razon en lo que iba diciéndo que ya estaba yo medio descompajinado y sin saber que partido tomar.

—Hagamos una cosa, me dijo entónces el italiano. Yo me vuelvo á la pulpería comæ si viniese de recoger mis animales y les aviso que usted viene llegando como á media legua di distancia. Si ellos quieren esperar, no podran culparme de nada, y si nó, tienen tiempo de ponerse en fuga, agradeciendo el aviso. Si se quedan, usted llega al rato y puede haccr lo que quiera. Si salen y le conviene el partidos, los atropella en el campo y viene á ser lo mismo. De esta manera no pierde usted lá bolada y ellos no pueden reproçarme la menor cosa.

Encontré bastante justa la proposicion del amigo italiano y la acepté.

Yo debía quedarme allí hasta que él entrara á casa y ponerme recién en camino.

Deseándome la mejor suerte, el pobre se puso en marcha á media rienda y yo quedé cinchando mi caballo, por lo que pudiera suceder.

Cuando ví que el italiano se apeaba, monté en el alazan y me puse al galope, decidido á dar fin con aquellos cuatro justicias, últimos que quedaban de la antigua partida.

Pero apenas habria tenido tiempo el italiano de decirles que yo iba, cuando los ví asomarse á la puerta y divisar el campo.

— Se preparan, pensé, pero no saben los pobres lo que va á sucederles.

Pero, que engañado estaba! Para lo que los hombres se preparaban, era para disparar, y disparar de lo lindo.

Conforme vieron que apuraba el caballo, salieron como mancarrones chúcaros que ven abierto el corral, atropellaron á los caballos, y saltaron por el aire echando á disparar como aves-truces, cada uno con rumbo distinto.

Yo le bajé tambien la mano al alazan y pasé por delante de la pulpería como alma condenada. Pero los diablos me llevaban una delantera bárbara y castigaban á sacar las lonjas.

Si hubieran ido juntos la persecucion hubiera sido más segura, pero desparramados como iban, me hicieron vacilar. Pensar en tomar los cuatro, era fantasia.

Eché entónces el ojo al que me pareció el peor montado, y detrás de él me solté vendiendo diablo. Pero, como corria aquel condenado!

Por mucha distancia que les hubiera quitado, siempre me llevaria ésta unas cinco cuadras. Me desprendí de la cintura los dos pares de bolas que siempre llevo conmigo y enterré las espuelas al alazan que se estiró lo más que pudo.

Como á legua siguiente se me alivió el corazon, porque lo tuve á tiro de bolas. Lo que es á los etros, ni el polvo se les veia!

En momentos que el milico, sintiendose alcanzar, daba vuelta la cara, revolí las bolas y se las tiré á las patas del caballo. Y erré aquel tiro tal vez por la misma ansiedad con que quise atarlo.

El alazan se iba medio queriendo aplastar, lo que era señal indudable que el otro caballo no podia aguantar una sola quadra más. Revolí el otro par de bolas con tan buen pulso, que estas fueron á atarse en las manos del mancarron, haciéndolo hocicar y tirar el ginete como á un tiro de lazo de distancia.

El pobre comprendió que le llegaba su hora, y se paró sa-

cando un sable todo lleno de orin y melladuras, dispuesto á defender el pucho de vida que le quedaba.

Hasta las hormigas dan vuelta la cabeza para morder el pié que las va á aplastar y aquel miserable buscaba medio de conservar la vida á tanto apegado estaba á pesar de comprender que todo lo que hiciera seria inútil.

Era tal su cara de angustia y desesperacion, que hubo un momento en que sentí conmoverme, hasta el punto de tener tentaciones de perdonarle la vida. Pero pensé que aquel no era un hombre sinó un justicia, y echando pié á tierra y avancé sobre él con el cuchillo en la mano.

—No me mate, amigo, me dijo, que tengo mujer é hijos á quienes hago falta, pero sin ceder en su actitud amenazante.

—Los justicias no tienen nada de eso, contesté, porque no tienen corazon. Al avio, compadre, y eche la despedida, porque no habrá palabra capaz de ablandarme. Lo único que siento es que se me han ido los otros tres.

Y cerré con él á puñaladas, sin guardarme, porque el miedo habia embargado su accion de tal manera, que no tenia fuerza ni siquiera para conservar el cuchillo en la mano.

Aquello no duró ni lo que dura una humada de cigarro. A los tres ó cuatro golpes el miserable cayó con el corazon partido y sin tener el consuelo siquiera de haberme dado un poco de trabajo.

Y despues que lo ví muerto, me dió una profunda lástima; pero me acordé de Petrona, de Serafin y del pobre Comadreja, y se me quitó la lástima como con la mano.

Tan cansado estaba mi pobre alazan, que no me atreví á montarlo. Lo tomé del maneador y lo llevé tirando más de una legua. Monté en seguida muy al pasito, regresé á la pulperia del italiano que se puso á echar una gruesa de sacramentos así que supo lo que habia hecho.

—Por Baco, dijo con mucha gracia; á este paso no va haber quien quiera hacer justicia ni por un queso.

Conforme desmonté y hube desencillado, despues de pedir permiso al italiano, me atropelló Agustina con mil cariños, preguntándome cuando la llevaba.

—En cuanto descanse yo, hermosa, contesté. y descanse este buen mozo de alazan, que ha hecho una azafia que vale un mundo.

Y hazafia habia sido realmente; pues aunque el milico montaba un caballo bastante inferior al mio, la distancia que me habia sacado era mucha, y solo habia de salvarla un plingo de mi flor.

El italiano me dió una brazada de pasto de la que hubieran podido comer dos mancarrones.

Pero agatas fué suficiente para que el mio se *enyenase*. Tambien el pobre no siempre podia pescar la bolada de comer á su entero gusto.

Mientras el alazan comia, Agustina se me durmió al oido con un millon de quejas porque tanto habia tardado. La pobre estaba ganosa de mi amor hacia ya un largo tiempo, y como ya una vez le pasó el chasco de María, se había vuelto desconfiada y tenia poca fé en mi palabra.

—Cref que no ibas á volver, me dijo, y ya me habia puesto con ganas de llorar.

—No tengas cuidado, prenda, contesté que al fiudo no he matado á Barragan. Ahora te llevo á tu casa como una reina. Allí iré yo siempre á visitarte, y tanto he de hacer que nunca te has de arrepentir de haberme querido.

—Sí, dijo, pero has de vivir allí para no separarte nunca.

—Yo no puedo, Agustina, contesté, permanecer mucho en un hogar sin comprometerlo; y si no, ahí tiene el ejemplo lo que pasó en la pulperia del pobre Serafin. Si yo viviera allí de estable, los milicianos habian de bombear el rancho, y tanto habian de hacer, que al fin y al cabo un dia te agarrarian sola y harian una iniquidad.

—No creas, me contestaba Agustina, plenamente convencida de lo que decia; con la gaucha de Santos Vega no se meten todos los justicias de la tierra. Te tienen más miedo que á Dios, y sinó ya lo ves lo que ha sucedido esta mañana.

Para convencer á una mujer, es preciso pedir emprestada al diablo un poco de paciencia con caballo de tiro. Para reducirla á la razon, cuando no quiere convencerse de una cosa, no se lógra esto ni con doscientos cuartas de bueyes. Yo, que sabia esto, porque tengo muy estudiada á la muger, consentí en todo en aquel momento, aunque firmemente decidido á hacer despues lo que me diera la gana.

Como el italiano era mozo fino, y me habia convidado con cuanto tenia en su casa, la conversacion se hizo general durante el dia.

—Siento mucho, amigo, le dije, haber comprometido su casa con lo que he hecho, pero le prometo no volver á poner los piés en ella.

—Al contrario, dijo, me hará un favor en volver, porque creyéndolo aquí, no abré justicia que se atreva á desmontar en mi casa; y como ellos solo sirven para pedir fiado y no pagar nunca

un servicio hacen con no venir. De todos modos, concluyó, yo he cumplido con ellos avisándoles que usted venia y nada tienen que echarme en cara. Le pido, pues, que venga de cuando en cuando; con eso los acaba de ahuyentar, que si algo dicen alguna vez, yo me disculpo con que á usted no lo ha podido ni la misma partida, siendo necesario hacerle el gusto en todo.

—Si no hay como mi Santos! interrumpió Agustina que de pura satisfaccion no cabia en el vestido. Pueden dar gracias que no se le ha ocurrido ser Juez de Paz, que si les ocurre no hay quien se lo quite de la cabeza hasta haberlo conseguido.

—No seas infeliz, Agustina! le dije. Como iba á meterme á justicia! Ni por todo el oro del mundo haria yo semejante cosa!

El dia se pasó en una alegre charla. Agustina queria irse á cada momento; pero yo le hacia observar que el alazan no podria con semejante carga, y se resignaba á esperar, aunque con un humor de todos los diablos. Tanto molió, y tanto dijo, y tantó llerisqueó que el italiano ofreció prestar caballos, oferta que aceptó en el acto, aunque yo hice presente que al otro dia podiamos ponernos en camino en el alazan. Fué preciso hacerle el gusto para librarnos de sus lloros, y aceptar los caballos del amigo italiano.

Así es que con el fresco de la noche y el alazan de tiro, nos pusimos en camino hácia la casa del finado Barragan, que á esa hora estaria ardiendo en los infiernos en el gran fogon destinado á los justicias.

Llegamos al rancho, que encontramos en el mismo estado que lo dejaron ellos para venir al baile del italiano.

Allí estaba el apero de lujo de Barragan y sus aseadas prendas. Su caballo parejero estaba atado allí mismo en su estaca, y cuando más á cuatro varas del rancho.

Algunos previstos, y gente que conocia ya la desgracia del alcalde Barragan, se abrieron humildes á nuestro paso, saludando á Agustina, que, prendida á mi tirador, caminaba con mas soberbia que una reina.

—Ahora todo esto es tuyo, Santos Vega, me decia; todo esto conmigo á la cabeza, y otras muchas cosas que te mostraré mañana.

Y aunque decidido á echar al diablo todo aquello, por el momento que callaba, porque sabia que contradecir á Agustina habria sido para peor. Lo que pasó entre nosotros aquella noche, lo paso por alto porque ustedes se lo imaginarán mejor que yo.

Al otro dia Agustina se consideraba más feliz que nunca, y se volvia puros proyectos para el porvenir. Decidido á contentarla

por el momento, puesto que lo estaba tambien á abandonarla. Yo no amaba á Agustina, ese mismo cariño que ella tenia por mí, el matador de su marido, me causaba un disgusto invencible. Hubiera preferido hallarme á veinte leguas de distancia de aquella mujer, á quien en otro tiempo tanto arrastré el ala y abandoné por otra. Tres dias y tres noche pasé en aquel campo, esperando que se restableciera del todo mi alazan, tratado á cuerpo de ~~go~~ bierno, pues Agustina le quitaba al parejero del finado por darle á él.

—Tomalo al parejero, me dijo, Barragan lo tenia por una gran cosa, y llevándolo de tiro, para un aprieto puede servirte muy bien.

—Sí, de estorbo, dijo rechazando el presente. Y esto que te digo tiene su razon, que te voy á dar para que no echés mi negativa á soberbia. Como el alazan es un caballo tan gaucho y tan corredor, no hay pareja que le venga bien, así es que si yo llevara ese de tiro, tendria que ir sujetando el mio, para poderlo acompañar.

A los tres dias empecé á hacer mis preparativos de marcha.

—Qué, te vas? me preguntó Agustina mirándome fijamente.

—Ya lo creo, repuse con gran naturalidad; qué crees que voy á pasar mi vida sentado en la cocina tomando mate? Yo tengo que salir á recorrer el campo y dar en el coco á los justicias que vaya encontrando. Otra cosa, Agustina, seria pedir y prometer lo que no se ha de cumplir.

—Pero volverás? preguntó con aire de duda.

—Volveré para estar otros cuantos dias y volverme á ir para volver á venir. Esta es la vida que llevo, y la que llevaré sabe Dios hasta cuando.

Y con mil promesas de cariño y de volver más pronto de lo que habia prometido, Agustina me dejó marchar sin ponerme ningun otro obstáculo. Y me fuí de allí decidido á volver á los pocos dias, para confiarla más á Agustina y perderme para toda la siega en mi segunda salida.

Durante cinco dias con sus correspondientes noches, anduve vagando por estancias y pulperias en demanda de justicias á quienes basurear, pero no pude dar con ninguno de ellos. Estaban completamente corridos, y no habia esperanzas de que volvieran á asomar el bulto en ninguna parte, por el momento al ménos.

Y era cosa de verse, entrar á una casa de negocio y preguntar si habia justicias, como quien pregunta si hay pan fresco, ó maní tostado. Yo me habia convertido así en el justicia de los justicias. Les tocaba ahora á ellos el huir cielo y tierra de

mis persecuciones, pues el que cayera en mis manos, con toda seguridad podia contarse por muerto.

Volví á lo de Agustina sin haber hallado un solo miliciano. O habian dejado de ser justicia, ó les habia embargado el miedo en el Juzgado de Paz.

Agustina que no me esperaba tan pronto, me hizo un millon de agasajos. Pero, no sé por qué, mientras mas cariños me hacia, ménos pude tragar á aquella mujer. Todo en ella me fastidiaba, al extremo de ponerme de mal humor, y eso que, ya he dicho, era bastante hermosa, viuda, y algo mia por afinidad, pues Barragan habia dejado una buena fortuna.

Agustina volvió á hacerme mil proposiciones de que me quedara allí á disponer de todo el único dueño, pero rechazé, como siempre, todo ofrecimiento.

Si yo me quedara allí hecho cargo de todo y mandando como dueño, lo primero que hubiera pensado la gente, es que yo por interés habia matado á Barragan, y ésto, no me convenia nada.

Decidí, pues, mandarme mudar de lo de Agustina para siempre. Con esto propósito metido en la cabeza, le dije una madrugada:

—Mira, Agustina, mañana me voy á ausentar por unos cuantos dias; me han avisado que andaban varias justicias en busca de un asesino, segun dicen, y yo voy á ver si les salgo á la pasada.

Agustina lloró un poco y me rogó que me quedara, porque podia sucederme una desgracia; pero habituada ya á conocer el género de vida que yo llevaba, muy pronto se consoló, limitándose únicamente á rogarme volviera pronto y no la tuviera pensando.

Si Agustina hubiera sido pobre como yo, hubiera vuelto allá cada tanto tiempo á verla en pago de su cariño; pero Agustina tenia bastante hacienda y no habia porque hacer hablar á la gente.

Me arreglé, pues, como para una campaña larga, y me despedí de Agustina, que me pidió dos cosas. Que no me espusiera á los peligros y que no tardara en volver.

A todo esto el alazan estaba como nunca, desde que salió de la estancia de mi padre.

Habia comido bien y descansado mejor todo el tiempo de mi estadia en lo de Agustina, siendo cuidado con las mismas manos de la moza, que se miraba en él, sabiendo lo que yo lo estimaba.

A pequeñas jornaditas, pues no habia porqué apurarlo, me revisé unas cuantas pulperías, pero sin resultado alguno. Parecia que la justicia se habia concluido en Dolores.

—Pues señor, no hay remedio, me dije un día. Así como ellos cuando no encuentran en pulpería al gaicho que buscan, van á atraparlo á su madriguera, es preciso que yo haga lo mismo y vaya á buscarlo á su cueva. Es el único medio de conseguir verles la cara y tantearles el bulto.

Resuelto á hacerlo así, empecé á tomar las noticias indispensables para no errar el golpe ó caer en alguna trampa.

La partida no se habia remontado.

La bajas causadas por mi no se habian repuesto, y en el Juzgado solo quedaban tres ó cuatro soldados, que de puro haraganes no se iban, aunque de nada servian, puesto que no querian moverse del Juzgado de Paz.

Muchos de los paisanos que me dieron noticias referentes á la partida, querian presenciar lo que iba á hacer, y se ofrecieron á acompañarme. Ni por un queso! yo no admitia compañía siempre que se trataba de ir á pelear con la justicia.

—Pues iremos de mirones, me dijeron, que eso no te puede resentir ni ofender.

Y como quien va á una fiesta de carreras, en grupos de tres ó cuatro, los paisanos se largaron en direccion del Juzgado, á largas distancias unos despues de otros, para no dar que desconfiar.

Así una madrugada arreglé bien mi alazan, y calculando caer al Juzgado á eso de la siesta para tomar á la gente más confiada, me puse tranquilamente en camino.

El día era hermoso y convidador.

En todo el camino fuí encontrando grupos de paisanos, campados unos y en marcha los demás, para el Juzgado. De todos aquellos grupos me saludaban voces amigas, deseándome toda suerte de felicitades. Parecia que en vez de ir á dar de puñaladas, fuese yo á correr algun parajero de mentas que tuviera muchos partidarios.

Estaba el sol más picante que un ají cumparí, cuando llegué al peladar que habia sido la estancia de mi padre. Parecia aquello hubiera sido tolderia de pampas, lo que en aquellos momentos solo era nido de caranchos y guarida de toda clase de animales.

Al pisar aquellos campos, todas las llagas de mi corazon se renovaron. Recordé de nuevo los tiempos de mi felicidad y de mis amores con Maria.

Todas las desventuras que desde entónces habian llenado de amargura mi alma se agolparon á mi memoria, y sentí levantarse en mi corazon una terrible sed de venganza.

Ero lo que necesitaba para cumplir la intencion de aquellos úl-

timos tiempos de mi vida pasar á cuchillo todo lo que [fuera justicia ó tuviera que ver con ella.

Yo habia ido con el propósito de darle por despedida una vuelta de lazazos y alguno que otro golpe de talero. Pero al recordar las infamias que conmigo se habian hecho, sentí la necesidad de matar, de matar sin piedad á todos los que allí encontrara, haciendo en el Juzgado algo parecido á lo que ellos habian hecho en la pulpería del pobre Serafin.

Cuando el calor de la siesta se hizo más riguroso, llamé un muchacho que andaba cerca de mí y lo mandé al Juzgado. Con el pretexto de preguntar cualquier cosa, él debia fijarse en donde estaba la gente y lo que hacia, para, segun informes, caer yo á galope seguro.

Poco tardó en volver mi comisionado.

—Lo que es los milicos, me dijo, estaban durmiendo la siesta en el galpon de los peones con algunos de estos. Deben haber estado jugando, porque al lado del fogon hay un juego de naipes y una limeta vacia. Lo que es el Juez de Paz y el escribiente, deben estar durmiendo adentro probablemente, puesto que no se les vé por ninguna parte.

Aquellas noticias eran de lo mejor que yo esperaba. Un solo inconveniente me detenia, y este era el resolver por donde tenia que empezar. Si empiezo por el Juez de Paz y el escribiente, pensé, me van á sentir en el galpon y voy á perder el golpe á los milicianos, que se pondrán en fuga; si los ataco á estos primero, me sentirán los otros y escaparian tambien. ¿Qué hacer para poder agarrarlos á todos juntos?

—Que sea lo que Dios quiera! me dije despues de un rato de meditacion, y montando al caballo me dirigí al Juzgado.

Ni un solo viviente en pié se veia por ninguna parte! Enderecé al galpon, donde entré á caballo pisando á los que allí estaban tendidos durmiendo. Con el tropel y unos cuantos rebencazos, peones y milicos estuvieron de pié en un momento.

—Arriba, maulas! que aquí está Santos Vega á darles el buen dia! les grité; y sin darles tiempo á volver del asombro que se apodera del que despierta en medio del peligro, los atropellé cuchillo en mano, cuidando de no herir sinó á los milicianos.

Tanto estos como los peones empezaron á ganar el campo perseguidos por mi, que los heria de una manera implacable.

Así que salieron afuera dando terrible gritos y vieron al paisanaje que semejante á un *malon* rodeaba el Juzgado, creyendo que habia invasion de indios, se lanzaron en fuga en el más espantoso desórden.

Pero mal heridos unos, embargados por el espanto otros y perseguidos por mí todos, poco pudieron andar. Los acuchillé por la espalda, mientras los peones huían despavoridos con tal brusca manera, que los tres ó cuatro milicos que eran, quedaron tendidos en el suelo.

A aquel tropel infernal asomaron las narices el Juez de Paz y el escribiente, con unas cara de agonía que daba lástima.

Conforme vieron de que se trataba, se metieron adentro nuevamente, y á sus gritos de ospanto siguió el ruido de las puertas que cerraban con estrépito.

Conforme los ví asomar, atropellé á la puerta, pero el miedo anduvo más listo que las ganas de matar.

Por más á prisa que acudí, ya la puerta se habia cerrado trancada por los cerrojos, que eran como de Juzgado, es decir, de los más gruesos. Forzar las puertas era imposible, y convencido de ello ni siquiera lo intenté.

Revolví el caballo y me dirigí á otro lado, pero no quedaban enemigos con quienes pelear.

El desparramo habia sido completo. Muchos de los peones del establecimiento habian salido puerta afuera, pero los demás, comprendiendo que con ellos nada tenia yo que hacer, se quedaron á mirar con profunda lástima los cadáveres de los estinguidos milicos.

—Dónde está el resto de la partida? pregunté al que me pareció el capataz.

—Con el resto acaba usted de dar fin, paisano, me contestó aquel. Ya no quedaban más que esos cuatro pobretes que esta siesta estaban hablando de *salirse*, y ya vé usted el fin que han tenido. De todos los que eran hace poco tiempo, no quedan, que nosotros sepamos, más que el teniente alcalde Grigera, que vive en la pulpería del Pajonal.

—Pues con él me entenderé luego, concluí, pero antes de irme de aquí, quiero que ustedes sepan una cosa. Yo no he venido aquí á matar gente indefensa, ni por el placer cobarde de ver boquear á un cristiano. No he venido tampoco á buscar camorras al jefe, por tirármelas de guapo y de pelear contra muchos. Yo he venido aquí á vengar á todos los amigos que la justicia asesinó de la manera más cobarde. He venido á vengar á Maria, que quien sabe el rumbo que ha corrido, á Petrona y al más fiel servidor de mi padre, asesinados entre todos ellos, y á Serafin y Comadreja, degollados y robados por la justicia; y finalmente, á vengar mi fortuna saqueada, mi miseria presente y mi desgracia futura, porque en el camino donde la justicia me empuja, sabe

mi Dios á donde iré á concluir. Si alguno de ustedes cree que yo he hecho mal de obrar así, puede decirlo con franqueza. Quiera Dios que nunca tenga que sacar mi puñal contra un paisano, pero el que crea que no he obrado bien, dígalo y me tiene á su disposicion.

Ninguno contestó á mis palabras, lo que queria decir que yo tenia razon, porque no era de suponerse que entre tanto hombre duro no hubiera uno capaz de tomarme la palabra.

—Caballeros, concluí, despues de esperar una respuesta en vano, pueden decir al Juez y al escribiente que no la lloro perdida, que algun dia nos hemos de topa y entónces arreglaremos todas las cuentas. Entre tanto pueden ir rezando per el alma del teniente alcalde Grigera, á quien me voy á buscar ahora mismo.

Y me puse en marcha al tranquito, para conservar mi caballo lo más que pudiera.

Al pasar por entre los paisanos que habian ido á curiosear la cosa, estos se abrieron para dejarme pasar. Entónces detuve al alazan y les dije:

—Ya saben, compañeros, que yo no busco cuestion con ninguno, porque todos son mis amigos. A la pulpería del Pajonal, yo no he de llegar hasta mañana á la noche, porque no quiero apurar mi caballo. Si Grigera se hace humo, es porque alguno se habrá avisado que yo voy, pues él no es adivino. Entónces, el que me haya hecho esta mala jugada, juro á Dios que será tan mi enemigo como cualquier justicia y que tendrá que pelear conmigo, porque yo sabré obligarlo.

—Vaya con confianza, me dijeron algunos, que la causa de Santos Vega es la nuestra, puesto que el pelea por los derechos de todos.

Con esta seguridad me puse en marcha al tranquito, yéndome á descansar á la poblacion de Agustina.

Yo no pensaba haber vuelto de allí en mi vida, pero aproveché la circunstancia de tener aquella noche de más, para despedirme de aquella mujer que, al fin y al cabo, todo lo que habia hecho fué por cariño á mi.

Agustina, que no me esperaba tan pronto, por poco se puso á bailar un gato de pura alegria al verme llegar.

Aquella noche la pasamos sin pegar los ojos, conversando sobre proyectos de quedarme yo á cargo de sus intereses, proyectos que nunca habian de realizar.

A la mañana siguiente, ya sol alto, ensillé el alazan despues de haberle dado una buena racion, me despedí de Agustina y me

puse en camino, tratando de hacer lo más pausado que pude, para no llegar antes de la noche.

Empezaban á salir las estrellas, cuando llegué á la tranquera de la pulperia de Grigera. Una gran cantidad de caballos atados en todas partes, me indicó que aquella noche la concurrencia era numerosísima. Sin duda los mismos paisanos que habian ido á curiosear las escenas del Juzgado, venian á verme dar el último golpe.

Grigera, muy alegre de ver su casa tan concurrida, despachaba copa tras copas sin sospechar el motivo que habia reunido allí tanta gente

Até mi caballo aisladamente de los otros y entré empujando la rodaja de la espuela para no llamar la atención. Conforme entré, los paisanos se pusieron á cuchichear, como preparándose á no perder ni un chiquito de la fiesta.

Me dirigí rectamente al mostrador, y pedí un refresco al teniente alcalde, que me sirvió sin parecer conocerme.

Era este un hombre que empezaba á pintar en canas, como un jeme más alto que yo y con unas espaldas macucas. Su laya era de bueno y en su cintura se veía una daga que debía ser regalo de alguna moza, por lo labrado y soberbio de su empuñadura.

El hombre es fuerte y con pinta de bravo, pensé. Mejor, mejor así verán que no me meto á lo seguro.

Me eché el sombrero á los ojos despues que filié bien á mi hombre, y mirando á la concurrencia como para pedirle atención, le dije:

—Amigo, ahorremos palabras ágras é insultos, que están de más cuando se habla con franqueza.

Grigera me miró fijamente arrugando la frente, y con la insolencia general del justicia me contestó:

—Si está divertido, amigo, puede irse á dormir á otra parte, que aquí no quiero borrachos.

—Por lo mismo que no estoy divertido ni pienso estarlo, contesté con toda calma, es que le he dicho lo que ha oído. Para qué hemos de empezar á insultarnos si al fin á de ser lo mismo? Yo he venido derechamente á matarlo, y le aseguro que no me irá de aquí hasta no haberlo dejado seco á puñaladas

Probablemente era el primer hombre que hablaba de aquella manera al teniente alcalde, porque éste se quedó como si un rayo le hubiera caído encima.

—Lo dicho, amigo mio, proseguí, váyase preparando á morir como un hombre, porque el refresco que me ha servido, será el último que despache en su vida.

Grigera me miró ascombrado, y creyendo sin duda que yo debía ser algun loco ó un borracho, se sonrió y me dijo:

—Vaya que habia tenido mona divertida el amigo! Váyase á dormirla, paisano, si no quiere dormir del cogote en el cepo.

—Usted echa á broma lo que le digo, contesté cada vez con más calma, porque sin duda ignora quien soy yo. Pero sabiendo que yo soy Santos Vega y que usted es persona de justicia, estoy seguro que pensará de otro modo.

No bien me hube nombrado cuando el amigo Grigera dió un resoplido de toro, y pegó una tendida que lo hizo quebrar dos medios frascos.

—Santos Vega! exclamó sin saber lo que le pasaba, y maquinalmente sacó la daga de la cintura.

Pero poco á poco se fué reponiendo del primer asombro, y sin duda por vergüenza á los que allí habia, me dijo:

—Pues al fin vas á llevar tu merecido, salteador! ya verás quién es Grigera!

—Despacito, amigo, y no se apure, contesté preparándome al combate. Me alegro mucho de que las eche de muy hombre, porque así no me dirán que me valgo de la ocasion. Pase de este lado del mostrador si no quiere que lo vaya yo á sacar de las orejas.

—Como mostrador te voy á poner yo el alma, me dijo ardiendo ya de coraje.

Y saltó el mostrados y se me vino encima como una luz.

Juro á Dios que fué aquella la vez que con más gusto he peleado en mi vida. Grigera tenia todas las condiciones de un hombre de laya. Vista, coraje y tanta fuerza, que para parar sus hachazos tenia que meter el brazo hasta el hombro.

La pucha con el hombre guapo y duro aquel!

La primera atropellada fué una lluvia de puñaladas y hachazos que tuve que volverme cincuenta para parar, sin tener el tiempo suficiente para contestarle un solo golpe, tan apurado me tuvo. Gracias al cuerpo de caña que Dios me ha dado pude gambetear hasta que dejó de tirarme, de puro cansado.

Los paisanos debian estar maravillados tanto del ataque como de la defensa, segun las exclamaciones que lanzaban á cada golpe y á cada cuerpeada.

—Pues señor, pensé cuando Grigera se retiró como á tomar aliento. A este bárbaro no hay más que cansarlo un poco antes de acometerlo, porque otra cosa seria descubrir mi juego y cansarme yo tambien.

No habia tenido tiempo de concluir este propósito en mi pen-

samiento, cuando el teniente alcalde volvió á cargarme con más ímpetu que la vez primera, aunque á los pocos golpes noté que un brazo estaba bastante débil. Y ya iba á hacerle una tantediadita, cuando pisé sabe Dios que porqueria, se me fué el pié y caí de rodillas, teniendo que distraer mi mano izquierda en afirmarme al mostrador, pues de otro modo habia caido largo á largo.

Grigera, hombre vivo por demás, aprovechó aquel accidente, y al tiempo que volvia á levantarme me largó un hachazo a la cabeza que lo recibí como un Cristo. Medio aturdido por el golpe bajé la cabeza, pero tuve bastante tino para hacerme á un lado, de modo que el segundo hachazo que me largó, apenas me pasó rozando en el hombro derecho.

Si el hachazo que recibí hubiera sido dado al principio, me parte hasta el gafiote, pues Grigera tenia unas fuerzas de toro. Pero debilitado en los dos ataques, el golpe no hizo más que aturdirme y causarme una herida poca profunda.

Un gran clamoreo se levantó en la pulpería, que equivalia á decir: «adios, Santos Vega,» y que me hizo olvidar el escozor de la herida.

Alucinado con aquella ventaja, y deseando matarme, Grigera descubrió su pecho.

Ah! hijo de mi alma! y con que fé le tiré aquella puñalada!

Pero aquella noche estaba de desgracia y mi puñal fué á chocar contra la rastra de su tirador sin causar más daño que el golpe, que hizo á Grigera dar un grito de muerte, llevándose la la mano á la boca del estómago, porque se creyó herido.

Aquí me tocó el turno de aprovecharme, y por Dios que no lo desperdiicé. Antes que Grigera pudiese darse cuenta de que no habia sido herido sinó golpeado simplemente, ya tenia en el pecho dos puñaladas de las que nunca se curan.

Dios bendito! y qué dos gritos pegó el condenado! Conforme se sintió herido se le concluyó todo el valor que habia lucido durante la lucha y que en tan sérios apuros me habia puesto!

Se agarró el pecho con las dos manos, y empezó á gritar que me agarraran por favor, que no me dejaran matarlo.

Sabe Dios que atrocidades hubiera hecho aquel hombre durante su vida, cuando tanto horror le causaba la muerte! Confieso que al verlo acobardarse de aquella manera y gritar como una mujer despues de haber peleado de una manera tan lucida, sentí una pena profunda unida á una sensacion de asco invencible.

Aún á costa de otro hachazo, hubiera preferido verlo morir con la misma bravura que habia peleado.

—No me dejen asesinar, por Dios! seguia gritando; agarren á ese hombre, que yo no quiero morir todavia.

Por no oirlo gritar de aquella manera iba ya á ultimarle; cuando se abrió la puerta y aparecieron dos mujeres con el semblante descompuesto por el espanto.

Eran la mujer y la hija de Grigera, que habian conocido su voz y venian en su socorro.

Cuando lo vieron caido y bañado en sangre, se arrojaron sobre su cuerpo, llorando de una manera desesperada. Aquel doble llanto me conmovió á pesar mio, y guardé el puñal deseando que las heridas que acababa de hacer no fueran mortales.

Como yo sabia lo qué eran dolores y dolores causados por la muerte de un sér querido, el llanto de aquellas mujeres me sumió en una amargura desesperante. Bajé la cabeza como avergonzado y pesaroso, y quedé así un buen rato, escuchando á Grigera, que decia:

—Me ha madrugado! ha venido derecho á asesinarme y sabe Dios si no ha salido con la suya.

Aquello era infame. Yo habia herido á Grigera en buena ley, despues de haber sido herido yo mismo y delante de testigos. Sin embargo, no dije ni una palabra para justificarme.

Dejé pasar el primer golpe de dolor en aquellas mujeres, y me acerqué en seguida al herido, limpiando la sangre que corria de mi cabeza. Fué un movimiento de mi corazon, que no quise reprimir

—No se desespere, amigo, le dije, tal vez no sea gran cosa lo que tiene. Dejémé mirarlo un poco, que soy medio vaqueano para curarlas como para hacerlas.

—Por Dios! gritó el teniente alcalde, que no se me acerque! que no se me acerque, que me va á concluir de asesinar!

Y tuve que retirarme por no ensuciar las manos porque las dos mujeres avanzaron sobre mí, decididas á cerrarme el paso.

Salí de la pulperia despues de decir á los paisanos:

—Ustedes saben que si ese hombre muere, lo he muerto en buena ley y despues de haber sido herido yo mismo.

Monté á caballo y me fuí como á media legua de distancia á á esperar el dia.

Quería antes de alejarme, saber si Grigera habia muerto ó se salvaba á pesar de tener la conviccion de que cualquiera de las dos puñaladas eran mortales.

En el resto de la noche pasé en detallada revista la cuenta que con la justicia tenia pendiente. Recordé todo lo que yo habia sufrido, lo que sufrieron hasta su muerte, aquellos cuyo único

delito fué tener por mi un poco de cariño ó amistad. Conté en seguida los justicias que habian caido á mis manos y ví que todavia no habia saldado mi cuenta.

La orfandad y la miseria á que quedaba yo condenado sin remedio, no me la pagaban con su vida todos los justicias de la tierra. La vida iba á ser en adelante para mi una constante desventura, una lágrima que eternamente colgaria de mi párpados.

Y hubo un momento en que tuve el deseo de concluir con mi existencia para concluir de penar. Pero mi mismo ódio á la justicia me contuvo.

—Si yo muero ahora, pensé, será una fiesta para los jueces, alcaldes y demas polilla, porque se habrá concluido el único hombre que los tuvo á raya.

—No, Santos Vega, seguí pensando; es necesario vivir para seguir vengando y atormentando de todas maneras á tus verdugos. Tal vez Dios, concluí, no me deja rodar en vano con el corazon lleno de ánimo y el brazo vigoroso y ágil.

Me senté al lado del alazan y esperé la venida del dia para obtener las noticias que queria.

Poco antes de aclarar salió un grupo de paisanos que se dirigió precisamente del lado donde yo estaba. Los dejé llegar, y cuando estuvieron cerca de mi, como no me habian visto, les pregunté lo que habia sucedido despues que yo me fuí.

—Lo que sucede, me dijeron, es que Grigera se muere sin remedio

—Yo soy medio médico, repuso otro, y le he visto las heridas. Caramba, amigo, y que muñeca habia tenido usted! Puede asegurarle que Grigera se muere y que yo estoy asombrado de verlo vivir tanto.

—Y hay alguno que piense, pregunté, que yo lo he muerto de mala manera, ó valido de una ventaja que puede tacharse?

—Al contrario, me contestaron todos. La pelea ha sido leal y bien sostenida por los dos. Si alguna ventaja sacada de mala manera ha habido en la pelea, fué la que él sacó cuando á usted se le fué al pié y por poco cae de narices.

—Y á propósito, como vá esa herida? me preguntó el que habia dicho medio médico.

—Ahí vá, contesté, mostrando la cabeza, es un tajo en el cuero que no ha hecho más que sangrarme un poco.

El paisano se acercó á verme la herida, y se retiró maravillado.

—Caramba! dijo, yo me estaba asombrando de que Grigera pudiera vivir tanto tiempo con aquellas dos puñaladas, pero veo que usted es mucho más fuerte y sufrido. Toda la averia en la pelea la

ha hecho usted despues de su hachazo, con el que cualquier hombre se hubiera desvanecido al momento sin poder continuar la lucha.

—Y vean usted lo que son las cosas, dije á mi vez. Con tanto encomo que entré á pelear y tanto deseo que tenia de matar á Grigera, y desde que he visto llorar y desesperarse aquellas dos mujeres, siento en el alma haber muerto ese hombre. Si pudiera deshacer lo hecho, repito que lo haria á costa de cualquier sacrificio, aunque Petrona se me enojara desde su tumba helada.

—Pues no lo sienta, Santos Vega, me dijo otro de los paisanos; Grigera era un pillo de primera y un ladron como no habia otro, si se muere, como no lo dudamos, su familia, que es esa mujer y esa hija, quedan ricas á dar envidia con lo que él ha robado al paisanaje valido de la autoridad que tenia. Cuando hallaba un hombre débil, era capaz de estarle pegando tres dias y tres noches de puro gusto. Y ya vé usted, en cuanto se ha topado con un toro y á sentido la primer cornada, el hombre á pedido hasta de por Dios. El paisanaje le va á agradecer esta muerte, como el mejor servicio que podia haberlo prestado.

Aquellas palabras disminuyeron en mucho la pena que yo sentia, no por la muerte de Grigera, sinó por el dolor que esta habia causado en aquellas dos mujeres. Yo no las habia visto más que un solo momento, y sin embargo el semblante de la más jóven, el de la hija, habia quedado gravado en mi corazon.

Era una jóven como de quince años, segun pude calcular, con una belleza rara, porque participaba de la belleza del indio y del cristiano. No tenia nada de pampa, ese tipo repufiante de facciones achatadas, donde no campea un solo rasgo noble.

Era uno de esos tipos de los indios araucanos, de nariz como pico de águila, de color de cobre, con el ojo negro como un terciopelo y una magnífica manta de cabellos rubios como el oro. Yo ví llorar aquellos dos ojos como se llora en el cielo, sin duda, y hé aquí acaso el origen de la profunda pena que habia sentido.

Quien me habia mandado echar veneno en aquella alma infantil y hacer llorar aquellos magnificos ojos, que tenian todo el brillo y mansedumbre de los luceros.

Ah! la venganza es una mala pasion! Ella nos hace cometer crueldades que luego lás sentimos con un dolor desconsolador. Hablo de los que no hemos nacido para bandidos, y que no matamos por el placer de ver hundirse el cuchillo en carne agena. Mis meditaciones fueron turbadas por la voz algo aguardentosa del paisano médico que me dijo golpéandome en el hombro:

—Voy á buscar un poco de caña para lavarle la cabeza, amigo, porque eso no puede quedar así. Podria picarle cangrena y llevarselo todo el diablo.

—Un favor creo que recibiria con la muerte, repuse, porque para vivir penando así, no vale la pena de curarse.

—No ofenda á Dios, amigo, me contestó el paisano con aire muy grave, y dirigiéndose á su caballo que montó. Quien sabe si con fin preconcebido no lo ha echado á usted al mando para penar!

Y partió al galope en direccion á la pulperia.

Unos pocos paisanos, tal vez sus compaños, quedaron allí conmigo esperándolo. Los demás, gente de trabajo que andaban faltando de su conchavo, se alejaron en distintas direcciones.

Yo deseaba que el paisano volviera pronto, no por la caña con que decia que me iba á curar la cabeza, sino por saber lo que habia pasado en la pulperia, si Grigera habia muerto y si su hija lloraba mucho. Que no hubiera dado yo por enjugar aquellas lágrimas y consolar á aquella jóven hermosa entre un millon de caricias!

No se hizo esperar mucho el paisano y apenas llegó, se puso curar mi herida de la cabeza, con un cariño que no olvidaré nunca.

—Y vá mejor Grigera? le pregunté apenas echó pié á tierra.

—Tan mejor, me contestó, que lo está mejor que nosotros. Mientras hemos estado aquí de charla, el pobre ha entregado el alma. No podia suceder otra cosa, como lo dije despues que ví sus heridas.

—Y la familia estará muy triste? volví á preguntar, dominando la pena que me mordía en el corazon.

—Bastante triste, como es natural, me replicó mientras me curaba. La mujer está llorando como una criatura, pero la hija no llora. Mira á los demás con los ojos abiertos de par en par, y está prendida al cuerpo de su padre, como si en sus cariños lo fuera á resucitar.

—Desventurada! pensé entre mí: el dolor le ha embargado hasta su manifestacion más consoladora—no puede llorar!

Y mientras el paisano me vendaba la cábeza, hice un proyecto que debia poner en práctica aquella misma noche. Para no demorar más la presencia de aquellos hombres que me incomodaban, me callé la boca y me puse á fingir que dormitaba. Poco despues, y como para no turbar mi reposo, los paisanos revisaron sus aperos y se vinieron á despedir de mí, asegurándome que si ellos sentian decir que yo habia asesinado á Grigera, sacarian la cara, refiriendo detalladamente como habia pasado la cosa.

A todos dí las gracias, con especialidad al que me habia curado, asegurándole que nunca olvidaria su socorro en trance tan apurado.

Conforme quedé solo, me embosqué en donde nadie pudiera verme, y me puse á madurar el proyecto que habia concebido, cediendo al impulso más vírgen de mi corazon. Desde donde yo estaba podia observar perfectamente la pulperia de Grigera, y conocer las personas que entraban ó salian. Hasta despues de la siesta no salieron más que los paisanos á que me he referido. Despues de esta hora empezaron a salir los demás, y recien á eso de la tardecita ví á entrar á algunos que no estuvieron de los presentes cuando el lance, y que sin duda tenian noticia de lo sucedido, ó venian cayendo inocentemente.

Al anochecer, segun mi cálculo, solo habia' cuatro ó seis personas, á lo más, acompañando á la familia del difunto. Tomé mi caballo de la rienda y empecé á caminar, como si marchara á su propio entierro. Mi resolucion estaba tomada y creia firmemente que aquella noche iba á ser la última de mi vida.

Llegué á la pulperia, até tranquilamente mi alazan al palenque y haciéndole mil caricias como para despedirme de aquel [fiel compañero, pasé el escalon de la puerta y me detuve, sacando el sombrero de mi cabeza, como cuando entraba al cuarto de mi padre.

El espectáculo que se ofrecia á mi vista, era por demás imponente y lóbrego. Sobre el mostrador donde lo habian acomodado en las cobijas de su cama, estaba el cuerpo de Grigera, dejando ver las dos grandes bocas de aquellas heridas sangrienta.

Del lado de adentro, sentado en una silla y recostada sobre el pecho del cadáver como quien dormita, estaba la mujer de Grigera, cuyos sollozos lastimeros partian el alma. Del lado de afuera, de pié y prendida de los hombros del cadáver mirándolo con una fijeza aterradora y sin lanzar un lamento estaba la hija de aquel desgraciado.

Rodeando este grupo lúgubre y en posiciones más ó ménos tristes, habia unos ochos ó diez paisanos, á dos de los cuales conocí haber presenciado el lance de la noche anterior. Algunos de ellos al verme llegar se pararon, no comprendiendo, sin duda, mi presencia en tal parage. Yo debia éstar tan pálido como el difunto, pues en mi cara sentia ese frio leve que produce la falta de sangre, y mis piernas temblaban como si tuviera miedo. Al ruido que hicieron los paisanos que se pararon, la viuda de Grigera levantó la cabeza y me conoció al momento.

— Santos Vega! gritó con mscradas muestras de terror. El ase-

sino de mi marido, que viene á completar su crimen matándonos á todos.

Y se echó á llorar escondiendo su cara en el pecho del cadáver.

Aquellas pocas palabras se me enterraron en el corazon causando un dolor inmenso.

Al sentir la voz de la madre, la hija desclavó la mirada del cadáver y la fijó en mi con una espresion que no he podido olvidar. Y ví como su cuerpo se estremecia, no sé si de terror ó de indignacion.

Hubo un momento en que estuve por disparar, no pudiendo sufrir el brillo de aquellos dos ojos, pero bajé la cabeza y haciendo un gran esfuerzo de voluntad logré dominarme y permanecer de pié.

Cuando volví á levantar la cabeza, encontré que aquellos dos ojos estaban todavia clavados en mi frente, como si quisieran escu rdiñar hasta lo más íntimo de mi alma. Me sentí vacilar ante aquel dolor mudo y profundo, y avancé hasta el cadáver haciendo el último esfuerzo de mi voluntad.

—Perdon, dije conmovido, si vengo á turbar el dolor que he causado, pero una fuerza desconocida me empuja á pesar mio hasta este cadáver, y lo que es peor, á arrastrar la mirada de esos dos ojos de sol enlutado. Yo he sido el que he muerto á ese hombre, sí, pero no vengo á disculpar el hecho ni á justificarlo, aunque lo he muerto en buena ley y esponiendo mi vida contra un enemigo bravo, que me habia ya herido. No siento su muerte, puesto que á matarlo vine, pero si siento el dolor que ella ha causado, porque no tengo el corazon de tigre, ni mato por el simple placer de matar. Yo vine aquí á vengar la muerte de Petrona, una muchacha jóven como usted, moza, y á quien la vida sonreia con todos sus esplendores. Vine á vengar á ésta, que cayó bajo el sable de la justicia por el solo delito de quererme, como si el cariño fuera el peor de los crimines. Yo vine á matar á Grigera para vengar á Serafin y Comadreja, degollados tambien por la justicia y por el crimen de haber sido mis amigos. Para vengarlos á ellos ~~me~~ á mi, vine á matar á Grigera, y lo maté, pero despues de haber peleado y haber recibido de su mano una profunda herida. La venganza, niña, es un placer que consuela como cualquier otro. Yo en un tiempo tuve padres tuve fortuna y tuve el amor de una mujer tan linda como usted. Tuve amigos, fui feliz y la vida tuvo para mi todo género de encantos. Hoy soy un sér miserable y maldito, que ni el consuelo de llorar tiene, porque las lágrimas se niegan ya á venir á sus ojos. No tengo más que veneno en el alma y luto en el co-

razon. No me queda en la vida más que venganza, y me vengo allí donde encuentro un enemigo más de los que me hicieron mal. Yo queria vengarme de Grigera, pero no de usted cuya belleza me era desconocida; y ya que el destino me ha hecho enlutar su alma, vengo ahora á proporcionar á usted el mismo placer de venganza que tuve yo al matar á Grigera. El es más feliz que yo, pues su muerte la lloran su mujer y la criatura más linda que he visto en mi vida, mientras que yo moriré sin que nadie derrame una lagrima á mi memoria. Mi caballo será el único que me necesite.

Y sacando de la cintura el mismo puñal con que maté á Grigera, lo ofrecí á su hija por la empuñadura, añadiendo:

—Puede usted herir sin piedad, moza, segura de que el único momento feliz que habré tenido en mi vida, es el de morir por tan preciosas manos.

Todos quedaron absortos ante un final tan inesperado. La hija de Grigera tomó maquinalmente el puñal, sin dejar de mirarme con aquella fijeza aterradora.

Yo abrí entónces los brazos para dejarla elegir el sitio de mi pecho donde habia de herirme, pero la herida no se produjo. Mis palabras habian muerto en aquella mujer soberana hasta el germen de un pensamiento de venganza. Sus ojos, sin dejar de mirarme un solo momento, se llenaron de lágrimas y empezó á llorar tranquila, pero de una manera imponente.

Tanto dolor enternecia sin poderlo remediar.

Yo permanecí siempre con los brazos abiertos, esperando el golpe mortal que me librara de aquel suplicio desconocido, ver llorar una mujer. Pero ésta siguió llorando por un largo espacio de tiempo, siempre mirandome á la frente y siempre con el puñal en la mano en la misma actitud que me lo habia tomado.

Era tan profundo el silencio que se habia hecho en la pieza, que se podian contar claramente las respiraciones de cada uno.

Por fin, aquella criatura divina avanzó los dos pasos que de mi la separaban y volvió á poner el puñal en la vaina sujeta en el tirador á mi espalda.

—Yo te perdono, Santos Vega, la muerte de mi padre, me dijo entre un torrente de lágrimas y sollozos, porque me encuentro incapaz de vengarme despues de haberte oido hablar. El hombre que habla de esa manera no es un bandido, y dejo al destino la mision de la venganza, si es que tu acción la merece. Siento que tu palabra ha despertado en mi corazon sentimientos que no conocia. Hace un momento que no hubiera vacilado en clavar el puñal en tu pecho. Ahora encuentro más dulce el per-

donarte y desear que la muerte de mi padre, no traiga sobre tu cabeza ninguna desgracia.

—Yo quiero que usted me mate y venga de esta manera á Grigera, como yo matandolo por vengar á mis amigos asesinados. Vivir con el remordimiento de haber causado á usted un dolor, concul, seria una vida tan infame, que concluiria por quitármela yo mismo. Su dolor me ha hecho maldecir del momento en que juré vengarme.

—No, Santos Vega, yo no te mato, y léjos de hacerlo, te pido que vivas, porque quiero morir á mi vez libre de todo remordimiento.

—Yo no tengo quien me llore, repetí agonizando, porque todos los séres que me amaron en la vida han muertos asesinados.

—Te amo yo, me dijo aquella mujer; te amaba antes de conocerte, por la repeticion de tus trovas, y ahora que he visto desbordarse tu corazon en tu palabra, te amo más que nunca, aunque hoy nos aleja el cadáver de mi padre. Huye, Santos Vega, huye léjos y que al dolor de haber perdido á mi padre, no se una el tener delante de mi á Santos Vega convertido en un matador.

Era hasta donde podia golpear mi suerte despiadada!

Encontraba en mi camino una criatura angelical por cuyo camino hubiera empeñado mi alma al diablo. Hallaba la suprema felicidad de que me amara sin saberlo yo, sin conocer tan solo, y era mi propio puñal el que me separaba de ella como una nube de sangre!

Y salí de aquella casa loco, desesperado, sin poder gobernar mi pensamiento, que era entónces como una salamanca. Monté sobre mi alazan, sin ver nada, como envuelto en una neblina, y me eché á disparar por esos campos sin rumbo y sin reposo. Dos dias y dos noches anduve así vagando, sin rumbo y sin descanso, pensando siempre en la hija de Grigera y en la estrella fatal de mi destino, que tan desgraciado me habia hecho.

A la madrugada del tercer dia, sin saberlo ni tener la menor intencion en ello, caí á la «Pulperia del Pajonal» y me detuve en la tranquera.

Bajo el alero del rancho y triste como una noche, habia una mujer sentada, llorando de una manera silenciosa é íntima. Mi corazon lo habia adivinado.

Era Mercedes, la hija de Grigera.

A su vista sentí que el corazon se me oprimia hasta faltarme la respiracion. No me atreví á desmontar y quedé mirándola absorto en su contemplacion, sin atraverme á respirar siquiera, por

no turbar su reposo. Y así me estuve mirándola sabe Dios cuanto tiempo, sin que se apercibiera de mi presencia allí.

Al fin levantó casualmente la cabeza y fijó en mi mirada que era toda una historia de dolor y desventuras.

—Santos Vega, exclamó, poniéndose tan pálida como un cadáver; Santos Vega! porque vienes á ponerte en mi camino? habíamos quedado en no volvernos á ver en la vida!

Entónces desmonté sin darme todavía cuenta de lo que hacia y acercándome á aquella divinidad, le dije:

—Yo he venido, Mercedes; caminaba sin rumbo, como camino desde la noche aquella, y el destino me ha empujado por aquí como podia haberme empujado por otra parte. Yo no queria venir, Mercedes, pero tal vez tus ojos me han atraído, sin quererlo, por este lado.

Y la tomé de una mano acariciándole la manta de su cabello soberbio.

—Huye de mi, Santos Vega, huye de mi, que yo no puedo quererte! No me hagas más desgraciada de lo que ya me has hecho, privándome del cariño de un padre amante! Conformémonos con el destino, y separémonos para no volvernos á ver más. Mira que al decirte que te amaba y al privarme de estártelo diciendo eternamente he hecho un sacrificio y un esfuerzo que yo sola lo comprendo.

—Inútiles son las palabras y las razones, Mercedes, bajo el imperio del corazon, repuse; es nuestro amor el que nos junta, á pesar de todo esfuerzo de voluntad, porque no hay voluntad bastante para dominar los sentimientos que lo hacen latir, ya sea de amor ó de ódio. Así como yo he venido ahora sin saber que venia y sin querer venir, hemos de seguir amandonos apesar de todas las razones de este mundo y de todos los esfuerzos de nuestras voluntades unidas.

—Bueno, huye, repuso, y deja hacer el destino. Huye por ahora; que no te sienta mi madre, porque entónces mi vida seria una tortura eterna. Todos los dias me reprocha, que no te haya muerto cuando me abriste los brazos ofreciéndome tu pecho generoso para que lo hiciera con tu propio puñal.

—Yo moriré, dije, pero me has de prometer tu amor eterno.

Mercedes no me contestó nada, pero me miró de una manera que hizo olvidar todo mi pasado con todos sus horrores. Y salté sobre el alazan y huí verdaderamente, porque me lancé en una carrera frenética.

Pero desde aquel dia, sin quererlo ni pensarlo, vine todas las madrugadas á conversar con Mercedes. Y ella, sin querer tam-

bien y sin darse cuenta de lo que hacia, me esperaba bajo el alero, en el mismo sitio que la vez primera y la dí mis más tiernos y apasionado juramentos de amor.

Y tanto vine á conversar bajo el alero y tanto me esperó Mercedes, que por fin fué mia, á pesar de la muerte de Grigera y á pesar de su voluntad misma. El amor de Mercedes me habia recuvenecido, haciéndome olvidar por completo mis pasados infortunios y mis juramentos de esterminio contra la justicia.

Los alcaldes y justicias habian sido remontados; pero como yo no iba á buscarlos, poco empeño hacian en buscarme á mi. Como yo veia con Mercedes á la madrugada, nadie pudo sospechar ni remotamente la existencia de nuestro amor.

Pero está de Dios que todo aquello que yo amo tenga un fin fatal. Mi amor para Mercedes, fué como el contacto de un veneno lento y maldito.

Bajo el amor de mis ojos y al calor de mi alma, aquella naturaleza tan rica y tan llena de vida se fué marchitando entre mis brazos, y se fué acabando como las hojas de los árboles bajo el helado soplo del invierno. ¡Qué estrella maldecida era la mia para llevar la muerte allí donde llevaba mi amor y mi amistad!

—Santos Vega, me dijo una mañana aquella criatura divina; yo siento que me muero de una manera plácida y arrobadora. Cada dia que paso es un paso más que doy hácia la muerte. Confieso que me siento morir, porque soy feliz al amparo de tu amor pero no sé que encanto inesplicable tiene para mi la muerte! Santos Vega, añadió, yo no quiero morirme, porque no quiero dejarte. Espanta, espanta léjos de mi esta muerte maldita que me atrae con mil encantos!

En vano quise convencer á Mercedes de que aquello era un capricho de su imaginacion ardiente. En vano quise alejar de su espíritu, distrayéndolo con mil caricias, toda idea de muerte. Estaba profundamente convencida de que se moria, y decirle lo contrario era perder palabras.

—Quiéreme mucho, Santos Vega, añadió, quiéreme mucho, porque poco tiempo me queda de vida para gozar de esta felicidad suprema.

Aquella mañana me retiré con el alma helada. Y tambien estaba convencido que Mercedes se moria, porque la veia irse poco á poco, con esa suavidad y esa lentitud lánguida con que se ván las tardes de verano.

Mi amor la habia envenenado.

Desde aquella mañana, todos los dias me repitió Mercedes la misma cosa.

—Me muero, dijo, y me muero mucho más pronto de lo que crees.

Y efectivamente, como quince días después de la primer vez que me lo dijo, Mercedes murió de la misma manera que había vivido. Una madrugada que venía á verla con un júnido de tortoras entre el sombrero, fuí á estrecharla entre mis brazos, y retrocedí espantado porque había abrazado un cadáver.

Mercedes había muerto esperándome y por consiguiente pensando en mí. Se había quedado muerta con el semblante luminoso reclinado en la mano y el codo apoyado en la rodilla. A un lado había un charge de sangre. Era el vómito en que había concluido su vida, porque Mercedes había muerto tísica.

Mucho tiempo estuve arrodillado al lado de aquel cadáver, llenándolo de mis cariños más íntimos. La presencia de la madre me arrancó de mi contemplación divina, con estas palabras infernales:

—Ah bandido, que has muerto á mi hija! La has asasinado como á su padre.

Sin hacer caso de aquellas palabras, y temiendo que el dolor y la rábía me fueran á hacerme perder la cabeza, disparé á donde estaba mi caballo y salté con la agilidad de un gato.

—Adios Mercedes! adios mi alma! le grité, enviándole un beso en la punta de los dedos.

Y me lancé á la carrera, bajo la lluvia de maldiciones con que me dispidió aquella mujer desgraciada también, pues en poco tiempo había perdido un marido y una hija como un ángel.

Desde entónces me eché á rodar por el mundo sin mas amigos que mi guitarra en que desahogo mis penas, y mi caballo, en el que he puesto todo el cariño de mi corazón. Vagando por todas partes, de pulperia en pulperia y de pago en pago, muchas veces me he topado con la justicia, y mi puñal no ha quedado inútilmente en la cintura. De perseguido me había vuelto en perseguidor á muerte de los justicias, donde quiera que éstos se hallaran. No permití que delante de mí se llevara preso á ningún pobre paisano, y siempre que pude, dí libertad á los que encontré en medio del campo amarrados á la barra, ya del pescuezo, ya de un pié ó de una mano.

En las pulperías en cuyas tranquera veía caballos milicianos, me entraba con cautela, si veía por éstos que los milicianos no pasaban de dos ó tres. Si el número era mayor, me emboscaba y cuando salían los seguía, hasta que del grupo se desprendían dos ó tres. Entónces los perseguía hasta alcanzarlos, y siempre me ayudó Dios en la pelea.

No tengo por qué arrepentirme, porqué jamás he usado ventaja en ninguna ocasion. Como he peleado aquí delante de ustedes, he peleado siempre, y no tengo que hacerme, gracias á Dios, el más ligero reproche. El último soldado que maté; llevaba un potrillo siguiendo á la yegua que montaba.

Ese es el Mataco, que desde entónces me acompaña con un cariño casi humano. Yo no sé que habré tenido por ese pobre potrillo, que desde entónces no se ha despegado de mí.

Con Mercedes ha concluido para mí el amor. No sé si será porque todavía no he hallado una mujer digna de reemplazarla en mi corazón, y porque éste está aún aturdido con la muerte de aquel ángel!

Vagando así, peleando unas veces, cantando otras y llorando siempre vine á caer aquí, donde ya ustedes han visto lo que ha sucedido.

—Esta es mi triste historia, amigos, concluyó Santos Vega, historia triste y sombría, que Dios sabe donde irá á terminar. No me quejo del destino, porque el mio no era sufrir y padecer de esta manera; pero me quejo de los hombres y su justicia que me han precipitado por donde yo no queria caminar. No seria extraño que la desgracia haya venido en esta casa, porque parece que yo la llevára amarrada á mi planta. Me voy, pues, para llevarla conmigo y tratando de no dejarle aquí ni un chiquito.

Y tomando la guitarra, Santos Vega se paró en ademán de marcharse.

—Muchas gracias concluyó, por la ospitalidad recibida; si algun dia puedo algo en el mundo, no me he de olvidar de aquellos que en medio de mi desgracia me han tendido una mano amiga.

Don Cosme y ño Cipriano se levantaron como movidos por un resorte y cerraron el paso al sombrío payador:

—Yo no soy ya jóven y la daga no está segura en mi mano, dijo don Cosme, poniéndole amistosamente la mano sobre el hombro; pero ni por todas las justicias de la tierra consiento en que usted se vaya de aquí, salvo que la casa no le parezca bien. Si yo fuera lo que he sido, continuó, le pediria que se quedara para siempre, si así le convenia, y entre los dos haríamos frente á lo que pudiera venir. Pero así mismo, viejo y todo, por lo ménos un golpecito de provecho habia de poder tirar.

—Por mi parte, dijo á su vez ño Cipriano, ocultando el costuron de su ojo tuerto y empinándose el medio frasco, aunque viejo como el aparcerero, todavía me siento capaz de hacer pata ancha adonde quiera, y disputarle mi cuero al diablo. Aunque

en mi tiempo fui de averia y bastante amargo, segun dicen, me encuentro ahora medio debilitado para un compromiso y veo que de poco podria servir. Pero no le hace, por su causa me siento capaz de hacer milagros. De todos modos cuente con un amigo para lo que le gustar mandar.

—Gracias, compañeros, contesto Santos Vega conmovido. Estoy muy agradecido á lo que me dicen y ofrecen, pero no puedo aceptar, Yo sé á lo que se espone el que me protege, y no quiero acarrear sobre ustedes el peor de los males: Estar mal con la justicia.

—Por lo ménos, dijo don Cosme, quédese hata mañana, y descanse el cuerpo, que estará medio molido. Mañana podrá marchar para donde más le convenga.

—Tiene razon Cosme! soltó ño Cipriano, arrojando al campo el cadáver del medio frasco. Quédese hasta mañana, que mientras más descansado esté, podrá mejor atender sus fatigas. En cuanto el gasto que haya hecho y haga Santos Vega, agregó dirijiéndose á don Cosme, eso queda por mi cuenta.

—El gasto de Santos Vega lo pago yo, dijo Carmona de una manera imperiosa y levantándose pausadamente. El gasto de Santos Vega lo pago yo y no hay que decirme que nó, porque no vuelvo á pisar su casa, don Cosme!

—Santos Vega no ha gastado nada, y yo nada cobro, dijo á su vez el viejo don Cosme. A él se le ha brindado lo que habia pero no se le ha vendido nada. La plata pues está demás aquí.

Santos Vega miraba enternecido á aquellos tres hombres que se disputaban el placer de pagar lo que él habia consumido, y en su noble semblante se adivinaba el último placer que aquella escena le hacía experimentar.

—El gasto de Santos Vega lo pago yo, volvió á decir Carmona cada vez con más imperio, porque yo soy su hermano, y la plata de mi tirador, es plata de su tirador. No hay que decirme que no, don Cosme, porque no cedo ni á garrotazos.

Y dirijiéndose en seguida á Santos Vega, que lo miraba con creciente asombro, le habló así:

—Yo tambien he venido al mundo huérfano, porque no conocí padre ni madre. No tengo recuerdo de otras caricias que las que debo al rebenque de lonja y al lazo de los capataces. Mi corazon libre de todo cariño, ha vivido siempre indiferentes, sin ódio, pero sin rencor para nadie. Ha habido dias en mi vida en que hubiera dado cuanto poseo, por el cariño de una madre ó el abrazo de un hermano. Entónces sentia latir mi corazon de otra manera, y comprendia que él estaba en el pecho por algo más de lo que á

mi me servia, pero no podia atinar con este algo más. Siempre que he visto un hombre herido ó desgraciado he sentido mucha lástima y me han dado como gana de llorar. No hay sacrificio que no hubiera hecho por aliviar la agena pena. Pero una vez léjos del objeto que me hacia experimentar aquella especie de pena, volvía mi corazon á caer en su indiferencia [habitual y ya no pensaba más en ellos. Así he vivido siempre entre los rebencazos del corral y las jaranas de la pulperia, hasta que fuí hombre y me libré de los primeros, llevando una vida más á mi voluntad. He estado oyendo su historia, porque me entretenia al principio; pero cuando usted á empezado á contar sus penas me he sentido las manos mojadas por las lágrimas de mis ojos y mi corazon ahogado; como si una mano me lo estrujara hasta reventarlo: Y á medida que usted contaba, sentia que mi corazon no estaba al-cuete en el pecho, y que cada uno de sus latidos me hacia sentir cosas nuevas y hacia nacer un cariño que jámas tuve por nada en este mundo. Yo no sé lo que es cariño de hermano, porque nunca lo he tenido, ni tengo más idea de los diferentes cariños, que los que usted ha pintado tan lindamente. Siento, despues de haberlo oido, que yo lo quiero como hermano, como hijo y como todo. Hay una fuerza que me empuja hasta usted y me inspira estas palabras: «Santos Vega, yo quiero ser su hermano y partir « mi vida con la suya, sus peligros y sus desventuras. Desde hoy « en adelante no nos separaremos ni una pisada, ni dejaremos de « querernos un solo minuto. Usted será mi familia, mis amigos « y mi compañero. Yo seré para usted todo lo que ha perdido, « aumentado con el corazon de Carmona, que late por primera vez « en la vida del cariño. »

Y al concluir el jóven paisano tendió sus brazos, y un sollozo íntimo y trémulo partió su pecho varonil.

Mudo, estático y asombrado, con los ojos cargados de lágrimas y el lábio trémulo por la emocion fuertisima que sentia, Santos Vega contempló á Carmona, palideciendo por grados como si la sangre faltara á su circulacion. Se conocia que aquel lenguaje sencillo y tocante habia conmovido su espíritu hondamente. Miraba á Carmona sin poder pronunciar una palabra, ni hacer un ademan.

De pronto, como obedeciendo á un poder ageno, abrió los brazos y recibió sobre su pecho de hércules el jóven paisano.

Despues de estrecharlo con fuerza, lo apartó y se puso á contemplarlo detenidamente, como si al mirar cada una de las interesantes facciones sintiera un nuevo placer.

En seguida echó atrás los negros rizos que cubrian su frente

juvenil y espaciosa, y con un acento lleno de melancolía, dijo á Carmona:

—Seamos amigos, seamos hermanos, ya que así lo quiere; pero como cosa robada, sin que nadie lo sepa ni pueda colegir. Yo llevo una maldicion conmigo, que alcanza á todo lo que toco, á todo el que me quiere. Le juro, amigo, que el cariño de hermano que usted me brinda es el cielo para mí, porque yo creia morir sin tener una mano amiga que me cerrara los ojos. Y por lo mismo que aprecio su cariño no lo quiero comprometer, esponiéndolo á los mil peligros que me rodean. Déjeme partir solo, amigo, y huya de mí como si tuviera lepra. Así si algun dia llego á pasar por aquí, sé que tengo un amigo con el que pudo contar como conmigo mismo.

Y volvió á abrazar á Carmona sollozando como un niño.

—Si al partir su amistad no partiera tambien sus peligros, no valdria la pena que le hubiera brindado la mia, que poco vale, replicó Carmona. Amigos hasta la muerte, y sin separarnos nunca, siguió diciendo. Seremos el mismo corazon, el mismo brazo y la misma daga.

—No puedo aceptar porque seria un mal hombre. Recuerde, amigo, á Serafin, cuya amistad por mí era menos que lo que usted me ofrece. La justicia no mira á quien persigue, Carmona, tratando de seguir un camino de sangre. En usted no verán más que un amigo, un aliado quiza del gaucho Santos Vega, y tratarán de quitarlo del camino.

—Es que andaremos juntos, eternamente juntos, insistió Carmona y la partida entónces ofrecerá para ellos mas peligros y menos probabilidades de salir airosos. Amigos hasta la muerte! concluyó acariciando á Vega, con la misma espresion que lo hubiera hecho un hermano cariñoso. Sin separarnos jamás, partiremos el peligro y la fatiga, el placer y los momentos felices. De todos modos la justicia me mirará como á un enemigo, puesto que he alzado mis armas contra ella para ayudarlo á usted.

—Sea como usted lo quiera, repuse Santos Vega despues de meditar un momento. Esta nueva amistad levanta mi corazon hasta Dios, que me dá un hermano cuando ménos lo esperaba.

Y aquellos dos hombres jóvenes y hermosos, varoniles y de espíritu noble cayeron uno en brazos de otro, permaneciendo así un largo rato.

Ño Cipriano y don Cosme se pusieron tambien á lagrimear, pues aquella escena conmovedora les habia llegado tambien el corazon.

Ño Cipriano, para quien todos eran pretextos de empinar el codo, destapó un nuevo frasco y se echó al buche un trago des-

comunal, y medio atúrandose con un sollozo, se acercó á los dos amigos, y dijo:

—A la salud de los dos hermanos y á su memoria, para que en cualquier ocasion se acuerden que yo estoy en el mundo y que todavia sirvo para algo.

—Muchas gracias, ño Cipriano, replicó Carmona tomando el medio frasco de manos del viejo y echando á su vez un buen trago.

—Para que todo sia completo, me voy á traer unas cuantas gruesas de cohetes, porque sinó me pareceria que algo faltaba.

Y sin esperar respuesta alguna, salió afuera, saltó sobre su caballo y se alejó á la carrera.

Santos Vega lo miró alejarse tristemente.

—Tengo como un remordimiento de aceptar esta amistad, dijo á los viejos paisanos. Yo haria mejor en irme, para que cuando él volviera no me encontrara más aquí

—Es inútil, dijo entónces ño Cipriano; yo conozco bastante á Carmona, y sé que si no lo hallara aquí saldria á buscarlo, y no pararia hasta no haberlo encontrado. Su ausencia solo serviria para causarle un dolor.

—Esperemos entónces, concluyó Santos Vega, como resignándose á algo violento, y se dejó caer sobre un poyo.

LOS DOS AMIGOS Y EL DIABLO.

Don Cosme hizo una fogata que parecia un San Juan, y en un asador enorme, pinchó un cordero magnífico, mientras Vega armaba alegre charla con ño Cipriano.

Y como para éste todos eran pretextos de beber, con el de la nueva amistad de Carmona se echaba al gañote sendos tragos de ginebra.

No tardó mucho el buen viejo en agarrar un peludo «tamafaso», que le dió por contar á su compañero las aventuras de que habia sido héroe en su mocedad, por supuesto, pasando por alto la del ojo, porque era cosa que lo mortificaba muchísimo.

Ya estaba el asado en punto y don Cosme empezaba á impacientarse con la tardada de Carmona que lo iba á hacer pasar, cuando apareció éste con el caballo completamente bañado en sudor.

—Valgamé el diablo, dijo riendo alegremente. Ya creia que

no iba á encontrar cohetes en todo el pago! Estos pulperos del diablo' no siendo bebida, cuesta un triunfo que tengan alguna otra cosa más.

Y con curiosidad condenada por saber por qué andaba buscando cohetes; y qué empacarme yo en no querer decirles media palabra!

Y como mientras iba hablando habia ido preparando los cohetes, encendió una gruesa que tuvo en la mano, hasta que de ella cayó el último cohete.

—Vamos al asado! vamos al asado! interrumpió don Cosme, que mientras se come hay tiempo de hablar.

Y todos, cuchillo en mano, rodearon el enorme asador.

—Pues lo que es á mi hermano, siguió diciendo Carmona despues de haberse servido una pierna con su correspondiente vacío, todo el mundo lo conoce ya. Saben lo que ha pasado aquí con la justicia, y segun he oido todos los alcades del partido se estan juntando para venir derechamente á tomarlo. Yo les he dicho que con Santos Vega es al fiudo, que no lo pueden tomar nunca, ni aunque esté durmido; pero se han incaprichado en que los alcaldes del Baradero son como gobierno y que han de hacer lo que han de hacer lo que más rábia les dé.

El interrumpió su tarea de pelear la pierna para quemar una segunda grueso de cohotes.

—Será lo que Dios quiera! contestó Santos Vega haciendo una mueca, y me parece que á Dios no se le antoja que yo caiga en manos de la justicia. Y digo que no se le antoja, porque si esto no fuera así, hace mucho tiempo que los milicianos habrian hecho caronas de mi cuero.

—Y dígame, amigo, añadió ¿cómo cuantos hombres podrá juntar la justicia de este pago? Como aquí nunca ha habido bandidos que perseguir y el paisanaje es tranquilo, la justicia no es tan numerosa que digamos. Se me hace que entre alcaldes y todo, y contando los que usted basurió aquí, podran juntar una docena de hombres.

—Pues si se vienen todos, repuso Santos Vega, me les disparo, como siempre, y los peleo de á puchos, conforme me vayan alcanzando, porque pelearlos á todos seria para que tuvieran el gusto de lastimarme á las primeras de cambio.

—Mi hermano se olvida que ahora no está solo, dijo Carmona algo resentido y tragando casi intero un pedazo de cordero que tenia en la boca. Mire que aunque á eso lado yo no valgo un cobre, no por eso dejo de servir para algo. Dos no son lo mismo que uno, y si usted solo pelea contra tres y cuatro, junto

hemos de poder hacerlo contra cinco, sin que nos den mucho trabajo.

—A usted no lo cuento, hermano, respondió tristemente Santos Vega, porque no he aceptado su amistad para andarlo comprometiendo.

—Pues hermano, repuse Carmona, tendrá que empezar por pelearme á mi sin que yo me defienda, porque donde yo lo vea apurado, acudo y cobro mi parte como un buen hermano. No hay pues, que andar embromando, ni tratándome como mujer, por que es ofenderme de vicio, y yo, hermano, no merezco que usted me ofenda.

Santos Vega pareció resignarse á la imposición de aquella ayuda. Miró á Carmona lagrimeando, le tendió la mano y le dijo:

—Yo no he dicho nada por ofenderlo, hermano; queria economizar la vida del único sér que me queria en la tierra, y esto es todo. Ya he visto yo que usted es hombre de entrañas tan duras, que tal vez debo á usted la vida que tengo en este momento. Seremos amigos como usted dice, y no hay porqué disputar sobre esto. Entre nosotros no debe haber nunca una palabra que no sea un cariño; hermanos hasta la muerte, entónces, que yo rogaré á Dios no le alcance á usted la maldición que me acompaña como una sombra.

—Esto es hablar en criollo, replicó Carmona alegremente, encendiendo la tercer gruesa de cohetes. No lo digo por jactancia, pero creo que no hay en la tierra justicia capaz de meternos el colmillo.

Cuando se concluyó el cordero, hacia ya un gran rato que ño Cipriano, como los gatos, se habia tendido en la ceniza á dormir la cuarta tranca.

—Vamos nosotros á hacer lo mismo, que es preciso andar descansados, por lo que puede llover, dijo Carmona preparándose á encender su cuarta y última gruesa de cohetes. Para hacerlo conocer de la gente brava del pago, siguió diciendo, lo voy á llevar yo á la estancia de don Castex, que es donde se junta la flor de la paisanada. Así lo conocerán bien, y tal vez la caiga alguna chanquita de domar potros, ya que éste es el trabajo que á usted le gusta. Así, los alcaldes, sabran tambien dónde tienen que ir á buscarle y conoceran que usted no es hombre que les anda sacando el bulto. Digo, si esto le parece bien, que si no, no hay nada de lo dicho.

—Y cómo no me ha de parecer bien, canejo! replicó Santos Vega, sintiendo que aquel programa disipaba la tristeza en que lo habia abismado el recuerdo de sus desventuras. En el bullicio

ahogo mis penas, porque olvido las llagas de mi corazón. Aturdiéndome no hago caso de la soledad en que vivo, y hasta hay momentos en que me parece que todavía soy feliz. Si donde me lleva hay gente alegre, nos hemos de divertir de firme, siempre que la justicia no venga á turbarnos la fiesta.

Sin cuidarse de que podían ser sorprendidos durante el sueño, los dos amigos tendieron sus recados, acomodaron los caballos al alcance de la mano y se acostaron á dormir tranquilamente.

Apenas puso la cabeza sobre los bastos, Santos Vega se quedó profundamente dormido.

Cualquiera que lo hubiera visto dormir de aquella manera, no habría creído que aquel hombre estaba rodeado de mil peligros. Carmona, por su parte, no pudo pegar los ojos, entretenido su espíritu con el cariño de aquel hombre en quien se había hecho un hermano.

Ya se veía al lado de Santos Vega, peleando con numerosas partidas de plaza y saliendo victorioso, como se veía en los bailes rodeado del prestigio, que rodeaba á su hermano, ser el objeto de los alagos de los paisanos, que se disputarían el derecho de bailar con él. Y entretenido con esas ilusiones y pensamientos, Carmona tenía más deseo de verse rodeado de milicianos, peleando duro, que de dormir un rato para descansar las fatigas del cuerpo. Carmona estaba ya comprometido como el mismo Santos Vega.

Para ayudar á un hombre declarado un bandido y perseguido tal, había levantado sus armas contra la justicia, dando muerte á hombres de la ley. No se ocultaba el peligro que corría si tropezaba con algun alcalde, y lejos de sentir por esto la menor tristeza, se consideraba feliz y digno de su hermano.

Viendo que no podía conciliar el sueño, se levantó y arregló el apero de su caballo, como para ponerse en camino

—A donde diablos vas? le preguntó don Cosme; mirá, muchacho, que la siesta está como fuego y que más cuenta te tiene dormir que andar vagando al botón.

—No puedo agarrar el sueño, don Cosme; en vano he cerrado los ojos, pero me he convencido que ellos quieren estar abiertos no más.

—Pero á donde demontres vas á ir con semejante siesta? insistió don Cosme.

—Mientras Santos duerme, repuse alegremente Carmona, me voy á ver qué se dice por ahí, porque siempre es bueno saber lo que se charla, para que no lo agarren á uno sin perros.

—Cuidá que no te vayan á agarrar solo y te corten de tu amigo antes de hacer nada!

—No tenga cuidado, don Cosme, contestó montando á caballo. Yo sé que no soy Santos Vega, y de yapa ando muy bien montado. En cuanto les malicie la menor mala intencion cierre las espuelas y me vengo aquí como una centella. Si se recuerda Santos antes que yo vuelva, dígale que me he ido á maliciarle el juego á la justicia y que no tardo en volver.

Y sin esperar respuesta cerró las espuelas al pingo y se alejó al gran galope.

—Este loco piensa que con la amistad de Santos Vega se ha hecho invencible, murmuró don Cosme viéndolo alejarse. Dios quiera que no le vaya á suceder alguna desgracia.

Cuando Santos Vega despertó, á la caída de la tarde, aún no habia vuelto Carmona.

—Es un loco, dijo así que supo á lo que habia salido su amigo, y muy capaz de ir á comprar con ellos de puro lujo. Pero él es vivo, añadió, y si dice que les va á sacar el bulto, no hay porque tener cuidado alguno. Ya lo veremos volver con alguna novedad.

Al caer la noche y cuando empezaba á alarmarse por su tardanza, apareció Carmona riendo como si le hicieran cosquillas y quemando una gruesa de cohetes.

Carmona traía la fisonomía más juguetona de este mundo, como si anduviera haciendo preparativos para una fiesta.

—Qué lo trae tan alegre, hermano? le preguntó Santos Vega saliendo á recibirlo. Parece que ha tenido algun buen tropezon por ahí, que me lo ha puesto de buen humor.

—Es que esta noche tenemos baile, contestó Carmona, y un baile como pocos.

—Estoy seguro que lo has armado por tu cuenta, dijo á su vez don Cosme, como si no tuvieras bastante con la tarja de malas noches que llevas sobre el lomo del alma. Y en donde es el baile?

—En donde ha de ser? aquí, aquí donde está Santos Vega, puesto que el baile se dá en su honor, y para que se luzca en su baile favorito.

—Esa es una iniquidad, Carmona, contestó disgustado don Cosme. La casa no está como para baile; no tengo surtido de bebidas, ni hemos hablado guitarreros.

—La bebida la traen los que dan el baile; por eso no se aflija, don Cosme. En cuanto á los guitarreros somos yo y Santos Vega, proponiéndonos hacerlo tan bien, que no admitimos otro á la par.

Vamos á tocar solos desde el principio hasta el fin de la fiesta.

Y como Carmona no habia desencillado, don Cosme le dijo que bajara el recado al caballo y entrara para que les contase como habia armado la fiesta.

—No desencillo, dijo y que ensille mi hermano tambien, porque vamos á tocar de á pié y de á caballo, para hacerles el gusto á todos los que vengan. Así es que puede ir ensillando porque los convidados han de venir de un momento á otro.

Santos Vega miraba á Carmona alegramente y con marcada curiosidad. Tanto preparativo lo intrigaba sobre manera, y aunque no hacia la menor pregunta, se conocia que estaba con ganas de saber á dónde iba á parar su amigo.

Ensiló su alazan con su habitual esmero, y miró en seguida á Carmona, como preguntándole; ¿y ahora, qué hacemos?

—Ahora, dijo Carmona como contestando á aquella pregunta muda, ahora entremos, y les contaré cómo se armó la cosa.

Los tres entraron, y despues de sentarse al rededor del fogon donde aún dormia ño Cipriano y donde don Cosme habia puesto á calentar una gran paba de agua, empezó así su relacion Carmona.

—Salí de aquí en derechura á la pulpería de don Mariano el gordo, que es donde suelen reunirse las gentes de justicia, y donde debia tomar algunas noticias sobre lo que tratan de hacer. Me encontré con que don Mariano tenia una reunion de gente alegre, cuyo vocerío se sentia de media legua de distancia. Tan entretenidos estaban, que no me sintieron llegar, por lo que pude revisar tranquilamente al paisanaje, y convencerme que entre ellos no habia ni un pucho de un alcalde. Y todos hablaban acalorosamente de Santos Vega, contando de diferentes maneras lo que habia sucedido aqui con los milicianos, y lo que sucederia despues, porque los alcaldes se preparaban á irlo á prender antes que huyera del pago.

—Y Como Carmona se ha metido tambien á guapo ayudando al forastero en la matanza, dijo uno de ellos, tambien le van á caer á Carmona, segun me dijo el alcalde Palacios.

Aquí se armó otra discusion del diablo sobre si tenian razon en caerme á mí, y si en ello hacian mal ó bien.

Tengo entendido, dijo el mismo paisano, que andan averiguando dónde se hallan para pegarles golpe esta misma noche. Yo los estuve oyendo charlar hasta que se cansaron, porque me entretenia con los bolazos que iban diciendo; y como no hicieran más que repetir más ó ménos lo que habian dicho, me entré en derechura al mostrador y pedí á don Mariano dos gruesas de

cohetes. Viera, hermano, el asombro de los paisanos cuando me vieron llegar! Al momento me rodearon aconsejándome que hu-yese, porque los alcaldes habian jurado que nos iban á hacer pedacitos.

—No nos han de hacer nada, les dije, ni aunque los alcaldes del Baradero fueron reforzados por todos los alcaldes del mundo. Santos Vega es un hombre como no hay dos, y parece que Dios le hubiera echado al mundo para avergonzar á la justicia, y entónces conté un par de sus aventuras más famosas, que dejaron con la boca abierta á todo el paisanaje.

—Pues ahí andan los alcaldes afamados por saber donde encontrarlo, porque dicen que lo que es en el Baradero no se va á divertir ni un chiquito.

—Pues yo digo que Santos Vega se divertirá en cualquier parte y hará lo que le dé la gana, porque sí. Y desde ya convido á todo el mundo, agregué, para la pulperia de don Cosme, donde está el hombre muy descansado esperando que lo vayan á buscar. Le aseguro al que vaya que se va á divertir para un mes largo de talle, con las cosas que le verá hacer al hombre.

—Pues compre sus cohetes, amigo, y vámonos yendo, me dijeron, que ya se nos hace agua la boca por ver esa maravilla. Pagué las dos gruesas que me habia dado don Mariano y me preparaba á salir, cuando en esto vimos entrar al mismo alcalde Palacios, que venia sin duda á tomar una copita para crear coraje. Con el alcalde Palacios somos amigo, porque un dia le caí en gracia y siempre me ha tratado bien. Así es que me acerqué á él y le hablé como siempre, sin el menor racelo. Palacios iba solo, además, y poco ó nada podia hacerme.

—Vos aquí! gritó asombrado en cuanto me divisó. Montá á caballo y mandate mudar ahora mismo, porque te andan buscando para pegarte una vuelta, como así mismo á ese cantor por cifra á quien has cometido la locura de ayudar contra la justicia.

—Yo me voy, le dije, porque cuando usted entró yo ya salia y porque nada tengo que hacer aquí, pero antes de irme voy á darle un consejo. No se meta usted entre los que van á prender á Santos Vega, porque esa fiesta les vá á costar cara á los que en ella tomen parte; se lo digo porque lo estimo.

—No seas tan loco, Carmona, me contestó, que va á poder ese pobre diablo contra todos nosotros? En donde lo encontremos le vamos á dar en el coco y mandarlo á la ciudad para que pague las hecha y por hacer.

Yo le solté á Palacios una carcajada en las narices, que medio lo hice calentar.

—Parece que has hecho alianza con el otro, me dijo, no seas tonto y apartate de él, porque si los agarran juntos, de nada te van á valer mis empeños.

—Ni falta que me hacen, repliqué; y para que no pierdan tiempo en buscar á quien no se esconde y para que no puedan decir que no lo hallan en ninguna parte, yo les voy á decir á donde van á encontrar á Santos Vega.

—Es un servicio que harás á la justicia que tal vez te haga perdonar la mala jugada.

—Bueno, dije, para que no haya alegaciones despues, le aviso delante de todos estos amigos, que Santos Vega está en la pulperia de don Cosme, donde voy ahora mismo á decirle que los espere, que le van á hacer una visita. Allí tambien convidó en su nombre á todos los que quieran divertirse viendo como disparan los alcaldes del Baradero.

Y salí puerta afuera montando sobre mi pingo, al que por pura compadrada, dí un par de riendas que á mi mismo me encantaron.

—Siga mi consejo; que es hijo de una buena intencion, dije al alcalde Palacios; deje ir á los otros y no se asome usted por allá. Va á hacerse golpear al boton porque no va á sacar ningun provecho. Caballeros, concluí dirigiéndome á los demás; el que quiera divertirse sabe donde acudir. El baile empezará á la hora que vayan los señores alcaldes. Y picando espuelas á mi flete, me alejé dejándolos con un palmo de narices, y con la boca más abierta que un horno. ¿Qué le parece hermano?

—Bien no más, contestó Santos Vega, salvo un favor que le voy á pedir.

—Puede estar pidiendo hasta el dia del juicio, hermano, que para complacerlo estoy yo.

—Pues la cosa es que usted no se meta en el baile y que me deje solo ajustarle las cuentas á los alcaldes del Baradero.

—Pues seria gracioso que yo hubiera armado la fiesta para quedarme de miron! No diga esas cosas hermano, porque parece que no me aprecia. Además si yo me llamara á silencio, despues de haber charlado tanto, la gente creeria lo que no hay necesidad que nadie crea. Dejemé no más hacer hermano y que no digan que he hablado al boton.

—Sea como usted quiera, amigo. Solo ruego á Dios que no vaya á sucederle una desgracia, porque entónces no sé lo que me pasaria.

Don Cosme condenó severamente el proceder de Carmona, diciéndole que era un aturdido.

—Para qué comprometer á un hombre en cosas que el no busca? dijo; si tenias ganas de pelear, podias haberlo hecho por tu cuenta hasta el dia del juicio, pero no venir á armarle á éste más compromisos de los que ya tiene.

—Caramba! dijo Carmona cambiando instantáneamente la expresion de su fisionomia y arrepentido ya de lo que habia hecho. No me diga más don Cosme, porque me haré matar el primero, para olvidarme de la barbaridad que hecho.

—No se aflija, hermano, interrumpió Santos Vega, que usted no ha hecho más que apresurar la cosa. Esto habia de suceder hora más ó menos, porque es natural que la justicia busque desquite en la mala jugada que le hicimos. Lo que si debemos hacer es mandarnos mudar de aquí, porque no hay necesidad de comprometer al amigo, que demasiado bueno ha sido conmigo.

—No señor y no señor, dijo don Cosme. De todos modos ya saben que usted está aquí, y aquí lo han de venir á buscar.

En esto despertó ño Cipriano de su tercer tranca, y lo primero que hizo fué preguntar donde habia ginebra porque tenia mucha sed.

Una gran carcajada fué la respuesta que obtuvo aquel insigne borrachon.

—No hay ginebra, dijo don Cosme, ni le permito que beba un trago para que vea lo que aquí va á pasar.

Y pusieron á ño Cipriano en autos de lo que se trataba.

—Maldita sea la justicia de paz y quien la engendró, dijo descolgando el pucho siesteador de atrás de la oreja y prendiéndolo en un tizon! Aquí vamos á tener esta noche desgracias hasta para poner en escabeche. En fin, terminó, mientras no suceda cosa á alguno de estos nos podremos dar por bien servidos.

—Tratándose de pelear con la justicia, tengo yo una fé ciega, interrumpió Santos. Parece que Dios me tuviera de la mano, cosa que no sucede cuando se trata de desgracias de otro género.

Entónces parece que Dios me abandonara á mi propio destino para que pague lo malo que habré echo en mi vida.

Carmona habia quedado pensativo y triste.

Parecia pesaroso de lo que habia echo, temiendo que aquella noche fuera fatal para Santos Vega.

—Alégrese hermano, le dijo éste, y guarde la tristeza para cuando tenga novia, que ahora no viene á pelo. Yo le juro que nos vamos á lucir, y que mientras mayor sea el número de los que vengan, mas fiero será el escarmiento. Esto se lo juro á fé de Santos Vega.

En esto empezaron à cimarronear y á salir de cuando en cuando

Carmona ó Santos Vega, á divisar el campo, por si se presentaba el enemigo comun. Hacia un momento que quedaban en silencio cuando se sintió un tropel de caballos, que indicaba la presencia de varios ginetes.

Como un relámpago Santos Vega soltó el mate y salió á fuera yendo á sujetar al lado de su alazan.

Por mas ligero que anduvo Carmona cuando fué á desatar su pingo, ya Santos estaba con la rienda en la mano, el pié en el estribo y divisando para ver que clase de ginetes eran los que llegaban. Admirados se quedaron don Cosme y ño Cipriano al ver la cerelidad pasmosa con que habia salido el payador.

—Ahora me esplico, dijo el segundo, como este hombre puede, hacer los echos que cuenta. Ni un rejucilo, ni un rayo habria andado más ligero que él!

—Me parece, contestó don Cosme, que esta noche va á haber aquí la fin del mundo. El alcalde Palacios no es manso y los otros corren pareja, no me parece que la lleven muy robada.

—Pero estos dos, contestó ño Cipriano, son una yunta de condenados capaces de dar trabajo al mismo diablo. No se van á divertir los alcaldes, segun colije Santos Vega vá á querer sentar en regla su fama por estos pagos, y Carmona no há de querer quedarse atrás de su amigo. Van á dar mucho que hacer y por último han de salir con la suya.

Los dos viejos salieron en seguida para no perder ni un compas de lo que ellos llamaban el baile. En ese mismo momento los que llegaron sujetaron sus pingos y echaron pie á tierra con todo reposo. Santos Vega y Carmona, como soldados que obedecen á la voz del oficial, montaron y se pucieron á la par alejándose un poco de los recién llegados.

Estos que sin duda comprendieron la maniobra de los paisanos, empezaron á manear y atar los caballos; mientras uno de ellos dijo:

—No somos justicias, amigos, aunque ésta no á de tardar mucho en venir. Somos unos ñtrones no mas, que venimos á ver como se hamacan los alcaldes.

Carmona que conoció la voz del que hablaba, se acercó diciendo:

—Me alegro de verlo por aquí ño Pancho, como dice que le va?

Santos Vega siguió el movimiento de Carmona y vino á desmontar á su lado. Los paisanos clavaron en él los ojos, ávidos de conocerlo. Y como el payador era fuertemente simpático, quedaron prendados de él al momento.

—Como el amigo Carmona aseguró que aquí habian de encontrar al forastero que buscan los alcaldes se han venido con algunos milicos, y vienen á dar, segun dicen, un golpe grande; Y como nosotros no queremos ser menos, nos hemos venido adelante para ver la jarana desde el principio. Es bueno que estén prevenidos por que ellos son bastantitos y es preciso madrugarlos.

—Bien pueden ser tantos como las estrellas del cielo, dijo Carmona con un arranque de botarateria entusiasta, para todos ha de haber.

Santos Vega no dijo una palabra—enrolló su maneador al cuello del alazan y se paró á su lado. Los paisanos volvieron á mirarlo como quien dice:

—Por Dios me gusta el hombre!

—Como nosotros no somos justicias, siguió diciendo el paisano á quien Carmona llamó ño Pancho y que parecia hacer cabeza, haremos gasto! Quien es el dueño de casa?

—Para servirlo, contestó don Cosme con el seno algo fruncido porque no le agradaba mucho aquella concurrencia bellica

Cada cual pidió su media azumbre, y sin más ni más se armó una reunion de lo mas alegre y animada!

Don Cosme se partía en cuatro para atender tanto pedido, y tubo que solicitar por último la ayuda de su apercero ño Cipriano, que al olor del coperío se habia estremecido como al contacto de una pila.

Y todos ellos, incluso Carmona y Santos Vega, entraron á hacerse despachar al mostrador y contemplar más á su sabor la catadura del forastero héroe de aquel alboroto.

Entre copa y copa Carmona lo presentó á la reunion como un payador famoso y hombre de hechos como ninguno. Aunque ninguno de los concurrentes quizo pagar con él, la mayor parte de ellos le pidieron que echara una relacion ó cantara algun estilo.

—No nos van á dar tiempo, replicó el payador, pero para que no crean que me hago rogar, les haré el gusto.

Y templando á la ligera su instrumento, se puso á echar una relacion de como habia llegado á aquel pago y la hostilidad de hermano que le habia dispensado aquel pulpero, sin conocerlo siquiera.

Los paisanos estaban encantados con aquella voz magnífica, cuyo timbre melódico era para el oido una verdadera caricia. Miraban asombrados la guitarra que gemía entre los dedos de Santos como si creyesen que tenia brujeria, y volvian á clavar los ojos en aquel semblante noble y varonil.

Como si hubiesen estado esperando el último verso, apenas murió el último acorde. entre los dedos artísticos, se sintió un nuevo tropel de caballos que marchaban al galope.

—Esta vez es la justicia, gritó Carmona láuzandose afuera alegremente.

Pero por más vivo que anduviera, cuando llegó á su flete, halló que ya su hermano estaba sobre el alazan, enrollando la manta al brazo izquierdo, como para no tener que perder tiempo!

La noche era clara y magnífica, destacándose los ginetes como á la luz del dia. Carmona saltó sobre su pingo, y como la vez primera fue á ponerse al lado de su amigo. Los que llegaban disminuyeron la marcha de los caballos, como recelosos de aquellos dos ginetes que estaban en observacion;

Los paisanos que habian llegado primero, se apiñaban á la puerta de la pulperia, todavia impresionados con el canto de Santos Vega.

Era tal la impresion recibida, que aunque este hubiera sido un bandido, realmente, habrian estado de su parte. Es además la justicia tan antipática al paisano, por sus atropellos é iniquidades, que por regla general éste estará siempre en contra de aquella.

Los recién venidos se acercaron al palenque, sin perder de vista á los dos silenciosos ginetes, medio ataron sus caballos y dos de ellos entraron á la pulperia.

Eran siete hombres, armados á sable algunos y los de más con dagas tan grandes como un sable. Los otros cinco se quedaron guardando la puerta.

—Déjeme hacer, hermano dijo Santos Vega á Carmona, y usted no se meta en la danza hasta que no vea armada la fiesta.

Siendo la primier maniobra del payador dejar á pié la justicia, para tener esa ventaja, se preparó á llevar á cabo la travesura, segun él la llamaba.

El alcalde Palacios, que era uno de los dos que habian entrado, miró por todos los rincones y preguntó.

—Cual de ustedes es él que se llama el payador Santos Vega?

Sin duda Palacios y sus compañeros sabian que Vega y Carmona estaban fuera, porque la noche era muy clara y debian haberlos conocido al llegar. Pero querian hacer aquel aparato para dar tiempo á los perseguidos que huyeran, y decir despues que no les habian podido dar caza.

En aquel momento Santos Vega salió hácia donde estaban los caballos de los *justicias*, y á rebencazos y pedradas les hizo cortar los maniadores y tomar cada uno por su lado.

Carmona, que comprendió al vuelo la maniobra de su amigo, lo completó arriando los caballos con una maestría que acusaba su larga práctica en esta clase de operaciones.

Los alcaldes venían á quedar á pié de esta manera. Los cinco que custodiaban los caballos se hicieron atrás sacando sus armas, en momentos que el alcalde Palacios volvía á preguntar!

—Cual de ustedes es Santos Vega?

La confusion fué grande en el primer momento. Mientras Palacios y su acompañante, con quién sin duda estaba entendido, creían que el bochinche sería motivado por la fuga de Carmona y Santos Vega, los de afuera, á pié, trataban de buscar un refugio contra el casco de los caballos que se les venían encima.

—Aquí está Santos Vega! gritó éste acercándose á la puerta de la pulperia. No hay que buscar mucho á quien no se esconde!

Y volcó el caballo del lado de Carmona, pensando que tal vez su hermano necesitara su proteccion.

Pero como los cinco de afuera lejos de atacar, tenían más deseos de ponerse en fuga, Carmona se había parado á mirar que hacia. Vega para secundarlo como la vez primera,

Santos Vega se había transformado por completo. Estaba alegre y bullicioso como si se tratara de una fiesta en la que ni siquiera tubiera el peligro de perder unos pesos. Gobernaba el caballo con una maestría y elegancia que arrebatában acudía á todas partes como si su caballo obedeciera solo á la presión de algun resorte.

Al sentir la voz de Santos Vega, el alcalde Palacios y su acompañante se lanzaron fuera con el arma en la mano y sorprendidos al ver perdida su primer esperanza. Contaban con que Carmona y Santos Vega huirían ante el número, y se encontraban provocados por el valente y altanero gaucho.

Todos salieron con ellos, ávidos de apreciar hasta el menor detalle del combate.

—Con el arriador, Carmona, con el arriador! gritaba Santos Vega, para que no digan que los aventajamos!

Y atropellaba donde más número era el número de enemigos, recojiendo las riendas del alazan cuando había hecho retroceder el grupo.

Se puede decir que al principio aquello no fué un combate, sino una chacota. Y los curiosos que lo comprendieron así, reían de una manera desaforada al ver retroceder los justicias ante el arriador de los paisanos.

Santos Vega estaba imponente en medio de su jovialidad. Había echado á la nuca su sombrero, sostenido en la punta de

la nariz por las borlas del barbijo, y cada vez que apartaba los negros rizos que oscurecían su frente, sus ojos brillaban como relámpagos.

Carmona reía por su lado, acusando una serenidad á toda prueba, y ofreciendo quemar una gruesa de cohetes por el alma de cada uno que entregara el rosquete.

Entónces las armas de fuego eran muy raras en la campaña y completamente desconocidas por la gente de justicia. Se peleaba á arma blanca, á cuchillo generalmente, y la victoria no era del que mejor armado estaba, sinó del que más corazón tenía.

Así se vé que un gaucho de corazón tenía á raya á toda la justicia de un partido de campaña y aun en tiempo del Remington, se ha visto ir una partida de la Capital, con esta arma, no á rendirlo, porque hubiera sido imposible, pero sí á matar á Juan Moreira que no era más que un Santos Vega, ménos artista y sin la aureola del poeta, que rodeó á aquel gaucho extraordinario.

Santos Vega fué el primer paisano que en nuestra campaña se atreviera á combatir con una partida, y de ahí viene el terror que estas le tenían.

Hoy cualquier paisano bravo hace lo mismo, aunque lo hace contra partidas mejor organizadas y que llevan armas de precisión y de ahí viene que nos hayamos familiarizado con hechos que despertarian el mayor asombro si tuvieran por teatro una capital europea.

Pero no nos salgamos de nuestra fiel relacion, que ha despertado las iras antropófagas del letricida Garcia Merou, revolucionario del parnaso federal, y sigamos la descripcion del combate estreño del jovial Carmona.

Los alcaldes y justicias comprendieron que no tenían más remedio que jugar la partida de la manera desventajosa en que se hallaban colocados.

Palacios, que parecia el más bravo de ellos, los animó, cargando, siempre al lado de su compañero, á donde estaba Carmona, con quien se les hacia más fácil la partida.

No pudieron llegar, porque el primero que se murió cayó envuelto en el largo arriador de que se habia armado Vega. El combate empezó recién de una manera desesperada por parte de los alcaldes, que se decidieron á terminarlo de una vez. Los paisanos que habian ido á curiosear, armaban un alboroto de todos los diablos, tomando decididamente la parte de los dos amigos y demostrando sus simpatías con las más hirientes pullas y las más saladas ocurrencias.

Como los alcaldes y acompañantes habian tenido andar sal-

tando de un lado á otro para librarse de los tremendos golpes de *arriador*, se encontraban postrados casi por la fatiga cuando fuera sus enemigos estaban más enteros.

—Vamos á voltear dos, hermano, gritó Santos Vega, y en seguida echamos pié á tierra para concluir con el resto.

Y volcando el caballo á la derecha, y tomando el arriador para servirse del cabo como una maza, partió de un golpe en la cabeza al que más cerca tenia. Dió vuelta la cabeza cuidando de ponerse de tiro, y miró lo que hacia Carmona.

En aquel mismo momento éste secundaba el golpe de Vega con tan buena suerte, que otro de los justicias rodó por el suelo á un golpe de talero, y fué á caer entre las patas del caballo, que lo pisó horriblemente.

Se disponian á echar pié á tierra, cuchillo en mano, cuando un acontecimiento imprevisto vino á hacer una variante, cambiando casi la faz del combate.

El alcalde Palacios, que habia quedado un poco á retaguardia hizo un tiro de bolas tan feliz, que ató á Carmona los brazos con el pecho, haciéndolo vacilar sobre el recado. De esta manera lograba inutilizar un enemigo.

—A ultimar! á ultimar! gritó Palacios entusiasmado.

Y en vez de quedarse algunos entreteniendo á Santos Vega, todos los cinco se lanzaron sobre Carmona, que hacia esfuerzos sobrehumanos por librarse de aquellas ligaduras, que lo ponian sin defensa á merced del enemigo.

Y aquella ligadura habria sido fatal á Carmona, sin la rápida ayuda de Santos Vega, que, como un padre no lo perdía de vista un solo momento.

Rápido y magnífico cerró las espuelas al alazan, y antes que ninguno de ellos hubiera llegado al paisano, de un solo golpe de facon cortó las cuerdas de aquellas fatales boleadoras que embarazaban la accion de sus brazos.

Carmona miró á Santos Vega agradeciéndole su socorro en aquella mirada, y saltó al suelo amenazador y borrando de sus facciones la espresion juguetera que habia conservado hasta entónces.

Santos Vega estuvo á su lado al momento, y ambos cargaron sobre los cinco justicias, que habian creido venir á carneada segura.

Una griteria universal se levantó entre los paisanos testigos de aquella verdadera batalla, sobresaliendo la voz de Cipriano, que alentaba el esfuerzo de los dos amigos.

El choque fué tremendo y sangriento. Se sintió la voz con que los combatientes ayudaban la accion del brazo, en el que de

las armas y algunas palabras amenazadoras é injuriosas. Pero aquello no fué más que un relámpago. El choque era tan terrible que unos ú otros tenian que retroceder.

Y cuando se combate de aquella manera encarnizada, el que primero retrocede lo hace para no avanzar más. La suerte fué fatal á la gente de justicia, que retrocedió rápidamente, dejando en el terreno que abandonaba el cuerpo inerte de un compañero.

—Ahora á no dar alce! gritó Santos Vega cargando con el cuchillo bajo y protejiendo el pecho con la manta; pero de una manera tan decidida que llevó el espanto entre los justicias, que empezaron á retroceder á saltos ya, y mirando al lado donde habian de echar á correr. Carmona por su lado cargaba tambien de una manera irresistible.

Si los alcaldes no hubieran estado tan asustados, tal vez hubieran podido disputar ventajosamente la victoria: pero en su afan de buscar un momento oportuno para la fuga, descuidaron la defensa, y esta fué muerte.

Carmona y Vega cargaron entónces con más brio que nunca, y otro de los justicias rodó con el vientre abierto de una puñalada terrible.

Otros dos no esperaron una tercer acometida y echaron á huir atropellando cuanto encontraban al paso. Solo quedó allí el alcalde Palacios, haciendo de tripas corazon y sin atreverse á seguir los que huian.

Vega se detuvo y lo miró con una especie de conmiseracion mal contenida.

—Dos para uno no puede ser por nuestra parte, dijo Santos Vega, y dirijiendose á Carmona como si le brindara la vida de aquel justicia, concluyó: Si usted gusta, hermano, puede servirse, puesto que fué él quien lo bolió y lo puso á punto de morir.

Carmona no respondió una palabra, pero avanzó decidido á ultimar á Palacios.

Al ver éste que solo tenia que vérselas con uno y que este uno no era Santos Vega, sonrió de placer y se preparó á la lucha.

El póbrecito no contaba con que aún matando á Carmona, todavia tendria que vérselas con el temido Santos Vega. Los paisanos hicieron entónces un gran círculo al rededor de los combatientes, mientras Santos Vega se cruzaba de brazos, como dispuesto á ser tambien un simple espectador.

El alcalde Palacios y Carmona, se miraron sonriendo un momento, como personas que se conocen y no se tienen miedo.

—Siento mucho, dijo el primero, que la suerte venga á ponerlo delante de mí con las armas en la mano, pero es usted quien así lo ha querido, y no yo, que le aconsejé se retirara de estas aventuras.

—Pues yo, replicó Carmona, si antes lo hubiera sentido ahora no lo siento nada, porque es usted quien empezó por hacerme un tiro de bolas, que si no es por mi hermano, me cuesta caro.

—Porque usted nos acometia y no nos daba alce con el arriador. Yo no he hecho más que defenderme como he podido, y nada tiene que reprocharme.

—Cuando se sacan las armas, las palabras están de más, replicó Carmona. Vamos, pues, al avío que se está haciendo tarde y la gente pueden cansarse de esperar.

—Cuando usted guste, concluyó Palacios poniéndose *en facha* con toda soberbia.

Los dos enemigos volvieron á mirarse un momento como esperando el ageno ataque. Parecia que desconfiaran de sus fuerzas, ó que de parte del que fuese á atacar estuviera la derrota.

Carmona, que como más jóven debia tener la sangre más ardiente levantó el brazo donde tenia arrollado el puncho y embistió con ánimo sereno y sin la menor muestra de ira.

Palacios, á la defensiva siempre, recibió el ataque, volviéndose todo ojos y mostrando no solo que no era un chambon, sino que poseia una habilidad de primer orden.

Santos Vega hizo un gesto de disgusto como si hubiera temido que el resultado de la lucha fuera fatal á Carmona. Este, por su parte, unido á la agilidad natural de su edad mostraba estar dotado de un valor á toda prueba y de una fuerza hérculea, segun se podia apreciar en sus paradas, que volcaban siempre el cuchillo de Palacios, y en los hachazos que aquel tenia que parar evitando el cuerpo, por no tener en el brazo fuerzas suficientes para detenerlo en su rápido descanso.

El resultado empezaba á ser un extremo dudoso. Llevaban más de cinco minutos de combate, y ninguno de ellos habia logrado hacer el menor rasguño. Unos cuantos tajos en los ponchos éra toda la averia causada.

Los paisanos, como sucede siempre en esta clase de aventuras habian concluido por entusiasmarse, demostrando por medio de paradas más ó ménos valiosas, sus simpatias por éste ó aquel combatiente.

—Voi la ginebra, para todos los presentes, á manos de Carmona! gritó fio Cipriano acomodando el mechó de cabellos que ocultaba el costuron de su ojo.

Ninguno tomó aquella parada, lo que probaba que según todos la suerte iba á ser fatal á Palacios. Pero aquella no podía durar así mucho tiempo. Uno ú otro tenía que lucirse y decidir la lucha de una ú otra manera!

Palacios aprovechó un traspíe de Carmona, y se le fué al humo con un hachazo tremendo, que felizmente logró amortiguar metiéndole el brazo. Por leve que fuera la herida, y aunque solo logró romper el cuero cabelludo, la sangre empezó á salir en abundancia, bañándole toda la frente.

Aquella primera ventaja animó á Palacios, que se fué sobre Carmona árrecciando los golpes lo más que pudo.

—Ahora, sí, tomo la parada, dijo á fío Cipriano uno de los espectadores.

—No es gracia ahora, porque ha habido golpe. Sin embargo, mantengo y doblo la parada, prosiguió; cuando se juega á manos como las de Carmona, no se roba la plata.

Santos Vega que habia palidecido intensamente al ver herido á su hermano, fué tranquilizándose poco á poco así que vió que la herida no era de consecuencia. Y al sentir que alguien jugaba á manos de Palacios, dió vuelta y gritó:

—Toda la plata del mundo á manos de Carmona! juego á ellas hasta mi propio pescuezo, si hay alguien quien le ponga un papel de á cinco.

Aquellas palabras debieron entonar á Carmona y hacerlo reponer del golpe sufrido, pues inmediatamente se vió que dejaba de retroceder para avanzar de una manera decidida.

—Ninguno contestó á las palabras de Vega, que siguió atentamente las peripecias de aquel reñido combate.

Tocó á Palacios su turno de retroceder, y de retroceder bastante apurado.

Carmona se le venia al humo con empuje irresistible. Tan fuerte fué el ataque y tan precipitada la retirada de Palacios, que sin quererlo fué á dar de espaldas contra el alazan de Vega, que habia quedado inmóvil donde lo dejó su dueño.

Tocó aquí á Carmona el turno de aprovecharse, y lo hizo tan bien, que ántes que pudieran notarlos los demás, Palacios soltó el cuchillo y se llevó las dos manos al pecho, cayendo sobre una rodilla.

Habia recibido dos puñaladas tremendas, por las que arrojaba gran cantidad de sangre.

Carmona se detuvo: enjugó con el poncho el sudor que mezclado en sangre caía por su frente, y se recostó en el alazan para reposar un momento.

Se comprendia que si el combate hubiera durado un par de minutos más, Carmona habria sucumbido á la fatiga. Cuando vió que caía Palacios, el semblante de Santos Vega, se disipó instantáneamente.

Por su lábios vagó una sonrisa de complacencia, y exclamó:

—Antes que jurar contra un hombre, es preciso saber lo que vale. Carmona es un valiente que ha peleado como nadie.

Y se acercó á su amigo, á quien estrechó entre sus brazos como podia haberlo hecho un padre cariñoso con su hijo predilecto.

—Cómo va lo de la cabeza? preguntó.

—No ha sido nada, contestó Carmona sonriendo con fatiga. Vamos á ver á ese, que creo que muere, porque le he pegado firme.

—Aunque los justicias no son hombres, sinó perros, contestó Santos Vega, hasta de los perros puede uno condolerse.

Y se acercaron á donde estaba Palacios.

Este no tenia ni siquiera fuerzas para quejarse. Habia doblado la otra pierna, y para no caer del todo, habia apoyado en el suelo su mano derecha.

—Hacen bien en despenarme, dijo así que vió se le acercaban los dos paisanos. De todos modos me han asesinado, así es que puñaladas más ó ménos, siempre viene á ser lo mismo.

—Esa es la cancion de siempre, exclamó Santos Vega, dejando brillar sus ojos un relámpago de ira. Uno hace milagros para poder pegarles una puñalada, despues de haber recibido un hachazo y viene á resultar que los han asesinado. Ustedes están maldidos, continuó, y no merecen que se les tenga compasion.

Palacios no contestó, la perdida de sangre lo habia debilitado en extremo, y las heridas recibidas eran de una gravedad mortal.

Carmona habia pegado tan sériamente, que en la primer herida habia entrado el cuchillo hasta el mango.

Los paisanos rodearon el grupo, mientras Santos Vega se agachaba á reconocer las heridas, á simple dedo, como se hace á la campaña hoy mismo.

—Yo no soy curandero, dijo, pero soy muy vaqueano en esto de heridas. Me parece que todo remedio es aquí inútil, este vicho se muere y bien merecido lo tiene.

Carmona habia quedado triste y pensativo.

No estaba habituado á matar, y la muerte de un hombre hecha por su mano, no dejaba de hacerle algun escozor.

—No se aflica, hermano, le dijo Santos Vega, que usted a matado para no morir. Si Palacios lo hubiera madrugado á usted, todavia estaria ponderando el hecho.

—Me dá lástima, replicó este, porque era un hombre á quien algunas finezas le debia; pero de todos modos, él hizo lo posible por matarme á mí, y si no lo ha conseguido, no á sido por faltas de ganas.

—Cuando yo digo una cosa, al pepe es que me retruquen, saltó ño Cipriano, dirijiendose á Carmona. Has peleado hasta dar mil gustos, muchacho. Cuidado que para matarte es preciso valer mucho.

Unos de los paisanos, que habia tomado la parada á ño Cipriano, que sin duda era amigo de Palacios, se acercó á Santos Vega con ademan comedido, diciéndole:

—Si usted no se ofende, amigo, y perdone la palabra, yo llevaré á este hombre hasta su casa, porque soy amigo de la familia.

—Nada tengo que ver con esto ni que dispensarle, paisano, contestó Vega sonriendo; el cuerpo de los justicias, aún vivo jiede á muerto. Creo, casi, que si usted se lleve á éste, hará un servicio al dueño de casa.

El paisano entónces, ayudado de otros más, cargó con el moribundo Palacios, y lo acomodó sobre la cruz de su caballo, montando en seguida y poniéndose en camino lentamente.

Los otros cadáveres, sin saber quién los habia llevado desaparecieron del campo como por encanto, los paisanos empezaron á entrar en la pulperia á tomar la correspondiente copa y comentar de paso lo sucedido.

Todos estaban asombrados de las agallas del forastero y de la serenidad con que se habia conducido durante el combate.

Carmona no habia sacado la peor parte en la admitacion de los paisanos.

Todos lo conocian como un mozo gaucho y alegre, pero ninguno sospechaba en él la bravura que habia demostrado. Don Cosme echó una vuelta general, que ofreció á la concurrencia para beber á la salud de los amigos.

En seguida cada uno por separado empezó hacer su convidada, de donde resultó que una media docena de ellos tomaron un peludo de mi flor. Empezaba á amanecer cuando los paisanos estaban en lo mejor de la chacota.

No habia más enmonados, porque la pulperia estaba muy desprovista, que sinó hubiera habido tranca para una semana.

Los cumplimientos á Santos Vega salian de punto, pero como éste pasaba los suyos á Carmona, resultó que el verdadero héroe fué Carmona, á quien se salia la satisfaccion y alegria por todos los poros.

Hubo guitarra, como era natural, y cuando los paisanos oyeron al payador, la simpatía rayó en delirio y admiración. No tenían idea de una vena poética tan famosa, ni habían oído jamás una voz tan melodiosa y de tan dulce timbre.

Por más alegre que fuese el estilo que Santos Vega tocara, había una cadencia tan melancólica en su pulsación magnífica y un acento tan sentido y tierno en las frases de su canto, que el corazón de los paisanos se conmovía, siguiendo las ondulaciones purísimas de aquella voz magestuosa.

Después de una *firmeza* en que cada nota era un gemido, vino un *triste arribeño* lleno de pasión y de religiosa tristeza.

Era un corazón que se rompía, exhalando sus quejidos por medio de melodías arrobadoras, que hacían vibrar las cuerdas de la guitarra con una expresión sobrehumana.

Es que Santo Vega era un artista de corazón en cuyo espíritu había una chispa divina que hace de ciertos hombres seres que no están al nivel de los demás.

Todos los gauchos tocan la guitarra y cantan con una incalculable fuerza de pasión, porque su alma oprimida está habituada á «retratar lo que siente», pero los Santos Vega no son comunes, porque era un alma esencialmente artística, su espíritu iluminado por el resplandor divino.

Salvini y Valero se llaman dos artistas; Esmeralda Cervantes y el pequeño Dengremont son dos artistas también.

Pero en este último como en el primero, existe la chispa divina del arte, que los otros dos tratarán de suplir con el estudio, estudio que solo podía llegar á hacer una parodia más ó menos pasable, pero que jamás podría llegar al corazón que escucha, porque para conmover es preciso sentir, y no se conmueve con estudios ni con imitaciones.

Una lágrima, para tocar el espíritu del que la vé correr, es preciso que parta del corazón de quien la derrama, sinó tendríamos que convenir en esta monstruosidad.

Que las lágrimas que hace brotar la cebolla, son iguales á las que hace brotar al sentimiento más íntimo y delicado. Por esta razón, Santos Vega cantando con el corazón y con el alma, había sido una revelación para los inocentes paisanos que lo escuchaban.

Él les tocaba las fibras más delicadas hablándoles el lenguaje de la suprema desventura y ellos extasiados lo escuchaban con el corazón estremecido y los ojos preñados de lágrimas.

Porque Vega, además de ser un poeta y un artista, era un hombre en quien el dolor había hecho presa y una víctima de las justicias humanas.

Y como su inspiracion era inagotable, cantó toda la mañana y toda la tarde, sin que los paisanos se apercibieran que no habian almorzado ni comido.

—Si alguna vez en la vida me cree útil para algo, ocúpeme como ocuparía á un hermano.

Estas fueron las palabras con que se despidieron de Santos Vega los paisanos que habian venido á conocerlo, creyendo que los relatos de Carmona eran un exageracion que ni siquiera se aproximaria á la verdad.

Cuando los paisanos se retiraron, ya bastante entraba la noche, y don Cosme se fué á recojer dejando á ño Cipriano dormir su centésima mona, Santos Vega se acercó á Carmona y encerrándolo en un arco de fierro formado por sus prazos de Hércules, le habló así:

—Ahora, hermano, hasta la muerte. No sé que forza íntima y de desconocido cariño me inclina hasta usted, en quien ayer no más veía un indiferente á quien seducia el prestigio de mi vida aventurera. En dos veces que nos hemos encontrado rodeados por la muerte, he visto en usted un hombre de corazon y de prendas. Su exterior jugueton y quemador de cohetes, responde á un carácter firme y á un corazon lleno de prendas. Si usted tuviera familia, hermano, si detrás de usted quedara alguien para llorar, yo lo apartaria de mi camino como huyendo de usted. Pero siendo un sér solo en el mundo, que ha probado los sinsabores de la vida, yo acepto su amistad, porque a mi lado vivirá á mi sombra, que aunque envenenado como todo lo que toco, lo ha de acompañar hasta el viaje postrero.

Carmona miró á Santos Vega y no encontrando más palabras con que espresar lo que sentia, lo oprimió contra su pecho, y le dijo:

—Hasta la muerte! Todo será comun entre nosotros. {Yo nada tengo ni nada valgo, pero si con mi vida se puede comprar un pucho de alegria con que ahogar alguna pena de su corazon, tomelá, que yo seré feliz porque le habrá servido de algo.

Aquellos dos hombres acababan de sellar así con aquellas palabras, uno de esos pactos que no terminan sinó con la existencia.

Sin decirse una palabra más, con las facciones alteradas por la más íntima ternura, cada uno tendió su recado al lado del otro y se acostó á dormir.

Al dia siguiente, con la primera luz del alba, Carmona estaba de pié y despertaba á Santos Vega, para lo que apenas necesitó tocar á una de sus caronas.

—Se trata de marchar dijo Santos; ya nos estamos haciendo pesados aquí, y no es bueno tampoco acostumbrarse á la vida haragana. En nuestra vida no hay reposo, hermano; se descansa como el ladron que gasta lo que ha robado, sin que nadie lo vea. Tal vez algun día se canse la suerte de perseguirnos y nos deje concluir tranquilos este miserable pucho de vida que vamos arrastrando.

—Con lo que aquí ha pasado, contestó Carmona, se habrá alborotado el avispero de la justicia, y no nos va á dejar reposar ni á sol ni á sombra. Por lo pronto, hermano, yo lo convido para que vamos á la estancia de los Castex. Aquella es gente fina y de razon, que miran á los hombres por el corazon que tienen y no por la fama que les dán. En aquella estancia bendecida nunca falta trabajo, y hemos de encontrar que changar, de una manera ó de otra, para que no se diga que andamos viviendo de valde.

—Mande la parada, que yo lo sigo hasta el fin del mundo, replicó Santos Vega; donde haya un potro que domar ó una tropilla que entablar, no me ocuparán al fudo: pero quien sabe si querrán proteger á un hombre perseguido por la justicia!

—Cuando yo lo llevo, es porque vamos bien, concluyó Carmona: una desgracia no mancha á un hombre, y el que llegue á aquella estancia, no siendo un ladron, ha de encontrar siempre amparo.

La estancia de los Castex, á cargo del suegro de Juan Cruz Varela hoy, segun creemos, era entónces el más rico y el más suntuoso establecimiento de campo de la campaña norte.

La peonada que allí se ocupaba era numerosísima, y como pagaban bien y trataban mejor, era un orgullo para los paisanos trabajar en aquella estancia hermosa.

En los inmensos galpones ó cocina de peones, se reunian éstos noche á noche, en numero suficiente para armar una jarana de las buenas.

Domadores, ovejeros, medianeros y habilitados, todos se juntaban á la noche al rededor del fagon, y tomando el infaltable mate ó comiendo un churrasco, se contaban mil fábulas de lo más fantástico, y tocaban la guitarra hasta acalambrarse los dedos.

Carmona que conocia á fondo aquella gente, convidaba á Santos Vega seguro que serian bien recibidos por peones y patrones una vez que conocieran al hombre que les llevaba.

Cuando se levantó don Cosme, los dos amigos fueron á verlo y le anunciaron su inmediata partida.

—Jamás antes de almorzar, dijo el buen viejo, y se fué á car-

near un capon que ensartó sobre tablas sobre el enorme asador. No Cipriano despertó de su tranca, no sin algun trabajo, y vino á tomar parte en aquel almuerzo de despedida. Los ofrecimientos anduvieron por alto, y el capon desapareció entre aquellos cuatro estómagos formidables.

Los dos amigos, despues de agradecerlo debidamente, se levantaron y ensillaron, preparándose para la marcha.

—Supongo, dijo entonces don Cosme, que no será ésta la última vez que nos veamos. Ent a buena como en la mala esta puerta está abierta para los amigos, sin mirar si andan delgados ó con el tirador preñado de plata.

—Nunca olvidaré amigo, respondió Santos Vega, la hospitalidad que usted me ha dado, y que quiera Dios no le cueste cara. Yo no me he de ir del Baradero sin hacerle una visita. Mi corazon no es ingrato, y puede que algun dia me ayude la suerte y tenga con que corresponderle.

—Lo que es por mi parte, dijo Carmona, ya sabe don Cosme como soy yo; la plata que yo gano tiene cñuelo en las pulperias, y habiendo aquí cohetes no la he de gastar en otra parte.

—Y yo seré palenque de mula para que no me hagan caso, interrumpió ño Cipriano, viendo que los amigos se encaminaban hácia los caballos. Seré palenque de mula para que se manden mudar sin siquiera darme un reben cazo!

—No nos ibamos todavia, contestó jovialmente Santos Vega. Ya vé que todavia no he recojido mi guitarra, y yo no me pongo en camino sin esa prenda querida.

Efectivamente, concluyeron de arreglar los caballos, hizo Vega un par de caricias al Mataco y volvieron á la pulperia donde recojó su guitarra, echandósela á la espalda con respetuoso carifio.

—Tomarán el del estribo, les dijo ño Cipriano presentándoles un medio frasco que acababa de destapar.

Los amigos echaron un trago moderado, se despidieren por última vez de los dos viejos y montaron á caballo con esa desenvoltura peculiar al paisano domador.

¶ Cuando se pusieron en marcha, don Cosme les hizo una señal de adios con la mano, y enjugó una lágrima que humedecian sus párpados, mientras ño Cipriano echaba atras la cabeza y acomodaba en sus lábios el medio frasco.

· Aquel debió ser un beso formidable, porque cuando bajó la limeta, se vió que la habia consumido hasta la mitad de la marca. Dos besos más como aquel y ño Cipriano completaba el novenario de aquellos dias, pues segun aseguraba él mismo, era por novenarios que agarraba las trancas .

Los dos amigos siguieron su marcha al tranquito. La siesta se presentaba formidable y no habia porque fatigar los caballos, Hicieran una parada á la sombra de unos arboles, donde echaron una siesta, y con la fresca de la tarde se pusieron entónces al galope, pues la estancia de Castex quedaba todavia un poco distante.

Recien caía la noche cuando llegaron á la tranquera, donde los recibió una juaría de perros que al conocer la voz de Carmona cambiaron sus ladridos amenazadores con sendas y apresuradas moneadas de cola.

—Voy á pedir permiso, dijo Carmona desmontando, y en seguida lo vengo á buscar. Los dos perros son mansos, hermano, y ya han conocido que somos gente amiga.

Santos Vega desmontó tambien, y cruzando perezosamente los brazos sobre el recado, se quedó esperando la vuelta de Carmona, que algo tardó en llegar, de donde dedujo el payador que los galpones estaban algo retirados de la tranquera. Desde allí se sentia el confuso rumor de las guitarras y el vecerio que acusaba una reunion bastante numerosa.

—Es sábado á la noche, pensó el payador recostándose sobre los brazos, y no estraño que habiendo aquí tanto peon, como dice Carmona, hayan armado jarana.

Y las carcajadas llegaban á su oido como un éco de agena alegria. Por fin apareció Carmona diciéndole alegremente.

—Hemos caido como llovidos del cielo y á un tiempo que parecemos invitados. En el galpon principal hay una reunion que dá envidia. Ha llegado á la estancia el negro Diabolo, y con este motivo se ha armado una macuca. El negro tiene la palabra y cuando él la toma es peor que garrapata.

—Y quién es el negro Diabolo? preguntó Vega, que no tenia el espíritu muy predispuesto á la alegria.

—El negro es un payador que le dicen el diablo, porque hasta ahora no ha habido quien le gane, y creen que tenga parte con los malos. Cuando agarra la guitarra y le blanquean en la troya sus dientes de mazamorra, es capaz de estar payando un dia entero. Sin embargo no es por lavarle usted la cara, hermano, porque no hay á que; pero si usted no estuviera en el mundo, yo tambien creo que el negro seria diablo imaginable. He pedido permiso al capataz para hacer entrar un amigo, porque el patron sabe Dios donde anda, y como usted nadie lo conoce podrá escucharlo sin compromiso de pagar con él si no tiene ganas, que si las tiene, podrá darle cuatro riendas de patente.

—Siento mucho que estén de jarana, porque mi espíritu está

triste, replicó Santos; pero ya que ha pedido permiso, entraremos, aunque más no sea que por dar bién de comer al pobre alazan.

Ambos tomaron los fletes por el maneador y franquearon la tranquera. Carmona vaqueano de la casa enderezó á un sitio donde pudieron desensillar y atar cómodamente á los caballos.

En seguida se dirigieron al galpon, donde sonaba una salamanca, el estruendo de la algazara con que festejaban las coplas que echaba el negro Diablo, segun habia dicho Carmona.

Como muchos de los presentes conocian ya al pelo lo sucedido en la pulperia de Cosme, maliciaron que aquel amigo que traía Carmona, no podia ser otro que el payador forastero; malicia que se cambió en plena seguridad, cuando lo vieron aparecer con su semblante bondadoso y jovial y la guitarra terciada á media espalda.

Fué imposible mantener á la incógnita, y no hubo más remedio que destaparse. Los paisanos hicieron mil agasajos al recién llegado, agradeciendo á Carmona que se hubiera acordado de llevarles una visita tan superior.

Cada cual trató de brindarle el vaso ó la limeta, y Santos Vega tuvo que beber, porque otra cosa hubiera sido hacer una mala figura.

La alegría pues, redobló desde la aparicion del payador.

UN DIABLO MONTADO EN PELOS.

El galpon á que acababan de entrar Santos Vega y Carmona presentaba un golpe de vista magnífico y pintoresco.

Unos treinta ó cuarenta paisanos, pertenecientes la mayor parte á la estancia, estaban sentados, ya en los bancos más ganchitos, ya sobre las cabezas de vaca. En medio del galpon habia una gran cantidad de brasas de fuego, donde se cebaba el cimarron por docenas.

Y en un desórden original, el suelo estaba cubierto de medios frascos, ya llenos, ya vacios.

Cerca del fogon y haciendo la figura más espectable, pues todos lo llenaban de consideraciones, habia un negro atlético, sentado en un poyo y con una guitarra descomunal.

Este era el negro Diablo, de quién ya Carmona habia hecho el retrato.

Era éste un negro de una musculadura atlética, de aquellos que se han perdido ya entre nosotros, quedando solo como una curiosa muestra, el hermoso negro Garcia que nuestros lectores habrán visto cruzar más de una vez nuestras calles, con un chiripá de seda punzó y su enorme é inseparable garrote de tala. Picado de viruelas, con un aro de oro en la oreja derecha, sus gruesos lábios y una enorme cicatriz que le cruzaba la frente, el negro Diablo era un personaje imponente y ridículo al mismo tiempo. Era imposible mirarlo sin recelo y sin una tentacion de risa.

A manera de regaton, más bien que de sombrero, el Diablo tenia puesto en la cabeza una especie de gorro inglés, cuyas largás cintas le caian á la espalda como una doble cola. Aquel regaton completaba la estampa de sátiro que ofrecia al primer golpe de vista.

Sin duda aquel dia habian hablado algo del payador, ponderándolo delante del negro, pues al saber quién era el recién llegado, lo miró fijamente blanqueando los ojos como si fueran dos claras de huevo duro.

Santos Vega se hizo el desentendido, y ocupó el asiento que le brindaban como si ni siquiera de mentas conociese al moreno.

—Siga pues, compañero, dijo al negro uno de los que componian la reunion, que nos hemos quedado con el bocado á medio cortar.

El negro blanqueó de nuevo los ojos, volvió á mirar á Santos Vega, y sonriendo por entre la mazamorra de sus dientes, soltó un preludeo como un chicotazo, y siguió cantando una milonga. El canto, el acompañamiento y la guitarra misma, tenian algo de espresion de sátira grabada en la cara del negro.

Todo en él era ridículo, pero una ridiculez que nos permitiríamos tratar de infernal.

Y en esa finura y disimulo del gauchito que suelta una pulla como si ha nadie se dirigiera, empezó á chocar á Santos Vega. Carmona frunció el ceño, los paisanos que comprendieron de lo que se trataba, «pararon la oreja»; pero Santos Vega permaneció impassible, haciéndose el desentendido.

Como era natural, las pullas empezaron á subir de punto, y ya los paisanos tenian que dar vuela la cara para disimular la risa, pues los versos del Diablo eran como cosquillas.

Santos Vega seguia impassible, como si fuera sordo, ó no entendiera de lo que se trataba.

El Diablo en un par de milongas, dirigiéndose á Vega, aseguró que la gente se andaba volviendo puras mentas, y cuando se tra-

taba de hacerse ver, parecian que los perros le habian comido la lengua.

Carmona miró asombrado á su hermano, estrañando que todavia no hubiese dado el vuelto. Pero aquella mirada pasó aparentemente tan desapercibida para Santos, como las coplas del Diablo que parecia estar decidido á provocarlo de todos modos.

El negro Diablo tenia gran fama de hombre invencible para el canto; así es que con el silencio del payador los paisanos creyeron que éste se consideraba vencido.

El negro siguió cantando y guiñando el ojo, como seguro de aquel fácil triunfo, y Santos Vega, haciéndose el distraido.

Por fin, como sintiendo su paciencia agotada, se descolgó la guitarra de la espalda, la puso al unísono con la del moreno y empezó á acompañarlo. Carmona sonrió entónces como quien dice: «ahora verán los piés al gato;» y los paisanos pusieron toda su atencion en Vega.

Este acompañó durante diez minutos al canto del negro, dejando pasar por alto las alusiones, que eran ya más picantes que un agí cumbarí.

Y cuando creyó que era tiempo de salirle á la parada, soltó su voz magnífica con una cuarteta tan popular ya, que no hay milonga donde no se cante, y que si mal no acordamos es así:

Caigan rayos y centellas
tras de truenos refucilos
que si por mi es la garuga
ya podia haber llovido.

Tan soberbio fué el efecto de aquella cuarteta y tan espléndida la voz con que fué cantada, que el negro Diablo medio se turbó; pero reponiéndose instantáneamente la contestó con firmeza:

No es garuga ni aguacero
que es tormenta y ventarron,
yo lo he de echar por delante
poniéndole hasta fiador.

Vega se sonrió maliciosamente y retrucó sobre el pucho:

Con su tormenta y su viento
atropélleme no más
que yo doy la delantera
pero castigo de atrás.

**Le prevengo como amigo
que se aprete el chiripá
porque soy pesau de mano
que es una barbaridad.**

La milonga empezaba, pues, en un tono nada pacífico. Los payadores iban á tener que agotar su imaginacion, pues tenian su fama y su amor propio sériamente comprometidos.

La descripcion de esta escena la tenemos de boca de un viejo paisano, vecino del señor Castex, que fué testigo de ella. Por eso es que la podemos narrar con todos sus detalles, transcribiendo esos pocos versos que conserva el paisano en su prodigiosa memoria.

El negro Diablo contestaba siempre á Vega, tratando de herirlo lo más que podia, para hacerle perder los estribos y ver si así le ganaba. Como inteligente y vaqueano habia tomado el pulso de su antagonista, y habia comprendido que no se lo iba á llevar por delante á dos tirones.

Vega por su parte, contestaba con cautela y con extraño reposo. No heria al Diablo en su amor propio; pero se esmeraba en retrucarle las cuartetos con suma picardía, para quemarle la sangre suavemente y hacerlo servir de risa de los demás.

Aquella milonga parecia interminable.

Habian cantado ya más de tres horas y en ninguno de ellos se veia el menor signo de fatiga. Por el contrario, á medida que más cantaban, sus fisonomias se animaban cada vez más y sus versos eran siempre llenos de novedad y de travesura.

Era aquella una payada como nunca se habia presenciado y cuyo fin no se podia sospechar.

Los paisanos estaban en el frenesí del entusiasmo, no atreviéndose á pronunciar la menor palabra por temor de interrumpirlos. Carmona trajo un medio frasco de ginebra y se sentó al lado de su amigo. Así de cuando en cuando, y mientras tocaba cantar al Diablo, lo acercaba á lábios de su amigo, que le daba un sonoro beso.

Igual cosa hizo uno de los amigos del Diablo, que era un bebedor fabulado. Tan famoso fué el primer envite que hizo al medio frasco, que éste se perdió hasta la mitad en su gruesa boca, provocando la más franca carcajada de los paisanos.

Entonados por la ginebra empezaron cantar con más brios que nunca. Empezaba á amanecer y estaban recien en lo mejor del canto. Ninguno habia descansado un solo minuto, ni siquiera para acomodarse el sombrero.

—Parece que con la milonga, dijo Santos Vega, siempre en verso, se puede cansar la reunion; si quiere que payemos para variar, estoy á su disposicion.

Yo canto por donde me piden, contestó el Diablo, mientras Santos daba un beso á la limeta que le alcanzaba Carmona. Lo mismo tiene para mi la milonga que cualquier otro canto.

Acto contínuo cambió el movimiento de las guitarra, siendo á Vega á quién tocó romper el fuego. El canto tenia una nueva faz más interesante, si es posible, siendo la payada una série de preguntas y respuesta, que no terminan sinó cuando uno de los dos queda sin saber qué contestar.

Los payadores tienen cuidado de que las preguntas sean bien complicadas y raras, para que las respuestas sean más dificiles y el adversario se encuentre apurado.

Para pagar es preciso tener, á más de vena poética, mucho ingenio; y es más que gaucho el paisano que puede resistir tres ó cuatro horas sin darse por vencido ó prorumpir en cada desatino como un rancho.

Santos Vega empezaba á encontrar mucha más resistencia de la que se habia sospechado, y su amor propio empezaba á picarse cada vez más. Por entre las picaduras de viruela que cubrian la frente del negro, brotaban rendas gotas de sudor, que corriendo por el lomo ó fiancos de la nariz, oscilaban un momento en la punta é iban á caer sobre las cuerdas de la guitarra.

Varias veces los paisanos se habian permitido soltar sendos gritos y palmoteos, ya en festejo de alguna pregunta de Vega, ya aclamando la famosa respuesta con que la retrucara el Diablo.

Y vino la siesta de ese dia y los payadores estaban firmes en la brecha, sin haber sacado ninguno de ellos la menor ventaja. Los ojos del negro brillaban de cuando en cuando en la noche de su piel, como dos relámpagos.

Miraba á su adversario y tenia la nobleza de festejar con una sonrisa de su ancha boca ó un movimiento de cabeza, los versos que más llamaban su atencion.

Santos Vega, doblado perezosamente sobre su guitarra y mirando con ternura á Carmona, parecia tan entretenido como cualquiera de los testigos de aquella gran payada.

Era muy difícil abrir opinion sobre cual de los dos seria el vencedor pues tan entero y resueño estaba el uno como el otro. Los que componian la reunion que no tenian el menor motivo para perder el apetito, empezaron, pasada la siesta, á preparar enormes asados.

Cuando éstos estuvieron listos invitaron á los payadores, pero ambos se negaron á comer hasta no concluir la lucha.

En vano fué toda insistencia, no hubo consideracion que les hiciera soltar la guitarra.

Carmona se resolvió á hacer con su hermano lo que habia hecho para hacerle tomar ginebra y unos cuantos mates. Se puso á cortar bocaditos de asados, que lo ponía en la boca cuando al Diablo le tocaba cantar. No faltó quien con éste hiciera lo mismo, de manera que pudieron seguir con toda comodidad sin que nada le faltara.

A eso de la oracion, la payada estaba en su mayor apogeo.

El Diablo mantenía su reputacion en toda regla, y se veía que tenía esperanzas de salir victorioso. Hacía ya venticuatro horas que aquellos dos hombres payaban: era verdaderamente admirable.

Como la payada de Santos Vega y el Diablo ha pasado á ser una tradicion incuestionable, la narramos tal cual fué, sin temor de que se nos trate de exagerados.

El capataz fué en busca de los señores Castex para que vieran á escuchar á aquellos dos *tigres*; y con la presencia de los patrones, la payada se convirtió en una verdadera fiesta, porque al verlo llegar los payadores se esmeraron más y pusieron todo su afán en lucirse.

Se trajeron al galpon dos frasqueras de ginebra, cuya vista hizo relampaguear los ojos del Diablo. Como el negro Diablo era del pago, y asídúo concurrento á la estancia, los paisanos tenían en él entera fé, y deseaban de corazon que saliera victorioso.

—Y á la larga, dijo el capataz, si el negro no se mama, va á dar al forastero una revolcada que no va á haber más que pedir.

—Pues que no le den más bebida, dijo Castex, que como no puede interrumpirse para ir á buscarla, no podrá emborracharse.

El paisano que le acercaba la limeta, se retiró por órden del patron, y desde eso momento el negro no pudo tomar ni un solo trago. En vano se deshacia á señas, y llamaba la atencion de sus amigos golpeando el suelo con las espuelas: no habia quien le diera oidos.

Y era tal su desesperacion, que Castex tuvo que decirle que no se aflijera, que á su tiempo él le haría dar un par de tragos. El negro sonrió y siguió payando.

Amanecía el día lúnes, y ninguno de ellos habia aflojado. Lo más que se habian permitido, era descansar las manos por turnos, puesto que acompañaban á dos guitarras y no por esto se

interrumpia el canto. De otro modo no hubieran podido seguir, porque las manos se les habrían acalambrado cincuenta veces.

Estaban payando desde el sábado al oscurecerse y todavía ninguno de ellos se mostraba fatigado. El verso de Santos era más picaresco y correcto, lo que no sucedía con el Diablo, que con frecuencia soltaba uno que otro manco ó cojo como nuestro crítico federal Garcia Merou.

Al anochecer del lunes, el negro Diablo empezó á dar muestras de algun desaliento y á turbarse algo para concluir los versos. Notó esto Santos Vega y empezó á apretar la mano como si recién empezara, causando la admiracion de todos.

La derrota empezaba á pronunciarse del lado del Diablo, que comprendiéndolo así, comenzó á dar muestras de la mayor desesperacion, pidiendo que le diera un trago de ginebra. Y tal fué el que se tomó, que entreabrió la troya para mitigar el ardor.

El semblante de Carmona se despejó por completo, mostrando en sus ojos la más infantil alegría. Era indudable ya que Santos Vega saldria vencedor.

El negro Diablo siguió mascando los versos y haciéndolos cada vez más defectuosos, hasta que comprendió que ya no podía más. Había agotado y exprimido todo su iagénio.

Cuando se consideró incapaz de producir la más incompleta cuarteta, levantó la guitarra con su brazo de Hércules y la estrelló contra el suelo haciéndola mil pedazos.

—Me ha vencido, dijo. El Diablo me ha abandonado por proteger al amigo!

—Cuando yo les dije que en el mundo no había más que un Santos Vega! saltó Carmona; para competir con éste, es preciso traer versada de tiro, y así mismo habrá mucho que ver.

Al negro Diablo no le había quedado más que ser grosero. Había perdido en tres noches su fama de cantor, capital conquistado en veinte años de pulperia y de payador, acontecimiento que bastaba para doblar el espíritu del gaucho mejor temblado.

Santos Vega, despues de su triunfo, se quedó tan fresco y sereno como cuando estuvo escuchando las primeras impertinencias del negro. Recorrió el diapason de la guitarra en un bordoneo maestro, y como de yapa, y para hacer alarde de que no estaba cansado, soltó unas cuatro décimas que eran una crítica clásica de lo que sucedió al negro por meterse á provocar á quien nada le decía.

El negro Diablo, mordiéndose los labios de pura rábía, agarró la primer limeta que encontró mano y se la empinó con ansiedad.

Pero la limeta no contenía ni una sola gota de bebida, lo que

concluyó de irritarlo. Levantó el frasco en el aire, y mirando á Santos Vega, lo estrelló contra los pedazos de la guitarra como quien dice: «Ya que con él no puedo partirte el alma, me contentaré con hacerlo pedazos.»

Santos Vega lo miró siempre sonriente, y siguió preludiando la guitarra. Aquella tranquilidad irritaba al negro más que si el payador hubiera prorrumpido en todo género de injurias. La actitud moderada asumida por Santos Vega después de su triunfo, concluyó de captarle la general simpatía.

El mismo Castex, que escuchándolo había pasado dos malas noches, se acercó al paisano haciéndole mil ofrecimientos.

—Puede usted parar aquí, paisano, todo lo que quiera, que trabajo, si usted lo busca, no ha de faltarle.

Vega se levantó y agradeció, siempre en décimas, el favor que se le hacia, asegurando que siempre estaría á él reconocido.

En seguida se informó por Carmona del payador y se alejó después de haberle retirado sus ofrecimientos. Los ojos del negro Diablo refucilaban de ira al ver las distinciones de que era objeto su rival vencedor.

Derrotado en aquella payada, se consideraba perdido, y, lo que es peor, degradado, pues ya no lo mirarian como el primer cantor del pago, ni lo agasajarian con el empeño de antes.

Todo su prestigio y valor pasaba á Santos Vega, que acababa de vencerlo después de pagar tres días, y que, como por lujo y de yapa, se le acomodaba todavía á una docena de décimas inspiradas.

—Es justo que ahora querrán comer, dijo el capataz, apareciendo con un matambre ensartado en el asador, porque supongo que de canto solo no ha de alimentarse un cristiano.

—De mil amores, contestó Vega saliendo al encuentro del capataz, porque si he de decirle la verdad, tengo más hambre que un mancarrón al que en tres días no se le ha sacado el freno.

—Yo agradezco la fineza contestó el negro Diablo de mal talante, pues no tengo ganas de comer.

—No se irrite por tan poco, siguió diciendo el capataz; el que á uno le ganen á pagar no es insulto ni deshonra. Acomódesele no más al matambre, que otra vez ganara usted y quedarán á mano.

Santos Vega había cortado una lonja de matambre, que se puso á comer con verdadera voracidad. Se puede decir que hacia dos días que estaba á mate y ginebra.

El negro Diablo se sentó junto á otros paisanos y se puso á tomar ginebra sin dejar de mirar á Santos Vega de una manera

sombria. Parecia que tuviese el deseo de coserlo á puñaladas. El payador siguió comiendo tranquilamente sin dejar de contestar á mil preguntas que le dirigian los que lo rodeaban.

Habia caido en gracia entre aquella gente, que poco antes hubieran deseado verlo vencido por el Diablo, y era objeto de todo género de agasajos y ofrecimientos.

El negro Diablo no pudo mirar impacible la consideracion de que era objeto Vega, y trató entónces de buscarle camorra. Si su fama de cantor habia sido envidiable, no era ménos la que lo rodeaba como cuchillero.

Y es que una cosa trae consigo la otra, pues de las coplas picantes se pasa insensiblemente al cambio de palabras ágras y á las cuestiones que se resuelven siempre por medio del cuchillo.

El negro Diablo era, pues *de hechos*, y mozo que, para el facon, muy rara vez habia hallado quien lo acompañara. Los paisanos, temerosos de que fuera á armarse una camorra, que creian fatal para el payador, trataron de apaciguar al Diablo, pero esto fué para peor.

El negro comprendió que le tenian miedo y creyó que el cuchillo podria darle el desquite que no le daria jamás la guitarra.

—Si lo agarra el Diablo, decia el capataz á unos de sus amigos, no lo va á dejar con ganas de cantar en su vida; y á la verdad, que seria una gran lástima!

—No crea, amigo, contestó Carmona, que por casualidad habia escuchado lo que decia. Santos Vega es para el cuchillo lo mismo que para la guitarra. Tiene más entrañas que un toro, y ni en veinte años logra el Diablo meterle una puñalada. Que no se meta con él, porque no vá á salir en su plata.

—De todos modos es una lástima, añadió el capataz, porque el Diablo es verdaderamente el Diablo para el cuchillo.

—Es que Santos Vega es como diez diablos, contestó Carmona con soberbia, y la prueba de ello es lo que ha hecho con los alcaldes del Barradero despues de haberse limpiado las manos con las justicias.

—Sabe, amigo, que tiene hambre? dijo en eso momento el Diablo dirigiéndose á Santos Vega. Parece que está comiendo con la intencion de llevar á los tientos de las muelas comida como para un mes.

—Comiendo gasto mis muelas, replicó alegremente el paisano, y mato mi propia hambre. Como á nadie ofendo con ésto, nadie se tiene que dar por resentido.

—Es que la fiebre de verlo comer con tanta angurria, insistió el Diablo; parece que nunca hubiera comido!

Santos Vega soltó una carcajada como si le hubieran hecho cosquillas, y cortando una nueva tajada de matambre, repuso:

—Si la carne es de usted, avise, para pagársela, y si no, deje que me haga provecho que hartó lo necesito.

Aquella flema, en vez de apaciguar al negro, lo irritó más todavía.

—No se crea que todas son payadas, repuso, ni que conmigo se va á armar haciéndose el gracioso. No aguanto pullas de nadie y mucho ménos de quien no conozco.

—Será, amigo, como usted dice, contestó Santos, dando por terminada la discusion.

No solamente el negro, sinó muchos de los paisanos creyeron que Vega tenia miedo y trataba de evitar toda cuestion. Así es que envalentonado con esta creencia, cargó la mano diciendo:

—No está demás tener miedo, porque el miedo es prudente. Lo que hay, es que cuando uno tiene miedo, no debe soltar la lengua, para no verse despues en compromisos de los que no ha de saber como salir.

—Yo no tengo miedo á nadie sinó á Dios, amigo don Diablo ó don Infierno, contestó Santos Vega con igual tranquilidad y sin dejar por esto de comer asado. Solo á Dios temo, y eso es porque soy buen cristano; así es que lo que usted dice, no pasa de un bolazo mal tirado.

—Pues entónces ménos palabras y vamos á ver si tiene el corazon tan bien temblado como la guitarra y la voz, contestó el Diablo sacando á relucir la daga, y preparándose al combate.

Aunque una pelea entre aquellos dos hombres era cosa que á todos seducia, tanto el capataz como los peones se interpusieron, tratando de demostrar al negro que no habia ningun motivo para pelear.

Pero el negro no entendia de razones y solo queria andar á puñaladas.

—Déjenle el paso libre, que le voy á hablar dos palabras, dijo Santos Vega poniéndose de pié. Si despues de oirme persiste en pelear, que sea lo que Dios quiera.

Los paisanos se hicieron á un lado, y Santos Vega avanzando sobre el Diablo, le habló así con voz conmovida:

—Amigo: desde que acabamos de cantar, he notado que usted me provocaba; pero no le he hecho caso, primero, porque yo no peleo en casa ajena, y segundo, porque he jurado no sacar mis armas sinó entre gente de justicia. De otro modo no crea que hubiera tolerado que me rompiera la guitarra y la limera, como quien dice en la narices. Sin embargo, mi juramento no llega

hasta dejarme hacer banco por el primer hombre que se le antoje tener ganas de pelear. Yo creo que en nada lo he ofendido, y si lo ofendí ha sin querer, y le pido perdón: más no puedo hacer. Mi puñal no sale de mi cintura sinó para pelear contra la justicia ó para defender mi vida. Ni usted es justicia ni quiero creer que tiene intencion de matarme. Deje, pues, las cosas donde estan, y no turbemos la paz de esta gente tranquila, con una pelea sin motivo.

—Tiene razon, dijeron todos; tiene razon, y el Diablo no debe buscar más cuestion despues de lo que ha dicho Santos Vega.

Pero el diablo estaba con toda la negrada en la cabeza y no habia razon capaz de convencerlo.

—Cante que tiene miedo, dijo, y dejémonos de pretestos y juramentos al fiudo.

—Yo no tengo miedo sinó á Dios, repitió Santos Vega, pero no habrá un hombre capaz de hacerme pelear cuando yo no quiero. Todo lo que me diga es al cohete, amigo, aunque puede hablar hasta mañana, en la seguridad de que no le voy hacer caso.

Y se sentó de nuevo á comer un matambre.

—Pues ha de pelear, gritó el negro trémulo de coraje ó de confesar que me tiene miedo.

Y llegando hasta donde estaba Santos, e arrebató el asador y con «matambre y todo», lo hizo rodar al medio del galpon.

Santos Vega palideció como un cadáver; pero mirando al negro y al asador, se quedó sin decir palabra. Movié la cabeza simplemente cómo quien se conforma á los sucesos, y tomó un vaso de vino que le habia servido el capataz cuando le acercó el asado.

El negro Diablo no lo dejó llevar á la boca, haciéndolo rodar de un revés. Y en seguida se puso en actitud de recibir el ataque que indudablemente debia seguir á aquella injuria.

Santos Vega se puso lívido y permaneció más de medio minuto en la actitud que lo sorprendiera la accion del negro.

Carmona habia asimilado su espíritu con el de Vega, de tal manera, que estaba tan pálido como él. Se hubiera dicho que él habia recibido el revés del negro.

—Está bien, dijo Santos Vega, parece que el amigo se empeña en que no coma ni beba. Sea todo por el amor de Dios!

Era tal el silencio que reinaba en el galpon, que se sentia el leve ruido que producian las hojas de los árboles suavemente agitadas por la brisa.

El valor de Vega les habia impuesto.

El semblante magnífico del jóven retrataba toda la soberbia voluntad de su alma; así es que nadie se atrevia á suponer que su conducta fuera debida al miedo. Miró al negro conteniendo la espresion amenazadora de sus magníficos ojos, y se dirigió á su guitarra.

—Ya que no le agrada que coma ó que beba, tocaré, dijo, y fué á sentarse.

El negro saltó entónces sobre él levantando el cuchillo con la marcada intencion de cortarle las cuerdas.

—Eso si que nó, gritó Santos Vega entregando la guitarra á Carmona. Conmigo todo lo que se quiera, pero Dios libre al que toque mi guitarra!

—Pues la he de tocar yo, contestó el Diablo lanzándose sobre Carmona.

Pero Santos Vega le cerró el paso, trémulo y amenazador. Se habia armado la jarana, y el negro Diablo se echaba un enemigo como no se habia imaginado.

El capataz, ayudado de uno que otro paisano bien intencionado, trataron de mediar haciendo un último esfuerzo para evitar la lucha, pero no habia remedio. Santos Vega habia concluido su último puchó de paciencia y estaba allí decidido á castigar al negro.

—Déjenlo no más, déjenlo no más! gritó Carmona, despues de haber acomodado en su mano la guitarra de su amigo. Tanto ha hecho esa maula, que al fin ha encontrado quien lo dome; los que no me ha querido creer, van á ver ahora quien es Santos Vega.

El capataz y los peones se apartaron y el negro Diablo se vino sobre el payador cuchillo en mano.

—Todavía nó! exclamó éste dando un salto vertiginoso hácia atrás. Para pelear y hacerse golpear al boton no hay necesidad de faltar el respecto á la casa en que se está Vamos al campo, señor Diablo, que yo voy á cortar las aspas y la cola, si en ello tiene empeño.

Á duras penas logró sujetarse al negro, y rumbió al campo en seguimiento de Santos, que habia saltado ya sobre su alazan y enderezaba á la tranquera.

Los paisanos, haciendo punta tambien, salieron en seguimiento de los combatientes, ávidos de ver aquella lucha, que prometia ser de lo más interesante. Ya en el galpon, el payador habia dejado ver una gran ventaja que tenia sobre el negro, su calma imponderable.

Mientras su adversario estaba enceguedido por la ira, él per-

manecía tan sereno como cuando el primer preludio de la guitarra.

Sin embargo era tal la fama del Diablo, que apesar de esta ventaja fabulosa, dieron ya por muerto á Santos Vega. Conforme franqueó éste la tranquera, se dejó caer de su caballo al suelo, y dobló su manta en la mano izquierda conservando enrollado en la derecha su formidable arriador.

El negro se lanzó tambien al suelo y se le fué al humo como una centella.

—He dicho que yo no derramo sangre sinó de justicias, exclamó Santos Vega sacando el cuerpo á las puñaladas y dando saltos de un lado á otro. Pero ésto no importa que yo castigue al que me provoca como lo ha hecho usted.

—Tomá, maula, tomá, flojo, tomá, sarnoso! exclamaba el negro rechinando los dientes á cada puñalada que tiraba.

Pero por más que ponía en ellas todo su cuidado, el puñal no lograba tropezar nunca con el cuerpo de Santos Vega, que se movía con pasmosa agilidad. Los paisanos habian hecho una gran rueda en cuyo centro estaban los combatientes. Y era tal la tranquilidad de aquel hombre, que esquivaba el cuerpo con tanta gracia, que de ella empezaron á participar todos, riendo como unos locos cada vez que lo veían tenderse de barriga y volverse á parar como si hubiera tenido resortes en los piés.

El negro habia llegado al colmo del furor.

Más pesado, no podía moverse con la misma agilidad de su adversario y perdía pié con frecuencia, como si fuera á caer de boca. La lucha de esta manera tenia que ser interminable.

Santos Vega no sacaba su cuchillo ni hacia uso de su arriador, y con solo sacar el cuerpo á los golpes que le tiraban, no era posible salir airoso. Si su mente era fatigar al negro, habia eraado el cálculo, porque moviéndose él mucho más, tenia que fatigarse primero, y entonces la ventaja quedaba por el Diablo.

Carmona presenciaba la lucha como si supiera de antemano que el triunfo era de su amigo.

—Tanta fé le tiene? preguntó el capataz aproximándosele.

—Tanta, contestó Carmona, como me tendria á mí mismo peleando con una criatura.

—Pero mire que el negro no ha mermado en calor y está tan fuerte como cuando comenzó.

-- Parece así, pero Santos Vega ya lo ha probado, y ahora verán su juego maravilloso.

En aquel momento se empezaban á colegir algo las intenciones del payador.

Creyéndolo quebrado al negro, ó en la conciencia que lo estaba, ya no se movia tanto, y esperaba con más calma las puñaladas ó los hachazos, que paraba ya con el poncho, ya con el cabo del arriador, con una limpieza y una seguridad que no dejaba la menor duda sobre la superioridad de su manejo.

Cuando paraba con el cabo del arriador, tiraba un ponchazo á la cara del negro, tratando de golpearlo en seguida en la mano del facon. Pero como el negro la retiraba inmediatamente despues de sentir parado el golpe, no habia podido lograr su afan.

Fuera de toda duda, la intencion de Santos Vega era desarmar al negro para basurearlo en seguida.

Venia amaneciendo el dia y con las últimas claridades de la luna y los primeros albores de la mañana se podian ver las fisonomias de los combatientes sin perder el menor de sus movimientos. Ambos estaban fatigados y sudorosos.

Sus movimientos eran más lentos y pesados, y las puñaladas del negro mucho ménos frecuentes.

Ya habia sido azotado unas cuantas veces por el poncho de Santos Vega, pero éste no habia podido aún golpearle la mano con el cabo del arriador, que era su intencion.

Aburrído el negro, y sintiendo sin duda que las fuerzas lo abandonaban, decidió terminar el combate de una manera ú otra. Protejió la cabeza bajándola, y ocultándola tras del poncho que tenia arrollado en el brazo izquierdo, y se vino encima del payador con una puñalada mortal dirijida al vientre.

Tal fué el empuje que le dió, que no pudo retirar el brazo una vez errada, y aqui fueron los apuros. Santos Vega metió adentro el vientre, formando con su cuerpo una especie de media luna, y dió con el arriador un formidable golpe en la mano del negro que sonó como el choque de dos huesos, mientras que con el poncho le azotaba la cabeza, haciéndola tambalear á impulsos del golpe. El negro dió dos ó tres trapiés; pero volvió á pararse firme. Y por pronto que acudió Santos Vega, ya habia pasado el facon á la mano izquierda, mientras la derecha caía inérte á lo largo del cuerpo.

Un clamoreo infernal se levantó entónces entre el paisanaje, que aplaudia frenético y el temple de espíritu de Vega y el valor del negro Diablo, que no se consideraba vencido á pesar de aquel contratiempo inminente, que casi lo hacia fuera de combate.

—Basta, basta! gritaban muchos de ellos; ya han peleado bastante para probar que los dos son guapos.

Santos Vega dió un gran salto al costado, poniéndose fuera del

alcance del negro, y miró sonriendo al paisanaje. Era la mayo^r prueba de valor y de serenidad que podía dar despues de todo lo que llevaba hecho. Abandonaba la lucha cuando tenia la victori^a segura. Pues si el negro nada habia podido contra él teniend^o sus dos manos, ménos podía hacer ahora que tenia la derecha inutilizada.

—Por mi parte, dijo no tengo inconveniente en retirarme. Todos saben que yo he venido á pelear obligado de todos modos y contra mi voluntad. No tengo, pues, porque seguir hasta lo último.

Pero el negro no fué de la misma opinion.

—Todavía no me ha muerto, maula, y mientras me queda vida yo soy hombre para hacerme temer.

Y acometió de nuevo á Santos Vega, esta vez sin cubrirse, puesto que no disponia más que de una sola mano.

—Déjate de tonteras, moreno, dijo el capataz irritado por la tenacidad del Diablo y protendiendo tomarlo de un brazo. Ya está visto que no eres enemigo para ese hombre, que ni siquiera te ha hecho el favor de sacar el cuchillo. A que te vas á hacer golpear de vicio?

Pero tuvo que retroceder más que lijero abandonando su intento. El negro enfurecido con sus palabras, le tiró una puñalada que se vió en figurilla para evitar.

—Pues andá que te lleve tu tocayo, le dijo, y volvió á pararse delante de Carmona que, lleno de cariño, saludaba á su hermano.

El Diablo acometió de nuevo á Santos Vega con puñaladas tan firmes y rápidas, que probaban que para él lo mismo era la mano izquierda que la derecha. Santos Vega empezó á desesperarlo y á jugar con él, como jugaria un gato con un raton que se permitiera disputarle el triunfo. Abría los brazos pasando las puñaladas con un simple movimiento de cuerpo hácia atrás y le amenazaba á todas partes con el arriador, sin pegarle en ninguna.

El Diablo estaba fuera de sí. Sus ojos desmesuradamente abiertos y la boca jadeante de fatiga, le daban un aspecto espantoso. Más que un hombre parecia una fiera.

Era preciso terminar de una vez; el sol ya se habia levantado sobre el horizonte, y era necesario atender á los trabajos de la estancia descuidados durante el lúnes á causa de la payada.

—Déle una vez en la cabeza, amigo, para que escarmiente! gritó el capataz, á quien la puñalada que le tiró el negro lo habia enconado. Déle en la cabeza, que ya es tarde; no sea que venga el patron y nos rete.

Tan fuera de sí estaba el negro, que no pudo ni siquiera bal-

bucear la maldicion que se vió brillar en sus ojos. Santos Vega esperó sereno y sonriente una puñalada á fondo y tomándole el tiempo le dió en la mano un segundo talerazo tan terrible que esta vez le hizo saltar el cuchillo á muchas varas de distancia.

El negro quedó completamente á merced de su adversario, que sonrió de una manera particular ante la horrible fealdad de su fisonomía.

—Qué tál, compadre? le preguntó. Tenia hecha la intencion de cortarle las orejas y darle una vuelta de rebencazos, pero tiene bastante con lo recibido. Otra vez llevará la yapa, porque presumo que va á ser mi marchante.

El negro no respondió una sola palabra. Sus ojos se llenaron de lágrimas, arrancadas por la desesperacion de la impotencia; se estremeció en una especie de convulsion, y avanzó hasta Santos Vega, mirándolo con un rencor infinito. Parecia que aquella mirada terrible le quisiera enviar la muerte.

—Pobre Diablo! exclamó Vega. Ahora le vá á venir mejor el álias de sacristan. Caballeros, agregé dirigiéndose á los demás, ustedes son testigos de que él me obligó á pelear, cuando yo no queria; de consiguiente, él solo tiene la culpa de lo que ha sucedido.

—Es verdad, es verdad, dijeron aquellos á quienes el asombro de que todos estaban poseidos les permitió el uso de la palabra. Y demasiado ha hecho usted con no quererlo herir y haberlo solo volteado las manos.

Carmona se acercó á Santos Vega y lo estrechó tiernamente entre sus brazos.

—Sabia lo que le iba á pasar al Diablo, le dijo, pero no creí que la sacara tan barata. La pucha, hermano! usted es de lo que no se vé por el mundo, sinó cuando nace un papa. Qué vista de condenau!

Vega sonrió á su amigo con infinita dulzura y enjugó el copioso sudor que caía de su frente hermosa.

—Me ha dejado jadeante, dijo. Enemigo trabajoso habia sido el Diablo, no es para pelearlo todos los dias.

El negro lo miraba y escuchaba con desesperacion creciente. Habia perdido cuanto poseía en el mundo, su fama de cantor y su fama de invencible.

Aquel jóven se habia divertido de él de todos modos, y no lo habia matado de pura lástima. Vencido por el dolor y la desesperacion, se dejó caer al suelo y se puso á llorar de una manera desesperante.

Y era algo de fantástico el llanto de aquel hombre, atlético y

terrible en la espresion de su rostro de ébano. Parecia el diablo llorando la ruina del infierno!

Los paisanos se apartaron de él fuertemente impresionados y se dirigieron al galpon.

—Usted es como de la casa, dijo el capataz á Santos Vega, pues así lo ha recomendado el patron. Puede decir que es lo que sabe ó quiere hacer, que se le dará trabajo.

—Mi hermano es domador, y de los buenos, dijo Carmona apresuradamente, temiendo que Santos fuera á decir que no sabia hacer nada.

—Pues casualmente, hay agarrado una media docena de potros, que puede ensillar con el fresco de la tarde, porque me parece que ahora no estará para esas misas.

—Como guste, respondió el payador; y fué á tomar las riendas de su alazan, siguiendo á los paisanos que entraban á la estancia.

El capataz, que en vista de la desgracia sucedida al Diablo, habia olvidada la puñalada que le tirara, se acercó á él convidándolo á entrar y consolándolo como mejor pudo.

El negro se dejó conducir como una criatura sin oponer la menor resistencia. Tenia las manos terriblemente hinchadas y caminaba con mucha dificultad.

El capataz lo llevó á otro galponcito para librarlo de la presencia de Santos Vega, que debia serle odiosa, y allí lo curó envolviéndole las manos con unos trapos mojados en caña, dejándolo que descansara, pues como la série de malas noches era larga, y profundo el cansancio de la lucha, el sueño no habia de tardar en vencerlo.

En seguida volvió al galpon donde estaban los peones comentando, en medio de la mayor algazara, lo sucedido al Diablo.

Todos estaban vencidos por el sueño consiguiente á las pasadas malas noches, y era cosa inútil emprender cualquier trabajo. Así lo comprendió el capataz, que no era más despabilado, y les dijo:

—Méenos charla, y vamos á dormir un poco para siquiera poder recojer las haciendas á la tarde. Santos Vega verá los potros, y mañana los ensillará, si le parece.

Como en el campo no se hace nada sin el mate correspondiente, en el acto, y como por via de encantamiento, brillaron diez fogones, y los paisanos empezaron á cimarronear comentando éste ó aquel golpe tirado por el Diablo y parado por Santos Vega.

Todos estaban maravillados con el payador, que, como se dice les habia ganado el lado flaco.

Nunca habian escuchado cantar de aquella manera, ni se sos-

pechaban que existiera sobre la tierra un cuchillero de las agallas y vista de aquí. El asombro había llegado al colmo.

Carmona estaba más alegre que si él mismo hubiera sido objeto de general admiración. Aprovechando la distracción de los compañeros, montó a caballo, yéndose á la próxima pulperia, de donde vino con unas cuantas gruesas de cohetes, que quemó en prueba del más íntimo refocilamiento.

Santos Vega quedaba dueño del terreno y de la fama que hasta entonces había acompañado al negro Diablo, aumentada con la suya propia.

A medida que el sueño los postraba, los paisanos iban quedando tendidos al rededor de los fogones. Pronto no quedaron en pie más que Carmona, Santos Vega y el capataz, cuya resistencia era asombrosa.

—Bueno, dijo el último, pueden dormir hasta después de la siesta, porque desde el sábado no se hace nada, y hay que señalar una punta de corderos de la majada grande.

—Buenas tardes y buena siesta, exclamó retirándose y dejando á los dos amigos cimarronear á su gusto.

El capataz no iba á dormir, sino á dar cuenta al señor Castex de lo que había sucedido. Y éste, para creer lo que se le decía, tuvo que venir á ver el Diablo, porque conociéndolo le parecía increíble que hubiera un gaucho capaz de hacer con el negro lo que se le había contado.

El negro durmía profundamente, soñando sin duda que aún peleaba con Santos Vega, pues á cada momento se le veía estremecerse y balbucear palabras ininteligibles.

UN DOMADOR COMO HAY POCOS.

Santos Vega y Carmona estuvieron mirándose un largo rato y conversando sobre lo que les había pasado.

—Estoy apenado de lo que ha sucedido, dijo el payador, porque aunque la pelea ha sido en el campo, puede ser que el patron se desguste y nos eche con viento fresco. Es una maldición la que me acompaña, que no ha de dejarme llegar en paz á ninguna parte!

—No crea, hermano, contestaba Carmona; el patron de aquí, además de ser un hombre buenazo, ya sabrá lo que ha pasado

por bocas de sus mismos peones y capataz. Lo que ha sucedido no lo hubiera impedido ni usted ni nadie, porque no hay un solo hombre que esté dispuesto á dejarse hacer banco por el primer sinvergüenza á quien se le antoja chupar una copa de más.

—Sin embargo, insistió Vega, como la suerte me persigue á no darme descanso, no seria estraño que las cosas llegaras á sus oídos al revés de lo que ha sucedido. De todos modos concluyó, poco me importa lo que suceda, porque desgracia más ó ménos todo viene á ser lo mismo. Se me hace que yo estoy curtido para el dolor, y hasta que ya tengo mache! Desgracia más ó menos no me ha de hacer penar más.

Los dos amigos tomaron todavia un par de mates más, y acurrucándose en los ponchos se pusieron á cabecear, quedándose muy pronto profundamente dormidos.

Serian aproximadamente las tres de la tarde, cuando despertaron amistosamente sacudidos por el capataz, que acababa de hacer lo mismo con toda la peonada.

Y mientras unos ensillaban para ir á recojer la hacienda y otros se preparaban á llenar sus distintas obligaciones, Carmona y Santos acompañaron al capataz á revisar las yegudas para apartar los potros.

En el campo y seguido de algunos peones, encontraron al señor Castex, que se incorporó á ellos preguntándoles qué hacian.

—Estamos entresacando algunos potros, respondió el capataz que este mozo va á domar.

—Caramba, paisano, le dijo al jóven, si tiene tan fuertes las piernas como las manos, dificilmente habrá potro que corcobee mucho. Me parece que en todas las manadas no habrá un potro tan chúcaro y retanero como el negro Diablo.

—Ha sido una desgracia que no he podido remediar, dijo Santos tratando de disculparse. El hombre estaba tan empeñado en pelear, que no quiso hacer caso de mis palabras y fué preciso pelear para que no me golpeará. Perdone pues la falta, patron, que no ha sido por culpa mia. Todo es la suerte fatal que me persigue.

—No se aflija, paisano, que ya me han contado lo que pasó y sé que usted no es culpable, replicó con bondad el señor Castex. Yo lo felicito de corazon, porque quien ha vencido el Diablo en el canto y el cuchillo, puede estar orgulloso.

—Y tú qué andas haciendo por aquí, buena pieza? preguntó á Carmona.

—Ya lo vé, patron, contestó éste, acompaño á mi hermano buscando trabajo.

—Y desde cuándo ha nacido esta hermandad?

—Desde que nos topamos, patron: nos hemos juntado y hemos hecho una amistad hasta la fin del mundo.

Hablando así llegaron hasta donde corría una manada de la que apartaron un potro oscuro rosado, tipo criollo puro, de los que ya solo tiene don Matias Ramos Mejia en su soberbia estancia de *Mari huincul*.

Era este un potro magnífico de largas crines y de cabeza inteligentísima.

En cuanto lo apartaron, el señor Castex y el capataz se echaron una mirada y se guiñaron el ojo.

—No importa, dijo Santos Vega sonriendo, que habia visto y comprendido la guiñada. Aunque sea más malo que el mismo infierno, lo hemos de rotomonear.

Castex sonrió á su vez al apreciar la sagacidad del paisano, y confesó la partida.

Aquel era un potro reservado desde hacia más de seis años, al que ningun domador habia podido quebrar.

—No importa, niño, dijo Santos Vega; puede ser que no pueda doblegarlo en uno ni en dos galopes, pero á la larga se tiene que dar, ó confesaré que no sirvo para nada. Puede recojer un par de potros más, porque desde ya le aseguro que este solo por más reservado que sea, no me va á dar mucho trabajo.

A pesar del aire de seguridad con que hablaba Santos Vega, tanto Castex como el capataz dudaron de que el payador saliera airoso.

Aquel potro habia basureado á más de un buen domador, y lo conservaban en la estancia como para probar á los que de tal se daban corte.

Conversando alegremente, trajeron al corral el overo rosado y dos potros más, fuertes y gordos.

—El patron se rie, decia Santos Vega mirando la espresion traviesa del rostro de Castex, y no cree que yo doblegue su potro! Pronto va á salir de dudas.

Conforme llegaron al corral, Santos Vega bajó el apero á su alazan y se preparó á ensillar el overo, pidiendo solamente un par de riendas más gruesas de las que él tenia.

A la noticia de que Santos Vega iba á ensillar el potro overo rosado, la paisanada se amontonó á la puerta del corral, haciendo apuestas que si lo volteaba ó no.

—Mirá, paisano, dijo Castex, la domada de este potro yo la pago aparte. Si no te volteas te regalo cien pesos, (suma fabulosa en aquellos tiempos), y si logras domarlo te doblo esa suma.

—Pues vaya aflocando la mosca, contestó el paisano, y revolviendo el lazo con suma elegancia, lo puso en el pescueso del overo rosado.

Con muy poco trabajo logró ponerlo el bocado, pero cuando se trató de ensillarlo el overo rosado bufó y empezó á mezquinar el cuerpo.

Inútil fué toda tentativa cariñosa. Vega perdió más de media hora sin lograr poder ponerle una carona.

—Es mañero por demás el niño, dijo; pero para todo hay remedio en esta vida.

Y ayudado por Carmona, echó al potro un pial y lo amarró como para que no se moviera. En seguida empezó á ensillarlo, no sin trabajo enorme, pues el animal se revolcaba bufando si poder deshacerse de las ligaduras.

Cuando el potro estuvo bien ensillado, el payador secó el sudor que bañaba su frente y le quitó las trabas. El potro se paró bufando y estremeciéndose; parecía que empezaba a tener miedo.

Santos Vega intentó montarlo de salto, agarrándolo por la oreja, pero tuvo que desistir. El potro no lo dejaba acercarse á media vara del estribo.

Fué preciso que Carmona y el capataz se lo tuvieran de las orejas, y bien amarrado.

Santos Vega se arrugó las botas de potro despues de haberse sacado las ligas, miró franca y jovialmente á Castex y saltó sobre el caballo.

El animal al sentir el peso del jinete y la presión de sus músculos de acerro, dió un bufido y se quedó parado, como indeciso sobre lo que habia de hacer.

Carmona montó tambien inmediatamente, y se preparó á apadrinarlo lleno de ansiedad.

Los paisanos empezaron á hablar todos á un tiempo, redoblando las apuestas sobre si lo bajaba ó no el potro.

—Campo! gritó Santos Vega clavando sus nazarenas en los flancos del potro, y bajándole el rebenque.

Y el animal enfurecido, salió del corral corcobeando de una manera terrible. Santos Vega, admirablemente sentado, castigaba á dos manos y reía como si le hicieran cosquillas cada vez que el animal daba algun corcobo peligroso.

—Si no lo ha volteado ya, no lo volteará en toda la tarde, exclamó Castex mirando el reloj. Hace ya siete minutos que corcobeaba.

Convencido tal vez el potro que se cansaría así sin haber logrado bajar al paisano, se paró de repente, metió la cabeza

entre las manos y empezó bellaquear de una manera desesperada.

Santos Vega no se conmovió sobre el recado, ni dejó de castigar un solo momento.

—A que lo baja!

—A que nó!

—A que charquea! Ah! criollo! en la vida!

Estas eran las palabras que se oían de todos lados. Y el payador serenó y mirando á todas partes, sonreía como quen dice: «No vén que no me voltea!»

Fatigado de sus inútiles esfuerzos, el potro lanzó una especie de quejido y se tiró al suelo.

Era su último recurso.

El payador abrió las piernas y quedó parado, sin perder su posición sobre la montura. De modo que cuando el potro se levantó y empezó una nueva série de corcobos, su ginete volvió á quedar como pegado al lomo.

Un clamoreo tremendo se levantó entónces entre el paisanaje, mientras el overo se lanzaba en una carrera vertiginosa, acompañado siempre de Carmona, que no se depegaba del lado de su amigo.

El animal disparó unas veinte cuadras, lo dió vuelta Carmona, y volvió, sin dejar de corcobear un momento, hasta la puerta del corral, donde se echó jadeante de fatiga.

Vega desmontó entónces, le paseó el rebenque por la cabeza y el cuello, lo palmeó en las paletas, y viendo que el animal estaba completamente entregado por el momento, se acercó á Castex diciendo:

—Ya vé, niño, si usted no tiene otro más malo que éste poco habrá que ver

Castex, por toda respuesta, sacó lo cien pesos y los entregó al payador.

—Lo prometido es deuda: otro cien si me lo entregas caballo.

Y se retiró complacido de la habilidad de aquel interesante gaucho.

El paisanaje estaba maravillado. Todos los que habian montado aquel potro, se habian sostenido más ó ménos tiempo, pero al fin habian concluido en el suelo.

El animal habituado á ésto, habia hecho todo lo posible por librarse de aquel ginete de músculos de acero, pero ya hemos visto que todo fué inútil.

Los otros dos potros fué necesario dejarlos por la mañana siguiente. Empezaba á anochecer y ni aún de ensillarlos habia tiempo.

Los paisanos se retiraron á la cocina á cenar, y se armó una algazara de todos los diablos. Santos Vega era el objeto de todos los brindis y el tema de la conversacion general.

El capataz habia ido á ver el estado del negro Diablo y no debia tardar con noticias.

El Diablo, segun dijo, estaba bien, pero aunque la hinchazon disminuia, los dolores seguian cada vez más intensos.

—Aquel bagual, decia, me ha deshecho las manos hasta el punto de que no las siento en las muñecas, pero espero en Dios que mañana podré montar á caballo.

Se armó jarana de guitarra como en las noches anteriores, salvo que Santos Vega no tuvo quién le llevara el apunte. El payador cantó entónces unas décimas cuya ternura era infinita.

El Diablo habia sido relegado al olvido y nadie se ocupaba más que de Santos Vega, para ponderarlo en todas las cosas en que se habia mostrado.

Como el trabajo andaba algo atrasado, era necesario madrugiar. Por esto todos se retiraron temprano á dormir, con gran pena general, pues, los paisanos habian deseado estar oyendo cantar á Vega hasta el dia del juicio final.

—Lo poco agrada y lo mucho enfada, dijo el payador, y se salió con Carmoná á dormir afuera.

Con el primer resplandor del alba, los jóvenes estaban de pié, de modo que cuando vino el capataz los halló con fuego encendido y agua caliente.

Cimarronearon un rato y ensillaron luego para ir á buscar otros dos potros, pues segun les manifestó Santos, con los dos que habian atado la noche anterior, apenas tendria para un momento.

El dia anterior Castex, contando las proezas de Santos Vega, habia invitado á varios amigos para que lo vieran domar por la mañana y lo sintieran cantar á la noche. De modo que, cuando los paisanos llegaron al corral con cuatro potros que habian apartado, Santos Vega se sorprendió al ver la concurrencia que lo esperaba.

—No te alarmes, buena pieza, le dijo el patron, que mis amigos yienen á verte lucir.

—Siento la costeadada, replicó el paisano, por que no van á ver nada nuevo. Hay cincuenta peones en cada estancia tan buenos como yo.

Y sin andarse con muchas pinturas y ayudado de Carmona, ensilló el primer potro de los agarrados el dia anterior. O el caballo era manso por naturaleza, ó tomó el peso del ginete. El

hecho es que, apenas tiró ocho ó diez corcobos, salió al trote largo como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa.

El segundo potró fué más ó ménos como el primero. Solo corcobeó unos cinco minutos, no fué fuerte, y se entregó á discreccion.

—Lo conocen los potros, decian los paisanos, porque el más manso de la tropilla de los picasos, ha bellaqueado un dia entero, y estos dos apenas se han movido.

Santos Vega ensilló dos potros más que le dieron algun trabajo, pero por más que corcobearon no salieron de la generalidad de los potros malos que se dominan diariamente en las estancias.

Aunque Santos Vega montaba con una elegancia poco comun, no hizo hazaña alguna que valiera la pena de haberlo venido á ver.

—Que vuelvan á traer el overo rosado, dijo el señor Castex, para que le dé un segundo galope. Vamos á ver, si se ha entregado un poco.

—Ese ni siquiera va á mosquear, exclamó sonriendo el paisano; en cuanto me tome el olor se va á echar en el suelo acordándose del galope de ayer.

—Lo mismo han creido otras veces, dijo á su vez el capataz, y han tenido que soltarlo despues de tres ó cuatro galopes, convencido de que no hay ginete que le venga bien.

El overo rosado fué traído al corral, y como el dia anterior, fué necesario amarrarlo y ponerle dos trabas gruesas para poderlo ensillar, porque se hacia pedazos contra los postes del corral, sin permitir que se le acercaran á dos varas de distancia.

—Parece que no te reconoce, dijo Castex, y que se prepara á hacerte medir el suelo.

—No crea, niño: en cuanto sienta el peso de la mano y las pinchaduras de las espuelas, se ha de acordar y no va mucho trabajo.

Pero este nuevo cálculo del paisano tambien salió equivocado, pues apenas sintió el potro el peso del ginete, empezó por donde la tarde anterior habia concluido.

Metió la cabeza entre las manos y se agachó á bellaquear de una manera asombrosa. Parecia que hubiese conocido el ginete y que hubiera unido todos sus esfuerzos para tomar un desquite de la tarde anterior, tal era la desesperacion y el enfurecimiento con que corcobeaba.

Santos Vega parecia clavado al animal. Ni se movia un punto sobre el recado, el bagual no salia del pedazo de terreno que habia eligido para basurear al ginete.

Y su desesperacion crecia al ver que todo su poder no bastaria para librarse de aquel hombre que se habia adherido sobre su lomo. Era aquel un espectáculo magnífico.

El animal, en el colmo del furor, hacia esfuerzos terribles para librarse del jinete, bufando cada vez que se paraba á descansar. Y éste, sentado sobre su lomo, como podria hacerlo sobre una silla, se reía alegremente de la impotencia del bruto, y ya no lo castigaba con el rebenque, sinó á ponchazos en la cabeza.

Aquello no podia concluir sinó por la postracion del overo rosado, y todavia parecia tener fuerzas para bellaquear hasta la tarde. Tal vez convencido de que no habria corcobo capaz de librarlo de aquel jinete, el animal recurrió á su último esfuerzo, y dejando de corcobear se preparó á bolearse, recurso formidable á que apela un potro en el último trance de desesperacion, y que consiste en alzarse sobre las patas y dejarse caer de espaldas, para aplastar al jinete de quien no se puede librar.

Santos Vega, que conoció la intencion del potro, le ganó el tiempo, de modo que cuando el overo rosado se enderezó sobre sus patas y se dejó caer hácia atras, Santos Vega no solo se habia dejado resbalar por la anca, sinó que habia tenido tiempo de dar un buen salto de costado.

El animal cayó de espaldas y al sentirse libre del jinete se volvió á parar, magnífico de soberbia y brios. Pero ya el domador, que lo habia calculado todo de un solo golpe de vista, se le habia declarado hipoteca de una oreja, y lo volvió á saltar riendo como de una gracia.

Santos Vega no tuvo tiempo de sentarse bien, porque saltó al mismo tiempo que el potro, sintiéndose agarrado de una oreja, se agachaba á bellaquear de nuevo; pero aprovechó los mismos corcobos para acomodarse de nuevo sobre el recado, por el mismo movimiento que á su cuerpo imprimian los saltos del caballo.

Fué aquella parte más interesante de todo aquel espectáculo, y en la que el payador estuvo admirable.

Desesperado y no encontrando qué hacer, dió un bote formidable y partió en una rápida carrera.

Santos Vega dejó de golpearlo por la cara con el poncho, y tomando el rebenque que colgaba de su muñeca, le bajó la mano en regla, clavándole las espuelas con brio.

Carmona partió como una centella para acompañarlo y darlo vuelta en cuanto su hermano se lo pidiera.

El overo rosado disparó tanto, y siempre bellaqueando, que para no perder las peripecias de la carrera, tanto Castex como los paisanos tuvieron que apurar sus caballos.

Carmona, obedeciendo la indicacion de su amigo, fué á dar vuelta el potro, pero ya era tarde; el animal, habiendo agotado todas sus fuerzas, caía desfallecido, cubierto de sudor y jadeante. Habia sido vencido nuevamente, y, como la tarde anterior, se entregaba á discrecion. Santos Vega comenzó entónces á acariciarlo sin que el potro se atreviera á hacer el menor ademán hostil. Los paisanos rodearon á Santos Vega, declarándolo domador como ninguno; lo que es mucho decir en el campo, donde cada gaucho es un Centauro.

Fué necesario desensillar allí mismo el overo rosado, porque era imposible hacerle dar un paso más. Estaba materialmente aplastado.

—Esta noche habrá diversion de guitarra, supongo, dijo el señor Castex. Yo pago el gasto de la bebida en obsequio á Santos Vega, que bien se lo ha ganado.

Esta noticia fué acogida con una alegria casi igual á las que experimentan los colegiales al saber que el maestro se está muriendo.

Los paisanos sabian que cuando el patron prometia pagar el gasto de la bebida, equivalia á decir que se hacia cargo de la fiesta, de modo que ya entreveian una diversion en regla.

Castex tenia interés en hacer cantar al payador, para que sus amigos lo escucharan y completaran el dia. La dificultad es que el payador no tendria quien lo acompañara, pues con lo sucedido al Diablo no habria quien le llevara el apunte.

—Busque gente, dijo Castex al capataz, y trate que vengan buenos cantores y buenas guitarras, que yo voy á mandar lo que haga falta.

Nadie durmió la siesta aquel dia, pensando en lo que se iba á armar á la noche. El capataz despachó gente á todos lados en busca de *piernás*, y se desocupó el galpon grande para que pudieran estar con entera comodidad.

A la tarde llegó un carrito cargado con varias frasqueras de ginebra y una docena de damajuanas de vino. Era el contingente que mandaba para la fiesta el señor Castex.

Carmona sacó de entre el seno la gruesa de reserva que siempre llevaba consigo, y le prendió fuego para celebrar tan famoso acontecimiento.

El capataz, que en todo estaba, se fué á ver el estado del negro Diablo y lo encontró ya bastante aliviado. Los golpes no habian tenido mayor consecuencia que el gran dolor y la hinchazon que empezaba á pasar. El capataz creia encontrar al negro todavia enconado con Santos Vega, y deseando sanar para buscar desquite, pero lo halló más manso que un cordero.

—El patron ha estado conmigo, le dijo, y me ha demostrado que he hecho una barbaridad, pues el que el forastero me hubiera ganado á pagar, no era motivo para que yo le hubiera buscado camorra. Ahora siento lo que he hecho, pero ya no tiene remedio.

—Lo tiene, contestó el capataz, tocante á que Vega no será nunca su enemigo. Ha olvidado ya lo que pasó, y estoy seguro que todavia sera capaz de disculparse. Por Dios, que es un gauchó que dá envidia!

—Me ha dicho tambien el patron, que esta noche va á haber una fiesta, y que como él va á estar allí, yo puedo ir si quiero, con el compromiso de que no se me ha de ir la mano en la bebida; pero ¿qué quiere? despues de lo que ha pasado, me va á dar vergüenza, pensando que alguno puede reirse de mí.

—No tenga cortedad, y vaya no más; mire que aquel hombre, léjos de buscar malquerencias, trata de hacer amigos á todos los que se le acercan. Se ha visto que para que se le hiciera caso, ha tenido que provocarlo de todos modos.

—Allí veremos, concluyó el Diablo; puede que me anime y puede que me deje estar; de todos modos poca ó ninguna falta hago.

A eso de la oracion comenzaron á llegar los invitados, que eran los puesteros y peones de los alrededores. Algunos caian con las familias á las ancas, otros la traian *de tiro*, pero la mayor parte venían solos, sin más compañera que la guitarra terciada á media espalda.

Se habia abierto una frasquera y se recibia á los invitados con copa, de modo que de llegada no más, se entregaban á la mayor alegria.

Como cada uno de los peones que salió á invitar habia hecho en todas partes la relacion de lo sucedido con Vega y el negro Diablo, todos venian conociendo de mentas al payador y deseando hacer amistad con él, de modo que apenas desmontaban, ya preguntaban cual era y se acercaban á saludarlo.

El payador habia hecho una revolucion en el paisanaje.

—Como no caiga á descomponer el baile alguna leva que lo ande buscando, decian unos, no estará malo.

—Si fuera en una pulperia cualquiera, no hay duda, respondian otros; pero cuando se van á atrever á la estancia del patron!

—Ni aquí ni en las pulperias, interrumpió Carmona. Cuando la justicia sepa que mi hermano está aquí, á la fija lo va á buscar al extremo opuesto del partido.

Y Carmona no se equivocaba en su acertijo, porque los jus-

ticias sabian perfectamente donde se hallaban Vega y Carmona, y no habian soñado en venirlos á buscar. Su estreño habia sido demasiado terrible para que intentaran salirle al encuentro, por lo ménos hasta que no pudieran reunirse en un número regular.

Cuando se encendieron los candiles, la reunion era bastante numerosa, reinando entre ella la mayor cordialidad y alegria.

Sin embargo apenas sonaban las guitarras; pues el patron y sus amigos no habian llegado todavía, y sin ellos no habia fiesta posible.

Un paisano medio vejacon, que habia caido con sus dos hijas, la Benita y la Emeteria, templó su guitarra y saludó al payador con un par de décimas de primer orden, con las que le decia que ojalá llegara al Baradero un hombre como él todos los años.

La ocurrencia gustó, y al amigo *Gabriel*, que era el que habia cantado lo siguieron varios otros, todos saludando á Santos Vega y deseando que jamas saliera del pago.

Santos Vega recorrió con un sentido preludeo el diapson de la guitarra, y en un estilo elegante y lleno de ternura agradeció á cada uno de los que habian cantado los cumplimientos que le habian tributado, concluyendo con una décima en que decia que, habituado á la crueldad y perfidia de los hombres, una palabra cariñosa era para él una prenda inestimable.

Una vez empezado, Santos Vega no concluía nunca, de modo que á aquellas décimas obligadas puede decirse, siguieron otras muchas dedicadas á las mozas presentes, en las que hacia un gran elogio de las facciones de cada una de las que más le habian llamado la atencion.

A la Benita que sin duda fué la que más le gustó, le dedicó cuatro décimas que la hicieron poner colorada y reventar de orgullo.

Emeteria tuvo tambien su parte apasionada, pero fué por cuenta ajena. Vega dijo que cantaba por cuenta de Carmona, que estaba prendado de la belleza de aquella niña.

Aqui tocó el turno á Carmona y Emeteria de ponerse colorados como una braza. Carmona no habia hecho semejante encargo pero como la Emeteria era una moza más que linda, aceptó gustoso las palabras de su hermano y le guiñó el ojo agradeciéndoselas.

Si revolucion hicieron en los hombres la voz y las décimas del payador, en las mujeres produjo fanatismo.

—Ay! si es una cosa que dá gloria el oírlo cantar! decian, y se componian el vestido, provocando la inspiracion del paisano.

Con el aire de la más refinada travesura, Santos cantó otras

décimas al amigo Gabriel, felicitándolo de tener dos hijas como aquellas.

—Como será la madre! concluyó, porque lo que es á usted, dispense, amigo, pero no se le parecen ni en el blanco de los ojos.

El amigo Gabriel, que tenia más chaguara que un trompó, festejó la ocurrencia con sendas carcajadas, acompañadas de un coro infernal.

—Si será maldito, exclamó, por poco me dice que soy más fiero que un susto.

Iba á seguir Santos Vega, cuando se apareció en el galpon Castex seguido de sus amigos. Habian oido desde afuera las últimas décimas y venian riendo alegremente. Santos Vega al ver venir cambió de tono y parándose los saludó en toda regla, asegurando que aquel hombre era el mejor patron que habia nacido de vientre de mujer.

Concluida la primer frasquera, se destapó otra, y la alegría general entró al periodo más entusiasta. Se pidió á Santos Vega que payara, pero nadie se animaba á acompañarlo.

—Como no es por querer competir ni hacerme el bueno, dijo el amigo Gabriel, sinó por hacer el gusto al patron, yo lo voy á acompañar, amigo, hasta donde me lleguen las fuerzas.

Y templando su instrumento de puro compadre, porque templado estaba, se puso á pagar con Santos. El amigo Gabriel no habia sido de los muy lerdos, pero apurado por el payador apenas tuvo para media hora.

Animado por la llaneza del paisano, otro salió al encuentro, pero un cuarto de hora despues tuvo que darse por vencido y cederle el campo á un tercero que corrió igual suerte.

En seguida y á pedido de Castex, viendo que no habia más competidores, se rompió el baile con un cielo que no habia más que pedir, tocado á ocho guitarras. Carmona y Santos Vega, porsupuesto, se largaron con la Emeteria y la Benita siendo las dos parejas más notables.

Al cielo signió un pericon; y al pericon un gato en el que el destapó Carmona zapateando como ninguno. Hubo un momento en que el mismo Santos se detuvo para verlo escobillar.

El baile iba á seguir con creciente entusiasmo, cuando la presencia de un nuevo concurrente vino á llamar la atencion de todos, produciendo un movimiento de bastante desagrado.

El recién venido era el negro Diablo, que no habia podido contenerse, sacado fuera de sus casillas por el bordoneo de las guitarras,

Los paisanos temieron que el negro volviese á buscar una

nueva camorra al payador, camorra que echaria á perder tan lucida fiesta.

Santos Vega miró al recién venido sin la menor muestra de rencor y fué á sentar á su compañera. Habia creído lo mismo que los demas, y no queria que un ataque del negro lo agarrara desprevenido.

El negro Diablo se detuvo como con pona del recicimiento que se le hacia.

—Siga no más el baile, dijo el señor Castex, que nadie se atreverá á turbarlo estando yo aquí, y mucho ménos el Diablo, que siente deveras lo que ha pasado.

Santos Vega se acercó resueltamente al negro, y le dijo:

—Si usted siente lo que ha pasado, más lo siento yo, y usted sabe lo que aguanté por no venir á las manos. Yo no tengo reparo en ser su amigo, porque veo que todo aquello no es más que hijo de un mal momento. Venga, pues, esa mano, y seamos amigos, dijo, y si usted lo quiere.

—Y decir que yo he provocado á este hombre! exclamó el Diablo, tan humilde en la amistad como soberbio en la pelea! Haga de cuenta, amigo, que recién me conoce, y que lo que pasó conmigo no ha podido suceder sinó con algun negro loco, que tomó mi nombre para hacer una embarrada,

Y los dos paisanos se dieron un abraso con la mayor sinceridad. Aquella inesperada reconciliacion vino á hacer más alegre y animada la jarana. El negro algo quebrado, tomó parte activa en la fiesta, y en el consumo de la ginebra sobre todo, durando el baile hasta cerca del amanecer, hora en que se retiraron Castex y sus amigos, previniendo, que no por retirarse él concluia la fiesta.

Siguieron, pues, el baile y la chacota hasta más de las ocho de la mañana. Santos Vega y el negro Diablo siguieron como si entre ellos no se hubiera cambiado jamás una palabra de disgusto.

Cuando se retiraron á acostarse eran los mejores amigos de este mundo.

Los paisanos que vivian más inmediato, se retiraron despues de almorzar. Los que estaban más distantes se quedaron hasta la mañana siguiente.

Entre los últimos quedaron Gabriel y sus dos hijas, con gran alegría de Carmona y Vega, que siguieron cortejándolas de todos modos, pero con tan buenas maneras, que el amigo Gabriel no se dió por ofendido.

Esa noche siguió el baile que no habia más que pedir.

Vega y el negro Diablo payaron toda aquella noche, sin dirigirse la menor pulla ni palabra descomedida, dejando de cantar de cuando en cuando para prenderle á un gato ó á un pericon.

A la mañana siguiente el resto de los convidados se retiró á su respectiva poblacion y la estancia de Castex quedó en un estado normal de trabajo.

Despues de concluidas las faenas del trabajo los peones se juntaban en la cocina, y allí, al amor de la lumbre, se contaban los más curiosos cuentos y *casos*, alternados con las tropas del payador Santos Vega.

La Emeteria y Benita que fueran las últimas en retirarse, llevaban un infierno en el corazon; infierno que solo podian convertir en paraiso los dos paisanos, á quienes el amigo Gabriel ofreció un pobre rancho, rogándoles le hicieran una visita de cuando en cuando.

—Hemos de ir, le dijo Santos Vega, porque usted tiene una carnada, que uno es capaz de tragar sabiendo que abajo está el anzuelo.

La Benita se puso pálida primero y despues tan colorada que tuvo que bajar la cabeza para disimular su turbacion. La Emeteria miró intensamente á Carmona, que sacó del tirador una gruesa de cohetes y la quemó en señal de despedida.

EL CORAZON ENAMORADO.

Santos Vega y Carmona quedaron en la estancia de Castex, domando una veintena de potros que allí habia. El amor propio del payador estaba empeñado en el overo rosado; se habia comprometido á amansarlo, y tarde y mañana lo ensillaba y andada en él hasta dejarlo postrado.

Pero el potro, segun la espresion de los paisanos, era perro hasta darle con un garrote. Cada vez que lo ensillaban corcobeaba de tal manera, que hubiera dado en tierra con cualquier otro domador que no hubiera sido Santos Vega.

—Lo he de domar, decia éste, lo he de domar y lo he de entregar más manso que un cordero.

Y se pasaba el dia entero palmeándolo y haciéndole mil caricias.

—No lo va á domar nunca, amigo, le decia el capataz. Este animal ha cansado á los hombres de más paciencia.

—No digo que nó, pero á mi no me va á cansar.

Y efectivamente, el animal se fué dando poco á poco con gran asombro de todos, hasta que llegó á ser, sinó el mejor, unos de los buenos caballo que habia en el establecimiento.

Las mentas de Santos Vega, andaban de pago en pago y de puesto en puesto, con gran asombro de todos, hasta que llegó á ser más conocido en el Baradero que en el mismo Dolores, donde se habia criado y hecho sus primeras hazañas.

La justicia no se habian metido con él hasta entónces, sin duda esperando algun buen momento para caerle sobre seguro.

Como el trabajo que tenia en la estancia era bastante aliviado pues últimamente solo tenían que redomonear el potro overo rosado, continuamente andaban de barranda, ya en el puesto del amigo Gabriel, donde tenían una banca fabulosa, ya en alguna otra poblacion ó pulperia donde los convidaban.

La Benita y la Emeteria habian perdido la chaveta con su Carmona y Santos Vega. Y no eran solamente la Emeteria y la Benita, sinó la mayor parte de las mujeres que lo conocian.

Habia en Santos Vega una delicadeza y una finura natural, que lo hacian fuertemente simpático á todo mujer á quien se acercara.

Y unido esto al prestigio que lo acompañaba, á su talento poético y á su voz espléndida, Santos Vega era un don Juan de nuestra campaña. Altivo hasta la exageracion, no sonreia casi nunca, y cuando llegaba á hacerlo, vagaba en su sonrisa un lamento, algo de gemido, que conmovia sin poderse explicar el porqué.

Cuando alguien le buscaba querella, ofendido por la preferencia de alguna mujer, el payador repetia su frase eterna:

—Yo no peleo sinó con la justicia.

Algun rival solia insistir, llegando hasta injurarlo, pero entónces la mirada del payador adquiria un brillo terrible, la expresion de desden pintada en su fisionomia se volvia amenazadora y el rival se retiraba no insistiendo en la querella.

La historia del negro Diablo estaba muy fresca como para que ninguno de ellos quisiera correr la misma suerte.

Y aquel paisano jamás abusó de la supremacia que habia adquirido sobre los demás.

Siempre era afable y comedido con todos, hasta el extremo de quedarse sin poncho varias veces por socorrer á un necesitado. A pesar de ser siempre un gaucho pobre, que apenas tenia para comprar un naco ó un medio frasco de cuando en cuando, no habia pulperia donde no tuviera crédito.

Y esto es porque los pulperos sabian que el paisano dejaria

de comer antes que dejar de pagar lo que debía. Por aquellos tiempos hubo una yerra como pocas en la estancia de un rico hacendado de la localidad.

Omitimos los nombres propios de esta aventura, porque aún existen deudos de aquella familia, que ocupan una posición ventajosa y quienes no es nuestra mente herir. Aquello fué tan público por lo espectable del estanciero que nos ocupa, que la mayor parte de nuestros lectores, aunque vagamente, lo conocerá.

Llamamos simplemente don Ramon al dueño de la estancia y Dolores á su bella consorte, protagonista en aquel drama.

La yerra iba á tener lugar en los primeros días de noviembre, y ya en octubre, la estancia estaba llena de invitados que acudían de todas partes, incluso de la misma ciudad.

Era una de aquellas fiestas que tienen lugar en las estancias muy tarde en tarde, y en las que, quien las dá, se dispone á echar la casa por la ventana.

Los paisanos contaban que don Ramon habia llevado de la ciudad una pipa de vino y una *temeridad* de frasqueras de ginebra, y que la fiesta iba á durar hasta que en las limetas no quedara una gota de bebida.

Don Ramon era entónces un hombre jóven, de una inmensa fortuna y que habia hecho de su estancia un delicioso sitio de placer. Aquel verano habia ido á la estancia acompañado de su esposa Dolores y de dos niñitos de tierna edad, á los que amaba con delirio.

Dolores era una mujer de veinte cinco años y de la que generalmente se dice: «es una mujer divina». Tenia un espeso manto de cabellos rubios, que caía á su espalda formando mil ondulaciones voluptuosas y en su rostro de alabastro y las facciones perfectamente brillaban dos ojos negros llenos de pasión y de inteligencia.

Los paisanos se estasiaban en la contemplación de aquella mujer hermosísima, á quien llamaban la «Virgen rica», y se hubieran dejado cortar la cabeza por satisfacer el menor de sus deseos.

Y es que la Virgen rica, cada vez que iba á la estancia, su casa era el albergue de los pobres á quienes socorría con dinero y hasta con pequeñas puntas de hacienda á los que tenían familia. Así es que no habia paisano de los alrededores que no hubiera acudido á la yerra desde que se anunció.

Espíritu sencillo y apasionado, doña Dolores oyó narrar las desventuras de Santos Vega, y se sintió impresionada, deseando conocer al melancólico trovador. Amante de la música hasta el

delirio, al sentir que los cantos de Vega conmovian hasta arrancar lágrimas, se propuso conocer al paisano á toda costa, y encargó á sus peones que se anoticiaran dónde estaba para mandarlo buscar.

—Es que Santos Vega no va á ninguna parte sin su hermano Carmona, le dijo un paisano, como si este hubiera sido una dificultad insuperable.

—Pues que venga tambien Carmona, contestó sonriendo doña Dolores; así tendremos dos convidados más.

—Pues aquí hay un paisano que lo conoce, como que tiene amores con su hija, dijo el peon saliendo á llamar al conocido, que no era otro que el amigo Gabriel.

Doña Dolores envió en el acto á buscar al payador, pero habia un inconveniente en el que no habia caido, inconveniente que era esta vez algo sério.

A la fiesta de don Ramon habia acudido toda la justicia del Baradero, y era imposible que viniera Vega, sin, por lo menos, provocar una escena de sangre que echara á perder la fiesta.

Tanta dificultad habia irritado el deseo de doña Dolores, que se propuso á todo trance hacer venir á Santos Vega.

—Yo arreglaré las cosas de modo, dijo, que la justicia no se meta con él para nada. Se harán los que no lo han visto y lo dejarán tranquilo.

—No es que él tenga miedo, insistió el paisano, es que la vista de la justicia lo irrita y no puede prescindir de pelear.

—No importa, concluyó doña Dolores, gozando del imperio que tenia sobre los paisanos. Díganle que yo lo mando á llamar y que junto con Ramon hemos de arreglar todo.

El amigo Gabriel partió á cumplir su comision, y doña Dolores, acompañada de su esposo, se vino á hablar con los alcaldes y demás gentes de justicia que habia en su casa.

Poco trabajo le costó arrancar á aquellos la promesa que no dirian una palabra al payador y á su amigo, haciéndose los que no lo conocian.

—Haremos por usted este sacrificio, dijeron congratulándose de encontrar este pretesto para disimular el temor que les inspiraba la presencia de Santos Vega. Y sí en algo se propasa, nos haremos los desentendidos.

Desde aquel momento doña Dolores no pensó más que en Santos Vega. Tenia verdadero deseo de verlo llegar.

El amigo Gabriel se fué en derecha á la estancia de Castex, donde tenia seguridad de encontrar al payador. Allí lo encontró, en efecto, ocupado en dar una manoseada al overo rosado.

Vega, como todos los paisanos del partido, sabia perfectamente bien que en la estancia de don Ramon habia gran fiesta, pero no se dió por entendido.

No quiero saber nada con ricos, segun manifestó á Carmona, y se quedaron solos en la estancia.

El capataz hizo todo género de esfuerzos por llevarlos, pero todo lo que se le dijo no fué bastante á hacerlo consentir.

—Los ricos son sinónimo de justicias, dijo, porque entre los ricos elijen á los que nos sacrifican continuamente de todos modos. El rico desprecia al gaucho, porque no es de su linaje, y solo lo llama cerca de sí para que lo divierta. Yo no soy mono de nadie, y aqui nos quedamos con Carmona. Además, concluyó, en la estancia de don Ramon han de estar los justicias que quedan; y ya vé que no puedo ir, no porque los tema, sino porque echaria á perder aquella hermosa fiesta ó no hay porque hacer mal á nadie.

Convencido de la razon que asistia al payador, el capataz no quiso insistir en sus ruegos, y se fué con el resto de la peonada.

—Usted queda dueño de casa, le dijo, y libre de hacer lo que mejor le parezca.

En esta disposicion de espíritu halló al payador el amigo Gabriel.

—Es inútil que me insiste, porque he resuelto no ir, contestó de una manera que cortaba toda réplica.

Y espuso en seguida las mismas razones que habia dado al capataz.

—Yo no vengo en mi nombre, contestó el amigo Gabriel algo apurado, sino en el de prendas que han de poder algo con usted.

Carmona palideció sospechando otra negativa de su amigo, pues creyó que aquellas prendas solo podian ser las hijas del amigo Gabriel.

—Pues ne invoque su nombre, porque no hay fuerza que me obligue á ir donde solo puedo servir para divertir á un rico soberbio, ó armar una de á pié con la justicia que allí habrá acudido.

—Perdone, amigo Vega, y se lo pido de todo corazon, insistió el paisano; yo me he comprometido á llevarlo con personas á quienes no puedo decir nó, y es preciso que vamos, ó me quedo yo aquí, pues por nada de este mundo seria para ellas portador de un desprecio.

Toda la altivez de Santos Vega se habia sublevado, al pensar que se le queria en la estancia de don Ramon, solo para divertirse con sus trovas. Y él, que solo pasaba dos ó tres dias cantando al rededor del fogon entre una rueda de paisanos, por

nada de este mundo hubiera pisado una sala para cantar una sola décima.

—Puede decirles que estoy enfermo, dijo, no hay necesidad de mostrar que no quiero ir.

—En primer lugar, insistió el amigo Gabriel sudando á mares, pues se le iba haciendo imposible hacer ceder al paisano. En primer lugar, la Emeteria y la Benita me han pedido por todos los santos que le pida las acompañe; y segundo, doña Dolores, la mujer de don Ramon, me ha ordenado que lo busque donde quiera que lo encuentre, y le diga de su parte que no desea otra cosa que tenerlo entre sus invitados. La pobre anda con deseos de oírlo cantar, por lo mucho que se lo han ponderado, y creo que si usted no va, es capaz de enfermarse. Búscalo, me dijo al salir, búscalo, y dile que yo le ruego venga con su amigo; porque ella, que todo lo ha averiguado, sabe que Santos Vega no anda jamás sin Carmona.

A medida que el amigo Gabriel hablaba, un fulgor siniestro iluminaba la expresiva mirada del payador. El sabia que la belleza de doña Dolores era algo de otro mundo para él, como sabia tambien que era el apoyo de los desgraciados. Por lo que habia oido conversar, su corazon artístico habia comprendido aquella belleza gentil y sencilla, habia decidido conocerla, aunque solo fuera saliéndole al camino, al ausentarse del Baradero. Pero la invitacion directa y expresiva de que habia sido portador el amigo Gabriel, venia á modificar todo su plan.

—Iré, pensó, aunque no sé qué voz secreta me dice que la desgracia irá tambien conmigo. Dios lo habrá querido así!

Y dirigiéndose al amigo Gabriel, que, todo tembloroso, esperaba una respuesta, le dijo:

—No puedo negarme á tanto pedido, porque ya pareciera que me hago rogar mucho. Dígales á la Benita y á la Emeteria que mañana, á la caida de la tarde, estaremos allí.

Demasiado malicioso Santos Vega disimulaba el verdadero motivo que tenia para ir á la yerra, y se hacia el que cedia solo al pedido de las hijas del paisano.

—Y porqué no vamos juntos? se atrevió éste á preguntar. Así haremos al camino más entretenidos y no habrá lugar de que pueda echarse atrás.

—Cuando yo prometo, cumplo: contestó el payador. Puedo asegurar que mañana á la caida de la tarde, estaremos en la estancia de don Ramon, porque ántes tenemos aquí algo que hacer.

El paisano volvió á lo de doña Dolores, y los dos amigos quedaron hablando así:

—Tengo un desasosiego, dijo Santos Vega, una especie de angustia, que solo me acomete cuando ha de sucederme alguna gran desgracia. Parece que algun puñal se me hubiera clavado en el corazon y no lo dejára latir á su entero albedrio. Siento como que la angustia me ahoga, y algo que dice que doña Dolores va á serme mas funesta que todos las mujeres á quienes me he acercado en la vida.

—No haga caso, hermano; ha de ser la emocion de verse buscado con tanto apuro por una mujer tan linda.

—Es que yo me conosco, hermano; parece que en mi corazon se ha levantado como una tormenta que en él dormia desde hace mucho tiempo. La fuente del cariño se desborba en él, y me llama á la vida con cada golpe de latido, que lleva toda mi sangre á la cabeza. Dicen que esa mujer es muy linda, hermano Carmona, y empiezo á tener miedo de mi, porque ántes de conocerla la quiere, y temo que, viéndola, el cariño áprete la mano. Los ricos nos tratan peor que animales. Sus perros duermen sobre la alfombra, al lado de la cama; y, sin embargo, si llegan á tocar la mano de un gaucho, parece que hubieran tocado veneno. El gaucho es una canalla á quien el rico desprecia, como si las prendas del corazon se midieran por el lujo del tirador ó chapeado del apero. El gaucho no puede pasar de la cocina, porque si lo hiciera el patron le daria con la punta de la bota ó el cabo del arriador. Y esta verdad dolorosa, la aprendí en mis primeros años, en mis primeras desventuras, que tuvieron su origen en haberme querido igualar á la hija de don Rafael. El gaucho lleva una maldicion encima, hermano Carmona, y esta maldicion va envuelta en su chiripá, que parece fuera la marca del canalla.

—Pero todos los hombres no son iguales, Santos; en el rico come el pobre, hay bueno y hay malo. Una prueba de ello, es el dueño de la estancia en que paramos. Don Ramon es un hombre bueno y bastante criollazo, para medir á los hombres por el corazon y no por el chiripá. A su mesa alternan tan el pobre como el rico, el paisano como el hombre del pueblo.

—Lo mismo era don Rafael, hermano: parecia el hombre más sencillo y más acriollado de este mundo, como se lo referí en la pulperia de don Cosme. A su mesa, como á su tertulia, iba yo sin repato alguno; me parecia que iba á mi propia casa. Pero cuando llamé á su puerta como un igual, cuando tiré mi corazon á los piés de su hija, dejé de ser el amigo para ser el gaucho insolente, cuya osadía llegaba hasta poner los ojos en su hija, como si ella no hubiera sido persona de este mundo. La soberbia del

señor vió un ultraje en el amor honrado de un gaucho á quien debió toda su fortuna, y fué tratado no solo como el último bandido, sino como al último animal de la tierra! Ah! hermano Carmona! El hombre no es igual al hombre, mientras uno lleva chiripá y bota de potro y el otro pantalon y botin de charol. Si don Ramon hubiera venido en persona á pedirme de rodillas que fuera á su casa, le hubiera dicho que nó, y cien veces que nó; pero el pedido viene de doña Dolores y no he tenido firmeza. He sido un cobarde, hermano, y quiera Dios que no me pese.

Carmona quedó callado respetando el silencio en que habia caido su amigo.

Encontraba justas sus razones: él tambien habia tenido que sufrir el disprecio y la injuria de los otros, sin haber profundizado la causa, como su amigo.

De pronto, este alzó la juvenil cabeza y miró á su amigo Carmona con el cariño de un verdadero hermano.

—Ya me pesa el haberme comprometido, pero no hay más remedio que aguantarse. El hombre hace costumbre de todo en labresta vida, y yo la he hecho ya del sufrimiento. Será porque estoy curtido, ó porque para mi todo es lo mismo. El hecho es que por evitarme una desgracia no me tomaria la pena de mudar caballo. Daremos ese galopé, que me servirá para concluir de arrocinar el overo.

Los dos paisanos se arreglaron con sus mejores pilchas que consistian en un chiripá nuevo y una camisa que habian comprado esos dias, y se dirigieron á la estancia de don Ramon.

Santos Vega parecia más bien ir á un entierro que á una fiesta.

Carmona, cuyo espíritu jovial se sobreponia á todo á medida que se iba acercando al lugar de la fiesta, habia ido olvidando todas las tristezas, y ya solo pensaba en la Emeteria y lo que se iba á divertir.

Y como se demoráran algo en el camino á causa de que el payador montaba el overo rosado, llevando de tiro al alazan, en vez de la caida de la tarde, llegaron á la estancia ya bastante entrada la noche.

El golpe de vista que ésta ofrecia era encantador. Por todas partes se veían grupos de paisanos, fogones encendidos y gente que iba y venia en todas direcciones.

Multitud de galpones iluminados por más de cuarenta candiles, dejaban traslucir la inocente alegría de los que estaban adentro.

Las guitarras sonaban alegremente por todas partes, y la voz de los paisanos que cantaban sus quejumbrosos estilos, hacian de aquel paraje un mundo de especial alegría. La casa de los

patrones, donde estaban los invitados de categoria, presentaba un aspecto soberbio.

Se conocia que don Ramon habia apurado todos los recursos del buen gusto y del dinero para complacer á su hermosa señora.

Todas las comodidades de que se podia disponer en aquella época, estaban allí reunidas.

Y las damas invitadas y llevadas desde el pueblo por doña Dolores, daban vuelta el salon improvisado, del brazo de sus caballeros, entre los que figuraban los más acaudalados estancieros del partido y uno que otro de los vecinos.

Allí no habia paisanos. Estos formaban mundo aparte, ya en los galpones, ya diseminados en los grupos y fogones del campo.

Doña Dolores, sencilla y buena, habia llevado al salon las paisanitas mejor parecidas y ataviadas, que no sabian como estar en medio de tanta gente y tanta grandeza.

La aparicion de Santos Vega y Carmona fué saludada con general aplauso y regocijo. La noticia circuló al momento en todos los fogones y en todos los grupos con gran algazara. De todas partes lo saludaron con alguna décima, demostrándoles el placer con que por todos eran recibidos.

Como habia pasado ya la hora á que les anunció el amigo Gabriel, muchos desesperaban verlo llegar, porque el capataz de Castex aseguró que no vendrian, y entre éstos se contaba doña Dolores, que no ocultaba el disgusto que tenia.

No bien concluyeron de desensillar y arreglar los caballos, se les acercó el amigo Gabriel, encargado de presentarlos á don Ramon y doña Dolores.

Aquél, que solo pensaba en la completa felicidad de su compañera, recibió á los paisanos con muestras del mayor agasajo.

En la fisonomia de doña Dolores se pintó una alegria infantil é íntima al verlo llegar, alegria que no trató de ocultar un momento.

Santos Vega se descubrió silencioso y altivo y se acercó á doña Dolores, rodeada por toda la gente del pueblo, ávida de conocer el payador, de quien oían hablar desde que llegaron. Y todos ellos se sintieron impresionados por aquel aspecto hermoso y aquel aire de profunda melancolia.

El payador estaba pálido y algo conmovido, pero no se mostraba asombrado ante la gente, que no quitaba de él los ojos. Parecia un hombre habituado á aquella clase de espectáculos. Solo cuando doña Dolores le habló con su voz suavísima y melodiosa fijó en ella la mirada de águila, y pudo verse como su fisonomia cambiaba gradualmente la espresion. Abrió los ojos desmesuradamente, que lucieron como dos relámpagos, entreabrió los lábios

como si fuese á dejar partir una expresion de asombro, y quedó arrobado en la contemplacion de aquella mujer de soberbia hermosura.

Y habia en su mirada lívida y profunda, algo como la admiracion que despierta la revelacion de lo desconocido.

—Mucho ha sido preciso buscarlo, amigo Vega, le dijo doña Dolores, y mucho ha sido preciso rogarlo, pero todo esto queda olvidado con el placer de verlo aquí, porque, francamente, ya no lo esperábamos.

Santos Vega guardó silencio un momento, siempre arrobado en la contemplacion de aquella mujer bellísima, mucho más de lo que él se lo habia imaginado.

Pero al cabo de un momento, sin la menor vacilacion y como podia haberlo hecho un viejo cortesano, se acercó un paso hácia la mujer que de aquella manera lo deslumbraba y le dijo con una voz llena de cadencia:

—Perdone mi turbacion, señora, turbacion que me corta la palabra; es la primera vez que yo heigo hablar un astro del cielo.

Aquella salida delicadísima del paisano, dejó asombrados á cuantos la oyeron. Aquella frase sencilla era la pintura más clásica del asombro que habia producido en Santos Vega la belleza de aquella mujer.

Doña Dolores su puso tan colorada como la púrpura de sus labios, y temiendo una nueva frase de ese género, se contentó con decir:

—No nos habian engañado los que nos dijeron que era usted un poeta. Gracia por el cumpliment

—Las gracias déselas á Dios, señor, ha dado esa cara divina. En cuanto á lo de poeta, no sé qué es eso, pero si es cosa buena, no lo extraño. ¿Quién no siente el alma elevarse bajo el cielo de sus ojos?

Y dirigiéndose á don Ramon, añadió prontamente:

—Disculpe, señor, lo que digo, si es inconveniencia, pero como usted se ha casado con un astro, oírá de estas cosas todos los dias.

Don Ramon y sus amigos rieron mucho de esta salida del paisano.

Però en el eco de su voz habia algo que no escapó á la asombrosa penetracion femenina de doña Dolores, que sintió helarse la risa en sus lábiós, y fijó más su atencion en el conjunto de aquel hombre, diferente á todos los paisanos con quienes hasta entónces habia hablado.

Carmona estaba detrás de Santos Vega asombrado de todo lo

que veía y escuchaba. Para él aquella era un mundo nuevo del que no tenía la menor idea.

—Y tú, qué dices? le preguntó don Ramon que estás ahí silencioso con cara de zorro asentado.

—Yo no digo nada, contestó Carmona con su habitual aire de truaneria, y si algo digo es que me voy, porque aquí me encuentro como gallina en corral ajeno.

Una estrepitosa carcajada acogió la franca salida de Carmona que enfiló á la puerta apresuradamente.

—Eh! no te vayas, no te vayas, hombre, le gritaron, que no te vamos á comer!

—No es por eso, no es por eso, que yo debo tener gusto á potro, contestó el paisanito. Es que yo no soy como Santos Vega que tiene lábia para todo; y retrocedió sonriendo.

Y todos reían de la cordialidad y franqueza con que respondía Carmona, que concluyó por hacerseles fuertemente simpático.

Me han dicho que usted canta divinamente, exclamó doña Dolores dirijiéndose al payador, y que usted mismo se hace los versos.

—Yo no canto, contestó tristemente Vega, cuento lo que pasa por mí; y como yo mismo no soy más que una desventura andante, mis cuentos gustan y dicen que canto bien.

Y su fisonomía fué perdiendo poco á poco el asombro que habia reflejado en ella la suprema belleza de Dolores, y pintándose en ella su habitual tinte de melancolía.

Y, cosa rara! Don Ramon, que trataba á los paisanos de tú, como la mayor parte de los estancieros, hablaba á Vega con cierto comeditamiento y algo de respeto. Es que la fisonomía de Santos Vega, nada vulgar, imponía á prima vista, haciendo nacer una fuerte simpatía al observador más indiferente.

—Puede ir á comer y descansar, amigo, le dijo, al galpon de los peones, que cuando descanse, yo lo llamaré para que eche una versada.

Santos Vega alzó su magnífica cabeza y miró á don Ramon con una altivez infinita. De sus ojos inteligentes partió una lágrima, q' fué á morir en el nacimiento de la barba, y su frente pensativa se oscureció por una de aquellas nubes que anuncian una gran tempestad en el espíritu. Tal vez iba á contestar alguna impertinencia á aquel hombre, que, como un criado, lo mandaba entre los peones; pero miró á doña Dolores y se vió contraerse su fisonomía, como si hubiera hecho un gran esfuerzo por contener su indignacion.

—Vamos, Carmona, dijo á su amigo. Vamos á la cocina, que la sala no es para nosotros.

Don Ramon, viendo que habia ofendido al paisano sin desear hacerlo, lo quiso detener.

Pero ya era tarde.

Santos Vega y Carmona se habian perdido entre los grupos de paisanos que rodeaban el rancho del patron.

—Qué hombre raro! exclamó doña Dolores pensativa, tiene toda la altivez de un caballero y la soberbia de un potentado. Parece que este hombre no fuera lo que indica su traje.

--Hay paisanos muy soberbios, contestó don Ramon, habituados á alternar con algun patron que los considera, creen que con todos pueden hacer lo mismo. Ya se le pasará el mal humor.

—Siento mucho que así no fuera, respondió doña Dolores, porque puede no querer cantar y privarme así de ver cumplido mi mayor deseo.

La interrumpida alegria volvió á todos los espíritus, y poco despues nadie se acordaba de aquel incidente pasegero.

Doña Dolores fuó la única que quedó pensativa y como pesadrosa de lo que habia pasado. A su espíritu sensible y delicado no habian escapado aquellas dos lágrimas que cruzaron el rostro de Santos Vega cuando su esposo lo envió á la cocina, ni la expresion de infinita amargura que se dibujó en él cuando volvió á ella su mirada, como si quisiera preguntarle si tambien lo enviaba á la cocina.

—Voy á mandarle una botella de vino, si tú quieres, dijo á su esposo; así tendrá más voluntad de cantar cuando se lo pida.

—Has lo que quieras, respondió bondadosamente don Ramon; y siguió hablando con sus amigos. de la yerra que debia dar principio al siguiente dias.

Doña Dolores tomó de sobre la mesa una botella de coñac, y la envió en su nombre á los dos paisanos, temeroso de que ofendidos, se hubieran ido de la estancia; porque en la mirada de Santos Vega habia visto reflejarse toda la desesperacion que puede sentir el que recibe una ofensa que está privado de devolver.

Y al obrar así, experimentó una sensacion de placer, como si su espíritu se viera libre de algun disgusto que lo hubiera oprimido.

Santos Vega y Carmona salieron precipitadamente de la sala de la estancia y se dirigieron hácia sus caballos, delante de los cuales se detuvieron.

—Siempre la misma soberbia! exclamó Santos Vega cruzando con magnífica expresion sus brazos hercúleos sobre su pecho atlético. Se creen superiores á uno porque tienen más dinero y

porque hacen su voluntad sin pedir permiso á nadie. Ya lo sé, hermano Carmona; nos echan á la cocina, no como quien convida á comer, sinó como si no quisieran mancharse con nuestro contacto. A sus yerras y á sus fiestas concurre la autoridad, y si uno quiere marcar un animal suyo, tiene que pedir permiso; porque sinó ya, lo multan, y si protesta le pegan una *cepiada*. Como si no fuéramos todos hombres, y no nos hubieran de comer los mismos gusanos al fin de la jornada! Tiene el orgullo de la plata, como si hubiera plata capaz de pagar la injuria que un hombre recibe. Maldito sea el nécio orgullo, hermano Carmona, concluyó, que hace de dos hombres nacidos para ser amigos, dos enemigos á muerte.

Carmona escuchó á su amigo sin responder una palabra, y cuando calculó que éste habia concluido, levantó las coronas, que puse á su caballo, y preguntó sencillamente:

—Nos vamos?

—Era esa mi intencion al salir; pero al ir á ejecutarla, no sé que fuerza íntima, partiendo del corazon detiene mi voluntad. Quiero alejarme, pero no puedo. Parece que algo me detuviera, y siento como una voz que manda quedarme de una manera que no admite negativa.

—Pues quedémosnos, repuso Carmona indiferentemente, y lo que sea será.

Los dos arrollaron su apero y se sentaron encima á contemplar el espectáculo que ofrecia la estancia.

En todos los fogones reinaba la más cordial alegría. Las guitarras sonaban por todas partes, unidas á las carcajadas con que los paisanos festejaban algun verso malicioso picante.

En algunos de los galpones se sentia bailar de una manera entusiasta, y ya Carmona empezaba á sentir un contagio invencible, pero no quiso decir nada á su amigo, por no turbarlo en sus meditaciones.

De pronto, Santos Vega se estremeció como si lo hubiera picado una culebra. Dió vuelta al rostro, y miró severamente á un hombre que acababa de golpearle el hombre con ademan cariñoso. Pero el ceño de su frente se despejó instantáneamente al conocer que el que así lo interrumpía, no era otro que el amigo Gabriel.

—Hace ya como obra de un dia, le dijo, que lo ando buscando. Allí, en el galpon donde estamos los amigos, hay una lonja de carne con cuero y vino á discrecion.

—Es el caso que yo no tengo hambre, contestó el payador, ni tengo á que ir al galpon.

—Esta noche no está en vena el amigo, pero no le hace, venga, que allí, entre la Benita y la Emeteria, le harán pasar la cancamuria.

Carmona sintió como si le quemaran una gruesa de cohetes en el corazón; miró á su amigo, pero no quiso añadir una palabra, pues por nada de este mundo hubiera contrariado la voluntad de su hermano.

—Vamos pues, insistió el paisano, que allí lo están esperando con aegalo de doña Dolores.

El payador miró con fijeza al amigo Gabriel, como preguntándole si aquello era cierto; pero de pronto lanzó una sonora carcajada al verlo tan achispado que apenas podía hablar.

Y realmente la mona del amigo Gabriel le daba la facha más rídícula que pueda imaginarse. Tenía el tirador medio desprendido, por el seno de su ancha camiseta se veía asomar el apoplótico cuello de un medio frasco de ginebra.

—Estamos bien aquí, contestó Santos Vega cuando le hubo pasado el acceso de risa, y ni falta que hacemos en ninguna otra parte.

Pero el amigo Gabriel se puso sério, y repuse:

—Le digo, amigazo, que en el galpon lo espera un peon de doña Dolores, que le trae un recado y un regalo.

Santos Vega volvió á ponerse densamente pálido, se estremeció de una manera más poderosa y se alzó de sobre el recado.

—Si es así, dijo, vamos, sinó avíselo con tiempo, porque hay chacotas que no las sufro.

—Le digo que es cierto, y usted sabe que yo no embromo nunca.

—Pues vamos entónces, concluyó el payador preparándose á marchar.

Carmona sintió con alegría le daba un vuelco en el corazón, y si hubiera tenido á mano una gruesa de cohetes, allí mismo la hubiera quemado para festejar la resolución de su amigo.

Los dos paisanos siguieron el amigo Gabriel, que pasó por entre los grupos luciendo el peludo y en medio de las chuscadas de los paisanos.

Cuando llegaron al galpon, el amigo Gabriel y su poderosa tranca, se detuvieron delante de un peoncito, sirviente de doña Dolores, á quien dijo:

—Este es el payador Santos Vega, le dijo, á quien andás campeando desde hoy.

El peoncito miró á Vega, y con un aire picaresco, le preguntó:

—Usted es Santos Vega, amigo?

—Para lo que guste mandar, amigo: ¿que se ofrece?

—Me ha encargado la señora que le traiga esta botella, para que asiente el mate, y le diga que la reciba en su nombre.

El payador tomó la botella con mano temblorosa y mandó dar las gracias á doña Dolores.

—Dígale, agregó, que la he de tomar hasta la última gota por que Dios la conserva tan hermosa y tan buena como el presente; y que si no la bebo de una hebra, es por no ponerme pesado, y poderla complacer en lo que guste pedirme.

El peoncito ya se habia retirado, y Santos Vega permanecia aún tembloroso con la botella en la mano.

—Ese ha de ser del bueno, exclamó Gabriel relampeguando los ojos, como de la mano que viene: destape, pues, y convide.

Santos Vega abrió la botella con la punta del puñal, se la llevó. é sus lábios y estuvo mirande al cielo un buen momento.

En seguida se compuso el pecho y la pasó á Carmona, que á su vez le dió un largo beso, pasándola á Gabriel que se la durmió como á ageno.

Santos Vega fué recibido en el galpon con muestras de la mayor alegría. En el acto le hicieron sitio y lo invitaron á que tomara parte en el baile.

—Yo no bailo por un momento, respondió; pero mi hermano Carmona, que es buena pierna, bailerá por los dos.

Y Carmona, que no queria otra cosa, brincó hasta el lado de Benita, que salió más colorada que un tomate.

Poco á poco fué perdiendo Santos Vega su espresion meditabunda. Se desgolgó la guitarra de la espalda, y temblándola al unísino de las que tocaban, se puso á cantar con su voz magnífica la *hueya* que se bailaba.

Cinco minutos despues, á la puerta del galpon donde cantaba Santos Vega, se habia aglomerado una gran cantidad de gente.

A la hueya siguió un *triumfo* y á este un *cielo*. Y Santos Vega no dejó de tocar y cantar de un solo momento, haciendo reir con sus originales ocurrencias á su numeroso auditorio

De pronto su semblante se animó de una manera notable, echó á la espalda los rizos de sus cabellos con un movimiento de su hermosa cabeza, y en sus versos empezó á hacer la apología de los ojos negros.

Es que en la moltitud que se aglomeraba en la puerta, habia visto brillar los espléndidos ojos de doña Dolores. La voz de Santos Vega la habia atraído desde el salon donde atendia á sus invitados, quienes salieron tambien atraídos por aquella voz poderosa.

Santos Vega estaba verdaderamente inspirado. Sus versos, de de traviosos y alegres, se habian vuelto tristes, y el paisano dejaba ondular sobre todos ellos un tinte de inmensa ternura. Aquel espíritu artístico, comprendiendo que interesaba, se dejaba llevar mansamente en la corriente de su lánguida inspiracion.

El *cielo* habia concluido y el paisano seguia cantando. Los bailarines, arrobados, quedaron parados en medio del galpon, al lado de sus compañeras, como si no quisieran producir el menor ruido.

Y doña Dolores, estática entre el grupo de paisanos que la rodeaban, estaba allí pendiente el espíritu de la palabra inspirada del payador. Nunca habia oído cantar con tanta ternura ni con tanta fuerza de inspiracion. La voz del payador sonaba en su corazon con su timbre melodioso, despertando en su espíritu sentimientos que hasta entónces no habia experimentado.

Los primeros rayos del dia empezaban á empalidecer la luz de los candiles, cuando Santos Vega echó su despedida. Y como si recién viese á Dolores, á ella dedicó lo que habia cantado, con el infalible «*dispense, doña Dolores*».

El payador, despues de aflocar la *prima* y la *cuarta*, se echó la guitarra á media espalda, y contempló con vivo placer la conmocion de que aún eran presa los que le habian oído cantar. Y vió con inmensa alegria como doña Dolores enjugaba dos lágrimas que habia asomado á sus ojos y se retiraba con el corazon oprimido.

Todos salieron á respirar el delicioso aire de la mañana, y la alegria volvió á reinar en todos los fogones, espirantes ya, á causa de que los paisanos, entretenidos en el canto del payador, no les habian renovado la leña.

Los peones de la estancia, ayudados de algunos comedidos, se fueron á echar las vacas y los bueyes que se habian de herrar á sus respectivos corrales.

La fiesta tomó un nuevo aspecto, más píntoresco si es posible.

Muchos de los grupos mudaron su campamento más próximos á los corrales, donde empezaron á humear los fogones que debian servir para calentar las marcas.

Se habian encerrado unos cien toritos y terneras y otros tantos animales yeguarizos que se habían de marcar aquel dia. No se esperaba más que se levantaran los patrones y la gente pueblera para empezar el trabajo. Pero estos se habian recojido recién á la madrugada, y era muy difícil se levantáran antes de la siesta por lo ménos.

Todo aquel tiempo lo emplearon los paisanos en churrasquear

y jugar ya á la taba, ya al truco, ó ya al *pato*; juego que ha caído ya en desuso, pero que antes era uno de los favoritos del paisano.

Poco antes de la siesta, y como una vision del infierno, se apareció en la estancia el negro Diabolo.

La aventura con Santos Vega, divulgada por los peones de Castex, habia circulado ya en todos los fogones; así es que, con la presencia del moreno, creyeron que sucediera algo; pero bien pronto se tranquilizaron perdiendo todo temor

Aquel recorrió todos los grupos contestando á los saludos que de toda partes le dirijian, y se detuvo en el fogon donde estaba Carmona y el payador.

—Maliciaba que andaría por aquí, le dijo, y me vine buscandolo. Parece que la fiesta está de regular arriba.

—Así es, respondió Santos y entre ellos y Carmona se armó en seguida el terceto más alegre de toda la estancia.

—Usted vendrá á echar su pial, dijo el negro á Santos Vega, tomando un mate que este le alcanzaba.

—He venido de miron; pero si se ofrece algun buen golpe, le diremos *quiero*, aunque no sea más que por compromiso.

La voz de que los patrones venian al corral, circuló por todas partes, y cada uno no se preocupaba más que de ensillar bien su caballo y preparar sus lazos, bolas y demás útiles del caso.

Una yerra, y sobre todo habiendo ganado bravo, es uno de los espectáculos más curiosos que tiene la vida del campo.

El paisano se multiplica en actividad; pone todo su esmero en hacer lo mejor tiro de lazo ó hechar el más lucido pial de volcado, y los alrededores del corral ofrecen los mismos lances que tanto se aplauden en una plaza de toros.

Con la diferencia que el paisano lucha positivamente con el novillo y la vaca brava, sin tener capeadores que lo salven de un apuro, barandas que saltar, ni pantorrilleras de fierro que protejan sus piernas.

Entre un millar de astas, el paisano pone su lazo en las del animal que ya va á agarrar, con una elegancia y una seguridad pasmosas. Allí lo tumban en un momento, lo estiran, y con una rapidez incalculable, el encargado de hacerlo, le pone la marca, ya en la paleta, ya en el anca.

El novillo brama de una manera imponente; el fuego de la marca, mil veces peor que un par de banderillas lo enfurece. Rueda, el ojo inyectado de sangre, como eligiendo el grupo que va á embestir, y conforme le sacan el lazo, sale del corral tirando cornadas en todas direcciones.

El enlazador, impasible, prepara nuevamente la armada, y elije

el animal que ha de enlazar; y con una sangre fría inalterable, pasea por entre la hacienda enfurecida, como si tuviera la seguridad de que nada ha de pasarle.

El novillo ó la vaca que sale del corral atropella á los grupos que va encontrando en el camino; pero aquí empieza una especie de suerte de capa mucho más peligrosa y difícil, donde el paisano tiene el campo para mostrar sus habilidades. Mientras unos le sacan el cuerpo ó le hacen un tiro de bolas, otros le echan un pial, que consiste en enlazarle las manos y con una fuerza prodigiosa, recojen el lazo, haciendo caer la res de rodillas ó haciéndole *arar* el suelo con la cerviz.

El novillo se defiende de una manera desesperada de tanto enemigo que le sale al paso, hasta que por último, jadeante y acobardado, tiene que huir en medio de la rachifla y palmoteo general. Hay novillos ó toros más bravos que acometen siempre, logrando cornear caballos y ginetes ó á algunos de los paisanos que estan pialando de á pié. A estos se les hechan dos lazos, uno de cada lado, que les impide ofender á los enlazadores, salvaguardados en el lazo opuesto. Y de esta manera es sacado léjos y abandonado en medio del campo.

Algun paisano travieso lleva muchas veces la chacota hasta dejarse caer desde la maroma del corral sobre el animal, que sale enfurecido, y entónces el general entusiasmo llega hasta el delirio.

Y es una rareza que en medio de tanto peligro como ellos mismos provocan, concluya una yerra sin causar á ninguno de ellos el más mínimo rasguño ó contratiempo desagradable.

Suele alguno de ellos sacar corneado el caballo que monta, pero esto mismo no es general.

Sucede rarísimas veces, porque el paisano, que con esta clase de trabajos monta su mejor pingo, cuida más á su caballo que lo que se cuida á si mismo.

La yerra de animales yeguarizos no es tan entretenida para el espectador, aunque no deja de tener su encanto.

Allí el paisano muestra otro género de habilidades, y se luce como ginete, como *parador* y como hombre de campo verdaderamente.

Su lujo es entónces montar el padrillo de la manada con rebenque y espuelas, hacérselo bolear ó pialar en medio de la carrera y salir parado cuando rueda el animal.

Pero esa prueba no la hacen todos los paisanos, ni aún todos los paisanos domadores.

Se necesita una destreza asombrosa y un tido especial para

calcular el momento de abrir las piernas y no caer envuelto en el animal.

Y como no hay el peligro del animal vacuno que acomete y destroza cuanto llega á agarrar con las astas, las suertes son más lúcidas y el espectáculo más agradable.

El espíritu está en reposo, porque no existe la eterna amenaza de ver al paisano más jugueton y barrullero ensartado por un novillo ó despedido á seis ú ocho varas de distancia.

El peligro más sério es que algun paisano que haya empinado demasiado el codo, se meta á hacer más de lo que puede y le cueste caro su atrevimiento. Pero entónces queda á cargo del capataz que dirige el trabajo no permitir la entrada al corral á ningun paisano divertido.

El paisanage se habia, pues, propuesto *echar el resto* aquella tarde en la estancia de don Ramon. Sabian que la patrona asistiria á la yerra, y cada cual se proponia desarrollar en destreza para lucirse y entretenerla mejor.

Cuando los puebleros llegaron al corral, ya las marcas estaban calientes y los paisanos estaban «saliéndose de la vaina».

Doña Dolores montaba un magnífico caballo oscuro, tapado, que gobernaba con deslumbrante elegancia y liviandad. Venia rodeada de sus invitados, y al lado de don Ramon, que por hacerse ver, habia ensillado un caballo colorado lleno de brio y de soberbia.

La comitiva se aproximó, situándose al lado derecho del corral, á bastante distancia, para no ser atropellada por animal alguno.

Así que estuvieron cómodos, don Ramon hizo una seña al capataz y los trabajos empezaron.

Santos Vega y Carmona se aproximaron al grupo y mientras Santos Vega miraba intensamente á doña Dolores, su amigo dijo, quitándose el sombrero:

—Dispense, patrona, nosotros venimos aquí por si acaso se ofrece algo.

Y desató de los tientos su largo lazo, quedando así preparado á lo que pudiera sobrevenir.

El primero y segundo torito fueron volteados y marcados sin el menor incidente. Los paisanos estaban todavia friones, y necesitaban algun entusiasmo para comenzar sus juegos.

Al tercer animal empezaron á animarse un poco, y ya al quinto no habia más que pedir. Era éste un torito gayuané, como de tres años, y de una viveza extraordinaria.

Dió mucho trabajo para voltearlo, y cuando sintió el fuego de la marca y se vió libre de los lazos, rugió de una manera

amenazadora, y, magnífico de bravura, se lanzó *puerta afuera*, acometiendo á todo con una rapidez incalculable.

Una gritería infernal mezclada á las más sonoras carcajadas saludó la salida del torito, que recibió diez ó doce tiros de lazos en el primer trayecto que recorrió.

El animal, enfurecido, se paró un momento y miró, moviendo rápidamente la cabeza, á sus numerosos enemigos, y se lanzó como una secta hácia el grupo donde estaba doña Dolores; grupo pacífico, donde iba á hacer un gran desparamo.

Doña Dolores palideció y la angustia más desesperante se pintó en su hermoso rostro.

Uno de los paisanos se lanzó detrás del torito, y como unas diez varas ántes de llegar al grupo le hizo un tiro de lazo, que tuvo la desgracia de errar, pues estaba fuera de tiro.

El torito, sin tener ya quien se lo impiera, siguió corriendo hácia el grupo y en direccion á doña Dolores.

Aquel fué el momento supremo para todos aunque solo duró algunos segundos.

Carmona revoleó su lazo, pero á un ademán de Santos Vega se detuvo y bajó la mano. Y cuando el toro llegaba ya al grupo bajando la cerviz, el payador cerró las espuelas al alazan, y dió al torito tal pechada en las costillas, que lo hizo perder pié y caer del lado izquierdo.

El animal volvió á levantarse más enfurecido que nunca; pero el payador estuvo encima de él y en dos pechadas más concluyó de desviarle de la direccion que tenia.

Una lluvia de lazos, tirados por los paisanos que venian en seguimiento del torito, lo aseguraron y lo llevaron léjos de allí.

Santos Vega, como si nada hubiera hecho y como si tratara de la cosa más natural de este mundo, fué á situarse en el paraje donde estaba antes, á dos varas del grupo que acababa de librar de un peligro inminente.

—Diablo de torito, dijo á Carmona, por poco no hace aquí un zafarrancho.

El terror habia embargado de tal modo á los que estuvieron amenazados de aquel peligro, que recién cuando este volvió á su puesto, se apercibieron de lo que habia hecho y pudieron apreciar.

—Gracias, Santos Vega, nos ha salvado de la muerte.

—No hay de que, mi señora, respondió el payador, más pálido todavía que Dolores; he hecho lo que he podido y lo que debia. Y miró intensamente á la esposa de don Ramon, aunque aquella mirada solo duró lo que dura un relámpago.

La yerra siguió desde entónces cada vez más entretenida, sin que ningun accidente nuevo viniera á turbar la general alegría.

Dofia Dolores era la única que parecia no tomar parte en la alegría general, lo que se atribuyó al miedo que le habia causado el peligro de que tan á tiempo los libró Santos Vega.

Los mil incidentes graciosos y curiosísimos no fueron bastantes á borrar de su fisonomia la espresion de disgusto que la iluminaba.

Y Santos Vega, fijo allí como si nada tuviera que ver en todo aquello, aprovechando la distraccion de los demás, fijaba de cuando en cuando su mirada en Dolores con una admiracion siempre creciente. Parecia que la belleza de aquella mujer absorbia su espíritu por completo.

La concurrencia y los peones, se dirigieron al otro corral donde estaban los animales yeguarizos. Este espectáculo era más tranquilo y de ménos emociones que el que habia terminado.

Dofia Dolores y sus acompañantes se colocaron en un paraje desde donde podian verlo todo.

Santos Vega y Carmona que nada podian servirles, puesto que ningun peligro corrian allí, se retiraron entre los grupos, colocándose en paraje desde donde podian mirar á su antojo, sin que ningun curioso viniera á incomodarlos.

Entre la manada encerrada en el corral, habia un azulejo que desde el primer momento llamó la atencion de todos. Era un padrillo de tamaño poco comun y de formas esculturales.

El azulejo era el padrillo de más estimacion que habia en la estancia, y como tal, estaba espléndidamente cuidado y mantenido.

Se comprendia que jamás habia sido ensillado, pues cada vez que por su lado pasaba algun jinete ó veia armar un lazo, se tendia á todos lados irguiendo su hermoso cuello y haciendo todo género de cabriolas.

La yerra principió, y junto con ella, los episodios más risueños y orijinales.

Dofia Dolores habia recobrado su perdida alegría y aplaudia con infantil regocijo algun pial lucido que los paisanos le dedicaban ó los corcobos de algun potrillo, al que un paisano saltaba al salir del corral.

Estas gineteadas terminaban siempre con la caida del pequeño jinete, que no bien se levantaba, salia en busca de algun nuevo pingo.

Terminada la yerra, se trató de abrir las puertas del corral para dejar salir la manada; pero don Ramon preparaba un nuevo espectáculo que no estaba en el programa:

—Al azulejo! gritó; quien se ánima á montar el azulejo?

Más de diez paisanos preparaban sus lazos, y poco despues el azulejo era volteado y ensillado, á pesar de sus desesperados esfuerzos.

Pero no hubo quien le pudiera montar, porque no hubo quien lograra hacerlo poner de pié. El soberbio potro se revolcaba en el corral impidiendo así que pudiera montarlo de ningun modo.

—Caballeros, pido el barato dijo el negro Diablo acercándose al grupo que se debatía por hacer parar al potro.

El negro Diablo, montado en el caballo más compadrito que se haya visto jamás, daba vuelta al derredor del azulejo, como esperando que se lo dejaran.

—Dejenlo montar al Diablo, gritó de nuevo don Ramon, á ver que tal ginetee por el infierno. Me parece que aquí lo van á basurear.

El negro sonrió y miró á don Ramon, diciendo:

—Todavía no hay un mancarron que pueda vanagloriarse de haber volteado al Diablo.

Los paisanos se agruparon alrededor del corral, mientras don Ramon decia á sus amigos:

—Esto va á ser lo más entretenido del dia, pues aunque el azulejo es lo más perro que he visto en mi vida, el diablo es un domandor en regla, es el mejor ginete que se conoce en el Baradero.

Santos Vega, que como los demas se habia aproximado á ver ginetear el negro, oyó las últimas palabras de don Ramon poniéndose á su lado, le observó.

—Me alegraria que el diablo comprara terreno para mostrar que hay quien monta mejor que él.

Al oír aquella voz doña Dolores dió vuelta el semblante y conociendo á Santos Vega dijo á su vez:

—Desearia verlo montar, Vega, pues ya me han dicho que á ginete y á cantor no hay quien le gane.

—No digo tanto, contestó turbado el payador, pero deseo probar á don Ramon que hay quien monta más que el Diablo.

—Diré que le dejen el potro, paisano.

—Entonces no tendria gracia, es preciso que el azulejo voltee á ese ginete á quien usted tiene tanta fé.

Desmontó el alazan y se acercó de pié á la puerta del corralon.

El negro hacia en aquel momento desensillar al azulejo, de donde se suponía iria á montar en pelo.

Cuando el azulejo se sintió desembarazado de todo el pilchaje que le habian puesto encima, dió un bufido, enderezó las orejas

y se lanzó al centro de la manada, retozando por el triunfo obtenido.

El negro Diablo empezó á ponérsele á la par con toda soavidad y picardia.

—No, no mienta! decian los peones de don Ramon. Al cuete son todas las posturas.

—El Diablo es capaz de ensillar al mismo mandinga y salir en él de parranda despues de haberse puesto en pepe, decian otros.

—El moreno es más curtido que un par de botas!

Entre tanto el negro se iba aproximando cada vez más al azulejo, que esquivaba el cuerpo con todo género de brincos y corcobos. Todos tenian fija en él la mirada y el espíritu pendiente de lo que iba á hacer.

El moreno perdió más de un cuarto de hora en dar vueltas inútilmente al rededor del potro, hasta que al fin, y cuando nadie lo esperaba, logró ponérsele á la par, y con un movimiento lleno de gracia y seguridad, se trasladó de su caballo sobre el lomo del azulejo. El animal empezó á hacer todo género de esfuerzos por verse libre de aquel ginete infernal, que le cerraba las espuelas sobre los flancos hasta hacerle brotar sangre.

Era la primera vez que sentia el peso de un ginete sobre los lomos, humillando su soberbia con repetidos golpes de rebenque, y delante de las yeguas, de que era su único señor.

Y el negro, sonriendo como un sátiro, parecia pegado al lomo del azulejo por sus piernas, que lo oprimian como un torniquete de fierro.

Y era aquel verdaderamente un espectáculo interesantísimo ver al moreno seguir con su cuerpo las ondulaciones violentas que le imponian los corcobos del azulejo.

En cuanto aflojara las pierna, seguramente iba al suelo, porque el animal no le daba alce. Pero el, que lo comprendia así oprimia en sus flancos las negras piernas, á través de cuya piel habiéndosele caido las botas de potros, se veia su soberbia musculatura.

Dofia Dolores miraba asombrada, embargada por aquel espectáculo, que contemplaba por primera vez.

Los paisanos estaban pálidos, y con el espíritu pendiente de aquel ginete, en cuyo rostro podia leerse la mayor tranquilidad. Y en la puerta del corral con el semblante lívido y fijando en el negro una mirada que parecia quererlo arrancar del caballo, estaba el payador Santos Vega.

Si el negro se hubiera bajado entonces, hubiera obtenido un gran triunfo. Pero confiando en su fuerza y destreza queria fatigar al animal y hacerlo entregarse.

Cuando acordó, notó que sus músculos de acero empezaban á fatigarse y que en sus piernas no habia ya las suficientes fuerzas para sostenerlo.

Intentó apearse entónces: pero este acto, que al principio hubiera ejecutado con facilidad, le fué entónces imposible. En cuanto abriese las piernas iba á ser sacado por el azulejo, sabe Dios con qué desventajas!

Habia llegado para el Diablo un momento supremo. La más cruel angustia se pintó en su rostro de ébano, y se le vió vacilar sobre el caballo.

Un momento más y en un corcobo desesperado el negro perdió el equilibrio; sus piernas se aflojaron, y cayó pesadamente en el suelo despues de haber chocado contra los palos del corral.

Un grito terrible partió del grupo donde estaba doña Dolores, mientras en el corral resonó una estrepitosa carcajada, lanzada por todos los que allí estaban.

Cada uno tenía su diverso modo de apreciar aquel porrazo descomunal. El negro Diablo no pudo moverse del sitio donde cayó. Habia quedado sin sentido á causa de haber chocado la cabeza contra los palos. En el acto lo alzaron entre tres ó cuatro peones y lo sacaron del corral.

Todos lo rodearon en el momento para averiguar que clase de daño se habia hecho. Y viendo que no eran más que unas cuantas contusiones en la cabeza y las costillas, se concretaron á darle una simple *fletacion* de ginebra y dejarlo á la sombra para que volviese en sí.

Entre tanto, Santo Vega habia mirado triunfante á don Ramon y le habia dicho:

—Ahora me toca á mí. Léje que descanse un poco el potro, para que tenga bastantes bríos.

—No, por Dios! exclamó doña Dolores, lo va á matar!

—No se aflija, mi señora, respondió el payador con forzada sonrisa. Los potros me conocen á mí y pronto hacemos amistad.

Mientras los paisanos atendian al Diablo y Vega hablaba con don Ramon, el azulejo tuvo tiempo de reponerse más de lo que necesitaba, pues con el Diablo apenas habia trabajado un momento.

—Qué! va á montar el payador? preguntó con aire de duda é incredulidad el capataz de la estancia.

—Ya lo creo que si, respondió Santos picado.

—Quiere que se lo enlacemos, ó lo va á montar como el negro?

—Ni una cosa ni otra, respondió el payador con suprema altanería. Abran las tranqueras para que salga!

Y con increíble velocidad se subió á los palos, se puso el rebenque entre los dientes y se colgó de la maroma.

Carmona se echó al suelo y á toda prisa revisó el apero y la cincha á su caballo. Sabiendo lo que su amigo iba á hacer, se preparaba á ayudarlo apadrinándole el *flete*.

Los enlazadores sacaron las tranqueras, y arriaron la manada que salió á toda disparada.

En el medio de las yeguas iba el azulejo cada vez más soberbio y altanero. Parecía hacer gala del triunfo que acababa de obtener. Pero al ir á salir, soltó Santos Vega la maroma y cayó como clavado en el azulejo.

El animal sintió oprimir sus flancos por la espuela de aquel jinete invencible, que, como llovido del cielo, había caído sobre su lomo, se lanzó en una carrera frenética, corcobeando de una manera vertiginosa.

Santos Vega se había sacado el rebenque de entre los dientes y castigaba al bagual como si quisiera hacerle ver su superioridad. Y miraba á todas partes y principalmente al grupo donde estaba don Ramon, con una soberbia magnífica.

Aquel grupo formado por Santos Vega y el azulejo, confundiendo entre las medias tintas de la tarde, tenían mucho de fuertemente fantástico.

Y con que elegancia acariciaba el cuello del noble animal, haciéndole sentir su poder! Santos Vega, acompañado siempre de Carmona, concluyó por perderse de vista.

Al poco rato se lo volvió á divisar, disparando en dirección al corral. El azulejo venía en dirección al grupo formado por doña Dolores y su comitiva, hábilmente empujado por Carmona. Parecía que no había cesado de bellaquear un momento, pues volvía corcobeando con el mismo brío que había salido.

Un inmenso clamoreo se levantó entre el paisanaje, que con entusiasmo febril saludaba al payador. El negro Diablo había vuelto en sí, pero, felizmente para él, no estaba en estado de apreciar lo que sucedía.

De un grupo formado por varias paisanitas, salían la voces de la Emetería y la Benita, que victoreaban al payador hasta romperse las cuerdas vocales.

Este entusiasmo no pasó desapercibido para doña Dolores que, á pesar de estar embebida en la contemplación del paisano, no pudo reprimir un gesto de disgusto.

El payador, inmovible sobre el azulejo, con los rizos esparcidos por el viento al rededor del altivo semblante, ofrecia un golpe de vista capaz de entusiasmar al más indiferentes.

En medio de la frenética carrera y al llegar á donde estaba doña Dolores, Santos Vega dió vuelta el rebenque, y golpeó enérgicamente con el cabo la nuca del azulejo, al mismo tiempo que abria las piernas.

El animal hizo un ovillo sobre las manos y vino á quedar de espaldas en el suelo. El payador, como si tuviera alas, salió por sobre las orejas del caballo, echó á correr apenas pisó en el suelo y se detuvo á pocos pasos de la hermosa Dolores.

—Aunque no somos el negro Diablo, dijo á don Ramon, ya vé que no lo hacemos tan mal.

Y comenzó á levantar las cañas de sus botas, que se la habian arrollado sobre el tobillo.

—Quédese de peon domador en casa, dijo don Ramon, á quien el paisano habia concluido por cautivar. Tendria aquí más ventaja que en cualquier otra parte.

—Yo ne soy peon de nadie, contestó el payador con imponente soberbia. Libre como los pájaros que cruzan el aire, no hay ventajas que sean capaces de comprar mi voluntad.

—Pero no es peon en la estancia de Castex?

—Jamás lo he sido. Paso en casa de ese hombre libre de orgullo, y domo los potros por no estar de vago, pero hasta el presente, Santos Vega no ha tenido patrones.

La luna empezaba á irradiar su lánguida y pálida luz, cuando todos se pusieron en marcha hacia las casas. La yerra, por aquel dia, habia terminada.

En las habitaciones de doña Dolores, esperaban las otras damas que no habian querido ir á la yerra, acompañadas de algunos caballeros.

Cuando llegó doña Dolores y sus amigos, re refirió la aventura del torito y la hermosa accion de Santos Vega, á cuyo valor sereno debian su salvacion.

Aquel fué el tema de toda la noche, no pudiendo doña Dolores librarse del recuerdo del payador, que la perseguia de una manera tenaz. Don Ramon hacia los honores de su casa espléndidamente tratando de que todos se diviertieran en regla.

Santos Vega y Carmona, apartados del bullicio general de los fogones, habian hecho el suyo á la derecha de la casa, y allí entre mate y mate, charlaban con una jovialidad y alegria enviabiles.

El vino y la carne con cuero estaban á la disposicion de todos,

y como el refran asegura «barriga llena corazon contento,» por todas partes se oía el bordoneo de las guitarras y el eco de las carcajadas.

—Me parece, hermano, que á usted lo han cazado del pico, dijo Carmona á Santos Vega, echándose al gañote el más morrudo trage de vino.

—Si no me han cazado del pico, me han cazado de la punta del corazon, respondió el payador. Es muy linda aquella mujer, hermano Carmona!

—Es muy linda, á la verdad, afirmó el jóven, cuyos ojos empezaban á lucir á causa de los frecuentes tragos; pero se me hace que no es comida para esa boca.

—Y si lo fuera? exclamó el payador, dando un precioso tajo en la carne con cuero que tenia por delante. La mujer es caprichosa, hermano, y siempre desea obtener aquello que más léjos de ella está. Y por otro lado, los impulsos del corazon no se contienen, por más esfuerzos que haga la voluntad de aquel que pretende subyugarlo. El late, y la fuerza de su latido, viene á repercutir en la causa de aquel efecto espontáneo. No se manda al corazon, Carmona. El quiere, y es preciso dejarlo querer, para que no estalle de una manera dolorosa. Yo he visto en la mirada de doña Dolores lucir una cispa que brota tan solo al eslabon del cariño.

Y al decir esto, Santos Vega se aproximó al oido de Carmona como si temiera ser escuchado de álguien.

—Yo no me equivoco nunca, siguió diciendo el payador á este respecto. Muchas mujeres me han mirado, no sé si por suerte ó por desgracia, y he aprendido á ver cuando el corazon salta á la mirada, revelando lo que el labio se empeña en callar. Yo sé que puedo llegar hasta esa mujer, y me han dado tentaciones de irme, porque mi corazon emponzoña cuanto toca; pero no sé qué fuerza misteriosa me sujeta aquí. Tengo el presentimiento de que vengo á turbar esa vida de placeres y de felicidad; pero no encuentro suficiente voluntad para arrancarme del foco de su mirada. Soy la mariposa que gira al rededor de esa llama, y que no se retira, aún con la conciencia de que va á morir. Yo no pongo nada en ello de mi parte. La ráfaga de mi destino me ha traído hasta ella. Sabe Dios cuál seré el final que me prepara mi mala estrella!

Y al decir esto, el payador dejó caer de la mano el cuchillo, y volcó sobre su palma su frente pensativa.

Carmona, que todo lo veia al traves del vino, miró á Santos Vega dueño de aquella estancia soberbia y del amor de doña

Dolores, se figuró que don Ramon no era más que un peon del establecimiento, y que con una sola palabra podian hacer su fortuna.

—Habilite, pues, con algo, hermano, le dijo con su habitual travesura. El amor de doña Dolores bien vale pagar unas buenas albricias.

El payador levantó la cabeza, é iba sin duda á hacer algun reproche á su amigo, cuando divisó tres sombras, que ya caminaban muy proximas al moribundo fogon.

—Quiera Dios que nada hayan oído, dijo el payador levantando apresuradamente su cuchillo y un pedazo de carne con cuero, que se puso á comer como si no hubiera estado haciendo otra cosa.

Los dos recién llegados saludaron alegrenmente á Carmona y al payador, que hacia inútiles esfuerzos por dominar la turbacion que habia experimentado con la presencia de los inesperados visitantes.

Estos no eran otros que el amigo Gabriel y sus hijas.

AMOR.

El amigo Gabriel, que venia bastante divertido, se sentó en una mitad de cojinillo, al lado del payador, á quien golpeó amigablemente en el hombro.

—Jesucristo! exclamó, que se hace de rogar el niño! En todas partes lo buscan, todos preguntan por él, y para verle esa cara, hay que venir á buscarlo uno á uno para casamiento!

—Es que Santos Vega no anda sinó en las salas, dijo Benita con un marcado acento de despecho. Le tiene asco á los fogones y no alterna sinó con los señores. Parece que doña Dolores lo tiene ahora de peon para que la divierta.

Santos Vega se puso encendido al verse descubierto y lívido de ira al ver algo de amenaza en las palabras de Benita. Temió dar á comprender su juego si se dejaba llevar por la ira, y guardó silencio.

Carmona empezó á tragar saliva, y era tal el cerote que lo dominó, que empezó á sentir más despejada su cabeza.

Es que tanto Benita como Emeteria, eran dos mozas bravías, capaces de vérselas con el mismo diablo, y temian que estas fueran á comprometer la cosa.

Las muchachas tenían ó no razon en celar á Santos Vega y su amigo, por lo que entre ellos habian mediado.

El hecho es que Benita hablaba con altanería que rayaba en insolencia, y que de los ojos de Emeteria salian chispas de reconcentrada ira. El amigo Gabriel se habia pegado á la botella de Carmona y parecia indiferente á lo que allí pasaba.

—El señor don Santos, siguió diciendo Benita, no ha sido capaz de dejarse ver por donde estamos nosotros, porqué allá muy ocupado en arrastrar el ala á quien no puede llegar á la suela del botin. Eso no me importa á mi, siguió diciendo; pero quien mira tan alto no debia venir á engañar á quien nada le pide ni en nada le molesta.

Santos Vega, lívido de emocion, miró alternativamente á cada una de las personas que tenia á su lado, y con un reposo incierto, dijo á Benita:

—Estás enojada, mujer, y no tenés razon. Ya sabes que si yó me quedo solo con Carmona, es porque me gusta huir de los otros y buscar la soledad de mis recuerdos. Si no he ido al fogon de ustedes, tampoco he ido á ninguna otra parte, y no es justo que se me venga á condenar por faltas que no he cometido.

—Eso estaria muy bueno para que lo hubiera dicho ayer, terció la Emeteria, que era las más brava de las dos, pero no ahora, despues de lo que hemos oido hablar. Mire que figura para ser el dueño de toda esta maravilla y el gaucho de doña Dolores! La única disculpa que tendrian seria el estar borrachos, y lo que es Santos Vega, me parece que está en su entero juicio.

Mientras las muchachas se desahogaban de aquella manera, el payador habia reprimido toda la ira que sintió al principio, comprendiendo que la única manera de conjurar la tormenta que le venia encima, era engañar á la muchachas poniendo en juego todos los recursos de su ingenio travieso.

—Adios, mi plata! exclamó; No hay como andar en amores para perder los estribos. Ustedes han oido hablar á Carmona, que está medio divertido, y han tomado como cosa formal lo que ha dicho! En Emeteria no lo estraño, porque es así, medio cascos á la gineta; pero en Benita, no lo perdono. Dios me es testigo que le he dado el corazon, y ella sabe bien que el pobre Santos Vega no tiene más que una palabra.

Ya al concluir de hablar dió con todo disimulo á Carmona un codazo, que por poco le saca una costilla.

Carmona soltó una estruendosa carcajada, para lo qual necesitó hacer un gran esfuerzo.

—No hay peor consejero que los celos, dijo, y si ustedes son

celosas mala vida les auguro, porque un dia son capaces de celarlo á éste hasta con la guitarra, que tanto quiere. Si hubiera empezado por donde han concluido, no habria habido necesidad de alegar tanto.

—Los celos son mala comida y peor amigo, tartamudeó el amigo Gabriel despues de un prolongado beso á la botella de vino. Un dia se me antojó que la madre de éstas me andaba jugando sucio con una cura que nos casó por veinte vacas y cinco caballos. En vano ella me juró una tarde que el flaire no habia hecho más que confesarla. Yo tenia las cosquillas muy largas, y se me habia puesto otra cosa. De modo que una noche, antes de salir el lucero, por si acaso tenia razon, dí al flaire una vuelta de azotes que todavia se ha de estar lambiendo. Poco despues supe que habia hecho una bestialidad, porque aquel cura no habia tenido malas intenciones, y tuve que andar más de un año huyendo de la justicia, hasta que con ella me compuso un alcalde amigo.

La Emeteria y la Benita habian quedado pensativas.

Amaban á los paisanos con aquella inocencia primitiva del paisano, siendo fáciles de convencer. Podian equivocarse tambien, y aunque con alguna resistencia por parte de la Benita, que era la más ladina, se dejaron derrotar y aceptaron las protestas ardientes de Santos Vega y Carmona.

Pero el espíritu de Benita no quedó completamente tranquilo. Ella habia visto cruzarse entre doña Dolores y el payador miradas que eran toda una leyenda de amores.

Vega no habia tenido ojos más que para mirar á aquella mujer de sobrehumana hermosura, y hacia cerca de dos dias que no se le acercaba ni para darle las buenas tardes.

A medida que iba ganando terreno, las negras nubes que lo cargaron al principio, fueron disipándose del espíritu de Santos Vega, que concluyó por lanzar una soncra carcajada.

—Doña Benita está de mal humor, dijo, y se le ha hecho bueno el partido conmigo. Qué le hemos de hacer! Ya que no podemos pelearla, le aguantaremos, que al fin verá que no ha tenido razon.

Entre tanto, en las habitaciones de don Ramon se comia y se charlaba en medio de la mayor alegria. Solo doña Dolores permanecia pensativa y como absorta en alguna preocupacion íntima.

Se habia hablado de Santos Vega, de sus trovas y de su socorro prestado en una manera tan inesperada cuando el torito aquel los amenazó demuerte. Y doña Dolores no habia podido ménos que demostrar el interés que le inspiraba el payador.

Concluida la comida, don Ramon mandó buscar seis guita-

rras, y empezó el baile cuando ya en los galpones se echaba el resto.

Y el estruendo de la fiesta llevó al rededor de la pieza de don Ramon, á la mayor parte del paisanaje.

Muy entretenido estaba Santos Vega con las hijas del amigo Gabriel, cuando llegó á llamarlo de parte del partron un peon de la estancia. Santos Vega se puso de pié como mnvido por un resorte.

Benita se puso mortalmente pálida y miro al payador con una angustia indescriptible. Parecia que en sus palabras esperára una sentencia de muerte.

—Parece que la señora tiene muchos deseos de oirlo, continuó diciendo el peon, viéndo que nadie le contestaba; y es por esto que don Ramon me encargó que lo buscara y le dijera fuese un momento.

—Puede decir que ya voy, dijo el payador con voz conmovida. No tardo en seguirlo amigo.

—Y ella es lo que busca! exclamó Benita cuando el peon se hubo alejado. Estas vecinas se creen que todo se lo merecen, y mandan llamar no mas, sin averiguar ántes si uno está ó no en disposicion de ir. Y como el señor don Vega no anda queriendo otra cosa, ya se ve que ha de ir sin fijarse en lo que deja atrás.

—Pero, hija mia, respondió el payador con una dulzura forzada y tratando siempre de apaciguar á Benita: no se puede ser grosero con quien no dá motivo. Esa gente tiene el comedimiento de mandar llamar, y es preciso hacerles el gusto, aunque sea contra el deeo de uno.

—De cuando acá Santos Vega anda esperando el favor de nadie! exclamó Benita tratando de herir el paisano en su amor propio. Si no tuviera un interés particular, muy bien que habria de encontrar pretestos para no ir.

—Estamos en su casa, dijo Santos Vega, sintiéndose apretar la mano. En su casa estamos, comemos y nos divertimos: ¿por qué ha de pagar uno tanta fineza con una groseria tan al fluido? Benita habla porque no nos hemos acercado á su fogon, y está despachada. De otro modo, no diria cosas de tan notable injusticia.

—Tiene mucha razon, el amigo don Vega, interrumpió el amigo Gabriel, concluyendo con un trago arzobispal el contenido de la botella. La cortesia no es negocio para que uno la ande escondiendo como bienes robados. Si á él lo mandan llamar, debe ir, aunque para ello no tenga gusto. Nunca está demás ser comedido; y como á mí me ha dicho la señora que

venga cuantas veces quiera, allí me voy con el amigo, si ustedes no me quieren acompañar.

— Sí que vamos, exclamaron casi á un tiempo Emeteria y Benita. Queremos oírlo cantar á Santos Vega, porque tambien tenemos orejas, y él sabe ya lo que nos gusta cuanto dice.

Los cinco se pusieron en camino para la casa del patron, teniendo que abrirse paso á codo, pues las cercanias estaban llenas de paisanos, que acudieron con el deseo de ver bailar á la gente pueblera.

El payador iba algo desconcertado, pues en su arte no encontraba la posibilidad de contentar á dos mujeres en un mismo momento. Si le cantaba á Dolores, Benita podia alzarse con el santo y la limosna, y el payador la conocia muy capaz de hacer una brutalidad. Si le cantaba á Benita, era desairar á doña Dolores, y ofenderla directamente, puesto que ella lo habia mandado buscar.

Podia no cantar á ninguna del as dos, pero esto era someterse de hecho á una voluntad agena, contrariando los impulsos de su corazon, que lo llevaban del lado de Dolores con una fuerza irresistible.

Y á medida que se iba acercando á las habitaciones, se encontraba más indeciso en el partido que habia de adoptar.

Carmona, por su parte, comprendia la situacion de su amigo, lo que lo tenia algo acongojado, y deseando encontrarse á veinte leguas de aquel sitio.

—El podrá engañarme, decia Benita á su hermana, porque al fin y al cabo este es el pago que dán todos los hombres; pero si lo hace no se ha de quedar riendo, pues ya sabe que soy mujer capaz de partirlas á los dos el corazon.

El amigo Gabriel caminaba ageno á todo lo que sucedia. La tranca no le dejaba pensar más que el número de botellas que vaciaria esa noche, y cada traspie que daba amenazaba venirse al suelo.

Así llegaron los cinco hasta las piezas donde estaba la gente pueblera.

—Quédes, hermano, con ellas lo más lejos que pueda, dijo rápidamente Santos Vega á Carmona antes de entrar. Y al primer desatino que quiera hacer la Benita le tapa la boca y se la hecha al hombro.

Más tranquilo por este lado, pues sabía que Carmona ejecutaria exactamente lo que le habia dicho, el payador se quitó el sombrero y entró á la pieza, siendo recibido por el mismo don Ramon, que le dijo:

—Cree que estaria resentido con nosotros, paisano, por lo que se pierde, hasta el punto de tener que mandarlo *camppear*.

—No puedo estar resentido desde que nada me han hecho, respondió. Estaba en la cocina matando el tiempo con los demás *compañeros*.

Y realzó estas últimas palabras de una manera tal, que su intencion no pasó desapercibida ni para doña Dolores ni para don Ramon. Mientras éste quedaba hablando con el payador, doña Dolores llamó á Carmona, cuya hermandad conocian ya.

Quería tener algunos datos sobre la vida de Vega, y nadie mejor que el paisanito se los podia dar.

Este, con un tino que parecia ser aleccionado por su amigo contó parte de su historia, aquello que no pudiera dañar los planes que su amigo le habia revelado y que recordaba, á pesar de la *chupa* con que las habia escuchado.

Dijo como Santos Vega era un mozo rico, refirió todos sus amores con la hija de don Rafael, y como esto lo puso mal con la justicia, tuvo despues de andar á monte para defender su cabeza; lo que no hizo más que agravar su causa, pues con frecuencia habia tenido que pelear duro con las partidas.

—Trataré de componerlo con la justicia, dijo doña Dolores, dando por terminada su conversacion con Carmona; pues es lástima que un hombre así ande rodando por el mundo. Y se aproximó á donde su esposo conversaba con el payador.

Carmona habia callado todos sus otros amores, calculando que doña Dolores estaba empeñada por su amigo, y que semejante relato pudiera haberle hecho mal.

La Benita y Emeteria quisieron hacer desembuchar á Carmona lo que habia estado conversando; pero él se disculpó como pudo, y salió del paso con un par de mentiras.

Doña Dolores, entre tanto, e con grandes íras de la Benita, habia entablado conversacion con el payador.

—Es lástima que un hombre como usted, que dice Ramon seria tan útil es una estancia, tenga que andar rodando por andar mal con la justicia. No quiere que yo lo ponga bien con ella para que pueda trabajar libremente?

—Es inútil, respondió el payador, es inútil mi señora. Para los hombres de justicia el gaucho es todavia un poco menos que el perro sarnoso: lo matan para librar al mundo de un animal dañino y contajioso.

—Ese es un modo de apreciar las cosas y nada más. En todas partes hay hombres buenos, Vega, y no hay porque creer el último extremo de las pasiones.

—A mí los hombres de la justicia me han pisado el corazón, señora, contestó el payador conmovido hasta las lágrimas. Me han pisado en el corazón para condenarme á la miseria y tratar me de gaucho, como quien dá una cachetada. Y estos eran hombres que me debían dinero y una amistad franca y sin doblez. Pero yo tuvo la insolencia de olvidar que era gaucho y un perro sarnoso; soñé que era un hombre igual á los demás y entonces, en cada rico encontré un enemigo que me esperaba con el látigo alzado, y en cada justicia un sable y un puñal que me buscaba el corazón agoviado por todo género de pesares y desventuras. El hombre es malo, señor; pero el hombre de justicia es una fiera que solo vive de la desgracia ajena. Yo no sé que se figura esta gente llena de orgullo! Uno trata á Dios como trataría á su hermano, y le habla tuteándolo como á su más viejo amigo. Y si un gaucho va á hablar con el más ruin de los alcaldes, como quien habla con un hombre, sin humillársele como un esclavo, ya pone su cabeza en peligro y puede hacer de cuenta que se ha echado encima todas las desgracias de la vida.

Doña Dolores estaba conmovida ante la amargura que destilaban las palabras de Santos Vega.

Santos Vega hablaba en un lenguaje sencillo y descarnado de todo aparato y deseo de hacer efecto; y aquel lenguaje en el que se reflejaban todos los sentimientos noble que pueden adornar un corazón humano, conmovían su espíritu de una manera poderosa.

Don Ramon escuchaba también sin despegar los labios. Comprendía la razón que asistía á Santos Vega al exhalar su queja y callaba, pues, sabía bien que no había una razón que poder aducir á la sencilla argumentación del paisano.

—Yo lo voy á poner bien con la justicia, por lo menos del Barradero, dijo de pronto doña Dolores, y usted va á dejar de padecer.

—No lo intente por Dios, señora, exclamó precipitadamente el paisano. En cuanto usted se fuera, vol'eríamos á las mismas, porque la justicia no me puede perdonar lo que he hecho. Y además, yo hé jurado por la memoria de mis padres, no descansar hasta no haber tomado desquite, siquiera, de la mitad del mal que me han hecho.

Doña Dolores comprendió que toda insistencia sería inútil, y vencida por la pena que había infiltrado en su espíritu la conversación con el payador, se retiró al asiento que antes había ocupado.

El recuerdo de sus desventuras y la contemplación de aquella

mujer ideal, un imposible tal vez para él, por las mismas razones que habia espuesto, habian bañado su fisonomia espresiva con un tinte de melancolia y ternura que lo hacia más interesante aun como tipo de su raza; tipo tan noble, que muchas veces parecia un señor que momentaneamente hubiese adoptado aquel traje.

Doña Dolores miraba de cuando en cuando al payador. Y en la prisa con que de él apartaba la mirada, se hubiera dicho que tenia miedo de los sentimientos que experimentaba.

Santos Vega estuvo hablando con don Ramon un momento y fué á mezclarse en seguida con los guitarreros que desde su entrada habia dejado de tocar.

Los amigos de don Ramon no podian disimular el fastidio que experimentaban con la presencia de aquel gaucho, que habia venido á turbar la general alegria.

Y este fatidio no escapó á la penetracion del paisano que miró á doña Dolores como quien dice:

—Lo vé? solo mi presencia causa en los demás un hastío invencible.

Las guitarras volvieron á sonar aumentada con la de Santos Vega, y la general alegria renació poco á poco.

—Quisiera ver bailar un gato con relacion, dijo doña Dolores, haciendo visibles esfuerzos por vencer la tristeza que la habia invadido. Los bailes del campo tienen para mí un atractivo tal, que estaria toda la noche viendo bailar aunque fuera un marote.

En el acto, y por complacer á la patrona, seis parejas salieron al medio de la sala dispuestas á echar el resto por lucirse. Santos Vega era el que dirijia el baile. Los demás guitarreros no hacian sinó rasguear cuando terminaba cada verso.

Las seis parejas que salieron á bailar, eran como si las hubieran elijido, las seis mejores que habia en el partido, siendo escusado decir que entre ella figuraban Emeteria con Carmona, que zapateaban como si sus piés fueran de resorte y se movieran automáticamente. Siendo las relaciones con bastante sal y pimienta, todos reian hasta sentir calambres, y la misma doña Dolores olvidó por un momento sus tristes preocupaciones.

Concluido el gato, pidieron á Santos Vega que cantára, y al verlo temblar su guitarra y prepararse á complacer á los que se lo pedian, reinó en la sala un silencio de muerte.

Todas las miradas se dirijieron al payador, que contempló doña Dolores, recorrió al diapason con un preludio tiernísimo y cantó una de las trovas que más célebre lo hicieron.

Su voz gemia en la melodía del triste quejumbroso, y las cuerdas estremecidas por aquella pulsación íntima y vigorosa, acompañaban la voz de una manera lánguida y apasionada.

En cinco décimas magistrales, Santos Vega hizo la pintura de su corazón, concluyendo con aquella sentencia que siempre repetía:

Todo en el mundo es engaño.
Solo la muerte es verdad!

Cuando Santos Vega concluyó de cantar y dedicó sus décimas á doña Dolores, reinaba en la sala el mismo silencio que cuando principió. Todos los ojos estaban húmedos y los corazones agitados.

Todos menos los ojos de Benita que semejantes á dos tizonos, brillaban en el fondo de la sala con un fulgor siniestro. El payador sintió aquella mirada, é hizo lo posible por no encontrarse con ella. Tenía miedo del estallido de los celos de aquella mujer, y estaba violento.

—Dispense, doña Dolores, si molesté su atención, dijo al levantarse, colocando en el rincón la guitarra, que gimió en el último estertor del postrer acorde.

En los ojos de doña Dolores brillaban dos lágrimas arrancadas por el apasionado canto del payador.

Benita que no perdía el menor detalle de aquella escena muda, no pudo, sin duda, resistir por más tiempo los celos que la devoraban, y salió de la sala haciendo esfuerzos para contener sus sollozos.

La Emeteria y Carmona la siguieron: este último para precaver á su amigo de alguna mala parada. Y como el amigo Gabriel quedara en la sala pegado á la *mona* que lucía, ellas se fueron á uno de los fogones abandonados por el paisanaje que había acudido al baile de los patrones.

Allí Benita se puso á llorar desesperadamente, asegurando que los hombres eran una *punta* de canallas, á quienes no se debía creer una sola palabra.

Carmona trataba de apaciguarla y de mostrarle que no había motivo para alarmarse y echarse en ancas de la desesperación. Pero solo lograba con ello alterar las iras de la celosa paisana.

Emeteria miraba en silencio, pero profundamente á Carmona. La tristeza más tocante afluía á su amorosa mirada, que volvía de cuando en cuando para enjugar ocultamente alguna lágrima que no había podido detener. El estruendo de la guitarra llegó

nuevamente á aquel fogon, anunciando que el baile volvia á comensar en la sala.

Benita alzó el hermoso semblante, y mirando en aquella direccion, dijo con acento que hizo estremecer á Carmona:

—Puede engañarme el canalla, si así es su voluntad. Pero pobre de él y pobre de ella si tal sucede. Todavía no sabe quién es la Benita....! Y volvió á caer en su sombrío abatimiento.

Emeteria alzó hasta Carmona su límpida mirada, y poniéndole cariñosamente la mano en el hombro, dijo:

—Si, también me has de hacer apurar tragos como éste, vale más que te apartes de mi camino y no te acuerdes más de mí!

—Yo soy fiel á mi palabra como lo es Santos Vega, respondió el paisano; Benita se asusta de cualquier fantasma, y piensa lo que quiere. Yo garanto la buena fé de mi hermano, porque lo conozco y sé que jamás se ha manchado con una mentira.

—Y entónces, preguntó Benita precipitadamente, ¿á que viene lo que ustedes hablaban en el fogon cuando nosotros llegamos? Por qué decia Santos Vega que la hermosura de doña Dolores se le habia metido en el corazon, y que queria irse porque tenia miedo, pero que una fuerza superior lo retenia aquí? Ay Carmona! Yo sé que Santos Vega está enamorado de doña Dolores, y que trata de engañarme todavía, porque me tiene miedo. Pero no sé si doña Dolores, está tan dejada de la mano de Dios, que descienda de su orgullo hasta corrisponderle. Tras de saberlo camino; pero si resulta cierto, he jurado que se han de acordar de mí mientras vivan. A mí no me inporta el valor de Santos Vega. Me he de vengar y de una manera que ustedes no se la han soñado.

Carmona estaba que no sabia qué hacer. Por el acento de Benita comprendia que era cierto cuanto dijo. Quería hacer todo lo posible por evitar alguna brutalidad de Benita, pero no encontraba á mano argumentos capaces de convencerla que estaba en error. Resolvió entónces estar á la mira y prevenir á su amigo de cualquier violencia que aquella intentara. Guardó silencio para no dar á desconfiar nada y se puso á meditar sobre la situacion en que aquellos amores los habian colocado.

—Es indudable, pensó, que Santos Vega está perdido por doña Dolores, como es indudable también que Benita hará todo lo que acaba de decir. Si mi hermano no compone esto, sabe Dios en lo que vendrá á concluir; y presiento desde ya que no puede ser cosa buena.

Entre tanto y á indicacion de don Ramon, las guitarras habian comenzado de nuevo y con más brio que nunca.

La impresion que dejó la trova de Santos Vega amenazaba concluir con la fiesta de aquella noche, pues doña Dolores era la más triste de todas.

Así es que se habia apresurado á hacer renacer la alegria.

Las copas circularon adentro, las limetas entre los concurrentes de las puertas, y bien pronto las décimas fueron de todos olvidadas, ménos de doña Dolores, que no se le volvió á ver sonreir siquiera en todo el resto de la noche.

Se bailó un par de polkas con bastante entusiasmo, y las guitarras callaron de nuevo.

—Qué quieres que toquen ahora? preguntó don Ramon á su consorte, cuya tristeza le hacia daño.

—Puedes pedir á los paisanos que bailen algo campestre, contactó aquella, estremeciéndose como si hubiera sido sorprendida en algun delito. Las escenas de hoy me han traído un poco de dolor de cabeza, y creo que distrayéndome se me pasará.

Don Ramon se acercó á su capataz para que organizara un gato ó cualquier otra cosa; y éste; despues de hablar con algunos y pedir á Vega lo *punteara*, dijo que iba á bailarse una *firmexa*.

Doña Dolores miró ál payador, ésta miró á doña Dolores; y mientras aquel se ponía tan pálido como un cadáver, ésta sentía afluir toda la sangre al semblante.

Nadie notó esto cambio de color, y si no lo notó alguno, no supo apreciar la causa que lo motivaba, tal vez la misma doña Dolores no supo darse cuenta al momento de aquel cambio repentino.

Santos Vega se sentó entre los guitarreros, y cuando vió que las parejas estaban prontas, se puso á *puntear* con magnífica elegancia, exclamando:

—Ya se acabó la firmeza! Tan solo Dios paga bien.

Doña Dolores habia posado sobre él la ardiente mirada, que no apartaba ni un momento. Y el payador, como turbado por el rayo que brotaba de aquellas dos pupilas, habia bajado las suyas sobre la guitarra. De cuando en cuando levantaba los ojos, y despues de recorrer á toda la concurrencia con una mirada inquieta se detenía en doña Dolores, á quien contemplaba un momento con una mansedumbre y cariño que le hacían estremecer.

Si todos los demás no hubieran tenido la atencion fija ya en Santos Vega, ya en lo que bailaban, podrian haber notado algo de la estraña fijeza con que Dolores miraba al payador y la suprema caricia que iba envuelta en cada mirada de éste.

La guitarra de éste sonaba con notas que parecían de cristal, por su afinacion y su pureza. Y las cuerdas vibraban bajo la

carne de sus dedos con un sentimiento que revelaba su alma artística.

El espíritu de Santos Vega estaba perfectamente tranquilo con respecto á Benita. La habia visto retirarse seguida de su hermana y Carmona, y tenia la seguridad que ésta sabria impedir cualquier desatino que la primera intentara. Y á medida que iba creciendo su amor por doña Dolores; su corazon empezaba á llenarse de un ódio invencible hácia don Ramon. Mientras más lo miraba, se le hacia más antipático; y en vano queria dominar este sentimiento estraño: cada vez sintiendo con mayor violencia. Y pensaba que aquel hombre era el dueño de la mujer querida cuya belleza deslumbraba como la faz de un astro. Y pensaba que de ella habia recibido la primer caricia y el primier juramento. Que se habia embriagado con el perfume purísimo de aquellos lábios purpúreos. Que se habia sentido morir de felicidad bajo el ala de aquel ángel. Y tenia tentaciones de saltarle al cuello y arrancarle de las entrañas hasta el último recuerdo de tanta ventura.

Santos Vega tenia celos; celos terribles del pasado de aquella mujer, que le parecia nacida esclusivamente para él, y sufría un mundo de torturas.

Tan pronto su mirada tomaba una espresion terrible y amenazadora, como suave y cariñosa. Tan pronto asomaban á sus ojos dos lágrimas arrancadas por el sentimiento más puro, como se secaban como al contacto de una brasa de fuego. Y esto era segun miraba á doña Dolores ó á don Ramon.

Si éste se hubiera sentido mirar de aquella manera una sola vez, indudablemente hubiera arrojado de la estancia á aquel hombre, pues hubiera adivinado en él un enemigo. Pero don Ramon, entretenido con sus amigos en los comentarios de aquel baile original y en la manera como lo punteaba el payador, no habia observado la funesta mirada de éste. Y concluyó el baile sin que doña Dolores hubiera retirado de él los ojos un solo momento.

Santos Vega volvió á colocar en el rincon la guitarra y se retiró entre los paisanos que se agrupaban á las puertas.

Don Ramon llegó entre tanto hasta su esposa, preguntándole si le habia gustado el baile.

Doña Dolores disimuló sus sentimientos tal vez por la primera vez de su vida, y respondió con infantil alegría, que estaba complacidísima. Pobre don Ramon!

Quién le hubiera dicho que en aquel corazon noble y sencillo, su imagen se iba borrando, mientras en él se habria camino el sombrío y hermoso payador!

—Tal vez, dijo, porque lo mandé á la cocina aquella primera noche que llegó he observado que este hombre nada quiere aceptar de mí! Obsequiálo tú con una copa para tenerlo contento en pago de lo que nos entretiene.

Doña Dolores, que otra vez hubiera hecho en el acto lo que se le pedia, vaciló un momento y se estremeció por primera vez bajo la severa mirada de su esposo. Pero pensó, que su negativa podria engendrar alguna sospecha, y se levantó rápida dirigiéndose hácia la mesa de los refrescos, de donde tomó una copa, que llenó de vino.

—Poca cosa es la que ofrezco, dijo llegando hasta el payador pero la puede beber como prueba de mi espresion más amistosa.

Si la mano de doña Dolores temblaba al ofrecer la copa, mucho más temblada la del payador al recibirla. Volvió la mitad del contenido al llevarla á sus lábios y apuró el resto sin quitar la mirada de aquella mujer hermosa. Si hubiera dicho que bebia en sus ojos.

—Es un gran honor para el pobre gaucho la distincion que recibe, dijo con la voz alterada por la emocion. Pero no es estraño, los astros derraman su luz por el mundo, tanto para el poderoso como para el miserable.

La firmeza de aquel lenguaje no estaba en armonia con el traje del gaucho, así es que los que escucharon la galanteria, la festejaron con verdadero asombro. No sabia que Santos Vega era un poeta y un artista.

Doña Dolores, aunque disimulando lo mejor que podia, volvió á su asiento bastante turbada.

Cuando una mujer siente la necesidad de disimular, es porque se considera culpable, y en esta creencia está verdaderamente perdida. Porque la mujer no obedece jamás á la razon sinó á sus sentimientos.

Su organismo, mucho más delicado que el del hombre, parece estar construido más para sentir que para razonar, y si alguna vez razona, el sentimiento concluye por sofocar la razon. Así se vé que una madre no retrocede ni ante la vergüenza del hijo por conservarle la vida. y una mujer escuda en su cuerpo el del amante para protegerlo del marido mismo.

La razon, que en el hombre aboga el sentimiento por íntimo que sea, no basta en la mujer, á pesar de su sagacidad, para iluminar la tiniebla del abismo á que rueda.

Así doña Dolores, en su inocente sencillez, iba caminando en una pendiente tremenda, sin hacer el menor esfuerzo por contener su pisada.

El baile siguió en medio de la mayor alegría hasta una hora muy avanzada. Y como al otro día iban á asistir á la fiesta de la yerra, don Ramon despidió á los paisanos, y sus invitados se fueron á descansar las fatigas del día.

Santos Vega, acompañado del amigo Gabriel, salió á buscar á Carmona ansioso de saber lo que habia sucedido mientras aquel campeaba á sus dos hijas, que no tardó en encontrar en el mismo fogon que las dejaron.

Benita lloraba aún, en medio de la desesperacion más tocante. Se habian asomado varias veces á la sala y habian comprendido en un momento lo que los demás no vieron. El inmenso amor que irradiaba en la mirada de Santos Vega.

—Santos Vega adora á esa mujer, pensó, como decia quererme á mi, la adora con la más pura pasion de su alma.

Y buscó y halló en la mirada de Dolores la correspondencia á aquel amor inmenso.

Una mujer no se equivoca nunca cuando trata de saber si otra le roba el amor del hombre querido. Y Benita habia visto en doña Dolores no solo una rival sinó una rival triunfante por su hermosura y el prestigio de su posicion

Santos Vega debia quererla con idolatria, y por esta misma razon olvidarse de ella completamente. Y los ojos de doña Dolores fijos en el payador, le estaban mostrando claramente que era corrispondido por la misma vehemencia y el mismo imperio de corazon.

—Ella tambien lo quiere, murmuró. Ella tambien lo quiere, roba á mi corazon la fuente de felicidades donde palpitaba tranquilo. Pero yo me vengaré de los dos de una manera terrible, aunque Santos Vega despues me cosa á puñaladas. No ha de gozar tranquila la felicidad que me roba.

Y en seguida se habia retirado al sitio donde estaba su hermana y Carmona, quedando en la actitud que la encontró el payador.

Conforme lo sintió llegar lo conoció sin duda en las pisadas, porque levantó la cabeza y lo miró al través del velo de lágrimas que bañaban su semblante.

Al ver aquel dolor, el payador bajó la cabeza sin corage para salir al encuentro de aquella mirada.

—Ahí está la hazaña que ha hecho, dijo la Emeteria. Hay hombres que creen que es una hazaña el hacer llorar una mujer. Si eso es así, Santos Vega puede estar orgulloso, porque no puede haber éxito más completo que el que acaba de obtener.

—Yo no he hecho llorar á nadie, replicó el payador levantando

lentamente la mirada hasta fijarla en la Emeteria. Si Benita llora, es porque se le ha puesto en la cabeza lo que no existe. Ella cree que yo la he engañado, y tiene celos de doña Dolores; pero son celos que no tienen más fundamento que el capricho de Benita.

—Quiere decir que yo estoy loca y que no sé lo que me digo? Quiere decir que por poco no te has derretido en su mirada y que no has estado toda la noche comiéndotela con los ojos? Ah! Santos Vega! el mal que me has hecho no puede quedar así; y Dios te lo ha de poner en cuenta, porque me has hecho desgraciada para toda la vida! Pero no importa, concluyó secando las lágrimas que surcaban su semblante. Yo te quiero demasiado para hacerte mal, apesar de tu ingratitud, pero esa mujer me la ha de pagar más cara de lo que se figura! Yo lloro ahora sin consuelo la pérdida de tu cariño, pero te juro que ella ha de llorar de una manera desesperada!

—Aquí nadie ha perdido un cobre, interrumpió el amigo Gabriel que veía todo bajo la influencia de la ginebra que había bebido. Yo no más perdí unos diez pesos al truco, pero pienso desquitarlos para mañana.

Santos Vega había guardado silencio, agobiado bajo el peso de las recriminaciones que le hiciera Benita. El se consideraba culpable y encontraba razonable cuanto Benita hiciera.

Hubiera hecho cualquier sacrificio por ahorarle una lágrima; pero no sentía arrastrado hacia doña Dolores por una fuerza superior, que lo privaba hasta del menor intento de combatirla. Doña Dolores era para él un abismo, al que sabía que rodaba sin esperanza de salvacion. Pero no se apartaba de su vorágine ni trataba siquiera de recuperar la voluntad perdida.

Convencer á Benita de que había visto mal, y que sus celos eran infundados, no era cosa posible: y tratar de disuadirla de sus ideas de venganza, hubiera sido irritarla más todavía,

Así lo comprendió el payador, y haciendo una guiñada á Carmona, trató de alejarse á su fogon, siquiera para no ver á Benita. Pero se apercibió de que el payador se alejaba, y dando un brinco le cerró el paso.

—Con que te vés sin decirme nada, le dijo, y me déjas así entregada á mi desesperacion? Quiere decir que ya nada querés saber conmigo? Mejor, así estaré mas libre para vengarme como yo quiero!

Santos Vega miró á Benita y se sintió conmovido ante tanto dolor. No tenía suficiente valor para retirarse así, y al mismo tiempo comprendía que allí nada tenía que hacer. Hizo un es-

fuerzo sobre sí mismo y salió arrastrando tras de sí á Carmona

—Adios, Santos Vega! le gritó Benita sollozando: ya no nos volveremos á ver! Y se sentó al lado de su hermana, rompiendo á llorar.

—Tengo miedo de esta mujer, dijo el payador á Carmona, cuando llegaron al fogon, que animó con un puñado de leña. La he herido en lo mas íntimo del corazon y es capaz de tomar un desquite endiablado.

—Ya no tiene remedio, contestó Carmona. Ahora no hay mas que hinchar el lomo y aguantar la tormenta. Sin embargo, mi opinion es que mañana, en cuanto apuntará el dia ensillaremos y nos fuéramos léjos de aqui. La yerra va á durar por lo menos un par de dias mas, y sabe Dios lo que puede suceder.

—No puedo irme ahora, respondió el payador resueltamente, aunque viera hundírseme el mundo bajo los piés. Esa mujer me ha cautivado, hermano, y no me ha dejado voluntad para nada. Desde que la he visto, me siento que he renacido. Tengo ligada su imágen al espíritu, como la sombra al cuerpo, y me parece que si ella desapareciera de mi vista, dejaria yo de vivir.

—Piense hermano, que esto no puede durar, dijo Carmona, tratando de influir en el espíritu de su amigo. La yerra se ha de concluir y doña Dolores se irá á su pago. Mejor es que se quite ahora de la cabeza eso, para que despues no tenga que arrancárselo de una manera mas dolorosa.

—Es que no se irá! dijo Santos Vega de una manera desesperada. No se irá—y aproximó la boca al oido de Carmona de temor de ser escuchado. Esa mujer es mia, Carmona. Lo conozco en el exterior que veo cruzar por su rostro cuando me mira, en la angustia que asoma á sus ojos y en la palidez de su frente de nieve. Esa mujer es mia Carmona. Me lo dice mi corazon en sus latidos, lo siento circular en la sangre de mis venas y repetir en el mismo éco de mis pisadas. Siento adentro de mi una voz como del cielo, que me dice que doña Dolores me ama como me amó mi Maria, con una fuerza de pasion que no hay nada capaz de contrarestarla.

—Es desgraciado, insistió Carmona, que aún queriéndolo así, doña Dolores tendrá que irse, porque tendrá que seguir á su marido, que al fin y al cabo volverá á la ciudad.

—Su marido! exclamó Santos Vega con creciente desesperacion, y agarrando violentemente con las dos manos los rizos de sus cabellos. Doña Dolores no tiene marido, porque no puede haber querido á nadie... á nadie más que á mí. Me lo ha dicho con su mirada de astro y su sonrisa de cielo.

Y al decir esto, la fisonomia de Santos Vega tomaba una espresion terrible.

—Si ese hombre quiere llevarme la prenda de mi rima, continuó con la mirada brillante, como la de un insensato, yo se la disputaré con la punta de mi puñal; yo no me dejo arrancar el corazon, Carmona; y hablemos de otra cosa porque siento que se me escapa el juicio y me acomete un vértigo de sangre!

Carmona guardó silencio, aterrado por la espresion siniestra que iluminó el semblante de Vega.

Este fijó la mirada en la llama del fogon, y quedó abismado en sus meditaciones. El corazon del payador era un caos en aquel momento. Pensaba en el inmenso amor que creía haber visto en la mirada de Dolores como una revelacion del cielo. Pensaba que tal vez aquella mujer fuese un imposible él, que pronto tendria que volver para el pueblo, y que tal vez no la volveria á hallar en su camino.

Y entónces sentia el corazon aprimido y pasar por su espíritu una agonía terrible. De repente volvía su pensamiento á don Ramon, y su frente se oscurecía y se sentia desfallecer.

Aquel hombre era el dueño de la mujer que él amaba, y cuya sola mirada hacía temblar su espíritu como una gota de rocío. Y aquel hombre podia llevarla de repente, robarla á su amor, para gozar á su albedrio de una caricia forzada y quizá hecha con repugnancia.

Y se sentia desfallecer como si la muerte cayera de improviso sobre su cabeza.

Carmona lo miraba, veía por los cambios de la fisonomia la batalla que se libraba en el noble corazon del paisano, y sentia que el dolor del amigo, repercutiendo en su corazon lo enternecia hasta las lágrimas. Pero guardó silencio, respetando la meditacion á que se entregó el payador.

La luz de los fogones, falta del alimento, fué muriendo poco á poco. Los paisanos envueltos en sus ponchos, se habian ido tendiendo al amor de la lumbre, y quedándose profundamente dormidos.

Poco despues el silencio misterioso del campo, turbado de cuando en cuando por el relincho de los caballos, indicó que todos estaban entregados al reposo, ménos los dos paisanos que, con la mirada fija en la lumbre. estaban entregados á sus pensamientos.

Tambien Benita permanecia despierta, arrullada por la desesperacion y los celos. Soñaba despierta en su venganza, venganza terrible si llegaba á realizarse.

— Yo les espiaré, y los espiaré tanto, murmuraba, que llegaré á encontrarlos entregados al goce de su amor. Y entónces llamaré á don Ramon, y lo pondré delante de su mujer traidora, para que pueda despedazarle el corazón, como ella me despedaza el mio.

Y en la mirada de Benita se veía impresa una de aquellas resoluciones que solo la muerte hace cambiar.

Poco despues la misma Benita, vencida por el sueño y el dolor, quedaba dormida al lado del fogon. Solo quedaban despiertos Santos Vega y Carmona, y fija en el fuego la mirada de ambos.

CELOS.

Apenas se levantaba el sol en la faja del horizonte, cuando la estancia volvía á la vida entre el bullicio de los que la habitaban. Todos los fogones se encendian á un tiempo, y las pabas de agua armaban un original concierto de chilidos, como para prevenir que ya podian empezar con el cimarron.

Los peones, apenas tomaban un par de mates, montaban á caballo para salir á la recojida, y echar al corral, despues de apartarla, la hacienda que se habia de marcar ese dia.

El bullicio general distrajo el pensamiento de los dos amigos que no habian reposado en toda la noche. La primer mirada de Santos Vega fué para la casa donde dormia doña Dolores.

— Parece increíble, dijo á Carmona, como atan á un hombre sobre la tierra la hermosura y el amor de una mujer. Lo que no consigue la amenaza más brutal ni el sufrimiento más acerbo, lo logra, la más insignificante mirada del sér querido! Uno tiene cariño, hasta para el polvo que marca su pisada y la yerbita donde descansó su mirada. Todo lo que de ella viene tiene un encanto inesplicable, y la ambicion se modera hasta el punto de considerarse uno feliz con solo verla pasar. El sol que la acaricia con su rayo, tiene más esplendor que el de los otros dias, y la ráfaga de viento que ha cruzado por entre sus cabellos, tiene más perfume que la flor más delicada, [porque es un perfume que se aspira con angurria y que dilata el corazón enamorado bajo la luz de sus ojos. Y no se piensa en nada que de ella no venga, ni tiene mayor encanto que la música de su palabra, que

canta en el alma con un prelude de Dios. La voluntad desaparece por completo, porque uno se siente amarrado á la menor variacion de su sonrisa de ángel. Se vive una vida sin muerte, porque á cada instante se renace como en un mundo nuevo, y cada momento que pasa es un nuevo placer que aspira con todos los sentidos. La carne tiembla tan solo al rumor de sus ropas vaporosas y el espíritu gime tímidamente ante el más insignificante ademán de su mano. El mundo del amor, hermano, no tiene esplicacion posible, porque se siente sin poderlo expresar. Por eso es que una mirada habla más que un libro, y en cada hebra de sus pestañas hay más luz que en el astro más esplendoroso. Cuando usted encuentre á su Dolores sobre el mundo, hermano, comprenderá lo que no puedo decirle. porque ¡no conozco el idioma que lo traduce.

Y á medida que hablaba, la fisonomia del payador adquiria un brillo extraño. Su boca sonreía con una infinita expresion de bondad, y por sobre los pliegues de su camiseta se percibian distintamente los latidos de su corazon hidalgo. Carmona lo miraba con admiracion y con encanto.

Se habia quedado con el mate en una mano y la paba en la otra, pendiente de la entusiasta palabra de su amigo.

—Yo no sabia que se podia querer así, dijo. La pucha, que es lindo sentir todas esas cosas que usted dice, hermano! La primera mujer linda que caiga al pago! aunque sea la del mismo gobierno, la enamoro y le pido que me haga vivir un poco de esa vida en que nunca se muere!

Vega sonrió ante la inocencia de su amigo. Era un espíritu superior y artístico encerrado en el cuerpo de un gaucho, y la misma inocencia de Carmona, destituida de toda malicia, tenia para él su encanto.

Comprendia y apreciaba las hermosas prendas del corazon de su amigo y disculpaba y discutia sus salidas de tono con una bondad fraternal.

El payador apartó la mirada de las piezas de doña Dolores, y la fijó en el fogon donde la noche anterior habia quedado la Benita.

Su frente se oscureció entonces y de su mirada se borró aquel brillo de pasion que la iluminaba poco antes. Allí estaba la Benita con la cabeza agoviada como bajo el peso de una terrible desventura. De cuando en cuando alzaba la mirada; que tan pronto pasaba en la direccion en que se hallaba Santos Vega, tan pronto la dirija llena de ódio á la casa de Dolores.

—Es extraño el temor que me inspira esta mujer, dijo el

payador á su amigo. Tengo el corazon muy leal, y de repente se me oprime como anunciándome una desgracia. Está de Dios que nunca he de poder ser feliz sobre la tierra!

—En estos momentos, replicó Carmona, la Benita es muy capaz de armar algun escándalo; pero en cuanto esto se acaba y se vaya poco ó nada podrá hacer. Dios lo quiera así!

Benita, entre tanto, iba sintiendo crecer su ódio por aquella mujer, que en un momento le habia arrebatado toda su felicidad, al robarle el amor de aquel hombre. Nó abandonaba un instante sus planes de venganza, y deseaba ardientemente, para poder cumplirla, que creciera la pasion que la dominaba.

De pronto, y ya muy avanzada la mañana, las habitaciones de don Ramon se abrieron, y empezaron á salir todos los puebleros á respirar el aire delicioso de aquella espléndida mañana. Entre ellos salia doña Dolores, cada vez más bañada en la magestad escultural de sus irreprochables formas.

Todos se detuvieron á contemplar con mirada curiosa el paisa'e original que presentaba la estancia con sus cien fogones, ofreciendo cada uno de ellos un grupo diverso y un cuadro distinto.

Aquí estaban los araganes tomando un mate entre los últimos bostezos del pasado sueño; allí los jugadores de taba engolfados en su partida, y más allá los bebedores, reunidos al rededor de los cadáveres de los medios frascos que habian escurrido con sin igual maestría.

La mirada de doña Dolores vagó por todos ellos como buscando un punto de reposo, hasta que se detuvo allí donde estaban Carmona y Santos Vega, que se sacó el sombrero con ese respetuoso recogimiento del que penetra á un templo.

Dolores sonrió y contestó con un movimiento de su mano aristocrática al saludo del paisano. Dos miradas se hallaban entonces fijas en ella. La mirada apasionada y ardiente del paisano, la mirada de Benita llena de rencor y de celos mal reprimidos, porque no trataba de disimularlos.

Doña Dolores debió sentir influencia maléfica de aquella mirada porque instintivamente dió vuelta la suya y la fijó en la paisana. Ya doña Dolores habia comprendido que en Benita tenia una rival dispuesta á no ceder el campo.

Qué mujer no adivina todo lo que le es hóstil! Pero su orgullo la hacia ocultarse á ella misma la competencia que pudiera hacerle aquella mujer desgraciada.

Santos Vega siguió la direccion que marcaba la mirada de Dolores, y vió á Benita lívida y amenazadora, respirando ódio

y venganza, que sonreía de una manera fatídica, y no pudo dominar un estremecimiento de pavor.

Sintió deseos de saltar sobre Benita y aplastarla como un reptil cuya picadura amenaza la vida. El payador empezaba á sentir cierto ódio por Benita á medida que su amor crecía por Dolores. Veía en ella un peligro para la mujer querida y trataba de arrancarlo de su camino.

—Lo hablaré con el amigo Gabriel se dijo; aunque no, porque sería descubrir la llaga.

—Es preciso, dijo entónces á Carmona, que te ocupes de vigilar de cerca á Benita, porque en sus ojos miró el brillo de una puñalada.

—No hay cuidado, repuso éste; yo la tendré siempre al alcance de mi mano.

Los peones que arriaban las haciendas que se habían de encerrar fueron llegando y el grupo compuesto por doña Dolores y sus amigos se dirigieron á otro lado.

Santos Vega la siguió con una mirada donde se pintaba toda la ansiedad que sentía. Y ella se alejó contestando amistosamente á los saludos que de todas partes le dirigían, sin dejar de mirar al payador, como al acaso, encontrando siempre su mirada fija en ella.

Los peones se ocuparon en encerrar los animales y preparar las marcas. Y despues de almorzar don Ramon y comitiva, pues el gauchaje había churrasqueado temprano, empezó la yerra con gran actividad, porque había mucho que marcar.

Como en la tarde anterior, todo el paisanaje acudió de los fogones al corral, á echar una manito á los que trabajaban. Allí estaba también Santos Vega, á poca distancia de Dolores, aprovechando la distracción general, para envolverla en su amorosa mirada. Carmona, por primera vez, no estaba al lado de su amigo, pues se hallaba confundido en el grupo donde se hallaban el amigo Gabriel y sus hijas.

Había prometido á su amigo no perder de vista á la Benita, y cumplía su palabra. Y como era al lado de Benita donde estaba, los compañeros atribuían aquello á sus amores con la paisana.

—Debe ser fuerte, decían, el lazo que ha echado Benita á Carmona, cuando éste se separa de su amigo por estar con ella. Y aquellos que conocían los amores de ésta con Vega, interpretaban de otro modo la acción de Carmona, esperando que no pasaría la noche sin que una lucha sangrienta viniera más tarde á romper á aquella amistad que parecía formada por tan estrechos vínculos.

La yerra continuó aquel día lleno de peripecias y escenas grotescas, consiguiendo á la marcacion.

El negro Diablo, á quien desde el porrazo nadie habia visto la cara, más aliviado, se presentó en los alrededores del corral y se acercó á Santos Vega para cumplimentarlo por la ensillada del potro que lo basureó tan fiero.

--Está de Dios que en todo ha de ser superior á mi, dijo; esto es porque se me figura que usted es algo mio y le tengo más apego que si yo lo hubiera creado.

Santos Vega, mientras el Diablo estuvo á su lado, dejó de mirar á Dolores, por temor que éste fuera á leer en sus ojos lo que pasaba en su espíritu.

Pero así que aquel se alejó á echar su media docena de famosos piales, volvió á desplomar su mirada sobre la hermosa cabeza de Dolores.

El amor, como la maternidad, vuelve valiente á la mujer más tímida. Ella es capaz de arrostrar el peligro más inminente y la muerte misma, en uno como en otro caso.

El peligro tiene cierto atractivo para ella, cuando lo arrostra por salvar á su amante ó á su hijo, y la muerte misma en este trance tiene para ella un encanto inesplicable.

Así Dolores, tímida hasta la exajeracion, que otra vez hubiera temblado ante la mirada de don Ramon, retemplada en el amor de Santos Vega, sentia con cierto desprecio la mirada llena de odio y veneno que sobre ella tenia fija Benita. En esa mirada creía entrever una amenaza á su vida y sonreía con el mayor desprecio.

Qué podia importarle su vida misma á una mujer que por el amor de su amante desafiaba la vergüenza, el deshonor y la cólera de su esposo ofendido!

Así es que cada vez que se encontraba con la mirada siempre amenazadora de la paisana, sonreía con un desprecio lleno de soberbia, como si se hubiera tratado del odio de un insecto miserable. Y este desprecio hacia creer la ira en que dominaba á Benita, que ansiaba el momento no lejano de su terrible venganza.

Cualquier otra mujer de su condicion, apurado el sufrimiento, hubiera saltado sobre la mujer aborrecida y le hubiera hecho sentir el peso de la cólera que la ahogaba.

Pero Benita era un espíritu sereno y valiente, que sin que nada la arredrara, iba marchando á su objeto; dominando todo sentimiento que pudiera apartarla de aquel camino. Así sufría el desprecio con que la miraba Dolores, sabiéndola impotente para impedir su venganza.

Santos Vega miraba aquel drama mudo que tenia por teatro el corazon de dos mujeres que lo amaban, y se estremecia á intervalos, presajando un desenlace funesto.

Si se hubiera tratado de contener la cólera de Benita, el payador aunque agitado, hubiera estado más tranquilo. Pero en la mirada de Dolores habia visto que desafiaba con desprecio aquella cólera, y era esto lo que más lo aterraba. Porque conocia la firmeza del carácter de Benita, y sabia que habia de cumplir su venganza, desafiando la muerte misma.

La yerra concluyó junto con el dia y en medio de la mayor alegría. Don Ramon y doña Dolores se retiraron, acompañados de sus invitados, á las habitaciones donde los esperaba una comida magnífica.

—Adios, Santos Vega, gritó doña Dolores al pasar por frente á donde estaba el paisano; que no tenga que mandarlo á buscar esta noche! ya sabe que lo esperamos.

Y volvió su mirada á Benita, como diciéndole:

—Ahí tienes, infeliz, el caso que hago yo de tu cólera y de tus amenazas.

Un relámpago cruzó la mirada de Benita. Parecia que iba á lanzarse sobre doña Dolores.

—Andá no más, mormuró, veremos quién la saca mejor al fin de la partida.

Y seguida siempre de Carmona, se dirigió á donde estaba Santos Vega, que, estasiado, seguia el rastro de doña Dolores.

—Buenas tardes, Santos Vega, dijo; vengo aquí, aunque sé que ya nada te importo, á pedirte el último favor de mi vida, Y la mirada de Benita relucia por las lágrimas que á penas podia contener.

Santos Vega no pudo reprimir un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo.

—Podés pedir con franqueza, repuso; ya sabes que siempre mi corazon ha sido leal.

Benita sonrió, en medio de sus lágrimas, con un sarcasmo que heló la sangre en las venas del payador.

—No es mi objeto pedirte cariño, continuó, porque ya sé que no podrés dármelo. Lo que yo tengo que pedirte es más sencillo y más barato. Me vas á hacer el favor de no ir esta noche á lo de doña Dolores.

El payador se puso lívido. Hubiera preferido una puñalada á aquel pedido.

—Es el último favor que te pediré en mi vida, concluyó, y espéro que no me lo negarás.

El payador quedó silencioso como si no supiera que contestar. Por fin sacudió el aturdimiento que experimentaba, y repuso con toda calma:

—Qué bien ó qué mal puede reportarte que yo vaya ó no á casa de doña Dolores? Ella me ha llamado y no habrá una razon bastante fuerte para disculpar mi desprecio. Ese es un desatino, Benita, porque, si soy un gaucho, ya sabés que no soy un guarango.

Benita estuvo contemplando un momento al payador con ademán provocativo y amenazador.

—Está bien, le dijo al cabo de un momento; sabia que te ibas á negar á mi pedido, pero queria prevenirte para que no te quejes de lo que suceda. Esa mujer maldita me ha rubado tu amor y me lo ha pisado con su desprecio. Yo no estoy dejada de la mano de Dios para sufrir estas cosas, y he jurado vengarme de una manera terrible, hiriendo á los dos del mismo golpe. Yo podria hacerlo sin decirte una palabra, pero soy leal, Santos Vega, y sé que la razon me sobra. Sé que al hablarte así estoy provocando tu cólera; veo temblar tus lábios á impulso de una maldicion: pero poco puede importar tu cólera á quien á perdido tu amor. Si quieres vivir tranquilo é impedir mi venganza, te aconsejo que me mates, único medio que pueda darte un resultado. Mátame, Santos Vega, mátame; y al mismo tiempo que logres tu objeto, yo dejaré de sufrir. Porque todavia, en ancas de haberme robado tu amor, me han de martirizar haciendo alarde de ultrajarme? Mátame, Santos Vega, y me habras hecho el mejor servicio de mi vida.

Y al concluir de hablar, Benita rompió á llorar de una manera desesperada.

La noche habia caido por completo; todos los paisanos se habian retirado á sus fogones, y solo quedaban allí, confundidos entre las sombras, el payador, Carmona y las dos hermanas.

Santos Vega estaba vencido y vacilante entre el amor de Dolores y la desesperacion de Benita. Su corazon noble sentia profundamente el mal que causaba, pero una fuerza invencible lo arrastraba hácia el amor de Dolores.

El prestigio de la suprema belleza de ésta y el mundo de amor que habia soñado, triunfaron por fin de la desesperacion de Benita.

—Yo no te mato, Benita, dijo, porque ni me has dado motivo, ni soy un asesinc. Si algun átomo de estima guardas aún por mi, apártate del camino que sigo y déjame luchar solo. Adios, Benita! algun dia podré explicarte lo que pasa por mi.

Y picó su caballo, que partió como una flecha.

—Andá no mas! exclamó la jóven hundiendo la mirada entre las sombras de la noche. La felicidad que me robas, no la ha de gozar nadie; te lo juro por la salvacion de mi alma.

—No vale la pena hacerse mala sangre por lo que no tiene remedio. Si Santos Vega no te quiere, déjalo no más, que no te ha de faltar quien te quiera como una reina. El cariño no se trae á lazo como la hacienda vacuna. Al que no quiere á una mujer es preciso dejarlo ir, por que perseguirlo es para peor.

—Es que todos los hombres no son Santos Vega, Carmona, y la que ha querido al payador no puede ya querer á nadie. A mi Santos Vega me deja por otra, y yo no quiero que esa otra disfrute el bien que me roba. Yo lo dejaria en paz si él no viniera á refregarme en las narices que hay otra mejor que yo, por quien él muere, mientras yo me desespero y vivo llorando. Esa mujer es una perdida, Carmona, y Santos Vega un falso. Yo le pedí que no fuera á su casa para ahorrarme ese nuevo dolor, y él no ha querido consentir, porque poco ya le supongo. Asi no puede quejarse de que yo me vengue, porque hasta las hormigas, Carmona, tratan de morder el pié que las aplasta!

Nadie se deja matar en silencio, mucho mas cuando la muerte viene á ser un favor que uno recibe, despues de aber apurado hasta el último ultraje.

Carmona siguió pidiendo á Benita que olvidara, pues nada iba á remediar con vengarse, sinó hacerse odiar por su hermano.

—Poco me importa su ódio faltandome su amor, terminó. Asi como yo soporto su ódio y el martirio de verme despreciada, así ella á de sufrir tambien el desprecio y la verguenza. Porque yo soy libre, Carmona, y puedo querer á cualquiera, mientras que ella tiene un marido y á él solo puede querer. Para pagar un amor robado, robado á una infeliz que ningun mal le habia hecho, ella roba otro amor que no le pertenece, y que no puede dar sin sentirse morir de verguenza. Oh! lo que yo sufro solo yo lo sé, y es preciso que quien así me hace sufrir sienta en su propio corazon el veneno que derramó en el mio.

Y emprendió su marcha en dirección á los fogones, á cuyo alegre fuego el paisanaje preparaba la cena.

Todo era alegria y chacota.

Al volver de la yerra don Ramon habia hecho repartir nuevas raciones de vino y ginebra, que los paisanos hechaban a sus correspondientes estómagos con avidez creciente. Las guitarras no callaban un solo momento, y de todos los grupos y fogones salian mil cantos picarescos ó sentidos, dedicados todos ya á don Ramon y á doña Dolores.

Santos Vega, dominando la tormenta que sentia estallar en su corazón, habia pasado indiferente ante aquel alegre bullicio, dirigiéndose al paraje donde habia sentado su real con Carmona, lejos de los demás.

El amor de Dolores habia hecho nacer en el paisano aspiraciones que nunca habia tenido. El veía el lujo que desplegaban los hombres del pueblo que la rodeaban, y á falta de un lujo igual, se esmeraba en el cuidado de sus pobres prendas. Cada vez que se presentaba ante aquella mujer querida, no lo hacia sinó despues de haber peinado sus cabellos con sumo cuidado y compuesto su sedosa barba.

Así es que cuando llegó á su fogón, el primer cuidado que tuvo fué para componer el desalifo de su traje. En seguida templó su guitarra y se sentó á esperar á Carmona, que no debia tardar si su presencia al lado de Benita no se hacia necesario.

Santos Vega clavó la mirada en las piezas de Dolores, y allí quedó pensativo esperando á su amigo.

En las piezas de Dolores el estruendo de la fiesta era inmenso.

Por fin, vino Carmona á arrancarlo de su meditacion.

—La petiza está dada al infierno, dijo, y es preciso que te precavas, porque sus intenciones son más negras que sus ojos.

—Y qué es lo que trama? preguntó el payador con un acento que más parecia ser un gemido que palabra humana.

—Yo no lo se con seguridad; però segun lo que he pedido colegir, su pensamiento es descubrir á don Ramon los amores de Dolores, para que éste, vengandose de alguna manera bárbara, vengue tambien lo que ella llama sus ultrajes. Es necesario, pues, no descuidarse, hermano, para no esponerse á una mala jugada.

—Quiere decir que nada intenta contra la vida de Dolores?

—Por el momento, me parece que nó; pero es preciso preverlo todo. Benita está irritada de una manera terrible. Los celos son muy malos consejeros, y no será estraño que á cada rato se le ocurra una nueva atrocidad.

—Pues á nó perderla de vista, exclamó el payador como si hubiera adoptado una resolucion inquebrantable, yo no puedo retroceder un paso del camino que me he marcado. Amo á esa mujer porque á ella me empuja mi destino con una fuerza que no puedo resistir. Quiero seguir mi destino hasta donde me lleva esta ráfaga buena ó mala, sin que basten á hacerme cambiar de rumbo todas las Benitas de este mundo. Y allá me voy, aunque supiera que camino á la muerte. No la pierda usted de vista, hermano que yo me encargo de lo demas.

Carmona preparó un churrasco, que comió apenas estuvo caliente, y se lanzó á buscar la compañía de Benita y del amigo Gabriel, que acababa de renovar su centésimo peludo.

A haber estado el más fresco, la petiza, como la llamaba Carmona, hubiera andado más medida en sus procederés; pero como éste solo se ocupaba en beber, Benita andaba gozando de completa libertad.

Cuando acabaron de comer en lo de don Ramon, empezaron á acudir los paisanos, llamados por el estanciero, los encargados de tocar la guitarra, y por simple curiosidad, los otros.

Santos Vega, en cuyos oídos resonaban aún las palabras de Dolores, llegó tambien con su guitarra á media espalda. Peinado y en perfecto estado de aseo, el payador estaba hermoso.

Al franquear la puerta se encontró con la mirada de fuego de Benita clavada en la suya. Aquellas dos miradas cambiaron un rayo de amenaza, que no pasó desapercibido para Dolores, que desde su llegada no perdía de vista á la paisana.

Santos Vega se puso tan pálido como un cadáver, pero con paso firme avanzó hasta el centro de la sala donde estaban los guitarreros.

En ese momento estaba un rengo cantando unas décimas que remataban con este estribillo:

De valde te estoy mirando
cara á cara y frente á frente:
yo no te puedo decir
lo que mi espíritu siente.

Como las coplas eran de lo más picaresco que se oía enténces, cada una de ellas era saludada con un trueno de aplausos y bravos, que causaba el entusiasmo de los oyentes.

El rengo terminó con una graciosísima copla, en la que pedia disculpa á Santos Vega, por haberse permitido cantar en la presencia del rey de los guitarreros.

—Ahora le toca al payador, dijo doña Dolores. Es preciso que cante algo sentido, reflejo, si es posible, de su espíritu poético.

—Qué voy á cantar pobre de mí, exclamó el payador, que sea digno de usted!

Y miró á la puerta de la pieza, donde sentía brillar la amenazadora mirada de Benita, de cuyo lado no se despejaba Carmona:

Doña Dolores sintió deseos de mandar salir á los paisanos, para que, junto con ellos, saliera aquella mujer insolente. que

tenia el atraviamiento de venir á provocarla allí, en su propia casa.

Pero un momento de reflexion y mirada de Santos Vega, la detuvieron cuando ya iba á dar la órden.

Santos Vega estuvo largo rato preludiando la guitarra, con un raudal de melodía íntimas que se fundian entre sí dando al conjunto una espresion de profunda languidez.

Aquella série de acordes y notas, en una hilacion vaga y cadenciosa, se perdieron poco á poco, tomaron un ritmo regular, y de entre los dedos de aquel hombre verdaderamente inspirado, brotó uno de aquellos *estilos* originales de la campaña de Buenos Aires. De aquellos estilos que son toda una pintura del espíritu; donde cada nota es un quejido y cada frase un poema. Estilo que es preciso lo toque un gaucho, porque solo su espíritu sensible puede dar á la guitarra ese tinte de profunda melancolia y de suprema resignacion.

Se las desventuras tienen una traduccion en música, difícilmente se podrá hacer ésta con lenguaje más conmovedor y espresivo que el triste tocado por un gaucho artista.

Santos Vega miró de una manera íntima á Dolores, como buscando en la belleza de aquella mujer la inspiracion que sentia faltarle. La luz de los candiles se nubló á sus ojos; todo cuanto lo rodeaba desapareció ante sus ojos; que solo vieron á Dolores, cuya belleza crecía por momentos ante el espíritu del payador.

Y siempre con la mirada fija en la mujer querida, y estremeado por la impresion del momento, cantó como solo puede cantarse en situaciones análogas.

Era una glosa del estribillo que habia cantado el rengo, hecha en las cuatro amorosas décimas que conserva la tradicion y que van en seguida:

Eres la preciosa flor
que entre mil se alza triunfante
por su aroma más fragante,
más bella por su color.
Yo soy triste picaflor
que á tu alrededor volando
vá eternamente anhelando
hasta tu cáliz llegar,
más no la puedo alcanzar
de valde te estoy mirando.

Eres luz esplendorosa
el que te mira engeuece,

y ante tí sombra aparecè
la estrella más luminosa.
Yo, lijera mariposa,
quiero en ella, febricente,
consumirme de repente,
más no puede ser así
aunque me encuentro de tí
cara á cara y frente á frente.

Eres la hermosa sirena
que con tu canto enamora,
de sonrisa seductora
de mirada que enagena.
Tú, mujer de encanto llena,
no sabes lo que es sufrir!
sin poderlo resistir
lloro, perdida la calma,
pero, lo que siente mi alma
yo no te puedo decir.

Eres el ángel divino
que allá en la imaginacion
ha formado la ilusion
que endulzará mi destino.
Hoy te encuentre en mi camino
y suspiro tristemente
al mirar que inútilmente
por tí sufre el alma mia,
tal vez sepas algun dia
lo que mi espíritu siente!

Al empezar sus décimas, Santos Vega habia dejado de mirar á Dolores, fijando sus ojos en el diapason de la guitarra. De esta manera disimulaba que habia cantado para ella, y sus décimas pasaban por una composicion amorosa hecha al acaso.

Todos los gauchos cantan amores, aún por el placer de cantarlos; de modo que nada particular tenian las décimas de Santos Vega.

Pero no sucedió lo mismo con Dolores, en cuyo corazon levantaron un éco arrobador. Ella comprendió las décimas, el sentimiento con que habian sido cantadas y la esquisita delicadeza del payador.

Cuando este hubo terminado el canto y se hubo perdido entre

el bullicio el último acorde de la guitarra, Santos Vega alzó recién la mirada y mostró sus ojos preñados de lágrimas.

Pero sin mirar á nadie, se dirigió al rincón donde colocó la guitarra.

Dolores le siguió en una especie de caricia muda. Quien podría atreverse á decir que el payador le habia cantado á ella?

Solo Benita, para quien cada décimas habia sido una puñalada terrible, pues en ellas habia visto todo el amor que por su rival sentia Santos Vega. Y allí, contra la puerta, devoraba silenciosamente sus lágrimas, que el despecho no habia podido secar.

Es que el sentimiento era mayor que la ira. Es que á pesar del dolor que apuraba, desde que empezó aquella maldita yerra, lejos de disminuirlo, habia hecho crecer su amor por el paisano.

Santos Vega recibió los cumplimientos que por su glosa se le hacian sin levantar la mirada del suelo. Tal vez temia que un relámpago de sus ojos fuese á revelar lo que tanto trabajo habia tenido por no dejar ver.

La alegría general barró por completo la impresion que en todos habia dejado el canto del payador y los cantos tristes se sucedieron unos á otros sin la menor interrupcion.

—Vámonos de aquí, dijo Carmona á Benita. La gente te está viendo llorar, y no hay porqué hacer una mala figura.

Con gran asombro del paisano, Benita se dejó conducir sin hacer la menor resistencia.

Cuando el payador vió salir á Benita y Carmona, respiró recién con libertad. Aquella mirada amenazadora y llorosa le hacia daño, y no le permitia obrar en completa libertad, pues á cada momento tenia una imprudencia de la muchacha que fuera á comprometer á Dolores.

Dolores misma, que no tenia la cólera de Benita, porque no comprendia su alcance, se sintió más contenta y tranquila.

El payador irradió sobre su hermoso rostro la luz de su mirada, y se acercó á hablar con ella.

Sus modales finos, su conversacion agradable y sencilla, y sus décimas habíanle captado la consideracion de todos. de modo que nadie estrañó verlo al lado de Dolores, hablándole con su habitual respeto.

Don Ramon, que estaba cerca, terció en la conversacion, pues ésta se referia á la yerra, y al tiempo que permanecieran en la estancia, retirándose poco despues á atender á sus invitados que en esos momentos se entregaban á bailar una polka.

—Y usted, Vega, no baila? preguntó al payador doña Dolores.

—Me gusta el baile, contestó el payador, pero ahora no bailo, porque no puedo hacerlo con que yo quisiera. Y miró de tal modo á Dolores, que ésta bajó la vista dominada por el rayo de aquellos ojos.

—Parece, siguió diciendo con amargura, que el ser gaucho fuese un poco mas que un animal, y aun mucho menos que un hombre. Sentimos como los demás; tenemos entre el pecho un corazon que late al impulso de las pasiones mas nobles; y dicen que la igualdad es la ley bajo la que vivimos, y sin embargo, Santos Vega, sin cometer una insolencia inicua, no podria pedir á usted que la acompañara á una polka. Yo comprendo el lugar que se quiere que ocupe, la cocina donde me mandó don Ramon; y aunque no lo acepto, me callo. Doña Dolores, sin verguenza, no puede bailar con el paisano; y él, desde que no puede bailar con la mujer que ambiciona, no baila con nadie.

Doña Dolores sintió toda la amargura de aquellas palabras, y miró á Santos Vega con una mansedumbre celeste. Ella comprendia el dolor que debia sentir aquel jóven, y su espíritu se abria á sensaciones nuevas para ella.

Sencilla y apasionada, habia sentido nacer en su corazon un cariño íntimo que habia ido creciendo hasta convertirse en un vivo y ardiente amor.

Aquel hombre de espíritu artístico y corazon varonil, de hermoso rostro y de traje original, que llevaba con suprema elegancia, tenia algo de fuertemente fantástico que la atraia sin que ella pusiera la menor resistencia, aunque sabia que rodaba á un abismo.

Sentia constantemente sonar en su oido, envuelta en la música de la palabra de Vega, aquella primer frase que arrancó la admiracion del paisano su belleza deslumbradora: « Es la primera vez que oigo hablar una estrella ».

Y su corazon se estremecia al recuerdo de las frases de la última décima, y se sentia feliz al verse envuelta en la luz de aquella mirada acariciante. El destino la habia unido á un hombre al que tal vez no amaba.

No se ocultaba á su razon que el amor que sentia por el paisano, era un amor criminal; pero se dejaba arrastrar en su corriente, sin medir las consecuencias que pudiera tener.

Los celos y las amenazas de Benita la habian irritado. Para ella Benita era solo una mujer que se atrevia á disputarle el corazon del payador y entonces se habia empeñado su voluntad en conquistarlo por completo,

Ellos no habian cambiado una sola promesa; sus palabras no

habian pasado de las que se pueden decir con la mirada; y, sin embargo, se hablaban como si hubieran cambiado un mundo de enamoradas palabras.

Todo lo que podia decir, ya el payador lo habia dicho en sus décimas apasionadas, pues en ellas habia ondulado siempre la intimidad de su pasion.

Y ellos allí se miraban y se hablaban de cosas indiferentes, pero el lenguaje de los ojos era diverso al de los lábios. El uno no era más que la forma de dirigirse al otro.

Estasiados estaban en su mútua contemplacion, cuando se aproximó uno de los amigos de doña Dolores pidiendole lo acompañara en la mazurka que se bailaba.

Santos Vega palideció como un cadáver, sintió subir á sus ojos toda la desesperacion de su alma. Pero apagó instantáneamente el brillo de su mirada, descansándola en la punta de su bota.

Dolores se estremeció y quedó turbada sin saber qué contestar. Y con esa pasmosa rapidez de pensamiento en la mujer, apreció en un relámpago su situacion dificil.

Aceptar aquella invitacion era herir en lo mas íntimo el corazon del payador que no podia bailar con ella, y negarse á ella fuera tal vez un desaire que iria á llamar la atencion. Y con un valor asombroso, ántes que el hombre hubiera repetido la invitacion, yá ella se habia resuelto en el camino que debia adoptar.

—Si Santos Vega no puede bailar conmigo, se dijo, no he de bailar con otro. Y mientras el payador no se atrevia á levantar la mirada del suelo para no verla partir, ella alzó la dulce mirada e respondió con una suavidad de voz arrobadora.

—Casualmente estaba diciendo á Santos lo cansada que me siento. Discúlpeme que no lo complasca esta vez, porque si bailo me voy á enfermar seguramente.

Era natural la disculpa y habia sido espuesta con tanta dulzura, que el caballero se retiró sin insistir y sin la menor sospecha del desaire que le hacia.

La mirada del payador y de Dolores se encontraron de nuevo. La de éste derramaba sobre la mujer querida toda la inmensa dicha de que se habia llenado su corazon con su conducta delicada. La de ella habia preguntado en su lenguaje misterioso é íntimo.

—Qué tal, estás contento de mí?

Despues del cambio de aquella mirada, toda palabra estaba de mas. Dolores aceptaba el amor del poeta y lo pagaba arrojando el mayor peligro que puede correr una mujer.

—No me creí digno de tal ventura, murmuró tembloroso y

conmoverlo. La vida que hasta hace poco para mí había sido una carga cuyo peso creía no poder resistir, se llena ahora de una felicidad que jamás me atreví á esperar.

El aire es mas liviano y lo que me rodea mas alegre. Me parece que acaba de salir de amanecer y que me siento bañado por los rayos lánguidos del sol naciente. He nacido á una nueva vida donde no hay noches ni tormentas. Esto es un eterno amanecer, donde la existencia tiene una inmensa fuerza de juventud. Siento adentro de mí algo que crece y vive como la yerba bajo el rocío del cielo, despues del fuego del sol. Y siento necesidad, una invencible necesidad de moverme, de correr, de hablar, para que la emocion no me ahogue, pues ya me oprime la garganta. Si esto es el premio de los que sufren, yo he sufrido bien poco bajo el peso de mis desventuras, pues por alcanzarlo, me siento capaz de sufrir sonriendo, diez veces mas todavía.

Dolores escuchaba al payador sonriendo de una manera arrobadora. La música de aquellas palabras acariciaban su oído con una melodia infinita.

Su corazón renacia á sentimientos desconocidos, y se extasiaba en ellos como si deseara que no concluyeran nunca.

—Sigue, sigue, Santos Vega, suspiró cuando la última palabra hubo espirado en sus lábios. Sigue, que yo quiero escucharte hasta que muera: que esto se prolongue hasta la eternidad, porque me siento feliz de una manera desconocida.

—No puedo, dijo Santos Vega, volviendo la mirada á la sala y saliendo del extasis en que había estado envuelto. Si yo me dejo llevar por mi sentimiento, voy á descubrir lo que tanto nos conviene ocultar. Yo me voy, Dolores, me voy porque me tengo miedo. Me parece que todos nos miran y nos léen en el corazón. Voy á desplomarme sobre mi dicha, á acariciarla, á sentirla, porque me parece mentira.

—¿Y Benita? preguntó Dolores sonriendo.

—Benita, replicó el payador, es un grano de tierra colocado como un escollo en mi camino. Todo, todo para mi Dolores: mi corazón y mi vida, mi carne como mi espíritu. Y me parece poco, porque para darlo á ella quisiera tener en mi un cielo con sus astros con sus nubes y tormentas, con su amanecer y la noche de sus estrellas.

Iba Vega á retirarse, cuando se acercó don Ramon y dijo á su esposa sin la menor muestra de sospecha.

—Qué entretenida estás! veo que Vega se porta.

—Me estaba contando sus primeros amores, replicó pronta-

mente, y son tan tristes, que me han hecho sufrir sin quererlo. Si lo hubiera sabido no le pido que los cuente!

—Con su permiso, interrumpió el payador, tengo que reparar mi caballo. Y se alejó de allí con paso rápido y sereno.

Cualquiera que hubiera ido á su lado, le hubiera sentido esclamarse con reconcentrada ira:

—Es tuya, pero yo te la robo hombre orgulloso y nécio! El corazon del gaucho ha podido mas que el tuyo. Me has mandado á la cocina y el gaucho se te ha metido en el corazon, donde no puedes luchar con él. Dios nos ayuda, don Ramon! Hay bienes que no se conquistan con la plata ni con el traje del señor!

Y llegó á un fogon donde se puso á esperar á Carmona, y á meditar sobre los dias de ventura que le esperaban, como recompensa de lo que habia sufrido.

La sed de su alma se habia mitigado.

Por fin, la vida ofrecia á su desolacion eterna algun encanto, y sonreia al pensar que tambien él, el gaucho canalla, iba á poder vengarse del orgulloso señor, arrebatándole la prenda mas querida y que mas estimaba—el corazon de Dolores!

Esta, por su parte pasado el primer momento de entusiasmo, recapacitaba sobre su diálogo con Santos Vega.

Habrä cometido una imprudencia de la que se arrepentirä mas tarde, al haberse dejado llevar de los impulsos de su corazon.

Santos Vega la amaba con pasion y con delirio: sobre esto no habia la menor duda. Pero allí estaba su marido que, en su ciega confianza le pedia en el lenguaje misterioso de la conciencia, estrecha cuenta de su corazon, rendido á los piés del payador.

Habia cometido una imprudencia que ya no tenia remedio, pero de la que tampoco se arrepentia.

La historia de sus amores con don Ramon era una historia fria, en la que solo habia jugado la razon de las mútuas conveniencias.

El corazon permanecia intacto, porque no lo habian sabido conmover, y el primer hombre que supo tocarlo con una palabra apasionada, lo habia rendido sin luchar.

Y para disimular la turbacion que experimentaba, siguió mintiendo con raro aplomo.

—Es triste la historia de este pobre hombre, dijo á su esposo. La desgracia lo ha perseguido por todas partes sin darle un momento de trégua. Y si no hubiera sido por mi empeño con los

alcaldes, no lo hubiéramos tenido aquí, porque entre él y la justicia hay un abismo de sangre y una historia de luto.

—No te dejés impresionar por eso, dijo don Ramon, estos diablos exageran las cosas para inspirar mas lástima y pasarlo mejor.

—Pues ya saben finjir bien, replicó doña Dolores. En fin, el resultado es que este diablo me ha entretenido con su cuento y sus dicharachos, porque pintaba las cosas lo mismo que si hubiesen pasado.

Y para que don Ramon no fuera á notar la agitacion que sentia se mezcló á los demás invitados que bailaban con envidiable alegría.

Don Ramon no habia notado nada.

No tenia porque abrigar la menor desconfianza eu Dolores, y el disimulo de esta habia sido asombroso.

Asi es que siguió obsequiando á sus invitados y tratando que el baile se prolongára lo más que fuera posible, pues su solo intento al preparar aquella fiesta no era otro que distraer á Dolores y proporcionarle todas aquellas alegrías, que estuviesen al alcance de su mano.

El cansancio era general aquella noche. El dia habia sido agitado, habian madrugado despues de una mala noche y el sueño empezaba á vencerlos.

Un fuerte dolor de cabeza que dijo doña Dolores la habia acometido, hizo que el baile terminara con gran desagrado del paisanaje, naturalezas incansables para las diversiones de aquel género.

Así, todos se retiraron dejando á las familias que se entregaran al reposo.

Un momento despues las piezas de don Ramon quedaban envueltas en el silencio. mientras el mayor bullicio reinaba en los fogones.

UNA VENGANZA TERRIBLE

Vencida tambien por el sueño y la agitacion terrible de su espíritu, Benita se habia entregado al sueño. La pobre muchacha no habia podido sobreponerse al naufragio de su amor, y la desesperacion habia debilitado sus fuerzas.

Carmona aprovechó aquel sueño para trasladarse en busca del payador, con quien deseaba conversar ardientemente.

Hacia ya dos días que se encontraba de él separado para cuidar á la vengativa Benita. Así es que cuando se vieron los amigos sintieron alegrarse el corazón y se dieron un abrazo formidable.

—Qué sucede, hermano? Como vá la cosa? Estas fueron las primeras preguntas que se cambiaron.

Santos Vega necesitaba partir con alguien el placer inmenso que sentía, pues, según su propia expresión, era mucho para un solo hombre. Así es que apenas se sentaron, agarró el medio frasco y se echó al colectivo un buen trago después de haber invitado á su amigo, que extrañó mucho verlo beber sin que nadie lo incitara hacerlo.

—El cielo se me ha caído encima, envolviéndome con su manto, dijo con una alegría que jamás había visto en él Carmona. Soy feliz hermano, soy feliz hasta volverme loco. Creí que iba á tener que ponerme una vincha en la cabeza para que no se me rompiera.

—Cuénte, hermano, cuénte! replicó Carmona, sintiendo reflejar en su espíritu la alegría del payador. Vuélqueme encima el poncho de sus alegrías y sus dichas, porque puede ser que algo se me pegue.

—En pocas palabras se puede traducir mi mundo, dijo Vega, tomando una expresión de melancólica alegría. Dolores me quiere con la fuerza de pasión de sus primeros amores. Ella me lo ha dicho y yo he visto temblar el amor en sus labios ardientes, en su frente pálida y serena y en sus ojos sublimes.

Su aliento, perfumado hasta embriagar los sentidos, ha pasado sobre mi corazón con un soplo de vista eterna, y su corazón ha latido en el pecho, que se alzaba de una manera agitada al golpe de cada latido. Yo soy un hombre, Carmona: creo que mis propias desgracias son cuentos que he oído en los fogones, pues me parece que toda la vida he sido feliz. Hay un Dios en el cielo, Carmona, que equilibra el sufrir con la alegría para producir el más celeste equilibrio de la vida. Si yo no hubiera sido tan desgraciado como lo he sido, hoy no podía apreciar toda la inmensidad de este amor celeste, que me ha levantado de las ruinas de mi vida, como dicen que Cristo levantó Lázaro de un lecho de muerte.

Carmona escuchaba estasiado á su amigo, sus frases lo entusiasmaban y su acento conmovedor penetraba en su espíritu lle-

vando algo de la inmensa dicha que respiraba todo el ser del payador.

—El señor y el gaucho han luchado, dijo con una ironía inmensa. El campo de batalla ha sido el corazón de una mujer. Y allí donde las partidas de plaza no pueden prestar auxilio, donde cada uno no tiene más armas que las prendas que Dios le dió, el gaucho miserable ha vencido al orgulloso señor. Desde hoy dejo de pensar, añadió tomando una espresion bravia, y al que pretenda arrancar mi dicha, hallará sobre su garganta la punta de mi puñal. Ya se acabó la firmeza, concluyó apelando á su refran favorito, tan solo Dios paga bien!

—Al verlo así, contestó Carmona, me parece que me corresponde parte de su alegría, hermano. La yerra ha de concluir mañana, y así, se verá libre de estorbos, porque Benita se ha de ir, y podrá hacer, sin que nadie lo vigile, lo que más le venga en gana.

Al oír aquel nombre, el semblante del payador se nubló un tanto cuanto. Tenía miedo á Benita, no por él, sino por lo que pudiera padecer Dolores, porque conocía el espíritu firme de aquella mujer valiente.

—Y qué dice Benita? preguntó; siempre piensa en vengarse?

—La petiza ha andado con mandinga en ancas, respondió Carmona jovialmente; pero creo que ahora está más sosegada. Ha llorado tanto, que parecía que las lágrimas querían parar rodeo en sus carrillos, pero la he dejado más consolada.

—Gracias á Dios, que mañana se acaba la yerra! me dijo cuando salió de la sala. Así dejaré de sufrir. Esa maldita se irá á su pago y Santos Vega volverá á mí.

—No hay que fiarse mucho en la conformidad de Benita, repuso Santos Vega, porque es más taimada que una vieja de mal génio. Sin embargo; si se vá, que Dios la ayude, y me deje en paz.

Como temían que aquella noche fuese la última de la fiesta, los paisanos estaban entregados á la más frénetica alegría. Bebian de una manera monumental, y el bordoneo de las guitarras no cesaba un solo momento.

Santos Vega miró de una manera frenética á las ventanas de doña Dolores, en su cerebro sintió arder toda la fuerza de su inspiracion, y tomando su guitarra, la recorrió en un movimiento febril, dejando oír un arpegio íntimo y apasionado.

Poco despues la guitarra de Vega se sobreponía á las otras, que iban callando gradualmente como avergonzadas por ella, y la voz

del payador, más magnífica que nunca, sonó, dominandolo todo, en las siguientes décimas:

Aún cuando léjos de tí
me detiene el hado impío
se que me quieres bien mio,
y que has de pensar en mí.
Ojalá que siempre así
guarde tu pecho inocente
ese amor en que presente
tanta dicha el alma mia
y sin el cual viviría
desgraciado eternamente!

Aunque de tí separado
por mil causas que lamento,
mi amoroso pensamiento
no se aparta de tu lado.
Tu nombre siempre adorado
constituye mi ventura,
y en sus horas de amargura
se alegra mi corazon
recordando con pasion
tu cariño e tu hermosura!

Aquí el acento de Santos Vega tenia tal timbre de pasion, y la melodía de estilo era tan quejumbrosa, que el corazon de Dolores se conmovió hasta las lágrimas, sintiendo en su seno un mundo de ventura al escuchar estas otras estrofas:

Mi ardiente imaginacion
mira en tí un ángel del cielo.
bajado á traer el consuelo
que falta á mi corazon.
Mi más risueña ilusion
ha sido, hermoso lucero,
demostrarte al verdadero
amor que mi pecho siente
y que á tu lado ó ausente
vida mia, más te quiero!

En ti morena querida,
todo mi encanto se encierra

y eres tu única en la tierra
que me hace desear la vida.
Mi corazón no te olvida
por más que no pueda verte,
y este anhelo de quererte
que alimenta mi existencia,
tan solo con su inclemencia
podrá extinguirlo la muerte.

La primera estrofa de Santos Vega fuè à encontrar su éco en el corazón de Dolores, que no habia podido conciliar el sueño, pensando en la situacion terrible en que se hallaba su espíritu.

Entreabrió la puerta del aposento y escuchó, verso por verso, hasta el último pié. Solo ella sabia que aquellas décimas llenas de pasion, le eran dedicadas, y que el leve temblor que se notaba en aquella voz magnífica, era ocasionada por el recuerdo de su hermosura.

Santos Vega cantó la última estrofa y se quedó como estasiado ante su propia pasion.

Era tal la inmovilidad de su cuerpo y la fijeza con que miraba el espacio, que parecia esperar que la brisa de la noche trajera hasta su oido una frase de amor de su Dolores.

Cuando levantó la cabeza, se halló rodeado de todos los concurrentes à la estancia, que habian sido atraidos por el raro prestigio de su canto. Benita tambien estaba allí fijando en el payador su mirada colérica, levemente empañada por lágrimas.

—Muy bien, Santos Vega, le dijo; la moza que te inspira tus décimas, debe ser muy hermosa y muy feliz. Yo te hago mi cumplimiento, aunque poco ha de importarte.

Aquella felicitacion fué para Santos Vega como el despertar de un sueño feliz bajo la influencia de un puñetazo.

Benita habia concluido por hacérsele odiosa. Y sonriendo ella siempre, se retiró à su fogon sin que el payador hubiera respondido à sus palabras.

Poco despues quedaba éste solo con Carmona, combinando alguna medida para verse libre de aquella especie de fantasma, que se habia propuesto no dejarlo gozar un solo momento de felicidad.

Y así estuvieron y así se durmieron muy cerca, ya de la madrugada, resolviendo esperar à ver si concluida la yerra, Benita, como el resto de los convidados, se retiraban a su pago.

Al dia siguiente se marcaron los últimos animales, concluyen-

do la fiesta con una corrida de sortija, en la que tomó parte el mismo don Ramon, que era afamadísimo á este juego.

Como esta última parte del programa no se habia previsto, fué preciso poner un premio de dinero á las sortijas.

Santos Vega corrió dos, como para cumplir y disimular, y se retiró en seguida como para componer su montura. La alegría del paisano se habia comunicado hasta su propio caballo que rotizaba para demostrar á su hábil ginete que participaba de su alegría y felicidad.

Doña Dolores tenia la mirada fatigada por el insomnio, pues no habia podido conciliar el sueño, mecido blandamente por su espíritu por las décimas del payador.

—Estoy con un poco de dolor de cabeza, dijo á don Ramon, cuando éste le preguntó qué tenia: pero creo que distrayéndome se me pasará.

Como los corredores eran muchos, se habia convenido en que los que sacaran dos sortijas, se retiraran para dejar sitio á los demás. Carmona fué el primero que se retiró, embolsando alegremente los diez pesos con que fueron premiadas las dos primeras sortijas.

A Carmona siguió el negro Diablo, que mejorado de su porrazo, tomaba parte en la corrida, y á éste una docena de paisanos mas hábiles.

Quedaban, pues, los mas chambones, disputándose los últimos premios, que sacalan ya con mas dificultad.

Dolores no apartaba un momento la mirada del payador, que habia recostado los brazos sobre el caballo, como esperando su turno?

—Qué, usted no corre? preguntó. Es una vergüenza que el mejor corredor se haya retirado sin sacar un premio!

—Es que no hay un premio que me halague, contestó melancólicamente. Estoy esperando que pongan el especial para tratar de sacarlo

—Vamos á ver si es verdad, concluyó doña Dolores sacando de su dedo menique un precioso anillo de esmeraldas, y dirigiéndose á don Ramon:

—Para dejarles un recuerdo mio, le dijo, y en el interés de ver correr á Santos Vega, voy á poner de premio esta sortija para el que la saque, ¿quieres?

Al oír esto, Santos Vega estuvo á caballo con una rapidez vertiginosa.

Se hubiera dicho que se habia movido á impulsos de un golpe electrico.

Don Ramon, que solo deseaba ver contenta á su esposa, tomó la sortija, que bien podia considerarse como el gran premio de su dia, respóndiendo:

—No hay inconveniente, pero con la condicion de que yo he de tomar parte en la corrida. El premio es demasiado valioso para que yo no lo dispute.

Santos Vega se acercó á Don Ramon, á quien le dijo jovialmente:

—El patron se empeña en vano, si es que me permite correr, porque la sortija la he de correr yo. Tengo mi amor propio de que al correr la sortija no hay quien me gane.

—Bueno, amigo, replicó con benevolencia aquel hombre, inocente de lo que pasaba en el corazon del payador y su esposa. Pero por lo mismo que usted es maestro, me va á dejar correr primero.

—No solo una sinó dos veces, dijo Santos Vega. Ya lo he visto correr, patron, y usted no puede ganarme.

Don Ramon se fué á acomodar la sortija, y Santos Vega quedó adelgazando el palito que tenia en la mano. El anillo era sumamente pequeño, por cuya razon iba á ser dificil sacarlo; pero en esto mismo fundaba sus esperanzas Vega, que en realidad era un famoso corredor de sortija.

Dofia Dolores miraba con cierta ansiedad aquellos preparativos.

Su esposo y el hombre á quien amaba con locura, iban á disputarse un premio ofrecido por su mano y que lo constituia una prenda suya.

Y por mas que Dolores amaba á Vega, estimaba, por lo ménos, á su esposo y sentia el rol ridículo que jugaba ante su propio corazon, único testigo de sus amores, segun creía.

—Vamos á ver, hermano Carmona! gritó Vega radiante de alegria, es al único que tengo recelo.

Carmona, que estaba dispuesto á no correr, pues comprendia que no debia hacer la competencia á su amigo, vió la imperceptible guiñada que éste le hizo y saltó á caballo.

—Es preciso disimular, pensó, y ayudar á mi hermano—tienen buenas tragaderas estos puebleros.

—Yo seré el cuarto! dijo Santos Vega tomando esa colocacion. Don Ramon va á correr dos veces, y en seguida mi hermano Carmona—así no se dirá que la he sacado de arriba.

Santos Vega conocia perfectamente que su amigo podia sacar con facilidad la sortija, pues tal vez la corria mejor que él; pero confiaba ciegamente en su cariño y el conocimiento que éste tenia de su rara situacion.

Todo el paisanaje venia en seguida, ávido de ganar un premio de tanto valor, y que era además prenda de la patrona.

Don Ramon corrió sus dos veces, pero ni siquiera tocó la sortija.

Además de ser ésta muy pequeña, el caballo que montaba no era tan tranquilo como se requiere para esta clase de ejercicios.

Don Ramon se retiró á la rueda de sus amigos sonriendo alegremente, pues solo habia entrado por mera broma y por hacer una galanteria á su esposa.

Tocó su turno á Carmona, que entristró su palito y abrió desmesuradamente los ojos. Doña Dolores esperimentó un profundo sentimiento de pesar.

Habia visto sacar á Carmona, las dos sortijas que ganó con maravillosa limpieza, y temblaba á la idea de que pudiera sacar la suya.

Ella habia querido hacer un presente á Santos Vega, poniéndose al abrigo de toda sospecha, y habia elegido aquel único medio de efectuar su deseo, sin que nadie tuviese derecho de hacerle la menor crítica.

Si Carmona sacaba la sortija, quedaba defraudada su esperanza y privada de ver al payador dueño de aquel recuerdo suyo.

Y como no estaba en el secreto del mudo convenio celebrado por los dos amigos, no pudo dominar su angustia cuando Carmona oprimió con las espuelas los flancos de su flete y partió en una carrera desesperada.

El palito de Carmona tocó la sortija haciéndola caer al suelo, pero no la ensartó.

Y fué tan perfecto su disimulo y la espresion de despecho con que sujetó el pingo, que el mismo don Ramon no pudo reprimir la risa y contener una broma dirigida al paisano.

—Ahora me toca á mí! gritó Vega, cuando hubieron acomodado la sortija: y dirigiéndose á los que debian de correr detrás de él les dijo:

—Pueden retirarse no más, porque lo que es yo no erro.

Doña Dolores estaba como bajo una amenaza de muerte. Si Santos Vega erraba el tiro, perdía la sortija irremediabilmente, porque antes que pudiera volver á correr, era imposible que uno de los treinta y tantos paisanos que lo seguian no lo sacaran.

—Á su salud, patrona! gritó el payador lanzándose en una carrera vertiginosa.

Y fué tal la limpieza con que sacó la sortija, que solo se aper-

cibieron de su triunfo cuando lo vieron volver triunfante con ella ensartada en el palito.

Doña Dolores no pudo contener la suprema alegría que experimentaba, gritando con los demás.

—Bien! bravo, Santos Vega!

Los demás corredores se quedaron con un palmo de narices, aunque muy pocas esperanzas abrigaban, desde que Santos Vega y Carmona corrian ántes que ellos.

Santos Vega se acercó á doña Dolores, á quien dijo mostrando en su sonrisa toda la alegría que experimentaba.

—Siento no poderla usar, patrona, porque en ella no me cabe ni siquiera una hebra de pelo; pero no por eso la prenda deja de tener para mi un valor inmenso, puesto que la guardo en memoria de esta fiesta.

Y fué á confundirse al gran galope con el gentío, temiendo que su amor fuese á brillar demasiado en sus ojos.

Don Ramon y sus amigos regresaron á su casa, mientras los paisanos quedaban comiendo *el pato* del último dia.

Aquella noche estuvo la fiesta más animada que de costumbre, pues como la yerra habia concluido, don Ramon repartió la bebida que le quedaba y carne con cuero á discrecion. Santos Vega fué llamado á la sala donde cantó sus más inspiradas trovas.

—Yo necesito hablar una palabra en libertad, Dolores, le dijo el payador en un momento que todos estaban distraidos con el baile. Desques de nuestra conversacion de anoche y la sortija de hoy, cualquier imprudencia puede perdernos.

—Mañana se ofrecerá la oportunidad, contestó temblorosa doña Dolores. No me pierdas de vista, que en cuanto yo pueda encontraré el pretexto.

—Monta mi alazan que vuelza como el viento y aflojole la rienda como si se hubiera desbocado, á la caida de la tarde. Yo me encargo de alcanzarle, y de háí nacerá lo demás.

Y se retiró en seguida, sin mirar á Benita, que, en el sitio de las noches anteriores no lo habia perdido de vista.

—Andá no mas, murmuró ésta, que mi dia se acerca. No me has tenido lástima y vas á ver lo que es sufrir. Y se alejó seguida de Carmona, lanzando sobre Dolores una miraba terrible.

Al otro dia el paisanaje habia disminuido notablemente. La mayor parte de los peones se marchaban á sus respectivos establecimientos, apurados por los patrones allí presentes.

La yerra habia concluido y ninguna falta hacian allí.

Santos Vega y Carmona no pudieron mirar sin cierto despe-

cho que el amigo Gabriel, ginete en una milésima mona, no pensaba moverse de allí con sus hijas.

Doña Dolores con sus invitados, salió á dar un paseo por los alrededores. Santos Vega no se movió de su fogon, al lado de Carmona. Era preciso disimular lo más posible para destruir cualquier sospecha en la aventura de la tarde.

Dolores, que montaba con admirable seguridad y soltura, ensilló esa tarde un oscuro, brioso y reluciente que hacia caracolear con suprema elegancia.

El payador, despues de enviarle su alma en una mirada, se acercó á don Ramon, que habia quedado en la estancia para hacer la cuenta de los animales herrados.

Con él estuvo toda la tarde contándole picantes aventuras, que el estanciero oía con suma complacencia.

—Concluido ya el trabajo, contestó don Ramon á una pregunta de Vega, hemos de quedar aqui todo el tiempo que Dolores quiera;—despues nos iremos para Buenos Aires.

Santos Vega sintió que la muerte le subia al corazon. ¿Con qué todo aquello no era mas que transitorio, y tarde ó temprano tendria que separarse de su Dolores?

—No puede ser, pensaba el pobre, seria cosa de maldecir hasta la misma dicha.

En esto llegó doña Dolores y su comitiva. Los caballos venian sudorosos y fatigados, lo que probaba que el paseo habia sido largo y sin descanso.

—Me alegre encontrarlo aquí, Santos Vega, dijo ella echando pió á tierra ayudada por don Ramon; porque tengo que pedirle un servicio grande, y porqué sé que no me lo va á prestar á dos tirones.

—Que ocurrencia, señora! replicó el payador. Como si tuviera yo con que pagarle las bondades que les debo desde que estoy aquí.

—Pues el servicio se reduce à que me preste su famoso alazan. Tengo antojo de montarlo, y como ustedes se pueden ir de un momento á otro, ha de ser ahora mismo.

—Por el aire, mi señora! replicó el payador. El alazan es muy manso, como que ha sido de la silla de mi madre, y aunque es vivo y voluntarioso, usted es muy de á caballo y lo dominará.

—Pero que antojo es ese, preguntó don Ramon. Mira Dolores; no te vaya á suceder una desgracia!

—Nada ha de sucederme, contestó ella con inocente alegría. Es un caprioho que tengo desde que ví ese caballo, que quiero realizar antes que se vaya Santos.

Mientras que los esposos hablaban de este inusitado antojo, Santos Vega se echó al hombro de la montura de Dolores y se fué á su fogon donde estaban atados sus fletes, á los que Carmona acababa de dar agua.

—Su caballo es el único que puede acompañar á mi alazan, le dijo, póngale mi montura, hermano, y téngalo listo para saltarlo.

—Qué sucede, hermano? preguntó el paisano algo alarmado.

—Nada de peligro, esté tranquilo. Es que tengo que alcanzar á mi alazan que va á montar Dolores, y nada más.

Santos Vega ensilló su caballo con increíble esmero, y despues de darle una repasada con su poncho, lo llevó donde estaba Dolores. Carmona ensilló su pingo con el apero de Santos Vega y para lo que pudiera suceder, echó su carona al overito rosado.

Santos Vega ayudó á subir á doña Dolores, á quien como última recomendacion, dijo:

—Tengalé la rienda corta, mi señora, porque es un pingo muy alegre. Por lo demás no tenga cuidado.

Y mientras ella se alejaba al tranquito seguida de sus amigos, él quedó con don Ramon, ponderando la gracia con que doña Dolores manejaba el pingo.

No habrian andado una cuadra, cuando al pasar por un fogon el alazan pegó una terrible espantada. Doña Dolores lo dirigió hácia la causa de su miedo y le dió dos latigazos como per vía de correctivo.

Don Ramon palideció y un grito de agonía partió de entre los que acompañaban á su esposa.

El alazan partió como una flecha, mientras de todas parte se escapaba este grito terrible:

—Se ha desbocado el caballo! se ha desbocado el caballo!

Y don Ramon, embargado por el espanto, pudo ver que su esposa abandonaba el látigo y la inútil brida, se prendia á la cabezada de la montura en ademan desesperado.

—Maldita sea mi suerte! gritó á su lado Santos Vega, y se abalanzó sobre el caballo de Carmona, ensillado con su recado, sobre el que saltó como arrastrado por la leve brisa.

—Toda mi fortuna si la salvas! le gritó don Ramon.

Y el payador inclinandó el cuerpo sobre el cuello del corcel, se lanzó a la carrera en la direccion donde ya desaparecian el alazan envuelto entre los últimos destelles del dia y las sombra primeras de la noche.

Los de la comitiva, que eran personas del pueblo y poco de á caballo, se habian detenido aterrados, ignorando el partido que

habian de tomar. Muchos de los paisanos, sin tiempo para ensillar, habian saltado en pelos, pero volvian con la desesperacion pintada en el semblante al conocer que todo esfuerzos seria inútil.

El alazan se habia perdido de vista, y solo quedaba como un punto negro, próximo á desaparecer tambien entre las sombras de la noche, el payador Santos Vega, que corria como un desesperado.

Un poco más atras tambien, y aunque en caballo ménos rápido, se veia otro ginete, que hacia desesperados esfuerzos por alcanzar al primero.

Era Carmona, que creyendo como los demás, que el alazan se habia desbocado, montó en el overito y se lanzó en proteccion de su amigo.

La noche concluyó de tender su negro manto y los tres ginetes desaparecieron en el orizonte. Don Ramon y los amigos que habian acompañado á Dolores, quedaban sumidos en la desesperacion más terrible. Ya veian á Dolores rodar y hacerse pedazos bajo el cuerpo del caballo. Ya la veian sin fuerza y vencida por el espanto, caer del caballo, y ser arrastrada por él, que destrozaria bajo sus patas aquella cabeza magnífica.

Don Ramon no pudo permanecer más tiempo en aquel estado de incertidumbre, mil veces peor que la muerte, y mandó que ensillaran su mejor caballo, pero tuvo que ceder ante las numerosas reflexiones que se le hicieron. Alejándose de allí, no era seguro que se encontrara á Dolores. Podia desencontrarse con ella, mientras su esposa regresaba tal vez salva, él andaria en el campo víctima de la más cruel angustia.

—Lo que no haga Santos Vega no lo podrá hacer nadie, le decian. El va bien montado, y pronto ha de darle alcance á su caballo, que lo conoce y obedece al timbre de su voz.

—Tal vez á estas horas, le decian, vengan ya de vuelta. Doña Dolores es muy de á caballo, y no cayendo, nada puede sucederle. No hay, pues, que echarse en los brazos de la desesperacion como si ya hubiese sucedido la peor de las desgracias.

Pero don Ramon no tenia consuelo. Amaba entrañablemente á su esposa, y al solo pensamiento de que algo le hubiera sucedido, su desesperacion no conocia límites.

Habia pasado ya más de dos horas en esa incertidumbre espantosa, y volvió á disponer que le ensillaran un caballo, pues peor situacion de aquella no podia existir. De pronto sintió que una mano leve le tocaba sobre el hombro y una voz nerviosa o llamaba por su nombre. Dió vuelta el semblante, y se halló

frente á frente de Benita, que lo miraba de una manera que le dió miedo.

—No se aflija don Ramon, le dijo sacándolo de entre los que lo rodeaban; á doña Dolores no le ha sucedido nada.

—Cómo sabes tú eso? por que me vienes con semejante cosa?

—Porque me dá lástima de verlo sufrir de esa manera, cuando doña Dolores no tiene nada ni nada li ha sucedido.

La mirada de Benita se habia dilatado a adquirido una fijeza terrible. Parecia la mirada de una loca ó de una persona que está bajo el ataque de una fiebre devoradora.

—Esta pobre ha perdido el juicio! pensó don Ramon, ó el vino se le ha subido á la cabeza. Bueno, le contestó, te agradezco el aviso, y quiso volver al lado de sus amigos. Pero la Benita adivinándole el pensamiento lo detuvo, y le dijo—

—No estoy loca, don Ramon, no estoy loca, me dá pena verlo padecer cuando otros se divierten, porque asi he padecido yo tambien, y vengo á avisarle que no ha sucedido nada de lo que usted cree.

Don Ramon empezaba á sentirse dominado por aquella mujer de siniestra mirada, y sin quererlo, empezaba á prestar atencion á lo que al principio creyó un desatino.

—Pero, como sabes tú que á Dolores no le ha sucedido nada? preguntó lleno de angustia.

—Sé que no le ha sucedido nada, porque el caballo no se ha desbocado, y porqué á estas horas está junto con ella Santos Vega; de modo que si no vuelven es porque no les dá la gana.

Estas palabras cayeron como un golpe de muerte sobre el corazon del estanciero. En el primer momento levantó el rebenque para castigar la insolencia de aquella mujer.

Pero una luz de razon iluminó su pensamiento, y bajó el rebenque, dejando caer el brazo con desaliento.

—Seria hacer que todos se impusieran de la iniquidad que dice esta gaucha, pensó.

Y tomándola de un brazo, que oprimió con toda su fuerza, añadió:

—Habla claro, habla claro, ó te juro que te arranco la lengua, para que no vuelvas á ser insolente.

—Suelteme usted don Ramon, que yo solo vengo á prestarle un servicio y no merezco que me trate mal.

Don Ramon no sabia si seguir escuchando á aquella mujer ó imponerla silencio y despedirla de allí.

Si la escuchaba, creia ofender el recuerdo de su Dolores, muerta tal vez en aquel momento, á consecuencia del fatal ac-

cidente. Pero el demonio de los celos lo habia ya mordido en el corazon y estaba en esa situacion del hombre cuya razon empieza á ofuscarse.

—Cómo sabes tu que el caballo no se ha desbocado? preguntó con terrible acento, soltando el brazo de Benita. Mira que lo que has dicho es preciso que lo pruebes, si no quieres que yo te corte la lengua, para que otra vez aprendas á ser juiciosa.

—Lo que yo he dicho lo sé don Ramon, porque hace ya dias desde que vinimos aqui, que yo no hago mas que sufrir y llorar. Porque Santos Vega embellecia con su amor mi existencia, y ahora me aborrece con todas las fuerzas que antes me habia amado. Y quien me ha robado el amor de Santos Vega, don Ramon, es su esposa Dolores, á quien ha cantado las décimas que solo usted no ha comprendido.

Don Ramon levantó el rebenque nuevamente pero otra vez volvió á bajarlo sin atravesarse á pegar.

Benita, como si no hubiera visto el ademan del estanciero, siguió hablando así:

—Herida en el corazon por los desdenes de mi amante, yo seguí su pisada, yo observé su mirada, sin despegar mis ojos de los suyos, hasta que supe quien me habia robado su amor. Y sé que ese amor habia sido puesto á los piés de doña Dolores, y que ésta lo habia recojido, sin pensar que cometía doble crimen al aceptar un amor robado, pagandole con otro que no le pertenecía.

Don Ramon estaba deshecho por el dolor. Amaba inmensamente á su consorte; la creia la mujer más pura que habia sobre la tierra, y aquella revelacion inesperada habia llevado á su espíritu el dolor más íntimo y un desaliento que parecia unaagonia

—Pero quales son tus pruebas? preguntaba don Ramon, sintiendo que á sus ojos se le agolpaban las lágrimas.

—Y que más pruebas que las miradas cambiadas, enviándose mutuamente un mundo de amor. Yo los he visto hablar con el alma vagando sobre los lábios, enviándose el corazon en cada respiro. Y que más pruebas, don Ramon, que las décimas cantadas y aquella sortija ofrecida como premio á los corredores? Para los demás, aquello era muy natural; pero solo era el pretexto de que se valia doña Dolores para hacer aquel regalo á Santos Vega, sabiendo que solo él podria sacarlo. Yo, que no he dormido un momento, concluyo Benita sollozando, bajo el recuerdo de aquella noche; yo he vivido devorando en silencio mis lágrimas, sorprendí una noche una conversacion de Santos Vega con

Carmona, en la que referia sus amores con Dolores. Y desde aquella noche, don Ramon, viéndose descubierto, Carmona ha sido mi sombra, porque temian que yo me vengara, ya avisandole á usted, ya atentando á la vida de doña Dolores. Por eso digo que el caballo no se desbocó, que todo ha sido preparado con anticipacion; y la prueba es que Santos Vega tenia ensillado el caballo de Carmona, único capaz de dar alcance al alazan en su frenética carrera. Santos Vega es audaz y valiente, don Ramon. Como cree que sus amores esten á cubierto de toda sospecha, él volverá cuando haya dicho á Dolores lo que tenia que decirle. Si él supiera que lo han descubierto, no volveria más; y entonces, don Ramon, adios nuestra venganza, pues se llevaria á Dolores donde no la vieran nuestros ojos.

Don Ramon quedó aterrado bajo el peso de aquella revelacion tan terrible.

Se veía engañado por la mujer á quien amaba con delirio y de cuyo amor purísimo tan orgulloso se mostraba, y se oprimia el cráneo con las manos, temiendo sentirlo saltar bajo el peso de la desesperacion.

Dolores no tan solamente lo traicionaba, sino que para cumplir su accion villana, se asociaba á un gaucho miserable, bajo cuya bota ponía su nombre, su honor, su porvenir y su pasado. Y aquel gaucho lo miraria con desprecio, lo convertiria en su tema de mofa y ludibrio en las reuniones del fogon, donde Dolores seria conocida bajo el titulo infame de la amante de Santos Vega.

Aquel hombre sintió estallar en su corazon un vulcan; creyó que su razon vacilaba, y disparó hácia el campo, temiendo que en un ademan, en una palabra, hacer pública su deshonor. Y vagó por el campo como un loco y un desesperado, entregado al dolor de su situacion tremenda.

Los que veian andar así, se suponian que aquello era á causa de la tardanza de Dolores, que dejaba sospechar una desgracia con su tardanza, murmuraban á su paso:

—Pobre don Ramon, la pena le va á hacer perder el juicio, si á la madrugada no ha vuelto Dolores.

Muchos peones de la estancia, con el capataz á la cabeza, habian partido en direccion que llevaron los desaparecidos; pero habian regresado al capo de cuatro ó cinco horas sin haber podido adquirir la menor noticia.

Un pulpero solamente los habia visto pasar uno en pos del otro semejantes á sombras fantásticas: pero bien pronto los habian perdido de vista.

Todavía Dolores se conservaba á caballo, y los que trataban

de detener al alazan iban á cortos intervalos. Y pasó la noche en medio de la incertidumbre más espantosa.

Don Ramon sentia crecer su desesperacion, porque cada hora que pasaba, era una hora más de afrenta y de vergüenza. Hizo buscar á Benita por todos los fogones, esperando que el diálogo sostenido con ella la noche anterior fuese algun sueño espantoso.

Pero Benita no se hallaba en ninguna parte.

La noche anterior habia abandonado la estancia en compañía de su hermana y del amigo Gabriel.

Satisfecha su venganza, nada tenia que hacer alli, y se retiraba para no presenciar la escena de sangre que se sucederia á la vuelta del payador.

A pesar de todo, Benita amaba con toda la fuerza de su alma ardiente á Santos Vega, y empezaba á sentir el paso que habia dado, porque jamás se consolaria si aquella revelacion pudiera atraer la muerte sobre la cabeza del payador.

— Toda la cólera de don Ramon, pensaba, será solamente para la hermosa Dolores, que pagará de una manera terrible cada momento de su felicidad robada. Santos Vega es bravo como las armas, y es muy poca y muy miserable esa gente para poder con él. Todo el peso de mi venganza es, pues, para ella, que me ha robado el amor de mi alma. Y galopaba sin descanso, para ponerse bien pronto léjos de aquellos sitios odiados.

Viendo que la mañana avanzaba sin tener la menor noticia, don Ramon dispuso que salieran varias partidas en busca de su señora. Y aunque en el fondo de su alma creia no volver á verla más, porque habia huido con su amante, decia á los peones que ensillaran á gran prisa.

Una gran disgracia ha de haber sucedido, y Carmona y Santos Vega no se atreven á ser portadores de noticia tan terrible.

— Pronto, decia, no hay que perder un momento, que tal vez sea ménos de lo que tenemos.

Ya habian montado á caballo y se disponian á marchar, cuando se divisó en el horizonte un ginete que venia á gran galope.

— Un momento! gritó don Ramon, tal vez aquel ginete traiga noticias. Y poco despues echaba éste pié a tierra, pudiendo conocer en él al jovial Carmona.

— Que es lo que ha sucedido? porqué no viene? está viva? está sana? Estas fueron las primeras preguntas con que recibieron á Carmona, que se apresuró á contestar:

— La patrona está buena, tan buena como yo. Lo que hay es que no viene porque la distancia es mucha y los caballos estan cansados, tan cansados, que *a gatas* pueden moverse.

Y como prueba de lo que decia, mostraba su caballo realmente postrado por el cansancio.

Don Ramon creía ver en la sonrisa habitual de Carmona una burla espantosa á su situacion desesperante. El creía que su deshonra era conocida de todos, y especialmente de aquel paisano inseparable de Vega.

La ira y la vergüenza estallaron en su corazon traicionado, pero se contuvo tratando disimular á toda costa lo] que por él pasaba.

—Pero, porquè han tardado tanto? porqué tardan todavia? preguntó; tu me engañas, y Dolores ha caido del caballo haciéndose algun daño de gravedad.

—No señor, insistió Carmona, tratando de tranquilizar à don Ramon; es que el alazan cuando dispara parece que vuela, y para alcanzarlo hemos tenido que correr mucho. Como la señora habia soltado las riendas cuando el caballo, cansado, empezó á disminuir su ligereza, no lo pudo sujetar, y el alazan siguió sin que pudiéramos alcanzarlo. Tan cansado estaba el caballo de Santos Vega, que éste se echó al suelo, y se puso á correr de á pié pues de otro modo hubiera sido el cuento de nunca acabar. Habríamos corrido unas diez leguas, por lo ménos, y los mancarrones se iban ya echando. Así es que Santos Vega, en un par de brincos estuvo al lado del alazan, que tomó por el bozal. Doña Dolores se conservaba arriba, pálida como un cádaver, pero tambien prendida, que creo no hubiera caido aunque el pingo hubiera corrido toda la noche. Recien cuando mi hermano la ayudó á bajar, se dió cuenta del peligro que habia corrido y se asustó fiero. Sin embargo, la patrona tiene más alma que el hombre más corajudo. De dos tragos se comió su miedo, y ya pensó en la afliccion de los que quedaban aquí, queriendo ponerse en camino sobre tablas.

—Los caballeros no pueden dar un paso más, respondió Santos Vega. Habrá que esperar á mañana para que descansen, ó mandar buscar otros.

—Pues nos pondremos en camino á pié, insistió la patrona. Al poco tiempo quedaríamos nosotros lo mismo que los caballos contestó mi hermano; lo más seguro y lo más pronto es mandarles avisar que estén tranquilos y que manden caballos. Bueno, repuso doña Dolores, convencida de que no podria hacerse nada mejor; pero mientras uno de ustedes va, yo seguiré caminando hasta que ya no pueda más. Y así lo hicieron. Nos pusimos á caminar juntos para dar ese descanso á los caballos; pero como á la media legua ya no pude más y monté. Santos Vega y la

patrona siguieron caminando; pero poco les duraron los brios, porque á las cinco ó seis cuabras caían desfallecidos.

«—Pronto, Carmona, pronto; que yo me muero de miedo en estas soledades, me dijo.» Pronto, y que se pongan en camino sobre tablas. Yo apuré la marcha lo más que pude, haciendo mucho altos, porque sinó corría peligro de no llegar; y sin embargo de venir yo muy entrada la mañana, creo que he hecho una azaña bastante regular.

Don Ramon dió orden de ensillar el caballo de la señora y otro para Carmona, partiendo en seguida guiado por el paisano y acompañados por dos peones.

—Ahora es facil que los hallemos en camino, y más cerca, dijo Carmona á don Ramon. Santos Vega, que es diablo para estos apuros, habrá descansado los caballos toda la noche, y esta madrugada se habrá puesto en camino.

—Nada se han sospechado, parece, pensó; vale más así, porque si supieran la verdad de lo sucedido, creo que mi hermano tendria que ajustarse bien el chiripá para salir como Dios manda.

—Bueno, al galope largo! gritó don Ramon con voz estraña; Es preciso alcanzarlo ó encontrarlos cuanto antes, que la pobre Dolores estará tambien desolada.

Y la pequeña expedicion-se puso á media rienda.

AMOR Y SANGRE.

Apenas podia don Ramon reprimir el furor de su alma. Comprendia que el relato de Carmona era falso dal principio al fin y perfectamente estudiado para concluir de engañar.

Era indudable, entónces, que Carmona estaba en el secreto de su vergüenza, y se burlaba de su credulidad. Y al verlo tan rosueño y alegre, sentia un vivo deseo de saltarle al cuello y estrangularlo entre sus manos.

Santos Vega, solo con Dolores durante aquella noche de vergüenza se habia entregado á su amor infame, concluyendo de apoderarse del corazon de Dolores. Y don Ramon sepultaba toda la rodaja de la espuela en los flancos de su caballo, que saltaba enfurecido.

—Apurate, no más, bruto, pensaba Carmona sin mirar á don Ramon, que por más que te apures, no vuelves á ganar el co-

razon de tu Dolores. Y galopaban... galopaban... sin llegar nunca donde estaban.

Qué habia sucedido entre tanto?

Doña Dolores, sintiéndose seguida por Santos Vega, soltó la brida del alazan, animándolo con la voz en su carrera vertiginosa. Y el caballo inteligente, escuchando tambien la voz de su amo, que lo animaba de cerca, corria de una manera frenética, fantástica.

—Mas todavia, mas todavia! decia el payador á espaldas de Dolores. Es preciso ponernos al abrigo de los que salgan á bus-carnos, y borrar en su espíritu la menor sospecha. Ya nos envuelven las sombras de la noche, y pronto podremos reposar sobre nuestro inmenso cariño, sin mas testigos que los ojos del Señor, que puso en nuestras almas este amor del cielo.

Y corrieron, corrieron... hasta que Vega estimó que podrian haber andado unas sei leguas.

Entonces, recién entonces, puso su caballo al tranco, haciendo lo mismo el alazan, á cuyo costado marchaba ya. Carmona guiñó el ojo y se alejó á gran galope en direccion opuesta á la estancia, pues era necesario perder tiempo para no presentarse allí ántes del dia siguiente á la madrugada, y fatigar bien al caballo para que su relato fuera mas verosimil.

Santos Vega volvió al lado de Dolores, que ya se arrepentia del paso que acababa de dar.

— Soy un alma perversa, dijo al payador, y no podré quejarme de cualquier desgracia que me suceda. Ay! Santos Vega! al hacerte el sacrificio de mi amor, te he hecho tambien el de mi vida entera!... Para alegrar el tuyo, sepulto en el dolor y la verguenza un corazon noble, que habia depositado en el mio la esperanza de su fé. Yo te doy un amor robado, porque lo pago con el amor ageno. Quiera Dios que no me cueste caro algun dia! Yo provoco, al obrar así, desde el desprecio de un hombre que me estima, hasta la muerte dada por su mano; y confieso que ninguno de estos dos riesgos terribles me arredra, ante el amor que leo en tu mirada. Cumple tu promesa, Santos Vega! No olvides nunca el juramento de tu fé, porque entonces, sí, no tendria fuerza para soportar ese verdadero golpe de muerte.

—Por toda la felicidad, que puede encerrar el cielo para compensar las virtudes de la vida, no cambiaria yo la música que á mi corazon traen tus palabras, respondió el payador. Hay en tu mirada de ángel la revelacion de un mundo donde se vive mejor, donde el alma se ensancha y abre las alas, temblorosa,

para recibir los destellos de esa mirada, como las tórtolas que tienden las suyas para recibir los rayos del sol que le dan la vida. Yo no podría olvidar nunca mis juramentos, porque el que ha recibido una vez el rayo de tus ojos, se siente arrastrado á tí con la fuerza incontrarrestable del corazón y la voluntad. Yo te amo, Dolores; con toda la desesperación que han derramado en mi alma las mas crueles torturas del corazón. Te amo con el delirio que se ama la vida que pudieran arrancarnos en medio de la felicidad. Mi corazón huérfano de cariño, de hogar, sin familia y sin amigos, ha respirado la fragancia de tu amor, y ha latido con todo el vigor de una vida que empieza. Y esto que yo siento, conozco que debe ser tan eterno como el sol y como las brisas. Y yo, que por el placer de ejercer una venganza he espuesto cincuenta veces la vida con el desprecio que se arroja un pucho de cigarro, la defendería hoy hasta el último aliento, para tenderla á tus piés divinos y sentirme eternamente acariaciado por la infinita mansedumbre de tus dos luceros.

Santos Vega hablaba con el entusiasmo de su alma juvenil y ardiente. Su fisonomía iluminada por su inmenso amor, reflejaba la gallardía de su espíritu.

Y Dolores escuchaba su palabra apasionada como si no quisiera perder ni el éco, y se estasiaba en la contemplación de aquella belleza soberbia. Embriagada con el acento que en el payador modulaba el cariño, había olvidado su situación tremenda.

Y los dos, palpitantes, se contemplaban hablándose con el misterioso lenguaje de la mirada, que en ciertas situaciones de la vida no basta á suplir la palabra humana.

La luz de la luna iluminaba la cabeza de Dolores, de una belleza completamente estatuaria, sobre la cual el payador desplomaba su mirada cariñosa y cargada de pasión. Y ella reclinaba la cabeza sobre su hombro varonil, y lo miraba con la mansedumbre de una caricia infantil. El mundo entero había desaparecido de la memoria de aquellos dos seres, cuyo espíritu se mecía al acompasado latir del corazón.

—Ah, si esta noche fuera eterna! murmuró Santos Vega besando la frente de Dolores. Si yo pudiera prolongar la luz de su luna y la marcha del tiempo, sería capaz de vender mi alma al diablo, si él la estimase como suficiente precio á la ventura que yo aspiro!

—Cállate, loco! respondía Dolores sonriendo y sin levantar la cabeza del hombro del payador. Lo que hace espléndida la noche, es el reflejo de nuestro amor. Quieres que ella sea eterna?

Pues habláme siempre el lenguaje de tu corazón y de tus ojos.

Y Santos Vega le pagó la frase con un beso sobre los ojos, que según los datos que nos sirven, enjendraron aquella sublimidad tan citada:

« Si me muero enterrame
junto á tu cama
que me sirvan de velas
tus ojos, mi alma! »

Y así pasaron la noche, arrobados en mútua contemplación y mecidos por las frases mas enamoradas.

De cuando en cuando se presentaba al espíritu de Dolores, la imagen de don Ramon sediento de vengar la afrenta inferida á su corazón y á su nombre. Pero estos eran visiones que disipaban bien pronto la enamorada frase del payador.

—No habrá fuerza bastante para arrancarme de tu lado, dijo. Y dios que ha puesto en nuestros corazones este mundo de amor, despejará de nubes el horizonte de nuestro camino. No temas, alma mia, disimulando y finjendo, se podrá prolongar nuestro paraíso hasta el último esfuerzo. Y cuando ya no podamos mas, rogaremos á Dios que nos proteja. El sabrá porque ha puesto amor en nuestros corazones.

La luz del día vino á traerlos á la realidad de la vida.

Era preciso regresar al seno del hogar y á presencia del marido, que esperaria en medio de la mas cruel desesperacion.

Dolores al recibir el primer rayo de la aurora que disipaba las últimas sombras de la noche, reclinó sobre el pecho la ruborosa y magnífica cabeza. Sentia vergüenza, una vergüenza invencible que le hacia huir la mirada del payador.

—Es preciso partir, murmuró con acento leve. Carmona habrá llegado ya á la estancia y tal vez en este momento estén ya próximos á nosotros.

Santos Vega sintió su corazón oprimido por una angustia de muerte.

—Es preciso partir, murmuró, porque yo estoy gozando de un bien robado, y un bien que tendré que devolver! Oh, suerte ingrata! cuando te apiadarás de mí!

—Tu gozas de un bien que yo te he dado y que no pertenece á nadie, contestó Dolores. Te amo sobre todas las consideraciones de la tierra, y una prueba de ello es que me encuentro á tu lado. Quieres que no vuelva mas á la estancia? quieres que rompa por todo y te siga á donde me lleves? Habla y haré lo que

digas; pero no dudes de mí porque me hace daño. Y rompió á llorar con profunda desesperacion.

Santos Vega se sintió vencido y desarmado por el llanto de Dolores.

—Seca tus lágrimas, le dijo, y vamos: Perdona á este miserable el mal que puede haberte hecho con palabras que solo el dolor ha podido hacerle proferir. Repose tu espíritu sublime en la seguridad de mi amor, que ni la misma muerte podria borrar de mi corazon.

Y ya el sol alto, Santos Vega arregló los caballos que desensillára la noche anterior para que pudiesen comer un poco y se pusieran en camino con toda tranquilidad.

Pasada la impresion amorosa que habia hecho de Dolores una autómeta para todo lo que no era el cariño del payador, un cruel remordimiento vino á punzarle el corazon. Pensó en su marido afligido, temiendo le hubiera sucedido alguna desgracia, y tuvo verguenza de su conducta.

Pero fué una verguenza pasajera que disipó una caricia del payador

Llevarian dos horas de camino, cuando avistaron el grupo formado por don Ramon, Carmona y los peones. El cielo de Santos Vega se oscureció bajo la tormenta de su corazon amante.

Don Ramon no era para él sinó el dueño de Dolores, el que podia dirigir su caricias á la mujer querida, sin ocultarlas como cosa robada. Y él tendria que separarse de ella y abandonarla al placer de aquel marido!

El payador sintió subir á su cabeza la sangre del corazon como la lava de un volcan, y retiró la mano de su cintura, ya próxima á su puñal.

Dolores, por su parte, á la vista de su marido, palideció de una manera terrible; pero hizo un esfuerzo supremo y fijó la vista á don Ramon.

El estanciero, tan pálido como ella y dominado por un temblor convulso, echó pié á tierra y la tomó de la mano. Tambien él tenia que disimular para asegurar su venganza: Tambien iba á tener que mirar á Santos Vega con ojos bondadosos y agradecerle el servicio que parecia haberle prestado.

Y aunque suponía no tener para ello fuerza suficiente mientras oprimia la mano de Dolores, se dirigió al payador de esta manera:

—Gracias á Dios que me vuelve mí esposa sin que le haya sucedido el menor accidente, y á tí, Santos Vega, que la has socorrido en momento tan aciago.

—No he hecho mas que cumplir con mi deber, respondió el poeta. Solo á Dios debe usted su agradecimiento, porque sin su ayuda nada habria podido este pobre gaucho.

La voz del payador era clara y tranquila. Habia logrado dominarse y hablaba como si lo que decia fuera una verdad indiscutible.

Don Ramon tambien, reconcentrando en su corazon toda la ira que lo roia, se esforzaba en sonreir diciendo:

—Mi agradecimiento no se muestra solamente con palabras. Ya compensaré yo tu hermosa accion.

Pero en el timbre de su voz y en la espresion de su sonrisa, habia algo de amargura, vagaba algo de un doloroso sentimiento que no escapó á la penetracion de Dolores.

Sospechó que su esposo pudiera haber visto en sus ojos el crimen que habia cometido, y sintió el corazon oprimido y tembló como un niño á la vista de un espectro.

No se atrevia á mirar el payador temiendo que su falta saltase á los ojos del marido; y disimulando en su desesperacion, se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

—He tenido mucho miedo, murmuró; creía que el caballo me iba hacer pedazos y tuve miedo de morir y no volver mas á verte.

—Ya estás salva, vida mia, contestó don Ramon cubriendola de caricias, que de buena gana hubiera convertido en otras tantas puñaladas. Y al sentir aquellas caricias, el corazon de Dolores tembló, pensando que ellas eran para Santos Vega un martirio interminable.

El payador, que comprendió que aquellas caricias podrian dar al traste con su paciencia, se dirigió á los peones, con los que se puso á comentar la aventura que habia referido Carmona.

—Pongámonos en camino, dijo don Ramon, porque ya es tarde y Dolores ha de tener que andar despacio.

—Aunque muy fatigada y dolorida, dijo ésta, tengo las fuerzas suficientes para llegar á la estancia de donde no debemos estar léjos. Además ancío encontrarme allí cuanto ántes, pues conozco necesitar un poco de riposo, de una manera imperiosa.

Todos se pusieron en marcha inmediatamente. Y era tal la indiferencia que demostraba el payador y la naturalidad con que hablaba Dolores, que don Ramon empezó á dudar de la relacion de Benita.

—Es imposible, pensaba, que una mujer tan inocente y tan pura, haya sido capaz de cometer accion tan infame y pérfida, eligiendo tan luego como cómplice á un gaucho miserable que no

puede tener atractivo alguno para una mujer de su clase. Aquella criatura maldita ha hablado por despecho y por celos, añadia, porque la misma osadia del gaucho no podia llegar á tanto. Yo observaré, y, ay de ella, si me ha engañado! Cada minuto de las torturas que he pasado me lo habia de pagar de una manera terrible.

Y miraba á Santos Vega y en seguida á Dolores, y al ver la alegria jovial de ambos y la natural indiferencia que mostraban, sentia que sus celos se disipaban y que su corazon latia con más franqueza.

Pero el corazon que ha sido mordido una vez por el infierno de los celos, nunca vuelve á ricuperar la paz primitiva.

Así don Ramon, sintiéndose feliz unas veces ante la actitud indiferente de ellos, dudaba otras veces que aquello fuese una ficcion, y volvia á caer entónces en la desesperacion de los celos.

—Sin embargo, decia, solamente un artista consumado podria disimular así, y Dolores es un ser inocente é infantil y Santos Vega es un gaucho incapaz de pensar siquiera en disimular su triunfo.

Entregado al mundo de sus pensamientos él y á disimular y ensordecer hasta los latidos del corazon, ellos, llegaron á la estancia donde tantos los peones como los amigos de don Ramon, esperaban en medio de la mayor ansiedad.

Dolores entró inmediatamente á sus habitaciones, donde se entregó al descanso del espíritu que tanto deseaba.

Santos Vega y Carmona se fueron á su fogon, donde los rodeó el paisanaje que quedaba en la estancia, ávidos de conocer las peripecias del dia anterior.

En el primer momento que de libertad tuvieron, Santos Vega envió á Carmona en busca de Benita, para ver si podia sonsacarle lo que habian hablado y pensado en la estancia del accidente tan bien preparado.

Pero las diligencias de Carmona fueron inútiles. Ya sabemos que Benita se habia alejado de allí despues de la delacion que preparaba su venganza.

—Mala tos le sienta al gato, dijo el payador cuando supo esto. Tengo miedo que Benita ántes de irse no haya hecho una infamia que nos pierda.

—Estaremos sobre aviso, en precaucion de todo, respondió Carmona; no nos han de agarrar desprevenidos.

Véamos ahora como se preparaba la venganza de Benita.

Aunque en algunos fogones trataron de renovar la fiesta con

los cantos y las guitarras, fué necesario guardar silencio, porque la señora descansaba y no podia turbarse su reposo.

La comida en casa de don Ramon fué triste; así es que apenas concluyeron de comer, se retiró cada cual á su pieza, buscando tambien un reposo al insomnio de la noche anterior.

Poco despues todos dormian en medio de la mayor quietud. Los fogones se fueron apagando poco á poco, y los paisanos fueron quedando á su alrededor *hechos roscas*, y durmiendo entre la ceniza como los gatos, aquel novenario formidable.

Don Ramon y doña Dolores no podian conciliar el sueño; ella, pensando en su situacion difícil, y él entregado á sus celos y á sus dudas. Yo no podré mirarlo jamás, á la cara, pensaba ella, porque he manchado su fé; y esta mancha de mi falta me parece que saltará al rostro como una revelacion infernal.

—Me parece un sueño, pensaba por su parte don Ramon, que Dolores haya vendido mi amor. Que ella, tan pura y tan tímida, se entregue así al ludibrio de los fogones, donde mi nombre será arrastrado entre la ceniza y la ginebra, sirviendo de tema á los más graciosos cantos.

Y volcó la frente sobre las manos, como para reposar la tormenta de su cerebro. El dolor y el cansancio fueron postrando poco á poco sus fuerzas, hasta que cayó en una especie de abatimiento y sopor.

De pronto alzó la cabeza en un movimiento rápido, como si hubiera recibido una puñalada en medio de la espalda. Le habia parecido sentir el nivel de una puerta que se abre y el rumor de recatados pasos.

Apagó la vela que alumbraba su habitacion y tuvo que hacer un gran esfuerzo para escuchar, porque el ruido que producian los latidos de su corazon, repercutiendo en sus oídos, le privaba escuchar el rumor de aquellos pasos que habian resonado en su alma llevando al corazon un terror inesplicable.

El rumor de los pasos volvió á sentirse, partiendo de la puerta de su habitacion. Fuera de toda duda, aquella era una persona que habia venido á escuchar si dormia ó nó y se retiraba creyendo dejarlo entregado al reposo.

Don Ramon con la cabeza ardiente y el corazon helado, tomó á tientas un puñal corto y agudo que estaba á la cabecera de su cama, y echándole al bolsillo del pecho de su levita, salió tratando de no producir ruido alguno.

La persona que habia escuchado en su puerta y se habia retirado no podia ser otra persona que Dolores, se lo decia el frio que sentia en el corazon, el temblor de sus piernas y un vago

presentimiento que semejante á un dogal, le oprimia la garganta, hasta el extremo que, para no sofocarse, se arrancó la corbata, para poder respirar con más libertad.

Y siguió marchando guiado por su presentimiento, oprimiendo siempre el cabo del puñal. Si era Dolores, como creía adivinarlo, ¿qué lo hacia abandonar á aquella horas el lecho del reposo?

¿Porqué venia á escuchar á su puerta como el ladron que quiere asegurarse de que no será sorprendido? Dolores no tenia otra razon de proceder así, que la de acudir á una cita amorosa, en combinacion con su amante.

Entregado á la honda desesperacion que lo roía, don Ramon llegó hasta la puerta de su pequeño pasillo que daba salida á los corredores. Y allí, de pié, levemente iluminada por la luz de la luna, vió á Dolores radiante de hermosura, que miraba en direccion al campo, como si esperaba la llegada de alguna persona.

Don Ramon se detuvo y se puso en acecho detrás de la en-dija que formaba la puerta á medio cerrar. Dolores de pié siempre é inmóvil como un fantasma esperó como un cuarto de hora, al fin de cuyo tiempo alzó las manos al cielo, como dando gracias por algo que habia visto.

Don Ramon interrogó el campo con una mirada de suprema ansiedad y vió destacarse distintamente de entre los fogones la silueta de un paisano, en la que conoció al payador Santos Vega, que avanzaba con recato singular.

Se veía que aquel hombre no tenia seguridad del sitio en que lo esperaba Dolores, pues dirigia á todas partes su mirada vacilante. De pronto pareció verla en el corredor, pues allí dirigió su pisada con toda seguridad.

Don Ramon oprimió el cabo del puñal hasta incrustar las uñas en la carne de la mano y lo sacó del bolsillo.

Si Dolores hubiese visto el relámpago de sus ojos, habria caido vencida por el terror.

Santos Vega llegó hasta donde ella estaba y tomándola la mano, le dijo de una manera soavisima.

—Mi corazon es muy leal, Dolores! Ya vés que sin cambiar una palabra ha adivinado la cita que le dabas. Estoy seguro que no hace mucho tiempo que estás aquí, vida mia.

Don Ramon, al escuchar aquellas palabras sintió flaquear sus piernas y temió que el dolor diera con su cuerpo en tierra.

Era la primera manifestacion de aquel desencanto terrible.

Benita no lo habia engañado, pues allí, delante sus propios ojos, estaba el amante de su mujer hablándole de amores.

—Te esperaba, añadió Dolores, por que habia algo en mi que me decia me adivinarias y vendrias en mi socorro.

—Qué temes? qué te pasa? preguntó el payador con agitacion creciente y palideciendo como un cadáver.

—Me pasa algo que no puedo esplicarme, repuso ésta; tengo miedo, un miedo invencible. En el acento de Ramon hay algo que me causa un terror vago, y que me hace sospechar que conoce nuestro secreto y disimula meditando alguna cosa horrible.

—Benita, exclamó Santos Vega con voz temblorosa, es muy capaz de haber manifestado sus sospechas á don Ramon. Pero, pobre de ella! continuó: el pedazo más grande de su corazon no abultaria tanto como un grano de maiz.

—Despacio, por Dios! interrumpió Dolores; el menor ruido podria perdernos. Yo me voy, continuó; Ramon duerme, pero de una manera agitada y tengo miedo no sé por qué. Parece que siento una mano que me toma de los cabellos y otra que me oprime la garganta. Yo me voy! mañana en este mismo sitio y á esta misma hora, podremos hablar mejor.

—Anda y duerme tranquila, hermoso ángel del cielo, de mi cielo siempre nublado; respondió el payador. Mañana, con lo que observe durante el dia, veré lo que se puede hacer para conservar el misterio de nuestro amor.

Y tomó entre sus manos la espléndida cabeza de Dolores para imprimir en su frente un beso apasionado.

—Hasta mañana, sol de mi cielo! exclamó, y retrocedió como si lo hubiera picado una vívora, volcando su inseparable poncho en el brazo musculoso.

Al aspecto de Santos Vega, Dolores comprendió lo que pasaba, y rápida como el pensamiento se volvió y abrió los brazos presentando el pecho vaporoso, mientras decia:

—A mí primero, á mi primero, pues solo yo tengo la culpa.

Al ver el ademan de Santos Vega, don Ramon no pudo detenerse por más tiempo.

Ya el sentimiento de pena y dolor se borró de su corazon trocándose en un ódio de muerte. La cólera se agolpó á su cabeza, donde el dominio de la razon perdió todo su imperio y ciego frenético, se lanzó al corredor puñal en mano.

—Tente, villano! gritó, que aquí traigo el premio de tu osadia. Y al encontrarse con Dolores, que le cerraba el paso, la hizo á un lado con un fuerte empellon, y se encontró con el payador cara á cara, á quien acometió á puñaladas sin cubrirse siquiera, pues despues de haber perdido á Dolores poco le importaba la muerte.

—Atrás don Ramon! gritó Santos Vega poniendo el poncho para evitar las puñaladas y sin hacer armas contra él. Atrás, don Ramon! que solo Dios es culpable de lo que sucede, pues él fué quien puso amor en nuestros corazones.

—Peor es la bulla, que atraerá gente, sin poder deshacer lo que ya ha sucedido.

Pero don Ramon no estaba en estado de escuchar lo que se le decia.

—Muere, miserable! muere! gritaba; y cada vez acometia con más violencia, tratando de hacer al payador víctima de los golpes de su puñal.

Pero siempre hallaba el brazo firme y sereno de aquel, que eludía las puñaladas más certeras con increíble maestria.

Dolores, puesta de su terror primero, y viendo que Santos Vega no trataba de hacer daño á su marido, huyó al interior de la casa en momento que todas las puertas se abrian, dando paso á los amigos de don Ramon, que venian alarmados con el rumor de la lucha y el ruido de la voces. Cuando Vega vió que Dolores quedaba á salvo de todo peligro, empujó violentemente á don Ramon y se lanzó al campo.

Quería evitar á toda costa una lucha con aquella gente.

—Pronto, Carmona! dijo á su amigo que dormitaba; los caballos y al avio, que ya el baile se descompuso.

Carmona sin averiguar más, se puso á ensillar tan lijero como le era posible.

—Al asesino! al ladron! gritaba el estanciero, disparando sin rumbo, porque en su aturdimiento no había visto el que siguió Santos Vega.

Y sus amigos, siguiéndolo sin darse cuenta de lo que pasaba, repetian las voces de:

—Al asesino! al ladron.

Y los paisanos se iban despertando alarmados, siguiendo el grupo de perseguidores con la daga en la mano.

—Qué hay? qué ha sucedido? preguntaban de todas partes; pero ninguno de ellos podía satisfacer las preguntas.

—Allí está: á él! á él! gritó don Ramon divisando á Santos Vega; y acometiéndolo.

—Matenló! matenló! gritó frenético.

Pero Santos Vega habia ya montado á caballo y lo miraba con una sonrisa de indecible desprecio. Los paisanos, al saber que se trataba de Santos Vega, se detuvieron como si hubieran encontrado un abismo bajo sus piés.

Ellos habian seguido á don Ramon dispuestos á hacerse mata

en su defensa. Pero al saber que se trataba del payador, retrocedían meneando la cabeza.

—Quién se mete con él! dijo un paisano, sería lo mismo que echarle un pial á la muerte!

—Por mi parte, agregaba el negro Diablo, que habia sido de los primeros en desnudar la daga y seguir á don Ramon; por mi parte, prefiero verme en una de á pié con mi tocayo el diablo, que meterme con el payador. Es un cuchillo terrible y una amistad que no se debe perder.

Don Ramon fué, pues, el único que embistió con Santos Vegaiego de coraje. Pero el paisano *no le hacia juicio*.

Daba riendas á su pingo y se ponía fuera del alcance de las puñaladas; teniendo cuidado de no estropear á su enemigo con las patas de caballo.

—Quedemos en paz, don Ramon, decia riendo alegremente. Usted se ha equívocado ó está soñando: mire que yo no quiero hacerle mal!

Pero don Ramon, lívido por la ira y la desesperacion de no poder herir al paisano, acometía cada vez con más decision, sin dejar de decir:

—Muere, ladron! muere, asesino maldito!

Carmona, al montar á caballo y ver á su hermano amenazado de muerte, habia sacado tambien la daga y se preparaba al combate. Pero al ver que don Ramon era el único que lo acometía, se habia retirado hácia atras y miraba aquella estraña lucha.

Como él durmiera cuando se fué á Santos Vega, ignorando su salida, no se daba cuenta de lo que habia pasado. Los paisanos tampoco podian atinar con la causa de aquel alboroto y aquel deseo de matar que se veía en don Ramon.

El payador no era un ladron ni un asesino, y parecia no estar borracho para haber cometido accion que mereciera la muerte. Cuál era entonces lo que motivaba en el estanciero tanta cólera y tanto deseo de venganza?

—Quién sabe! dijo uno; Santos Vega es muy enamorado y doña Dolores es muy hermosa!

Y aquí empezaron los comentarios más terribles, atraídos á la traviesa imaginacion de los paisanos, recuerdo de la aventura del *desboque*.

En esto llegaron los amigos de don Ramon, que habia quedado un poco más atrás entretenidos en buscar armas y arreglarse un poco el traje. Todos se lanzaron como un torbellino contra el hombre con quién don Ramon combatía.

—Ahora me toca á mí tambien, gritó Carmona, clavando las espuelas en su flete y poniéndose al lado de su hermano. Vamos á ver como se amacan los puebleros!

—Guarde la daga, hermano! guarde la daga, en nombre del cielo! le gritó el payador. Para nosotros esta es una partida de rebenque y nada más.

Y empezaron á contestar á lonjazos las puñaladas que sobre ellos llovian.

—Acá, cobardes! gritaba don Ramon á los paisanos que se habian ido acercando poco á poco para no perder un detalle de aquella lucha orijinal, pero ningun de ellos se movió de su sitio.

Dos de los que lo acosaban á Santos Vega hicieron fuego con pistolas que habian llevado de la ciudad, en prevision de cualquier trance apurado.

Pero el contínuo movimiento de los caballos y la misma excitacion de los que hacian fuego impedia la menor fijeza; así es que aquellos dos disparos solo lograron arrancar una carcajada á Santos Vega, que revoleó rebenque, haciendo retroceder á los señores, aturdidos por aquel género de luchas, completamente desconocidos para ellos.

En aquel momento, don Ramon logró aproximarse á Santos Vega por el lado de montar, y le dió una terrible puñalada en el muzzo izquierdo que le produjo una herida dolorosa.

El payador lo envolvió en la lonja de su rebenque al mismo tiempo que le decia:

—Ahí va el vuelto, compadre—ya vé que no tardo mucho en pagar los golpes.

Carmona dió vuelta y vió el cribado calzoncillo de su amigo empapado en sangre.

—Lo han herido, hermano! exclamó conmovido.

—No es nada, contestó Vega —un tajito en un muzzo.

—Y qué esperamos entonces para aventar á este canalla y sacarle las tripas?

—Cuidado con hacer armas! replicó Santos, mientras trataba de evitar los golpes que le dirigian. Rebenque, rebenque limpio, y vamos á arrearlos hasta las casas.

Carmona, que habia empezado á perder los estribos porque no era tan paciente como su amigo, al ver que estaba herido no pudo contenerse mas.

No queriendo contrariar sus deseos y sacar la daga ocometiendo á puñaladas, como hubiera sido su voluntad, dió vuelta el pesado cabo de su rebenque, que empezó á esgrimir de una manera terrible.

Los amigos de Don Ramon, animados al ver que solo se trataba de recibir lonjazos, acometian con ardor creciente.

Pero cuando empezaron á sentir el efecto del rebenque de Carmona, cuyos golpes habian postrado á dos con el cráneo deshecho, retrocedieron con alguna precipitacion.

Solo don Ramon para quien la muerte poco suponía, permaneció firme en su vehemencia de ultimar á Santos Vega. Pero la fatiga prolongada de la lucha babía postrado sus fuerzas de tal manera, que otra vez que logró alcanzar al payador por el costado derecho, apenas le causó su puñal una herida como la pinchadura de un alfiler.

Viendo Santos Vega que Carmona echaba por delante á los que quedaban aún con cabeza sana, reconcentró toda su atencion en el estanciero, para no despedazarlo entre los cascos del caballo.

Y como solo quedaban en el campo de batalla él y don Ramon estenuados de fatiga, el payador se echó del caballo al suelo y se abrazó del estanciero.

Inútiles fueron todos los esfuerzos de don Ramon para desairse de aquellos brazos de hércules.

El payador lo desarmó en un momento, y tomándole las dos manos con una de las suyas, le dijo de una manera amenazadora:

—Basta de una lucha inútil entre los dos, porque usted no es enemigo para mí, y hablemos un minuto, antes que venga gente. Yo no lo he muerto quinientas veces esta noche, porque no quiero envenenar mas de lo que está el corazon de aquel angel. Si yo amé á Dolores, don Ramon, y si ella pagó mi amor, no hay que culpar de ello á nadie, sinó á Dios. Y la voz del payador temblaba de una manera particular.

—Yo perdono, añadió, todas las ofensas y aun las heridas que puedan inferírseme personalmente, pero no perdono, don Ramon, las que por mí reciban seres con los que me liga un sentimiento de cariño. Así perdono las ofensas y las heridas que usted me ha hecho, pero si yo llego á saber que uno solo de los cabellos de Dolores ha sido tocado, entonces don Ramon, serán pocas todas sus entrañas para satisfacer mi venganza. Esa mujer debe ser sagrada para usted, ó habré de dejar correr toda la ira que desde hace una semana sofoco en el corazon. Y volvió á saltar á caballo, y disparó al lado de Carmona para impedir que este siguiera rompiendo con su rebenque las cabezas de los fugitivos.

Don Ramon quedó atontado un largo rato, al cabo del cual

bajó la cabeza y se dirigió pausadamente á sus habitaciones. Los peones de la estancia, aturcidos tambien, se ocupaban en levantar las tres ó cuatro personas que habian caido bajo los golpes de Carmona.

Don Ramon entró á sus piezas, donde se encontró con otra novedad desagradable.

Dolores habia sido acometida por un desmayo, al que siguió un delirio terrible.

Don Ramon se encontró entonces en una situacion tremenda. O abandonaba á Dolores en su enfermedad, y entonces hacia pública la causa vergonzosa de aquel contraste, ó ahogaba su indignacion en lo mas recóndito del pecho, y la atendia como si nada hubiera sucedido.

El estanciero, despues de una larga lucha consigo mismo, resolvió ocultar su verguenza y pasó á la habitacion de Dolores.

LA PARTIDA.

Cuando sus amigos trataron de inquirir el motivo de aquella escena de sangre, don Ramon tuvo que inventar una historia para salir del apuro.

—Entraba en mi habitacion, dijo, cuando fuí asaltado por el bandolero, que queria le entregara cuanto de más valor tenia, á propósito, segun dijo de haber salvado á Dolores. Como yo me resistiera, el gaucho sacó la daga, y la primer parte de la lucha tuvo lugar en el corredor. Y Dolores acudió á mis voces, y cayó desvanecida al verme en peligro de muerte. El gaucho entónces, creyendo hacer más fuerza en mi espíritu, amenazó con su daga el pecho de Dolores, diciéndome que si no lo obedecia le daria muerte. Entónces fué que yo lo acometí con el puñal para proteger la vida de Dolores.

Las personas que oyeron esta espicacion, hicieron el aparato de creerla y asombrarse de ella. Pero ya á ninguno podia escapar la verdadera causa de todo aquello.

¿Cómo es que si Santos Vega era el agresor, cuando ellos acudieron lo hallaron defendiéndose con el poncho de los golpes del estanciero? ¿Y cómo era que durante la lucha no habia querido hacer uso de más armas que el rebenque, mandando á Carmona procediera de igual manera?

Allí habia un misterio que ellos creían poder deducir por los mismos rumores que oían entre los paisanos; pero disimularon toda sospecha para no amargar más la tremenda situación del amigo.

Y mientras aquél iba á la habitación de Dolores, ellos ayudados por algunos peones, empezaron á auxiliar á los heridos más grave, atendiéndose á sí mismos, pues era raro que alguno no hubiera recibido una caricia de Carmona.

Los más enteros trataron de indagar la causa de la batalla, y los paisanos, que no querían otra cosa, dejaron entenderla de esta manera:

—Yo creo, dijo uno, que todo ha sido cuestión de faldas y nada más.

—Como faldas? preguntaron. Que acaso don Ramon habrá andado en malos pasos con alguna paisana del payador?

—Me parece que nó, pero tal vez Santos Vega habrá hecho á don Ramon alguna mala pasada.

Los amigos juzgaron prudente no preguntar más, pero los paisanos soltaron no más la lengua haciendo los más crueles comentarios. Parecían complacerse del triunfo del payador sobre el soberbio estanciero.

Cuando estos se retiraron empezaron los dos amigos á hacer por su parte comentarios más sangrientos todavía.

El estanciero, después de haber sido un proveedor en todo sentido, pasaba á ser el bufon y el ludibrio de sus amigos, que agotaron el repertorio de las sátiras.

Los heridos, aunque bastante mortificados por los golpes de rebenque, encontraban las suficientes fuerzas para mezclarse á la sátira general.

Don Ramon volvió, como hemos dicho, al lado de su esposa, que estaba entregada á los más terribles tormentos del espíritu.

—Déjame morir, le dijo ella así que lo sintió á su lado. La vida que me espera es tan terrible, que prefiero mil veces la muerte á sobrellevarla.

Era tal el acento de Dolores, que don Ramon, hombre de carácter sumamente débil en todo lo que se refería á su mujer, se sintió conmovido. Su corazón olvidó un momento la tormenta que lo habia envuelto, y se entregó al dolor que la roía.

—Has muerto mi corazón y mi porvenir, le dijo con voz sentida y reposada, sin que hayas tenido para ello el menor motivo. Para sumirme en el oprobio y la vergüenza, has ido á buscar un gaucho miserable, como si la acción solo no fuera suficiente para reducirme al estado más miserable!

Dolores gimió y escondió entre las almohadas su hermosísimo semblante, embellecido por la espresion de dolor que lo cruzaba.

—Qué disculpa puede tener tú proceder? añadió don Ramon, cuya voz temblaba dulcemente, como si en vez de un reproche hiciera una súplica.

—Yo no sé, contestó Dolores con la voz velada por los sollozos. Dios lo habrá querido así. Mátame si quieres, pero demasiado sabes, que al unírnos, mi corazon no te pertenecia.

—No mezcles á Dios en las infamias de la tierra, prosiguió don Ramon con severo acento. Para hacer lo que tu has hecho, se necesita ser muy infame y muy perversa. Yo, inocente de mí no te creía ni lo uno ni lo otro. Pero dejamos las recriminaciones, que á nada conducen, ni pueden borrar los hechos. Yo disimularé para cubrir mi vergüenza y disminuir en lo posible la infamia que me rodea. Puedes prepararte á marchar inmediatamente, pues mañana nos vamos á la ciudad. Si no me voy ahora mismo, es porque quiero antes ver si le arranco las entrañas á ese gaucho miserable.

Dolores volvió á gemir y á guardar silencio.

—Con que el gaucho cobarde no quiere herirme y tiene la osadía de asegurar que no me tiene lástima? Yo le enseñaré que si una vez ha podido escapar á mi justa venganza, no ha de tener dos veces igual suerte. Yo le enseñaré otra vez á sacar la daga y buscar mi corazon si antes no encuentro el suyo.

Dofia dolores ocultó por completo su semblante, para recatar una sonrisa de íntima satisfaccion.

El payador crecia á sus ojos de una manera fantástica.

Ella lo habia visto rodeado de enemigos que con increible encarnizamiento, se disputaban el derecho de arrancarle la vida. Sin embargo, segun las palabras de su esposo, Santos Vega no los habia ni siquiera honrado, sacando el arma.

—Gracias á Dios, exclamó, que no ha habido una desgracia!

—No ha habido una sinó varias, contestó el estanciero, creyendo dar un mal rato á Dolores. La mayor parte de las personas que te obsequiaron con su compañía, han caido roto el cráneo, bajo el terrible rebenque de aquel asesino.

Aquella fué una nueva revelacion que llenó de júbilo á Dolores, en medio de su desesperacion admiraba ardientemente cada detalle que elevaba á Santos Vega.

Estaba completamente dominada por el amor del paisano, á quien ya se figuraba ver, deslumbrante de hermosura, defendiéndose con su rebenque de diez ó doce enemigos.

—Quedas, pues, avisada, Dolores, concluyó don Ramon. Mañana partimos á la ciudad, donde te entregaré á tu familia. Ten-

go bastante debilidad, y te he amado bastante para aplicarte el castigo que merecias; pero no tengo el suficiente coraje ni la falta de vergüenza necesaria, para volver á mirar esa frente hermosa, manchada por la mas negra y miserable de las infamias.

Y salió haciendo un poderoso esfuerzo para ocultar á los que hallaba al paso, la batalla de su corazon, que era la exposicion de su vergüenza.

El dia habia amanecido lo mas hermoso que pueda desearse en el mes de Diciembre. La naturaleza respiraba la mas suave y embriagadora alegria, alegria que podia traducirse desde los esplendidos rayos del sol, hasta la cristalina gota de rocío, que temblaba en las humildes yerbitas del campo.

En cuanto salió lo rodearon los paisanos de la estancia, preguntándole por el estado de la señora.

—Está mejor, contestó don Ramon; y se retiró á sus habitaciones. Le parecia ver una sonrisa de desprecio detrás de cada mirada, y una carcajada de burla detras de cada palabra. Al pasar por el lado de sus amigos les anunció su proximo viaje.

—Dolores está muy delicada, dijo, y ustedes mismos necesitan otra clase de atencion que la que aquí se les puede prestar, porque los remedios no pasan de trapos empapados en caña y mechas quemadas.

—Entonces nos prontaremos, dijeron, porque á la verdad nada tenemos que hacer aquí, sinó temer la repeticion de lo sucedido y un nuevo susto de las señoras que poco necesitan para poner el grito en el cielo.

Don Ramon pasó á su pieza donde se entregó al dolor de su situación angustiosa.

Entre tanto, los alcaldes y demas gente de justicia, que venian á la fiesta todos los dias, empezaron á llegar como de costumbre, quedando helados de asombro al saber lo que habia sucedido.

—Y en dónde estan esos bandidos? preguntaron con ánimo de hacer una herejía con Santos Vega y Carmona

Pero éstos habian abandonado la estancia desde antes de amanecer, y ninguno sabia dónde habian ido, ó, si lo sabian, trataban de guardarles el secreto. La gente de justicia fué en busca de don Ramon, como la persona más caracterizada para narrar lo sucedido.

—Poca cosa es, replicó don Ramon; y narró lo mismo que habia contado á sus amigos. Santos Vega quedaba así, por aquella declaracion, como un ladron y un salteador.

—Pues saldremo en su busca, dijeron, y antes de la noche, lo hemos de traer, vivo ó muerto.

—Un momento, dijo don Ramon con semblante iluminado por el deseo de vengarse. Si van á ir ahora á buscarlo, yo los acompañaré. Daria cualquier cosa por encontrarlo y poderle dar una vuelta de azotes.

Los alcaides trataron de disuadirlo, manifestandole que era inútil se incomodara, pero don Ramon dijo que así lo habia dispuesto: y como era un vecino acaudalado, consintieron por fin en ello. Don Ramon dió órden para que inmediatamente le ensillaran el mejor caballo de la estancia y se pusieron en camino. Pero toda pesquisa fué inútil.

En vano salieron al campo en todas direcciones, interrogando á los pobladores del tránsito: Santos Vega no pareció por ninguna parte. Parecia que la tierra se lo hubiera tragado.

¿Que habia sido del payador, que así desaparecía de la estancia; èl que jamás habia abandonado el campo del enemigo?

Así que don Ramon tomó el camino de la casa, el payador se alejó con Carmona al galope largo.

—Es preciso, ahora, maniobrar con mucha maña, le dijo, porque se nos van á echar por detras como trahilla de perros bravos. Vamos á pegar una vuelta y nos metemos detras del montecito, á espaldas de la casa, desde donde podremos observar el menor movimiento de la estancia. Yo ante todo, quiero impedir que este hombre ofuscado por los celos, cometa alguna mala accion. Despues, quiero ver si veo á Dolores. Necesito hablarla, y debo aprovechar la primera coyuntura que me brinde el caso.

—Pero cómo habrá podido don Ramon cosear la cosa? preguntó Carmona. La trampa estaba tan bien preparada, que parecia imposible viese los hilos.

—La fatalidad que me ha de perseguir hasta la tumba! contestó Santos Vega. Sin duda don Ramon, avisado por Benita, nos ha espiado y ha logrado sorprenderme en momentos bastante apurados. Y como toro enfurecido, ahí no más me acometió; de tal suerte, que tuve que apelar á todo mi saber, para que no me atravesase.

—Bien haiga la gaucha puerca! respundió Carmona, sintiendo que se le comunicaba la indignacion de Santos Vega. En cuando le eche la vista encima le voy á echar un tuce en las clines, que no va á conocer ni su padre, por más fresco que esté.

—No le diga ni le haga nada, hermano, respondiό el payador, que si ella me ha vendido la pobre tiene razon, yo habia jugado muy sucio con ella. Ahora solo tenemos que preocuparnos en salir del paso apurado, despues veremos lo que se ha de hacer.

Y tratando de no ser vistos, ganaron un pequeño monte si-

tuado atrás de la casa, desde donde podían observar todo. Allí desmontaron, y siempre con el caballo de la rienda, se pusieron en acecho, de manera de poder observar á cuantos se dirigieran á la casa.

De allí vió cuando llegaron los alcaldes á lo de don Ramon sospechando lo que iba á suceder.

—Ahora, dijo Carmona, estos van á salir á campearme; pero buen chasco se llevan. Cuando ellos crean andarme siguiendo la pista, yo me hallaré al lado de Dolores para darles el beso, que cortó la aparicion del estanciero.

—Cuidado, hermano; mire que adentro quedará gente y afuera estarán los peones de la estancia. Es bueno no perder del todo la prudencia.

—Los que queden adentro son los mismos que hemos rebenqueado, y los pobres no me parece que anden con ganas de volver á empezar el baile. En cuanto á los peones, no hay que tener el menor cuidado. Así como anoche no terciaron en la lucha, tampoco se meterán hoy conmigo, yo se lo garanto.

—Como guste, hermano, concluyó Carmona. De todos modos yo quedo aquí para lo que pueda suceder.

Al poco rato sintieron rumor de varios caballos que se alejaban al galope. Se asomó Santos Vega por entre el follaje y vió á don Ramon, que seguidos de los alcaldes, se ponian en marcha apresurada, tomando la direccion que él habia seguido.

—Si te perdiste cheflame! dijo Santos Vega con su sonrisa más picaresca. Es una lástima que me vayan á matar tan joven.

Y se preparó á salir de su escondite, despues de haberse cerciorado que el puñal salia bien de la vaina.

—Hasta luego, hermano, dijo; no se mueva de aquí si no siente que se cae la casa. Como zorro que se aproxima al gallinero codiciado, Santos Vega franqueó la distancia que lo separaba de la casa y entró resueltamente.

Al verlo, los amigos de don Ramon se quedaron helados, y las mujeres dando aláridos de espanto, fueron á encerrarse en sus habitaciones.

Todos creían que Santos Vega iba á asesinarlos.

—No se asuste nadie, que yo no vengo á hacer daño á quién no me hace a mí. Dónde es la pieza de la señora?

Uno de ellos, más asustado que los demás, indicó al payador la habitacion que ocupaba doña Dolores, para verse libre del peligro que creía lo amenazaba sin ver que lanzaba ese mismo peligro sobre la esposa de don Ramon, si realmente aquel hombre venia á cometer un crimen.

Pero por más atencion que prestaron, no oyeron en la pieza, despues que entrò Santos Vega, ninguna de las demostraciones y gritos que preveden á un acto de violencia.

Entónces recien se pusieron á pensar sobre el partido que deberian adoptar.

—Yo corro en busca de don Ramon, dijo uno.

—Y yo, replicó otro, voy á pedir socorro á los peones.

Y salieron como centellas á ponerse en salvo, más que á lo que habian dicho.

Los peones al saber lo que pasaba, ni siquiera se inmutaron. En aquella cuestion estaban decididamente de parte del paisano, y sabian que éste no iba allí á cometer otro crimen que el de hablar amorosamente con Dolores.

Así es que se disculparon diciendo que no estando don Ramon, nada se atrevian á hacer, y que además tenian miedo que cualquier acto de hostilidad por parte de ellos, enfureciese al payador é hiciera alguna herejía.

Santos Vega, entre tanto, habia entrado en la habitacion de Dolores, cuya puerta cerró tras sí. Ella que lo que ménos esperaba era la visita de su amante, lanzó un grito y le estiró los brazos.

—No es culpa mia lo que ha sucedido, díjo, es el destino maldito que me persigue y que alcanza á todos aquellos con quienes me liga el corazon. Sin embargo, Dolores, aunque desearia verlo muerto mil veces, la vida de don Ramon ha sido respetada, y respetada será siempre.

—No esperaba ménos de tu corazon noble y generoso, replicó Dolores; pero tu presencia aquí es un peligro. Ese hombre puede volver, y una escena de sangre seria inevitable.

Y era tal su pasion por el payador, que creyendo ahorrarle en ello un mal momento, no se atrevia á nombrar a su esposo. Lo llamaba simplemente «ese hombre.»

—No temas nada, contestó el poeta con espresiva dolzura; don Ramon estará ahora muy léjcs de la estancia.

—Ha partido? preguntó Dolores haciendo un movimiento in traducible. Me dejaria acaso entregada á lo que él llama mi vergüenza y yo llamo mi dicha?

—No, mi alma, contestó el payador; don Ramon acompañado da alguna gente de justicia, anda á estas horas buscándome como caudal estraviado para darse el placer de verme cortar la cabeza. Pero ya vés que léjos estoy del alcance de su mano.

—Pero te habrán visto entrar los mismos que lo ayudaron ayer, y los peones de la estancia.

—No temas, aseguro Santos Vega. Los amigos tienen bastante

con la racion de ayer. En cuanto á los peones, no habrá uno solo que se me atreviese en el camino.

Y era tal la seguridad que habia en el rostro varonil del paisano que Dolores quedó completamente tranquila.

—Qué ha sucedido desde que yo me fui? preguntó; qué proyectos tiene don Ramon?

—Me ha dado órden que me prepare para partir mañana, contestó ella sollozando, para llevarme á casa de mi familia.

—No sucederá así mientras yo viva y tú lo quieras, contestó el payador de una manera resuelta. Todas las policias del mundo no bastarian para arrancarte de mi lado.

—Yo no quiero irme tampoco, replicó doña Dolores gimiendo, porque no podria vivir sin este amor que me ha robado por completo el corazon. Pero tampoco quiero una escena de sangre, porqué la sola idea de que te pueden matar, conozco que hace vacilar mi corazon.

—No habrá sangre, replicó Santos Vega, yo lo prometo. Pero tampoco habrá duelo, porque no hay fuerza capaz de arrancarte de aquí.

Y así se entretuvieron largo rato hablando de su amor, hasta que Santos Vega creyó que podia volver don Ramon, y se preparó á retirarse.

—No tengas el menor temor, dijo al salir, que ese hombre no te llevará, te lo juro sobre la luz de tus ojos, hasta mañana, mi vida.

—Hasta mañana, y que el cielo nos ayude, contestó doña Dolores, devolviendo el beso ardiente que recibió del payador.

Y este salió con la misma naturalidad que si hubiera caminado en su propia casa.

—El que diga á don Ramon que yo he estado aquí, dijo, es hombre muerto, y no se amenazar dos veces.

Y salió definitivamente de la casa y se volvió á su escondite, delante de los peones, que se limitaron á saludarlo á su paso.

Poco antes de la oracion, regresaron el estanciero y los justicias con el desaliento pintado en el semblante.

—Ahora, dijo el payador á Carmona, hasta mañana, que será la gorda.

Y se alejaron de allí al galope largo.

Ni los amigos ni los peones se atrevieron á decir al estanciero que Santos Vega habia estado allí. Temian la cólera del primero y la venganza del segundo sobre todo.

Don Ramon habia perdido toda esperanza de poder vengarse, y hacia preparativos de viage para la madrugada siguiente. Se

acercó al cuarto de Dolores, donde despues de informarse de su estado, le reiteró la órden de estar pronta al dia siguiente, y regresó donde estaban los alcaldes.

—Nosotros los vamos acompañar unas leguas, don Ramon, le dijeron estos; no seria extraño que Santos Vega ayudado por Carmona quiera hacer una de las suyas, y es bueno siempre estar preparado á todo.

—Es difícil que suceda, añadió otro, pues ya se supondrán que se nos han dado aviso, y no han de ser tan tontos de salirnos al encuentro.

—Sin embargo, interrumpió un tercero, que sin duda tenia motivos para recordar la bravura de Santos Vega, el payador es muy audaz, y ayudado por Carmona, es posible se quiera venir al humo.

—Daria cualquier cosa porque sucediera así, dijo á su vez don Ramon. No sé por qué me voy con el pesar de no haber castigado á ese hombre. Yo no soy rencoroso, pero contra este gaucho villano, me anima no sé qué deseo de castigar su insolencia.

—Demasiado lo sabemos nosotros, pensó uno de los amigos. La ofensa inferida por el payador, es de aquellas que solo se pagan con sangre.

Don Ramon pasó toda la noche entregado á sus apuntes de viaje y hacer las más tristes reflexiones sobre su situacion terrible.

Los alcaldes estuvieron entretenidos en hacer planes formidables para el caso en que les saliera Santos Vega.

Doña Dolores por su parte, solo pensó en el payador y en rogar el cielo lo preservára de una desgracia, y la iluminara en la via crucis que empezaba para ella.

A la madrugada siguiente estaba todo pronto para la partida.

LA BATALLA.

Para doña Dolores y las señoras que formaban su comitiva, diremos, se habia atado una especie de galeron, que hoy no serviria ni aún para darse un corte en la última tolderia de indios.

Don Ramon y sus amigos debian marchar á caballo rodeando el galeron mientras los alcaldes, con aspecto marcial y amenazador, marchaban adelante, a guisa de batidores.

Parecia increíble que por temor de solo dos hombres, se to-

maran aquella temeridad de precauciones. Es que la fama de Santos Vega era mucha, y sus últimos hechos en el Baradero lo habian rodeado de un prestigio completamente fantástico.

A eso de las seis de la mañana se pusieron en camino, no sin echar una recelosa mirada en todas direcciones. Parecia que detrás de cada mata de trébol hubieran temido ver aparecer á Santos Vega y Carmona.

Fué necesario ayudar á doña Dolores á subir al galeron, pues no tenia fuerzas para dar un paso. Más que una mujer parecia un cadáver, pero un espléndido cadáver.

Dos de los amigos de don Ramon llevaban pistolas, las mismas con que la noche anterior hicieron fuego sobre los paisanos. Pero á juzgar por sus rostros compungidos y temerosos se hubiera dicho que tenian más deseos de meterse en el galeron que de hacer uso de sus armas.

Asi se pusieron en camino, sin dejar un momento de divisar el campo en todas direcciones. Santos Vega y Carmona emboscados á cierta distancia, desde donde podian dominarlo todo, vieron los preparativos hasta el momento de la marcha. Entónces Santos Vega montó á caballo y dijo á su amigo:

—De aquí á dos leguas podemos salirles á la cruzada á esos alcaldes, que habrán pintado toda la noche, prometiendo por lo ménos, sacarnos la tripa con sebo y todo. Son cinco, añadió, tres para mi y dos para usted, en un momento habremos terminado el asunto á nuestro mejor gusto.

—Y cuál es el plan que tiene? preguntó Carmona.

—Una zoncera, darles unos guascazos y quitarles la mujer si ésta no quiere volver á la estancia, logrando esto con solo romperles una rueda de galeron....¿qué te parece?

—Qué quiere qué me parezca? Lindo no más!

Y se pusieron en marcha hasta que calcularon haber galopado las dos leguas.

Era este un punto de lo más solitario, pues el establecimiento que quedaba más cerca era el de don Ramon, á dos leguas de distancia. Aunque el galeron ne era pesado, é iba tirado de ocho caballos gordos, y llevaba buenos peones, la marcha era lenta, pues no habia objeto alguno en apresurarla.

De modo que no llegarían al punto donde esperaban el payador y Carmona, hasta dos horas despues de estar éstos allí.

Marcharon, pues, por espacio de tres horas, sin experimentar la menor novedad.

Ya comenzaban á perder todo temor, cuando vieron que los

justicias se detenian, y que dos hombres salidos de entre unas cortaderas, les hablaban en ademan altivo.

—Pronto! gritó don Ramon, á dos lados con la galera, que prometo una gratificacion de mil pesos por barba si vuelan hasta la primera posta, ocho leguas distante de allí.

Mil pesos en aquellos tiempos bendidos era una suma enorme, que un paisano no alcanzaba á reunir en un año de trabajo. Así es que al oír la oferta, los peones cerraron las espuelas á los montados, azotaron á los laderos, y partieron á todo lo que daban los caballos, haciendo dar á la galera cada barquinazo que metía miedo.

Don Ramon y tres de sus amigos corrieron á reunirse con los alcaldes, que llevaban unas quince cuadras de delantera. Los demás sintieron el terror que no pudieron darse cuenta de lo que sucedia.

Vamos á ver que sucedia entre los justicias y los paisanos.

—Alto esa maula á Santos Vega y su hermano! gritó el payador cruzándoseles en el camino como brotado de la tierra.

Los justicias no dejaron de sorprenderse al ver encima los dos paisanos, cuchillo en mano.

Pere el más animoso de ellos, sacando un facon descomunal, salió al frente, respondiendo:

—Gracias por ahorrarnos el trabajo de buscarte, fantasma de muchachos! Ahora vas á ver si tenés veinte vidas ó una sola.

—Pues pocas palabras, y al avío, contestó el payador que estoy de prisa.

Y acometió al audaz justicia con el facon levantando y su eterna sonrisa en los lábios.

En aquel momento los compañeros llegaban, se mezclaba Carmona y el combate empezaba lo más refido y bien sostenido por ambas partes.

Fué tambien en ese momento que la galera despachaba por don Ramon, se inclinó á la derecha del camino y partió como una bala, sin que el payador, preocupado en el combate y pensando se hubiera detenido, pudiera verla.

Cuando don Ramon y los suyos llegaron al lugar del combate, ya habia caido uno de los justicias bajo el puñal de Carmona.

—No se apure, hermano, le dijo el payador, que aquí viene más refuerzo, y la cosa va á ser más entretenida de lo que parecia.

—Campo! campo! gritó don Ramon atropellando. Ese canalla debe ser castigado por mis manos.

—No sea malo, buen hombre, dijo alegremente el payador, que yo no soy putrero de mulas para que usted engorde conmigo.

Pero don Ramon habia logrado pasar, y antes que el payador concluyera su última palabra, ya lo habia acometido á puñaladas.

La lucha general se interrumpió por un momento, pues todos se pusieron á mirar el resultado de aquel encuentro particular; pero la tregua duró muy poco. Santos Vega soltando una carjacada, dió una rienda á su alazan y tomó á don Ramon por el lado de montar con tal pechada que lo aventó, rodando con el caballo y todo, á cuatro varas de distancia.

Don Ramon se levantó medio descompuesto y quiso volver al ataque; pero ya los amigos y los justicias habian arremetido con Carmona y Santos Vega que se defendian bravamente.

—Firme con los justicias, hermano, firme con ellos! gritaba el payador á su hermano; y cada alcalde que se les ponía á tiro, recibía una herida más ó menos grave.

Dos de ellos, viendo la cosa mal parada, se retiraron á tomar un poco de descanso, dejando que los paisanos se entretuvieran con los amigos de don Ramon. á los que parecia no hacer mucho caso.

Santos Vega aprovechó esta especie de tregua para mirar el galeron donde iba su Dolores, y quedó helado de espanto al no verla por ninguna parte.

—Y la galera? preguntó con los ojos inyectados en sangre. ¿Dónde está la galera?

—Fuera de tu alcance, villano, contestó don Ramon livido de coraje. La muerte es la que ahora te espera para purgar tus iniquidades.

Santos Vega creyó que la galera habia vuelto á la estancia y se lanzó en esa direccion, diciendo á Carmona:

—Ni un golpe más, hermano; volvemos á la estancia que es donde haremos falta! Y partieron como dos locos en direccion al establecimiento.

—Es preciso socorrer á esas señoras, dijo uno de los alcaldes que estaba en la misma creencia que Vega.

—Inútil seria, replicó don Ramon, porque la galera debe estar ya mudando caballos en la primera posta. Cuando me incorporé á ustedes habia dado orden á los peones que ganaran distancia.

—Entonces, dijo el alcalde, lo más seguro es que sigan ustedes el mismo camino. Santos Vega, cuando se encuentre sín la galera, ha de volver aquí, y entónces la lucha va á ser más sangrienta y sin objeto ninguno.

—Bueno, dijo don Ramon á sus amigos, pueden ustedes al-

canzar la galera, que yo me quedo aquí con los señores á esperar. Es preciso escarmentar á ese bandido, añadió, y yo no puedo irme sin dejarlo en manos de la justicia.

Tanto los amigos como los alcaldes trataron de demostrar á don Ramon que era más prudente irse á acompañar á las señoras que iban solas, pero este insistió en su primer idea.

—Nosotros quedamos aquí, dijeron, y le garantimos que caerá en nuestro poder. Además, concluyeron, sabe Dios si á estas horas no van ya en seguimiento de la galera y la asaltan antes que usted llegue!

Esta consideracion hizo en el estanciero más de lo que habian hecho todos los discursos y reflexiones anteriores.

—No lo quiera Dios! gritó, en marcha! en marcha! no sea que lleguemos demasiado tarde!

Y lleno de angustia se puso á galopar sobre las frescas huellas que sobre el verde habia dejado la galera, acompañado de sus amigos, incluso los dos de las pistolas que se habian mantenido á una distancia de la lucha.

Los justicias quedaron allí, heridos y no heridos, reflexionando sobre la actitud que debian tomar.

—Ahora me parece una pavada quedar aquí, dijo uno, para hacerse ojarar el cuero al divino boton. Ese maldito va á volver más rabioso que nunca, cuando sepa que los perseguidos han volado, y nos vamos á encontrar en serios apuros.

—Es que no podemos disparar tampoco, respondió el más animoso. Somos cinco contra dos, y seria una vergüenza que nos dejáramos correr de arriba, sin haber hecho nada por la riña.

—Somos cinco, pero heridos tres, añadió otro.

—Y ellos vienen cansados del galopon, no hay que perder ánimo, siguió diciendo el más alma. Es preciso tratar de matar ó prender al payador.

Los cinco resolvieron quedarse y esperar los acontecimientos.

Santos Vega y Carmona habian llegado á la estancia donde no tenian noticia de lo que habia sucedido.

—Entónces se nos han ido! gritó el payador entregado á la más cruel desesperacion. Pronto Carmona, pronto á ver si les damos alcance. Y ahora no hay perdon para nadie! Donde los alcancemos es preciso concluirlos.

—Difícil me parece, contestó Carmona, porque llevamos los caballos cansados.

—No hay tiempo de mudar, replicó el payador clavando al suyo las espuelas. Vamos à no perder un minuto!

Y volvieron bridas hácia el sitio donde habia desaparecido la volanta, para seguir galopando sobre la huella.

Pero como habia dicho Carmona, los caballos estaban cansados y por más que los castigaban habian disminuido notablemente en velocidad, de manera que cuando llegaron á donde esperaban los alcaldes, estos se disponian á irse, creyendo que ya no volverian. Al ver solos á los justicias, la desesperacion del payador no conoció límites.

—Se me van! se me van! gritó con una amargura infinita; y castigó su caballo para seguir corriendo.

Pero los alcaldes le cerraron el paso arremetiéndolo con un ardor que los amigos no esperaban.

—Paso! paso! gritó frenético Santos Vega.

Más el paso que se les habria era una verdadera lluvia de puñaladas que le tiraban los alcaldes.

El payador sintió agolparse toda la sangre á su cabeza. Aquella resistencia que le hacia perder un tiempo precioso lo irritaba profundamente. Así, cubriéndose con el poncho, empezó á luchar de una manera frenética y los alcaldes sintieron bien pronto el peso de aquella cólera y desesperacion que ellos mismos habian encendido.

Santos Vega caía sobre ellos como una tormenta, y el que lograba escapar de la punta de su puñal, no se libraba del de Carmona, que secundaba á su hermano con una decision terrible.

Bien pronto quedaron dueños del campo.

Los alcaldes que habian disminuido en dos, mortalmente heridos, empezaron á retirarse, suavemente! primero, pero bien pronto se pusieron en fuga á todos los que daban los caballos.

Santos Vega no se ocupó en perseguirlos. Miró los dos caidos que se morian, y siguió éste la huella de la galera, animando á su caballo con la palabra y la espuela.

LA ÚLTIMA ILUSION.

Los caballos iban materialmente postrados. Ya no salian del galope pesado, y amenazaban caer muy pronto al trote y al tranco.

La noche iba llegando lentamente, y el payador se sentia preso de la desesperacion mas tremenda.

—Maldito destino el mio! esclamaba, siquiera concluyera con mi existencia! Con esta mujer pierdo la última ilusion de mi vida. Siento que mi corazon se marchita y se seca, pues con ella se desvanece lo único que empezaba á hacerme querer la vida.

La noche habia tendido su negro manto, cuando el alazan se paró y cayó sobre las rodillas.

No podia dar un solo paso mas. Santos Vega desmontó y le acarició el cuello como podia haberlo hecho con su hermano.

—Pobre mi alazan! dijo, has hecho lo que has podido y solo caistes cuando ya no te quedaba un átomo de fuerza para dar un paso mas. No importa, añadió, seguiré á pié hasta que caiga tambien postrado por el peso de la fatiga. Me quedará el consuelo de haber hecho cuanto humanamente habré podido.

Y echó á disparar como un loco. Su frente ardia bajo la accion de una fiebre devoradora, y la desesperacion que sentía parecia prestar alas á sus piés, tal era la rapidez de su carrera.

Carmona hechó á correr tambien tras su amigo.

Y así siguieron, hasta que al fin el payador estenuado de fatiga y transido de dolor, cayó como herido por un rayo. Carmona lo levantó con sus robustos brazos como si hubiera sido una pluma, improvisó una cama con los ponchos y lo recostó en ella mientras volvia en busca de los caballos.

El payador pasó aquella noche bajo la influencia de un terrible delirio.

Tan pronto dirijia sus mas melodiosas frases á Dolores como si hubiera estado con ella en amoroso coloquio. Tan pronto se incorporaba sobre los ponchos lanzando amenazas de muerte y moviendo convulsivamente las manos como si estuviera esgrimiendo su puñal.

Con el fresco de la mañana volvió á la realidad de la vida, y lanzó un suspiro como si hubiera querido aliviar el pecho de una terrible carga.

—Adios mundo para mí! dijo á Carmona. Cuando creía que todas mis penas se disipaban al sopló de este amor venturoso, la fatalidad que me persigue sin descanso viene á demostrarme que para mí no queda ya nada sobre la tierra. Mi vida se reducirá desde hoy á vagar de pago en pago, sin un momento de reposo para mi espíritu dolorido, ni una tregua para mi angustia. Yo creo, hermano, que lo mejor que yo podria hacer, era sepultarme el puñal en el corazon y concluir con esta yapa de vida, que ni es cigarro ni es pucho.

—Seria lo peor que pudiera hacer, replicó Carmona, porque solo lograria con ello hacer el gusto á los que solo quieren verlo

muerto. Es preciso vivir, hermano, y mostrar que hay espaldas donde hechar todas las penas y alma para sufrirlo todo. Usted debe vivir para buscar el desquite, hermano, que tal vez algun dia la muerte se canse de aporrearlo y pueda ser feliz.

—No hay felicidad ya para mí, contenstó Santos Vega con su ademán mas triste. Cuando el corazon se marchita y se seca, sucede lo mismo que con la vejez—no vuelve á rejuvenecerse mas.

—Parece no más, hermano, respondi6 Carmona con su original filosofia. Cuando uno recibe una puñalada profunda, y vé salir la sangre á chorros, parece que la vida se vá con ella porque uno se siente morir. Viene el desaliento y el espíritu entristecido se vuelve á las prendas que uno va á dejar para siempre. Pero poco despues la sangre se estanca, se va sintiendo circular la vida cada vez mas vigorosa y la esperanza renace de nuevo. La herida se va cerrando poco á poco hasta que al fin de algun tiempo se halla uno tan bueno, que podria recibir dos heridas donde recibió la primera. Así mismo son las cosas del corazon, por lo que yo veo, hermano. Se recibe un desengaño ó se pierde la mujer querida, como el caso presente. El corazon tiembla y se recoje al seno sollozante, y sus latidos se van apagando. El golpe es rudo, uno lo siente en la parte mas noble, pensando que todo ha concluido allí. Pero poco á poco la sangre va circulando, el corazon empieza á latir mejor y el primer aturdimiento se disipa mitigando la pena. Y se mira un dia una mujer hermosa y uno *siente sin sentirlo*, que todavia tiene corazon para querer. Porque las mujeres, hermano, son para el corazon lo mismo que las mechas para las puñaladas. Las dos restañan la sangre y nos hacen olvidar bien pronto el mal que nos aflije.

Santos Vega no pudo ménos que sonreir antes aquella filosofia original.

—Puede tener razon, hermano, dijo, pero yo siento que esto se acabó para mí. Esta herida ha sido abierta sobre un monton de cicatrices, y no hay mechas que le venga bien. Yo conozco que el tiempo que todo lo cura, no curará mi herida, porque en esa mujer habia puesto yo todo mi porvenir y mi pasado. Era el bálsamo que apagaba el dolor de mis viejas heridas y el consuelo de todas mis desventuras. Dios lo habrá querido así y no hay mas que conformarse con su voluntad. Arrastraré como un gusano este miserable pucho de existencia, y cuando ella se acabe rendiré la vida sin el menor pesar. De todos modos no puedo hacer nada, porque no sé si la volveré á ver sobre la tierra.

Y Santos Vega agovió la cabeza, entregándose á su mas tristes reflexiones.

Carmona, con el espíritu mas libre, se ocupó de los caballos, atándolos en un paraje donde podian comer bien. Era preciso atender á los caballos para que repusieran sus fuerzas porque estaban á pié, inconveniente sério si llegaban á tener algun encuentro fatal.

En seguida volvió al lado de su amigo, tratando de distraerlo con alegre relaciones. Santos Vega veía la abnegacion de Carmona, sentía la amistad purísima de aquel jóven y su cariño por él crecia á cada instante.

—Es lo único que tengo en el mundo, pensaba el payador, el único sér que me tiene una amistad verdadera y sin el menor interés. Y reconcentró en Carmona toda la fuente de su cariño, puesto que él no solo era su hermano, sinó un amigo leal y noble hasta la exajeracion. Así es que conmovido hasta las lagrimas se acercó á Carmona y le dió un fuerte abrazo.

—Es usted lo único que tengo en el mundo, hermano: no vaya á abandonarme nunca, porque seria peor que si me arrancara la vida.

Carmona devolvió en una sonrisa llena de bondad el abrazo del payador, y se sentó nuevamente á su lado. Así pasaron todo el dia, hablando del pasado y del porvenir lleno de males que les esperaba.

—Yo me ausento del Baradero, habia dicho Santos Vega, porque conozco que la vida aquí me seria insoportable. El recuerdo de Dolores me perseguirá por todas partes y no me dejaria pasar un solo momento feliz.

—Pues nos iremos donde guste, contestó Carmona. Para mí todo pedazo de tierra es lo mismo—no tengo preferencia por ninguno.

—Antes de partir, prosiguió el payador, quiero volver á la estancia de don Ramon. Allí me despediré de la sombra de Dolores y descansaremos la noche, no tanto por nosotros como por los animales, que hartos lo necesitan.

Y á la caída de la tarde ensillaron y se pusieron en marcha á la estancia, empleando mas de dos horas de tiempo en recorrer las dos leguas que del establecimiento los separaban.

Cuando llegaron habia todavia un buen número de paisanos, que se ocupaban en enjuagar el sobrante de las botellas y comentar los sucesos del camino.

Una exclamacion de verdadero entusiasmo acogió la presencia de los amigos. Todos conocian ya sus amores con la patrona y

lamentaban la casualidad que habia puesto el secreto en oídos de don Ramon.

Y todos habian sentido el desenlace de aquellos amores, no solo por el aprecio que tenian al payador, sinó por el efecto que les hacia el ver á un paisano como ellos soplar la dama á un rico de los mas soberbios del partido.

Apenas habian desensillado y puesto los caballos donde pudieran verdear á su gusto, el capataz les clavó delante un asador donde se hallaba ensartado un esquisito matambre.

—Churrasqueen, amigos, que harto lo han de necesitar, les dijo. Lo que siento es no tener nada mas que ofrecerles.

—Sobra con la fineza, contestó Santos Vega sacando su cuchillo á imitacion de Carmona, que cachitió el asado con un hambre de cuarenta y ocho horas.

—Comeremos y nos vamos, dijo el payador, porque si saben que hemos estado aquí, le van á armar una de tres mil diablos, y no hay necesidad de comprometerlo.

—Compromisos no hay ninguno, contestó el capataz, porque no han de faltar pretestos. Me parece que cuando la misma justicia no puede con ustedes, bien se ha de disculpar uno diciendo que tomaron alojamiento á la fuerza. Y como diablo fué á flechar á la patrona, amigo? Bien dicen que con su canto es usted capaz de volverle la cabeza á la misma Vírgen del Cármen!

Santos Vega no quiso entrar en una conversacion que le hacia daño, y así les previno á los paisanos que no volvieran mas á tocar el tema.

Concluido el matambre los paisanos se pusieron á cimarronear y á escurrir las limetas, mientras recordaban los mas curiosos episodios de la yerra y comentaban la última paliza dada por el payador á la gente de justicia.

—Ya los dejo descansar por aquí, dijo éste, porque de madrugada hemos de partir para otros pagos, donde la suerte nos sea menos tirana.

Esta noticia fué recibida tristemente por el paisanaje. Ya se habian acostumbrado á Santos Vega, á quien miraban como cosa de la familia y persona del pago.

Muchos le aconsejaron que se quedara, que tal vez estando allí volveria á saber de Dolores; pero pronto se convencieron que todo era inútil y que la partida del payador era inevitable y resuelta.

—Entónces le pediré que nos deje oír su última trova, le dijo el capataz, porque hemos quedado con hambre de oírlo cantar.

—Ya eso se acabó tambien, contestó el payador. Todo lo que

importa una alegría se ha borrado de mi espíritu, donde no hay mas aliento que para llorar. Sin embargo, agregó, á despedirme he venido, y si me permite acercarme á la casa, habré cumplido así el único deseo que alimenta mi vida.

El payador recogió su guitarra, que habia dejado escondida en el cuarto del capataz, y guiado por éste, llegó á la puerta de la pieza que en la estancia hacia ocupado Dolores.

Y allí trémulo y conmovido, con la mirada fija en el lecho vacío y rodeado de los paisanos, templó su guitarra, que sonó un acorde lleno de melancolía.

Poco despues, cantando un estilo lleno de ternura y de passion, la magnífica voz del payador dejó escuchar las siguientes décimas, en que se reflejaba todo el sentimiento de que estaba impregnada su alma.

La suerte que tan tirana
cupo á la existencia mia,
me tuvo á tu lado un dia
para ausentarme mañana.
Por ello mi alma se afana
pero así tiene que ser:
no me puedo detener
mas ya que de tí me alejo,
este recuerdo te dejo
por si no te vuelvo á ver.

Para un corazon que siente
y alimenta una ilusion,
triste és la separacion
que ha de matar inclemente.
Ya me tienes de tí ausente,
y pronto léjos de aquí
pero si me voy así
porque el destino me obliga
pido á Dios mi dulce amiga,
que no te olvides de mí.

Solo anhela el alma mia
que Dios la dicha te ofrezca
sin que una nube oscurezca
el cielo de tu alegría.
Que no llegue el triste dia
en que tengas que sufrir,

que no venga á aflijir
una pena dolorosa,
que sabiendo eres dichosa
contento yo he de vivir.

Y aunque para mi tormento
de tí me vea alejado,
constantemente á tu lado,
estará mi pensamiento.
Y hundido en triste lamento
será mi consuelo creer
que en tu memoria ha de haber
un recuerdo para mí,
mientras yo pensaré en tí
hasta que te vuelva á ver.

Y aun cuando con mi existencia
pueda mi amor acabarse
siempre la flor, al secarse
deja en la planta su esencia.
Así yo, con vehemencia
de quererte hasta la muerte,
dejaré en mi cuerpo inerte
la esencia de mi cariño
y con la calma de un niño
moriré creyendo verte.

El payador concluyó su última décima con una lagrima que fué á morir sobre el diapason de la guitarra. Envió con la mano un beso á aquella cama desierta, que pocas horas ántes habia abrigado el cuerpo de Dolores, y se alejó al galpon donde habia encontrado á los paisanos cuando llegó.

Allí permaneció lamentando su suerte, y refiriendo algunas desventuras de su vida, hasta la madrugada, en que se puso á ensillar los fletes junto con Carmona, que no podia dominar la tristeza que le ocasionaba el abandonar el pago donde hasta entonces habia vivido, sin saber cuando volveria. Cuando bien se levantaba el sol en el horizonte, cuando el payador se yó al hombro su guitarra, y saltó sobre el alazan, completamente repuesto de la pasada fatiga. Poco despues el payador y el cañero pusieron en camino al tranquito, acompañados por los paisanos de la estancia, que no podian mirar partida sin profundo sentimiento.

—Antes de salir del Baradero, dijo Santos Vega, quiero cumplir un deber que me nace del corazon. Esto es de ir á saludar al pulpero don Cosme y ño Cipriano. Ellos fueron }conmigo buenos y hospitalarios, y no quiero crean que los olvidé en el momento de la partida.

Todos siguieron hasta lo de don Cosme, donde encontraron á ño Cipriano entregado á su infalible ocupacion de montar la mona. Grande y sincera fue la alegría de los buenos viejos al ver llegar al payador, que hacia tanto tiempo habian perdido de vista, como fué grande la pena tambien al saber que los dejaba tal vez para siempre.

Ño Cipriano pagó una vuelta general y don Cosme no quiso ser ménos. Y tantas fueran las vueltas, porque cada uno de los paisanos fué pagando la suya, que apesar de todos sus esfuerzos el payador vió llegar la noche en la pulperia de don Cosme.

Quiso retirarse, pero le fué imposible resistir á tanta súplica y tanta demostracion de aprecio. Aquella era la última noche que iban á pasar juntos y como ningun apuro imperioso tenia en marchar, cedió á los repetidos ruegos y aunque con el caballo ensillado tomaron parte en la fiesta y la alegría general.

Se bebió y se cantó hasta subir la prima á un punto peligroso. Ño Cipriano que no perdía su buen humor por nada de este mundo y que estaba á caballo de su segunda tranca de aquel dia, se puso á pagar con Santos Vega, pero con tan poca suerte que á la hora quedaba vencido y durmido profundamente.

Antes que saliera el sol del dia siguiente, ya Santos Vega y Carmona se hallaban en marcha en direccion á la Villa de Lujan.

—Siento dejar este pago en donde me ha criado y he aprendido á ser hombre. Pero qué le hemos de hacer! Uno al fin no es un caracol para andar toda la vida pegado á la concha. Al fin y al cabo vamos á conocer otros pagos, cosa entretenida segun entiendo.

—Segun como se conocen, hermano! contestó el payador amargamente, no es lo mismo andar paseando que andar huyendo. De todos modos el hombre tiene que haber sufrido en esta vida para ser completo. Cuando uno puede casar al vuelo un momento feliz, le toma mejor el gusto, y las desventuras, por duras que sean, nunca son tan amargas como la primera. Así tendremos que rodar tierras, hermano, yo por la fuerza del destino, que me arrastra á pesar mio. Ustee hermano, porque así lo quiere su buen corazon. Mire que todavia está en tiempo! La vida que vamos á arrastrar es peor que la cadena del presidio, con la cabeza amenazada de muerte, anderemos peleando con los justicias para

disputárselas, como si valiera la pena. Créame, hermano, quizá que todavía pueda ser feliz y encontrar un techo más abrigado que la bóveda del cielo.

—Santos Vega tendrá el derecho de hacerme un reproche, contestó Carmona conmovido, pero no puede hacerme un ultraje. Si yo fundí mi suerte y mi vida con la suya, no fué por especular con ella, sinó para seguirla en su trance más amargo. Yo soy solo en el mundo, hermano, no tengo quien me llore cuando dé la última boqueada, ni quien se complazca en mi mayor alegría. Corramos pues esta miseria de existencia juntos, yo me llameré feliz si al espirar mi último suspiro, encuentro entre las mias esa mano valiente, para tributarle mi última caricia.

Santos Vega conmovido hasta las lágrimas detuvo su caballo, tomó entre sus manos la juvenil cabeza de Carmona y la estrechó contra su pecho. En seguida picó espuelas, y sin pronunciar una palabra más, siguieron su tranquila marcha.

LA MUERTE DE CARMONA.

Aquellos dos hombres siguieron el derrotero de la vida unidos por una amistad verdaderamente fraternal.

Todo era comun en ellos, las penas y las alegrías, como la fatiga, el desvelo y la lucha.

Nunca se vió á Santos Vega tomar tan solo un vaso de agua sin brindar la mitad á su hermano, ni á éste llevarse un bocado á los lábios sin haberlo ofrecido antes al payador.

Así vivieron por espacio de dos años, errando de pago en pago y de estancia en estancia. Donde encontraban amparo y trabajo, permanecían hasta que el trabajo terminaba. Entónces cobraban lo que habian ganado y seguían hasta donde volvían á hallarlo.

Carmona, creyendo curar así una especie de profunda melancolía en que habia caído el payador, lo hacia concurrir á los bailes de que tenia noticias. Pero si en ellos lograba distraer el espíritu un momento, era para verlo caer en seguida en un abatimiento más íntimo.

Desde la partida de Dolores, Santos Vega se habia trasformado completamente. Habia desterrado de su espíritu toda manifestacion alegre y solo en ella pensaba.

Si cediendó á las instancias de su amigo cantaba en la guitarra, su canto era un eterno lamento. Sus improvisaciones entónces, se limitaban á llorar la pérdida de aquel amor de su alma, y á verter en el recuerdo de Dolores toda la ternura de que era susceptible su corazon.

Las payadas le eran por completo indiferentes, y si tomaban parte en ellas era solo por conservar su prestigio de no haber sido vencido hasta entónces.

—Y si no quiero que me venzan, decia á Carmona, no es porque me importe la menor contrariedad, sinó porque no quiero que sepa Dolores que he sido vencido.

Carmona agotó todos los recursos á su alcance hasta que se convenció que la pena de su hermano solo el tiempo podia curarla. Todo lo que ántes habia sido para él un motivo de diversion ó alegría, era ahora causa de tédio y fastidio.

Lo único que lo halagaba era la lucha, cuando se encontraba con algun grupo de gente de justicia.

Entónces su mirada adquiria un brillo particular, sonreia su boca en una especie de contraccion nerviosa, y heria y luchaba, ayudado siempre de Carmona, hasta que el enemigo abandonaba el campo.

Una tarde, estando en el partido de Matanzas, vieron un par de paisanas hermosísimas, sentadas bajo el alero de un rancho. La esbeltez y ojos magníficos de una, sugirió á Carmona una idea feliz.

—El amor se cura con el amor, pensó; para olvidar á una mujer no hay cómo enamorarse de otra. Y si yo consigo que mi hermano fije en ésta su atencion, muy torpe debe ser si no le borro del alma á Dolores.

Siguiendo en estos pensamientos, Carmona detuvo al payador y lo obligó á fijar su atencion en la paisana.

—Linda es en verdad, dijo, pero mejor era Dolores.

—Es que aquello se acabó hermano. Por qué ha de pensar así en quien no ha de volver á ver más.

—Es que mientras un soplo de vida aliente mi cuerpo, contestó el payador, no habré perdido la esperanza de volver á verla. Por eso estos dos veranos he ido al Baradero, é iré siempre; porque hay adentro de mi algo que me dice que á la larga nos hemos de encontrar.

—No importa, hermano, insistió Carmona, mientras no llega ese momento y aunque solo sea para pasar los inviernos, lleguemos á aquel rancho, mire que aquella hermosura no es de tirarla al campo.

Por acceder al pedido de Carmona y creyendo que su amigo tendria en ello un interés particular accedió y se acercaron al rancho.

Las dos muchachas eran vivarachas por demás y más alegres que un amanecer de primavera.

Hijas de un viejo paisano, jubilado ya por la caña con limonada, se ocupaban en cuidar unas ovejitas y hacer cribos de calzoncillos que vendian en las pulperias cercanas.

El prestigio de los dos paisanos, que llenaban toda la campaña, los hacia recibir bien donde llegaban. Así que en cuanto las muchachas supieron que clase de piezas tenian por delante, se compusieron la trenza y se enredaron en alegre plática.

Carmona observó que á Santos Vega le habia gustado la Agustina más de lo que él se figuró, así es que hizo lo posible por enredarlos en amoroso coloquio. Era una especie de Mefistófeles campestre que ponía en juego todos los recursos de su imaginacion traviesa.

Agustina pidió al payador que cantara y éste, entre risa y llanto cantó una trova á cuyo calor concluyó de derretirse el frágil corazon de la paisanita.

Serian las once de la noche y los amigos se hallaban en lo mejor de la conversacion, cuando llegó al rancho un viejo paisano que venia de estribo á estribo. Era el padre de la muchacha que volvia de la *esquina* á donde se fué por la mañana.

—Aurita, agarro yo mi arriador, les dijo á las muchachas á penas desmontó, y les doy visitas á estas horas. Y usted, borrachones, dijo á los paisanos, que lo miraban sonriendo, largo de aquí pronto antes que les quiebre el alma. Yo les voy á dar arrumacos, manga de sinvergüenzas!

Santos Vega soltó una sonora carcajada y se hizo á un lado porque ya el viejo se les venia enarbolando el rebenque.

—Hasta mañana, prendas! dijo el payador montando á caballo, mientras el viejo dando traspiés corria á las muchachas á rebencazos.

Y se alejó con Carmona festejando alegremente la contundente mona del viejo.

Al otro dia, á la tardecita, volvieron á caer al rancho, bajo cuyo alero esperaban ya las muchachas. El viejo estaba en la pulperia desde por la mañana, segun su vieja costumbre.

Santos Vega y Carmona se fueron al fondo del corazon de las muchachas, encontrando una correspondencia á pedir de boca.

A eso de la media noche tuvieron que tocar *espiente* á galope largo, pues llegó el viejo mamado, y como la noche anterior

se les quiso ir al humo. Pero ya habian convenido con las muchachas que, un par de horas despues, cuando el tata se hubiera dormido, saldrían á conversar.

Dieron, pues, un largo paseo, y regresaron, calculando el tiempo en que el viejito estaria ya durmiendo la mona. Pero esperaron inútilmente, las muchachas no parecieron.

—Tata no se ha dormido en toda la noche, dijo Agustina al dia siguiente, por eso no hemos podido salir, luego será lo mismo.

Aquella tarde el viejo vino más temprano y con tan famosa tranca que ni siquiera se apercibió de la presencia de los paisanos. Entró derechamente al rancho sin desencillar el caballo y llamó á sus hijas, segun costumbre. Los dos amigos se quedaron esperando la vuelta de las muchachas, pero como en la cita anterior, pasó la noche, sin que abrieran la puerta.

Santos Vega empezó á irritarse con aquella resistencia á que no estaba habituado, alejandose á la madrugada dispuesto á echar con Agustina una de á pié así que lo viera.

A la tarde volvieron, y dió su amorosa queja, inquirendo la causa de esto manejo.

—No hemos podido salir, dijo Agustina, porque tata se enfermó. Esta noche espérenos con seguridad que hemos de salir en cuanto tata se duerma.

El tata cayó, como de costumbre, ginete en una mona deslumbradora y volvió á correrlos con el rebenque. Los paisanos volvieron á media noche, pero esperaron al *ñudo*, como las veces anteriores.

El payador en vez de irritarse esta vez sonrió.

—Ahora, dijo á Carmona, ó el diablo me va á llevar ó yo voy á lograr que estas salgan. Me ha encaprichado la Agustina, y es preciso que no nos burle tan fiero.

A la noche siguiente templó la guitarra, y de á caballo nomas cantó cinco décimas de las que la tradicion no guarda mas que estas dos últimas:

Si amoroso á verte llego,
respondes sobresaltada
—que ahora estoy muy ocupada,
que anda, vete, vuelve luego
En este desasosiego,
el tiempo se va pasando,
é yo me voy acabando
cuando me dices que aguarde

que á la noche, que á la tarde,
que ahora, que luego, que cuando.

En fin para terminar,
sin que á la vueltas andemos,
aquí de una vez quedemos
en lo que hemos de quedar;
Porque con que hoy no hay lugar
que vas luego por volver,
con que ahora no puede ser,
que no me dejan salir
con hacerme ir y venir
ni el diablo te va á entender.

Santos Vega habia cantado estas décimas con toda la picardía de que era susceptible su espíritu travieso y estudiantil, y en medio de las carcajadas mal contenidas de Carmona.

Pero las muchachas no aparecieron. Los paisanos sintieron los cuchicheos y silenciosa chacota con que ellas acometaban el canto, pero en vano esperaron unos diez minutos, nadie salió.

Ya iban á retirarse dados á Mandinga, cuando se entreabrió la puerta del rancho y apareció una sombra.

—Vencimos, dijo Santos Vega, y avanzó hácia la sombra estirando los brazos. Pero apenas estuvo á dos pasos de la sombra, dió un brinco y se puso al lado de su caballo, gritando á Carmona:

—A volar, hermano, que hay chinches!

La sombra aquella que habia hecho retrocer á Santos Vega, no era otra que la espantable del tata de Agustina, que se presentaba facon en mano y dispuesto á romperles la crisma á los de la serenata.

—Con que serenata hijitos? Esperen, mis almas, que se la voy á dar en las costillas.

Pero Carmona y el payador estaban ya á caballo y era empresa hartó difícil alcanzarlos.

—Lo que es hoy, tata viejo, respondió riendo el payador, se queda con las ganas. Otro día no digo que no, pero por ahora no hay tu tia.

—Esperáme maulon insolente! esperáme espanta pájaros! gritaba el viejo, pero ya los dos amigos marchaban á paso largo, festejando con alegres risas la aparicion del tata viejo, á quien suponian durmiendo la tranca.

—Lo que es yo no me doy por vencido, dijo el payador. He

de volver y las muchachas han de salir, ó pierdo yo toda mi fama.

—Pues bueno seria que esas mocosas salieran con su gusto, contestó Carmona. Si nos vuelven á engañar me comprometo yo á sacarlas de la trenza.

Al otro dia el tata viejo, que parecia hombre de grandes relaciones, refirió en la pulperia lo que sucedia con aquellos dos perdidos.

—Pero se nos ofrece una buena bolada, dijo un alcalde que oía el relato. Hace mucho tiempo que tenemos orden de prender ó matar á tal Santos Vega por varias muertes que hizo en Dolorés, y nunca mejor ocasion que esta por darle un golpe.

—Los dos deben ser una gran basura, aseguró tata viejo, pues las dos veces que me les he querido ir al humo, han disparado como unos gamos.

—Todos estos malos son así, contestó el alcalde. Por dos ó tres madrugones que pegan, hechan fama de hombres guapos, pero en cuanto uno les apreta las clavijas, los encuentra mas flojos que una mulita: Yo voy á juntar los compañeros, concluyó, á ver si esta noche les damos un golpe. No sé por qué se me ha puesto que los vamos á apretar.

Y se fué á preparar su trampa, acompañado de tata viejo.

El referido alcalde era un hombre de entrañas bien puestas, que tenia fama de haber prendido á los criminales mas grandes con la sola ayuda de su descomunal doble corvo que usaba entre las coronas.

Invitó á cuatro compañeros á quienes les pareció famosa la bolada y se fué á emboscar con ellos, desde temprano, al rancho de las muchachas. Tata viejo volvió á la pulperia, pues por nada de este mundo habia dejado de montar su tranca de ordenanza.

Santos Vega y Carmona, agenos de lo que se trataba, volvieron á la tarde, pero encontrando cerradas todas las puertas del rancho, se fueron para volver á la noche. El tiempo se habia discompuesto y una lijera llovizna habia empezado á caer.

—Mire que noche para amores! exclamó Carmoña contrariado.

—Al contrario, contestó Santos Vega—estas son las mejores noches para pelar una pava como dios manda:

Dieron una vuelta por la pulperia donde calentaron las tripas con un buen vaso de caña, y regresaron al rancho calculando que tata viejo, á caballo de su mona, habia ya pegado la vuelta, creencia en que se afirmaron al ver la puerta cerrada.

—No andarán de parrandas? preguntó Carmona. Seria gracioso esto de estar una noche haciendo el amor á las paredes!

Santos Vega se bechó del caballo al suelo y pegó una oreja á la puerta.

—Se siente rumor de voces alegres, dijo. Sin duda son las muchachas que se preparan á darnos el chasco de órden.

—Lo que es por mi parte, dijo Carmona, si sale el viejo lo desarmo, pues no es cuento que vaya á figurarse que le tenemos miedo.

—No haga tal hermano, contestó el payador. El hombre es guapo, y tal vez seria necesario estropearlo. Déjelo no mas, que así la diversion nos durará mas.

Pero las voces que sintió el payador estaban muy léjos de tratar lo que él pensó. Agustina y su hermana se habian apercebido de lo que se trataba y se oponian de una manera tenaz á que les prendieran los novios.

Fué necesario, que el tata viejo usara de toda su autoridad para obligarlas á guardar silencio.

Santos Vega entretanto, habia descolgado de su espalda la guitarra y recorria su diapason preparandose á dar su segunda serenata. Templó la guitarra, preludió su estilo mas sentido, y arrancó de su alma las décimas siguientes :

Despues de tanto penar
con una pasion tan fuerte
por fin me has de dar la muerte
si no te puedo olvidar.

Para qué ingrata busc ar
alivio á mi mal creciente,
si has de ser indiferente
con quien tanto te ha querido?
Ya no hay mas ley que el olvido
contra tu amor inclemente!

Ya no queda otro consuelo
para el infeliz amante
que una mujer inconstante
que tan mal paga su anhelo.

Y si es castigo del cielo
porque te he querido tanto,
justo es que viera mi llanto
por tus desdenes herido
hasta que caiga rendido
al peso del desencanto!

Dejaré el tiempo pasar
buscaré en la ausencia calma
que las heridas del alma
las suele el tiempo curar.
Si no te puedo olvidar
volveré ingrata á quererte
hasta que por fin la muerte
ponga término á mis penas,
ya que tan cruel me encadenas
á vivir contra la suerte.

Empezaba el último pié, cuando se abrió la puerta brusca-
mente y aparecieron en su dintel cuatro hombres guiados por
el famoso alcalde del sable corvo.

La lluvia habia empezado á arreciar, y la noche estaba tan
oscura que apenas se divisaban los bultos á dos pasos de dis-
tancia.

Encandilados con la luz del rancho, los justicias se detuvie-
ron un momento en la puerta, detencion que bastó para que
Santos Vega pudiera darse cuenta de lo que sucedia.

Tiró la guitarra léjos de sí para librarla de cualquier fracaso,
y sacando el puñal y arrollándose el poncho al brazo se preparó
á la lucha al lado de Carmona, que ya estaba listo para ella.

Los justicias se lanzaron fuera en prevision de cualquier ata-
que brusco, y dieron á los dos amigos la voz de rendirse.

—En nombre de la ley y de la autoridad, dijo el del sable,
entreguense presos.

—Aquí no hay mas ley que nuestra voluntad, replicó el pa-
yador, ni mas autoridad que la del puñal. Si son ustedes capaces
de tomarnos, al avío basta de palabras que están completamente
demás.

Los justicias se precipitaron sobre los dos amigos, y en el acto
trabó un combate de los mas rudos que hubieran sostenido
nunca el payador y Carmona.

Los cuatros justicias elejidos por el alcalde eran hombres de
alma bien puesta y muy dificiles de intimidar.

Habian ido dispuestos á prender ó matar al payador y á su
amigo, y acometian con una bravura que denotaba la decidida
intencion de terminar pronto.

—No quiero que lo prendan! no quiero que lo maten! gritaba
de adentro la voz de Agustina, á quien tata viejo solfeaba las
costillas.

—Son justicias todos, y vienen por nuestro pellejo, gritó en-

tonces Santos Vega. Firme la puñalada Carmona, que á estos no hay que andarles con lástima.

El payador acometió y uno de los cinco individuos rodó á sus piés sin lanzar una sola queja. El puñal de Santos Vega le habia penetrado en el corazon.

—Uno ménos por mi lado! gritó, aprete la mano hermano.

La noche era cada vez mas oscura, y los objetos habian concluido por hacerse casi invisibles. Carmona estaba al lado derecho del payador á quien no perdía de vista, á pesar de la oscuridad.

En aquel momento Santos Vega cayó de rodillas lanzando un verdadero rujido. Acababa de recibir un terrible sablazo en la frente, sobre los dos ojos.

Es seguida por la abundante sangre que caía de la herida, Santos Vega bajó su puñal y la limpió con el poncho. Pero era tal la abundancia con que brotaba de la herida, que no podia abrir los ojos ni darse cuenta de lo que pasaba.

—Malcicion! gritó Carmona, al ver herido, ó mejor dicho al sentir herido á su hermano.

Y cubriendo el cuerpo con el suyo, para impedir que lo ultimaran, se estendió en una espantosa puñalada. Y el alcalde que estaba delante cayó muerto como el primero, sin lanzar la menor queja.

—Ya cayó otro! gritó Carmona, sin decir una palabra á su amigo, para no revelar á los otros que habia sido herido.

Y como un leon herido avanzó á su frente teniendo cuidado de seguir cubriendo el cuerpo del payador.

Otro de los justicias rodó herido mortalmente al mismo tiempo que Carmona gritaba: ¡van tres!

—Esta es la fin del mundo! dijo uno de los dos que aún quedaban en pié. O peleamos con más de dos ó estos tienen veinte manos y cuarenta ojos. Ya nos han volteado tres, y segun va el asunto, no piensan *mermar* hasta no haber concluido con todos.

Santos Vega entre tanto se desesperaba por apartar la sangre que lo enceguecia. Carmona, luchando solo contra cuatro tenia que ser vencido! Y una vez muerto este, no habia lugar á duda seria muerto él tambien. Preso de terribles angustias se limpió una vez más la sangre en momento que Carmona gritaba: ¡van tres! y quiso pararse. Pero volvió á caer nuevamente. El mismo esfuerzo hecho para ponerse de pié trajo un nuevo golpe de sangre. Entónces desesperado y sintiendo cerca de sí un bulto que calculó ser un hombre que combatia á su frente, levantó el brazo y tiró una puñalada al acaso, con toda la violencia de su deses-

peracion, é hirió de una manera tan terrible, que no tuvo fuerza para sacar el puñal que quedó en la herida. Y sintiendo caer aquel cuerpo á su lado, gritó con una alegría feroz:

—Y van cuatro! Animo, hermano, con el que queda y que no escape con vida.

Los dos últimos justicias que quedaban creyeron que el muerto era uno de ellos se lanzaron en una fuga desesperada. Y como cada uno de ellos sentia la carrera, ambos se creian perseguidos y apuraban la carrera todo cuanto le era posible.

Sintiendo estinguido todo rumor de lucha y habiendo escuchado la carrera de los dos fujitivos, el payador llamó á su hermano, pero no obtuvo ninguna contestacion.

—Vá persiguiendo el último enemigo, pensó. Esperamos que no ha de tardar en volver.

Y como quedara tranquilo, la hemorragia fué cesando poco á poco, hasta que sintió que la sangre se coagulaba sobre la herida.

Pero pasó el tiempo y Carmona no volvió.

La lluvia habia cesado hacia ya un rato y un aire fresco habia empezado á levantarse. Una nueva angustia asaltó entónces al payador, angustia que lo hizo temblar de espanto. Habria sido muerto Carmona y los dos que disparaban serian los que lo habian ultimado.

—Seria horrible, pensó el payador sintiendo que se agolpaban las lágrimas á los ojos.

Y sollozando de una manera conmovedora volvió á su amigo.

Un débil quejido, solo un débil quejido respondió á su voz. Llamó de nuevo incorporándose sobre los brazos, pero el quejido no se volvió á escuchar más.

Santos Vega sintió que aquella incertidumbre era la muerte y se puso de pié. Pero inútiles fueron todos sus afanes. La oscuridad era intensísima y ya no se veian ni los bultos. Tenia que esperar la luz del dia para salir de su incertidumbre. Y cayó esta vez agoviado por el dolor más intenso que habia sentido en su vida.

Seria posible que el destino lo privara tambien de aquel joven noble y abnegado en quien habia puesto todo su amor y toda su amistad?

Y el payador se sentia doblemente mortificado, porque si Carmona habia sucumbido habia sido defendiendo su vida miserable amenazada de muerte.

Entregado á la más amarga desesperacion, llamando á Carmona unas veces y llorando otras, el payador pasó aquella noche interminable.

En el rancho no se escuchaba el más leve rumor, lo que era una prueba de que lo habían abandonado durante el combate, temiendo su venganza si llegaban á triunfar.

A la luz vacilante del alba, el payador tendió su vista de águiga, abarcando en una sola mirada aquel verdadero campo de batalla. Y tembló de la cabeza á los pies quedando inmóvil.

Á media vara de distancia de donde él estaba, tendido de espaldas y sonriendo en el último estertor de la agonía, estaba Carmona, el amigo querido de su corazón, rodeado de tres cadáveres.

Dominando su dolor y su espanto, el payador se lanzó sobre el cuerpo de su amigo, lo besó en la boca y se quedó mirándolo estupidamente, con la mirada dilatada y la boca entreabierta por el caimiento de las mandíbulas.

El que lo hubiera visto en aquella actitud, hubiera asegurado que aquel hombre era un idiota ó un loco. Y así permaneció un largo rato mirando á aquel cadáver y prodigándole sus más apasionadas caricias, como si por este medio creyera volverle la vida.

Por fin la misma fuerza del dolor pareció volverle la razón. Levantó la vista del cadáver de su amigo y ligándola en los otros tres, exclamó en un ademán de terrible amenaza.

—Pobre hermano mio! te han muerto. Desde hoy en adelante juro vivir solo por vengarte! Y miró de nuevo al cadáver como si recapitara sobre lo que acababa de decir.

Una duda más terrible acababa de asaltarlo. Se precipitó de nuevo sobre el cadáver de Carmona y lo registró de una manera febril.

El cuerpo de Carmona, tanto en su parte anterior como en la cabeza, no presentaba la menor herida.

Trémulo y convulso, con la mirada dilatada por el espanto y el ademán nervioso, dió vuelta el cadáver sonriente, que quedó presentando su espalda ensangrientada.

Allí, sobre el pulmon derecho, acababa de ver el mango de su puñal que abandonó en el cuerpo del último herido.

—Miserable de mí! gritó sollozando. Mientras él cubría mi cuerpo con su pecho generoso para evitar los golpes que me dirigian. Mientras él esponia su vida para salvar la mia, yo mismo lo he muerto por la espalda, le he asesinado como un miserable.

Y rompió á llorar de una manera desesperada sobre el cuerpo de su amigo.

—Yo estoy maldito de Dios! añadía acariciando el cadáver, pues por mi misma mano maldita y miserable he dado muerte al ser que más amaba en el mundo. Ah! prosiguió levantando el

puño en ademan de colérica amenaza y dirigiéndolo al rancho, ah! mugeres malditas una y mil veces! Hé aquí para lo único que sirven sobre la tierra.

E incorporándose de sobre aquel cuerpo querido, se dirigió á los cadáveres del alcalde y compañeros, que empezó á golpear con furor creciente y pronunciando una cantidad de maldiciones y palabras sin sentido.

Cuando se hubo fatigado de golpear y mutilar los cadáveres, volvió al lado de Carmona á quién dijo señalando el cielo:

—Si no me mato ahora mismo, es por vengarte, hermano querido. Desde hoy en adelante juro no descansar un momento, hasta no haber dado muerte de la manera más cruel que me sea posible al último justicia de la tierra.

Y desclavando el puñal de la herida lo colocó en su cintura y se sentó al lado de aquel cadáver querido, hasta eso de la siesta, en que la presencia de dos hombres lo sacó de su fúnebre contemplacion.

Eran aquellos los mismos que habian huido la noche anterior y que venian en busca de sus compañeros, en cuya conduccion debian ayudarlos algunos otros que veían bastante distantes de ellos. Pero era tal el aspecto del payador, tan imponente su actitud y tan terrible la espresion que brillaba en su mirada que aquellos dos hombres dieron vuelta rienda y se echaron á disparar antes que Santos Vega se hubiera puesto de pié.

—Vayan no más y que Dios los ayude mientras me desocupo aquí. Despues veremos como se sálvan de mi venganza.

Y con una calma terrible y un cariño conmovedor, levantó el cadáver de su amigo y lo atravesó sobre su caballo. En seguida montó en el alazan y se alejó de allí, despues de haber fulminado su última amenaza.

LA GUITARRA ENCANTADA.

El payador cargado con aquel fardo precioso, recogió su guitarra, única cosa que fuera de su caballo le quedaba en el mundo, y se alejó buscando descampado en direccion á Dolores.

Y al pié de un ombú gigantesco depositó el cuerpo del amigo querido. En seguida se alejó al galope y al acaso en busca de una poblacion cualquiera donde pedir una azada ó una pala para

cavar la sepultura de su hermano. Allí debajo de aquel ombú quedaria aquel pedazo de su corazon lacerado, hasta que él volviere á ocupar un lugar á su lado.

Era poco más de oscurecer, cuando el payador regresó armado de un pico, y se puso en su fúnebre tarea.

A cada momento tenia que suspender el trabajo para tomar un momento de descanso. Aquel trabajo le fatigaba de una manera espantosa. Parecia que cada golpe de pico lo sentia en su propio corazon.

A la madrugada terminó su trabajo y saltando el pico se arrojó al lado de Carmona en cuya contemplacion se absorbió por completo. Aquel corazon generoso que lo habia amado como un hermano, aquel jóven valiente que habia salvado su vida con tanta abnegacion, estaba allí tendido frio y sin vida. Y era él, Santos Vega quien con un golpe de puñal habia cortado aquella existencia, hiriéndolo por la espalda en momentos que él le prestaba como una coraza contra la muerte, su pecho valiente y generoso.

Santos Vega llevó con la amargura de su alma sensible y cubrió aquel cuerpo con las últimas caricias que habia de recibir sobre el mundo. Luego lo largó y despues de haber contemplado el cadáver un instante, lo colocó en la fosa, y desenvainando el puñal exclamó:

—Este puñal será tu vengador hermano mio. Con él heriré sin piedad é todos los justicias que encuentre á mi paso. Y cuando sienta que la vida escapa á mi cuerpo, vendré nuevamente á ocupar mi lugar á tu lado, por toda una eternidad. Ni la muerte misma alcanzará á separarnos!

Y echó sobre el cadáver de su hermano el primer puñado de tierra.

Cuando el cuerpo estuvo enteramente cubierto, cuando el último vestigio de Carmona, hubo desaparecido bajo la tierra, le pareció al payador que le habian arrancado el corazon. El cielo se oscureció á sus ojos sintió flaquear sus piernas y cayó de rodillas sobre aquel monton de tierra, último rastro que de Carmona quedaba sobre el mundo.

El payador enjugó de sus ojos las últimas lágrimas que hacia derramar aquella pérdida irreparable y se preparó para marchar. Puso de tiro el caballo de su hermano y se alejó de allí al paso más lento que pudo imprimir á su alazan.

Cuando perdió de vista aquel leve monton de tierra, lanzó un gemito, agitó su mano en señal de adios y puso su caballo al galope. Se encaminó á la poblacion donde le habian prestado el pico, donde despues de volverlo descansó un momento.

Aquella buena gente se quedó asombrada del aspecto del payador. Sus ojos enrojecidos por el llanto, estaban hundidos entre las órbitas, y su fisonomía cadavérica le hacia tomar un aspecto terrible de muerto resucitado.

En aquellas pocas horas el payador habia envejecido veinte años. No era ya el gaucho alegre, de movimientos fáciles y musculatura atlética. Sus miembros enflaquecidos, temblaban como si estuvieran bajo la acción del chucho y su mirada vaga se pasaba en todos los objetos sin contemplar ninguno.

—Qué tiene amigo? en qué podemos servirlo? se atrevió á preguntar el mismo moeton que le habia facilitado el pico.

—Nada y en nada, respondió el payador, puesto que ustedes no pueden resucitar á Carmona.

Y eran tan conocidos de toda la campaña los nombres de los dos amigos, que aquel paisano sintiendo una esplicable tristeza, preguntó al payador:

—Entónces usted es Santos Vega? y come ha muerto el amigo de su alma?

—Lo maté yo, respondió el payador gimiendo.

Y refirió á aquella gente, como habia sucedido aquella horrible desgracia.

—Allí lo dejó enterrado el pié de aquel ombú, concluyó, donde vendré á buscarlo para reposar á su lado.

La narracion del payador y el dolor inmenso que respiraban sus palabras, conmovieron hasta las lágrimas á aquella gente sencilla. Ofrecieron á Santos Vega un bocado, que éste se negó á tomar. Estaba alimentado por su dolor.

Mientras se calentaba un poco de agua el payador descolgó de la espalda su guitarra y se preparó á cantar la muerte de Carmona. Pero la voz se le anudó en la garganta, sintió su lengua inmóvil y solo sus dedos se movian sobre las cuerdas produciendo una melodía íntima y dulcísima.

En aquel torbellino de acordes melódicos un poema, una elegia que decia más que todos los versos que pudiera haber cantado el payador. Y el payador, en su dolor intensísimo derramaba un torrente de lágrimas que iban á caer sobre las cuerdas estremecidas de la guitarra.

Cuando el último acorde hubo espirado con el último gemido que levantó el oprimido pecho del payador, los paisanos no pudieron contener más el llanto, que se exaló silencioso y conmovedor.

Aquella música habia tenido un encanto mágico para tocar el corazón de aquella gente.

—Yo me voy, dijo Santos Vega, pues nada ya tengo que hacer aquí.

Los paisanos le rogaron que se quedára siquiera para engañar un poco el dolor, pero todo fué inútil. Santos Vega preparó sus caballos y montó el alazan.

—Los justicias me esperan en todas partes, dijo, y yo tengo que vengar la muerte de Carmona. Y se alejó de allí sin rumbo fijo y pensando solo en asolar lo que se llamaba justicia de la tierra.

Y desde aquel momento fué el enemigo implacable de todo lo que revestia un carácter de autoridad, y su puñal no permaneció ocioso un solo día.

El acechaba los alcaldes y alguaciles, ya en los caminos, ya en las pulperías. Si los hallaba en número de uno ó dos, les salía al paso y combatía hasta darles muerte. Si eran más numerosos, él los espiaba, los seguía á la distancia y cuando los veía fraccionados, los acometía entónces y jamás volvía sin haberles dado muerte.

De esta manera el payador llegó á ser un verdadero terror de la justicia, al extremo que los alcaldes no se atrevían á salir al campo solos, pues se esponían á una muerte inevitable.

De esta manera recorrió toda la campaña, hasta los partidos más lejanos, siempre combatiendo con la justicia, que huía de él con terror creciente.

Varias veces se habian organizado diferentes grupos que salían en busca del payador para concluir con él. Pero entónces parecia que la tierra se le hubiera tragado. No podían encontrarlo por parte alguna.

Sin embargo, cuando aparecían uno ó dos en el campo, Santos Vega salía como del seno de la tierra, esgrimiendo aquel puñal que arrancára de la herida de Carmona con infernal furor. Y como combatía siempre sobre seguro, jamás fué herido en los repetidos y rudos combates que sostuvo.

Este género de vida y los estragos que el dolor hizo en su físico, lo habian transformado por completo, dándole un aspecto imponente.

Aburrido de vagar los campos sin hallar justicias, se internó al resto de la campaña siempre en busca de nuevos combates. Los bailes y las reuniones no tenían para él el menor atractivo. Las payadas no tenían ya el menor encanto, y si alguna vez tocaba guitarra, era para acompañarse melancólicas trovas, ya á la muerte de Carmona, ya en recuerdo de su Dolores, muerta también para él, pues no la volvería á ver más.

Si acaso algun antiguo conocido lo invitaba á algun baile y parranda, se escusaba hasta donde podia.

Si le hacian muchas instancias aceptaba, pero no tomaba en las fiestas una parte tan activa como en otro tiempo.

Indiferente á todo, parecia un idiota. Si cantaba lo hacia automáticamente, y no habia mujer, por hermosa que fuera, que lo decidiera á bailar un momento.

El único alago, el solo momento en que su corazón latia lleno de vida y su pecho respiraba con franqueza, era cuando se encontraba frente á un par de justicias, daga en mano.

Entonces levantaba su corazón al recuerdo de Carmona y combatia como un leon. Raro, muy raro, fué el justicia que escapára con vida de entre sus manos. Cansado de vivir de aquella manera, y en eterna batalla habia echado por la muerte un profundo desprecio.

Muchas veces habia tenido tentaciones de concluir con aquella existencia miserable, pero se habia detenido, ya dispuesto á herir, al recordar su juramento hecho sobre el cadáver de Carmona.

Vengar su muerte mientras tuviera un soplo de vida.

La vida errante y llena de privaciones que llevaba, le habian hecho contraer varias enfermedades que le proporcionaban algun consuelo, pues le hacian pensar que pronto concluirian con él.

Así vagando por campos y poblaciones, llegó al Bragado una madrugada, cuando aquello era simplemente unas cuantas estancias, en momento de horrible tribulacion.

La noche antes, los indios habian traído una gran invasion arrasando con cuanto establecimientos hallaron al paso.

Los indios con un instinto destructor lo habían asolado todo, sembrando la muerte y el espanto en las poblaciones por donde habian pasado.

Pocos eran los que habian podido huir, pues sorprendidos en medio del sueño, los que no cayeron bajo la lanza de los salvajes fueron hechos cautivos.

Al llegar al punto que habia sufrido el grueso de la invasion, Santos Vega notó un movimiento extraño, que lo llenó de sorpresa. Grupos de hacienda, perdidos y asustados, cruzaban el campo en todas direcciones, presa del mayor espanto.

El payador detuvo su caballo y fijó la mirada en dos ginetes que como una centella venian huyendo en direccion opuesta á la que él llevaba.

Cuando los tuvo al alcance de la voz, les llamó la atencion preguntándoles que ocurría. Pero aquellos dos ginetes cruzaron

á su lado castigando los caballos, y á penas tuvieron ánimo para gritarle:

—Los indios! los indios han entrado! Sálvese paisano.

La novedad de una lucha con los salvajes, hizo brillar como un relámpago su triste mirada.

Tenia confianza en la famosa lijereza de su caballo y seguridad de que el indio mejor montado no podia darle alcance.

Lejos de seguir á los que huian, siguió su primitiva direccion al tranco del alazan, inclinándose hácia una inmensa hoguera que ardía como media leguas á la derecha de donde se habia detenido.

Llegó allí y no pudo dominar un movimiento de espanto que le causó el espectáculo que se ofreció á su vista.

Era una poblacion que ardia desde la noche anterior, sin duda, pues las habitaciones habian sido ya consumidas por las llamas.

La luz de aquel incendio alumbraba cuatro ó cinco cadáveres mutilados de una manera horrible. Debian ser, por su aspecto los peones de aquella poblacion.

Santos Vega desvió la mirada de aquel espectáculo sangriento y siguió marchando tranquilamente. De trecho en trecho iba encontrando cadáveres, mutilados con toda crueldad y desnudos, lo que indicaba que los indios despues de la carniceria se habian entregado á la rapina más desenfrenada.

Iba el payador á volver bridas, cuando yió venir á su izquierda dos indios que arreaban una punta de yeguas. Los indios lo habian ya divisado y se venian sobre él á gran galope, Santos Vega los esperó resueltamente.

Iba á tener que luchar contra lanzas, arma ventajosa sobre el cuchillo, pero la misma novedad de aquel combate tuvo para él un cierto encanto.

Vendrian ya los indios como á dos cuadras del payador atornandos los aires con estridentes alaridos, cuando alcanzó éste á ver otro grupo que se le venia por la derecha.

Revolvió su caballo para dominar el campo en todas direcciones y pudo ver otros grupos que avanzaban por distintas direcciones.

Todos ellos lo habia visto, pues todos venian sobre él rápidamente.

—El partido es muy desigual, pensó el paisano: voy á ver si de alguna manera corto un grupo de dos ó tres, y puso su caballo al galope.

Los indios apuraron la marcha y empezaron á tenderse en

un gran círculo, con la marcada intención de encerrar en él al payador.

Este, entonces, apuró su caballo, llevando siempre de tiro el de Carmona, sacándoles una inmensa ventaja. Iba ya á darse vuelta y golpearles la boca en señal de burla, cuando vió que á su frente aparecía un último grupo que le cortaba toda retirada.

El payador desvió su caballo hácia la izquierda y se puso á toda carrera. Pero entonces cayó en un nuevo peligro, desconocido para él hasta ese momento. Un diluvio de bolas empezó á silbarle por todos lados.

Clavó entonces las espuelas al alazan que se tendió en toda la rapidez de su carrera, pero tarde ya. Media cuadra mas, y el alazan caía para no levantarse. Una lluvia de boleadoras se habia enredado en sus patas y manos, imposibilitando todo movimiento,

El payador se echó al suelo cuchillo en mano, disponiéndose á vender cara la vida. Pero todo esfuerzo fué inútil.

Apenas se habia parado, dos pares de bolas le amarraron los brazos al cuerpo dejándolo á completa merced de los salvages. Un nuevo golpe de bolas en la cabeza coronó la obra, y el payador cayó al suelo bañado en sangre.

Los indios se precipitaron sobre él y lo alzaron atándolo en ancas despues de desarmarlo y quitarle la mejores prendas.

El golpe de bolas habia sido tan récio, que los indios caminaron mas de una legua sin que volviera en sí.

Cuando recobró los sentidos los indios marchaban de regreso á las tolderías, arreando una fabulosa cantidad de ganado y llevando gran número de cautivos.

El payador amarrado sobre su propio caballo con dos paisanos mas, contemplaba aquel triste espectáculo, lamentando el fin que le cupo, pues estaba persuadido que la muerte seria para él inevitable. Ya no poseia nada en el mundo, pues los indios lo habian despojado hasta de su caballo.

Y el payador sentia que los ojos se le preñaban de lágrimas, al pensar que iba á morir lejos de Carmona, y que no podria reposar á su lado.

Despues de cinco dias de marcha, los indios llegaron á los toldos, donde se entregaron á los desenfrenados festejos de feliz malon.

Y borrachos con la bebida que habian robado, en dos casas de negocio, empezaron á martirizar los cautivos, con todo género de vejámenes y de torturas.

Cinco eran los paisanos cautivos, y los cinco fueron conde-

nados á morir á lanza. Así lo manifestó un lenguaraz cristiano que andaba entre ellos. Y el tormento empezó de una manera terrible, pues los indios no matan sinó despues de haber hecho pedazos á lanzadas el cuerpo de la víctima.

Santos vega cantempló en silencio y con cierta indiferencia, que llamó la atencion y sorprendió á los indios, habituados á mirar la desesperacion con que iban los cristianos al sacrificio. Cuando le tocó su turno, llamó al lenguaraz y le dijo:

—Voy á pedirle un favor, amigo, ya que es usted cristiano Antes de morir quiero tocar un poco la guitarra. Empéñese para que me alcancen la mia un momento. Despues podrán hacer lo que quieran.

Al hacer este pedido, el payador no llevaba ningun proyecto. Habia sentido el deseo de cantar antes de morir y esto era todo.

El lenguaraz conversó con los capitanejos y como aquello no era mas que materia de prolongar la diversion, consintieron al momento y le entregaron la guitarra.

Cuando el payador tuvo ésta entre sus manos, aquel viejo compañero de sus mayores alegrías y desventuras sintió ensachársele el corazon y revivir su espíritu. Los indios lo rodearon ávidos de escuchar la música del cautivo.

Habia algo en la mirada de aquel hombre, que sin saber porqué los dominaba y los imponia.

El payador hizo un prelude lánguido, de estraña modulacion y de sentimiento tierno y conmovedor. Y sintiendo una fuerza de inspiracion sobrehumana, cantó como no habia cantado en su vida.

El mismo se sentia conmovido y cantaba con tal facilidad, que parecia que las palabras se volcaban naturalmente del corazon á los lábios. Las trovas eran una mirada retrospectiva hácia su pasado de lágrimas y un lamento de su fin inesperado.

Concluida la cancion, el payador levantó su corazon á Carmona, haciéndole presente que era el destino y no su voluntad, lo que lo hacia morir léjos de su tumba, pero sí era cierto que habia otra vida, allí se juntarian por toda una eternidad.

Aunque los indios no entendian una palabra de lo que el payador cantara, desde los primeros acordes se sintieron dominados por una impresion estraña y poderosa. Aquella voz de timbre melodioso y aquella música íntima y sentida, los hacia llorar como si alguna desgracia les hubiera sucedido.

El indio es una naturaleza estremadamente sensible á la música. Se estasia ante la voz de un acordeon, y el mismo sonido de

las cornetas tiene para ellos un encanto inesplicable. Así es que cuando pueden escuchar una guitarra malamente tocada, único instrumento que llega á los toldos, una especie de encanto se apodera de ello.

Serian capaces de no moverse de un sitio dado, durante ocho dias por estar escuchando un poco de música. Así es que Santos Vega habia tomado para ellos proporciones realmente fantásticas.

Ya no lo miraban como un simple cautivo, sinó como á un sér sobrenatural, caído en su poder por arte de encantamiento. Tuvieron miedo de matarlo, porque son mas supersticiosos que un napolitano, y creyeron que se trataba de cosa del otro mundo.

Así que cuando el payador soltó la guitarra estremecida, despues de haber dado un beso apasionado como eterno adios, y dijo que estaba dispuesto á morir, pudo apreciar el estraño cambio que se habia opoderado con los indios.

Los capitanejos le tendian la mano con un respeto profundo, mientras los indios no se atrevian á acercársele á dos varas de distancia.

—Dice el cacique que no te van á matar, le aseguró el lenguaraz, enjugando las últimas lágrimas arrancadas por el canto. Quiere que quedes en la tribú para que los alientes con tus consejos y les cante como hoy.

El payador sonrió con amargura. Habia acariciado ya la idea de aquella muerte que, aunque bárbara y cruel, venia á liberarlo de la vida.

Y cuando ya daba el primer paso hácia la muerte, se encontraba con que aún vivia, y que tendria que arrastrar una existencia mas miserable aún de la que habia llevado.

Los indios no solo le perdonaron la vida, sinó que le devolvieron sus caballos, persuadidos que aquel que se quedara con una prenda de aquel hombre, no podia sucederle nada bueno.

Y el payador aceptó aquella vida que habia robado su guitarra, pensando en que algun dia podia volver á tierra de cristianos.



LA VUELTA Á LA TUMBA

Y allí vivió dos años de eterno martirio.

Sus pasos eran prolijamente vigilados por los indios que temían que el día ménos pensado se les escapara. No podia moverse á una legua del acampamento, sin que se encontrara con dos ó mas indios que, bajo cualquier pretexto, vigilaban sus pasos.

Su vida se reducía á varear sus caballos por la mañana y cantar á la tarde, rodeado de la numerosa indiada, que escuchándolo pasaba momentos de verdadera extasis.

Sus enfermedades contraidas en la vida de vagancia y desamparo que habia llevado en sus últimos tiempos, lo molestaban de una manera terrible, haciéndole presagiar un cercano fin. El vómito de sangre lo perseguía constantemente y su estado de fiacura lo habia convertido en un esqueleto animado.

Una de las mas hermosas indias de la tribu, contrajo por el payador una pasion ardiente, lo que fué para él un nuevo motivo de desventura. Sin corazon para querer otra cosa que sus recuerdos, sentia que aquel amor que leía radiante en la mirada de la india, solo serviría para nuevos motivos de tortura á su espíritu atribulado.

El payador fué perseguido por la india y los de su familia, hasta el punto de que, por no despertar sospechas, tuvo que aceptar aquellos amores y casarse con la india, sobrina del cacique de la tribu.

La india adoraba al payador como se adora un astro, pero éste, incomodado con las salvajes demostraciones de aquel cariño, huía de ella todo lo que era posible, tratando de aparentar mucho cariño por ella, para confiar mas á sus carceleros.

Sintiéndose enfermo de muerte, el payador empezó á pensar en su fuga.

—Quiero morir al lado de mi hermano, pensó, y sino me apuro, mucho temo que me sorprenda la muerte léjos de allí.

Desde aquel día adoptó un nuevo sistema de vida.

Se mostró más amigo de los indios, tomó parte activa en todas sus diversiones, y su amor por su muger pareció crecer tanto que los indios perdieron toda sospecha y dejaron de vigilarlo.

Con mas esmero que nunca cuidaba sus caballos y los corria por la mañana.

—Me aflijo con ello, decia á los indios, porque quiero tomar parte en el primer malon que se lleve á tierra de cristianos.

Y los salvajes, plenamente confiados en el amor que Santos Vega habia cobrado á los toldos, cesaron por completo de observar sus acciones.

Cuando el payador fijó el dia de su huida, se recogió temprano la noche anterior, diciendo á su mujer que muy de madrugada iria á correr sus caballos, pues se hablaba de traer un malon por la frontera del Sud.

Para disimular mas, preparó unos tientos que dejó estirados, pues queria trenzar una riendas cuando volviera. Montó á caballo en su alazan y llevando de tiro el caballo de Carmona, se alejó alegremente.

Pero regresó poco despues, acordándose que dejaba allí la prenda mas querida de su corazon, su guitarra.

Mandó á su mujer con pretexto de pedir prestado un cojinillo á un indio amigo, y cuando se vió solo se echó la guitarra á la espalda y se alejó al trotecito.

Si acaso lo encontraba algun indio y por verlo con la guitarra desconfiaba, regresaria disimulando y nada habia perdido. Si podia salir libremente del dominio de los toldos, no volveria mas.

Cuando la india regresó al toldo miserable que le servia de abitacion, no encontró ya al payador, pero no abrigó la menor desconfianza. Santos Vega era así taciturno y distraido, y tal vez se habria olvidado del cojinillo que mandó buscar.

Entre tanto, el payador seguia caminando siempre así al tranquilo, hasta salir dal rádio de los toldos. Cuando calculó haber andado unas dos leguas, puso su caballo al galope y á toda carrera en seguida.

Y le clavaba las espuelas en los flancos, como si quisiera hacerlo andar en un minuto, la distancia que lo separaba de la tierra de los cristianos.

Cómo temblaba su corazon á la idea de que, prento le hallaria al lado de la tumba de su amigo!

Cuando calculó que el caballo empezaba á cansarse, montó en el alazan y siguió corriendo como un torbellino.

La noche empezaba á tender su manto de tinieblas y el payador no habia sido perseguido. No habia encontrado en su camino un solo indio y ya habia andado la mitad de la distancia que lo separaba del pueblo de los cristianos!

Tal vez á aquellas horas lo anduvieran buscando en los toldos creyéndolo víctima de algun accidente fatal. Tal vez sospechaban de su fuga y lo buscaban con la piadosa intencion de darle muerte!

Poco le importaba todo esto.

Con los ojos de la esperanza clavados en tierra de cristianos, cruzaba las tinieblas de la noche, otra sombra confundida entre ellos. Y corria, corria, mudando los caballos de trecho en trecho para no postrarlos y nunca le parecia haber andado suficiente distancia.

Cuando las primeras claridades del dia dispararon aquel manto de tinieblas, el payador sujetó la carrera y respiró con fuerza el aire purísimo de la mañana.

En seguida se arrodilló y levantó su corazon al cielo dando fervorosas gracias.

Se sentia en tierra de cristianos y próximo á la tumba de Carmona, punto de su eterno reposo.

Santos Vega presentia su fin y se apuraba en llegar cuanto antes. La montaña de aventuras que gravitaba sobre su corazon le habian hecho contraer esa melancolía profunda que lo mataba más que la tisis aguda contraida en sus últimos años.

El payador era un verdadero espectro terrible. En dos años sus cabellos habian crecido hasta caer en negros rizos más abajo de sus hombros, y su fisonomia enjuta encerrada en el negro aro de su crecida barba, le concluian de ese tinte sepulcral y fantástico que lo hacia parecer un cadáver descarnado y amenazador.

El payador corrió todo aquel dia y toda la noche, llegando al amanecer del siguiente á un pueblo que reconoció ser la Villaa de Lujan.

Allí tomó su primer descanso y prestó atencion y cuidado á sus fatigados caballos.

Los paisanos que lo vefan se apartaban de su lado, como al contacto de una aparicion del otro mundo, encontrando en la palabra del payador algo del frio de las tumbas.

Él contaba que acababa de huir de un largo cautiverio en los toldos, se nombraba y enseñaba su guitarra como irrefutable prueba de quien era.

Pero los paisanos, supersticiosos, no le daban crédito y convenian en que aquella aparicion podria ser el ánima de Santos Vega que andaba penando para purgar las muertes cometidas por su dueño.

La voz corrió de rancho en rancho y de pulperia en pulperia, El terror cundió en todos los espíritus, y ya se aseguró de la

manera más formal que la ánima de Santos Vega andaba penando por el mundo.

Un alcalde reunió, haciendo alarde de valor, unos cuantos justicias para salir á prender aquella ánima ó persona. Pero ante el solo aspecto del payador se le desbandó la gente y quedó el alcalde solo, dominado por el terror.

El payador se acercó malincólicamente. Habia visto un justicia y una nube de sangre habia oscurecido su vista. Su livida fisonomia fué adquiriendo cada vez una fria espresion de crueldad, y desnudando su puñal, dijo á aquel hombre.

—En nombre de Carmona, prepárase á morir, amigo. Saque las armas, que yo no maço sin combatir.

—Perdon, añima bendita, respondió el alcalde, y sus dientes chocaron entre sí, por efecto del temblor que dominaba su cuerpo.

Santos Vega levantó su arma por herir, sonriendo de una manera diabólica y el alcalde volvió á pedir perdon de una manera más conmovedora.

Qué fuerza invisible detuvo su brazo en el momento de dar el golpe de muerte? Las sombras de su fisonomia cadavérica se iluminaron de pronto con un fulgor suave, como el último relámpago que ilumina la tempestad y desapareció la espresion dura y fria para adquirir otra más humana y más dulce. Las órbitas de sus ojos se humedecieron por una especie de lágrima y retirando el arma de sobre el pecho del alcalde, le dijo con una voz timbrada por musical dulzura:

—Siento la voz de mí Dolores que me dice te perdone. Aquí en mi corazon helado siento cantar algo como el éco enamorado de su voz, que hace languidecer mi brazo y me empuja hácia el perdon. Yo queria aprovechar hasta el último aliento de mi vida en vengar la muerte de mi amigo, pero ella se interpone y contra ella no puedo nada. Vaya con Dios amigo, antes que se apague en mi corazon la vos de Dolores.

El alcalde no esperó más. Clavó las espuelas en los flancos de su caballo y partió como una exalacion. El payador se cruzó de brazo y lo estuvo mirando hasta que se perdió de vista.

—Perdona, hermano Carmona, mormuró cuando el alcalde se perdió entre los matorrales del camino, Dolores me ha pedido que lo perdone y nada puede negarle á ella.

Y arreglando la montura de su caballo, se alejó tambien en direccion al partido de Matanzas. Tres dias viajó tomando descanso en las poblaciones del camino, y alimentándose del bocado que en ellas le ofrecian.

No se escusaba en tocar la guitarra, por el contrario, esta era

la única distraccion que tenia, pero sus cantos eran un sempiterno lamento. No cantaba, lloraba. Y aquel llanto íntimo y desgarrador hacia daño á los que lo escuchaban, pues lo conmovia haciéndolos llorar tambien.

A la caida de la tarde el payador divisó aquel montoncito de tierra que cubria los restos de su amigo. Y sintió desfalecer de pena.

Despues de dos años de ausencia, volvió á visitar aquella tumba, y su dolor se renovaba como si recién hubiera cumplido su piadosa mision.

Santos Vega llegó á la tumba, acomodó los caballos de manera que pudieran comer y descansar, y se echó allí, entregándose por completo á su dolor. Ya estaba al lado de su amigo y poco le importaba morir, puesto que seria enterrado á su lado.

EL FIN DE UN DRAMA.

A partir de aquella noche que pasó llorando y recordando toda la cadena de desventuras que compendiaban su vida, el payador no tuvo otra habitacion que aquel montoncito de tierra, ni más techo que el follaje del ombú que empezaba á desnudarse con la proximidad del invierno.

Cada dia se alejaba en busca de algun alimento que le daban en todas partes con esa generosidad que caracteriza á nuestro paisano. A la noche tendia sobre la tumba las pilchas que componian su apero y dormia al venir el dia, pues la noche lo pasaba cantando.

Y era tal su canto, que de la vecindad venian hombres y mujeres y permanecian oyéndolo largas hora, desde donde él no pudiera verlos. Léjos de disminuir, su tristeza crecia de dia en dia.

Los paisanos y pobladores de la vecindad, condolidos ante tanta pena, trataban de distraerlo lo más que podian. Muchas veces lo llevaban á bailes y reuniones y le picaban su amor propio en las payadas, para obligarlo á cantar. Y Santos Vega payaba entónces hasta vencer sus rivales que le salian, encontrando cierta complacencia cada vez que un buen cantor se declaraba vencido.

Muchas personas habian tratado de arrancarlo de aquella

honda pena, llevándolos á sus casas, pero todo esfuerzo fué en vano.

Llegando la noche el payador volvió sobre la tumba de su amigo, y allí se entregaba por completo a su dolor.

Y pasaron los dias y los meses, y pasó aquel crudo invierno, sin que el payador tuviera otro techo que las desnudas ramas de aquel ombú gigantezco, alimentado por el cuerpo de Carmona.

Y las heladas y las lluvias fueron concluyendo poco á poco con aquella existencia tan vigorosa antes.

Santos Vega comprendiendo que su fin se acercaba á pasos de gigante, no quiso abandonar ni aún de dia la tumba de su amigo.

Solo una ó dos veces por semana se alejaba en busca de un pedazo de carne que asaba allí, al lado de aquel montoncito de tierra que reasumia todos sus recuerdos más felices.

Una tarde vinieron á buscar á Santos Vega para invitarlo á una diversion espléndida. Al baile aquel dia debia concurrir un payador Nortero de gran fama, que pretendia vencerlo si payaba con el.

—No puede ser esta noche, contestó el paisano, porque tengo una partida fuerte. El Diablo me ha convidado á pagar esta noche porque tiene tambien la pretension de vencerme y no lo puedo desairar.

Y era tal la espresion de su semblante y el fulgor de su mirada artística que los paisanos se retiraron aterrados, como si realmente hubieran visto al malo.

Y era que Santos Vega sintiendo ya la cabeza débil, habia tenido una alucinacion terrible. Creia firmemente que el diablo lo habia desafiado á pagar y se preparaba á mantener la partida.

Aquella noche acudió un gran número de paisanos que, colocándose á cierta distancia y preparandose á disparar al primer amago hostil del diablo, se preparaban á escuchar la payada sobrehumana.

Y era tal el terror y tal la supersticion de aquella gente, que aseguraban al otro dia de la manera más formal, que á eso de la media noche habian sentido un fuerte olor de azufre.

Ya muy avanzada la noche, sintieron ruido de guitarras y dentro del silencio de la noche se oyó más clara y límpida que nunca la voz del payador que payaba con alguien.

Y era tal la alucinacion que dominaba á este que estaba persuadido que payaba con el diablo.

A la mañana siguiente fueron á visitarlo, y respondió de esta manera á las preguntas que le hicieron.

—Es mal enemigo el Diablo! Como no puede salir de dia, volverá esta noche, pero para vencerlo voy á tener que hama-carme fuerte!

Durante dos noches más, el payador tuvo la misma alucina-ción y creyó pagar con el Diablo, mostrándose cada vez más aflijido, pues manifestaba temor de ser vencido.

A la cuarta noche, los paisanos sintieron algo raro. Como á un tercio de la payada hubo un momento de silencio, en se-guida se sintió un gran grito del payador, seguido de estas palabras:

—Me han vencido! Y no se volvió á escuchar más ni su voz ni su guitarra.

A la mañana siguiente cuando fueron á verlo, lo hallaron sobre la tumba de su amigo, abrazado de su guitarra, pero frio y endurecido por la muerte.

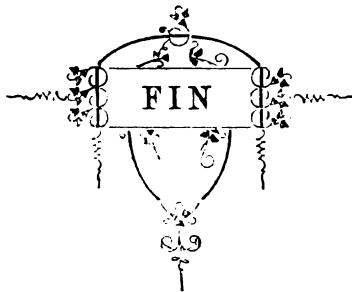
La creencia de haber sido vencido por el Diablo habia precipitado su fin.

Los paisanos enterraron al payador al lado de su amigo, y se retiraron tristes y aterrados.

—Santos Vega, dijeron, ha muerto de pena, porque el Diablo lo venció á pagar.

Y esta voz con los vivos de la mayor verdad, circuló por toda la campaña.

Y aquella gente inocente sostuvo durante mucho tiempo que todas las noches aparecia una luz celeste sobre la tumba de los dos amigos. Era el Diablo, segun decia, que venía á gozarse en su triunfo.



INDICE



PROLOGO	Pag.	5
Una amistad hasta la muerte	»	6
Los dos amigos y el diablo	»	59
Un domador como hay pocos	»	101
El corazon enamorado	»	114
Amor	»	141
Celos	»	158
Una venganza terrible	»	175
Amor y sangre	»	192
La partida	»	206
La batalla	»	214
La última ilusion	»	219
La muerte de Carmona	»	227
La guitarra encantada	»	238
La vuelta á la tumba	»	247
El fin de un drama	»	251



